Tú, para siempre
Lobsang Rampa



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Nota del autor

Soy Tuesday Lobsang Rampa.* este es mi único nombre y, ahora, mi nombre legal, y no respondo a ningún otro. Varias cartas me llegan con una fantástica acumulación de nombres añadida; van a parar directamente a la cesta de los papeles por tirar, puesto que, como digo, mi solo nombre es: Tuesday Lobsang Rampa.

Todos mis libros son veraces; todas mis pretensiones, fundadas. Hace años la prensa de Inglaterra y Alemania inició una campaña en contra de mi persona, en días en que no me podía defender a mí mismo, a causa de estar postrado, casi moribundo, víctima de una trombosis coronaria. Fui perseguido sañuda y locamente.

Aun ahora unas pocas personas me quieren mal, y por eso coleccionan «evidencias»; aunque es significativo que ningún «colector de evidencias» haya intentado yerme *personalmente.* Es inusitado el no conceder a una «persona acusada» una oportunidad de puntualizar su propia historia. Todo el mundo es inocente antes de que se pruebe lo contrario. *Nunca* se ha probado mi culpabilidad; y jamás se me ha permitido probar mi *autenticidad.*

La prensa inglesa y alemana no me ha concedido el menor sitio en sus columnas; de manera que me he visto en la desagradable posición de saberme inocente y veraz, sin poder explicar a nadie mi historia, vista desde mi lado. Una gran cadena de televisión me ofreció una entrevista; pero *insistiendo* en que yo tenía que decir lo que ellos pensaban que yo tenía que contar — dicho de otro modo, un montón de embustes. Yo, lo que necesito, es contar la verdad; visto lo cual, ellos no me dejaron asomar a la pantalla.

* «Tuesday», en inglés, significa «martes». Como sea que el lama tibetano declara su nombre en inglés *y* no en su idioma nativo, hemos respetado su manera de hacer. *(Nota del T.>*

Déjeseme repetir que todo cuanto escribí es veraz. Mis pretensiones son justificadas. Mi razón específica, cuando insisto, se basa en que, en un futuro próximo, otras personas como yo se presentarán, y no deseo que sufran todo lo que he tenido que sufrir por culpa de la malicia y odio perverso de unos cuantos.

Un gran número de personas han visto mis papeles, absolutamente auténticos, probando que he sido un alto Lama del Potala, en Lhasa, Tibet, y que poseo el título de doctor en Medicina, graduado en la China. Aunque la gente haya visto dichos documentos, lo «pone en olvido» cuando la prensa anda embrollando alrededor del asunto.

Leed, pues, todos mis libros, bien seguros en vuestro fuero interno de que todo lo que se escribe en ellos *es verdad,* y lo que pretendo ser, es lo que *realmente* soy. Leed mis libros y lo veréis.

T. Lobsang Rampa

PRÓLOGO

El presente libro es un curso muy especializado de instrucción destinado a cuantos estén sinceramente interesados en conocer todas aquellas cosas que deben ser conocidas.

Primeramente se pensó en redactarlo bajo la forma de un curso por correspondencia; pero se hizo la cuenta de que sería necesaria una organización tal que implicaría que cada uno de los estudiantes tendría que satisfacer una cuota de treinta y cinco libras esterlinas por el curso entero. Por ello, con la colaboración de mis editores, se optó por la publicación en forma de libro.

Un pobre, infeliz escritor no puede sacar mucho de sus libros; ya se sabe, lo que gana es muy poco, y aun, a menudo, el autor recibe de todas las partes del mundo cartas cuyos autores se «olvidan» de incluir en ellas la respuesta pagada. Dicho autor puede hacer dos cosas: pagar él mismo, o bien ignorar la carta.

En mi caso, muy atolondradamente, he cargado con el coste del papel impreso, la mecanografía y los gastos de correo; pero ello me ha resultado demasiado costoso. No me siento con ánimos para responder las preguntas y cartas cualesquiera que sean, a menos de que la gente recapacite sobre lo que digo.

Sin duda será interesante para el lector saber cosas como las que siguen: me han llegado cartas comunicándome que mis libros eran excesivamente caros y pidiéndome ejemplares gratuitos. Otro señor me escribió que mis libros eran demasiado caros y me rogaba que le mandase una copia autógrafa de cada uno de ellos y, como de pasada, me pedía la copia de dos libros que no eran míos, para que también se las mandase. Naturalmente, respondí la carta en cuestión.

Digo a mis lectores, encarecidamente, que si leen este libro les seguirá un gran provecho. Si lo estudian, el beneficio será aún mayor. Para ayudarlos, hallarán incluidas las Instrucciones que estaban destinadas primitivamente al curso por correspondencia.

Sigue al presente libro otro volumen que contiene en forma monográfica artículos sobre varios temas de interés ocultístico y cotidiano; está redactado en forma de diccionario, un diccionario glosado. Después de haber buscado por varios países del mundo un glosario semejante, he acabado por decidirme a escribirlo yo mismo. Considero este segundo volumen esencial para completar las nociones del primero, y hacer más útil y provechoso su estudio.

T. Lobsang Rampa

INSTRUCCIONES

Nosotros — vosotros y yo — nos disponemos a trabajar juntos para que vuestro desarrollo psíquico pueda proceder sin lentitudes. Algunas de estas lecciones serán posiblemente más largas y más difíciles que las otras; pero ninguna de ellas ha sido «rellenada» con artificios. Todas ellas contienen, hasta tanto como está bajo nuestro poder, real «alimento», sin aliños de fantasía.

Escoged una velada concreta, todas las semanas, para estudiar estas lecciones de trabajo. Adquirid la costumbre de estudiar un tiempo fijo, en un lugar determinado y en el mismo día de la semana. Aquí se trata de algo más que leer palabras; hay que asimilar ideas que os puedan ser muy extrañas; ademas, la disciplina mental os será de un gran auxilio.

Elegid un sitio — alguna habitación apartada — donde os encontréis cómodos. Aprenderéis más estando cómodos. Poneos acostados, si os gusta más así; pero, sea como quiera, adoptad una actitud en la que no tengáis que mantener la musculatura tensa; en la que os podáis relajar del todo, de manera que la atención entera pueda concentrarse en la letra impresa y en los pensamientos que están detrás de ella. Si os sentís tenso, os es preciso dedicar gran parte de la atención a percibir la sensación de la tensión muscular. Es indispensable que, por el espacio de una hora, o dos, o las que necesitéis para leer la lección, nadie venga a romper el hilo de vuestros pensamientos.

Cerrad con llave vuestro cuarto de estudio. Es preferible así; y cerrad los postigos (o cortinas) para que las fluctuaciones de la claridad no distraigan vuestra atención. Que haya una sola luz en la habitación; por ejemplo, una lámpara de pie, situada ligeramente detrás de vuestra cabeza. Ésta proporcionará una iluminación adecuada, dejando el resto de la habitación dentro de una discreta penumbra.

Manteneos tendidos, o en la posición que os resulte más cómoda y de mayor reposo. Practicad unos breves instantes de relajamiento; tal vez, añadid a eso tres respiraciones profundas, la una detrás de la otra; retened el aire por tres o cuatro segundos, y expulsadlo en tres o cuatro segundos más. Permaneced inmóvil un período de unos pocos segundos más y entonces empezad la lectura de la lección que corresponda. Leed primero con tranquilidad, como quien lee un diario. Cuando hayáis terminado la lectura, haced una pausa de unos cuantos momentos para permitir que lo que acabáis de leer caiga dentro del subconsciente. Entonces, empezad de nuevo. Caminad a través del texto de la lección meticulosamente párrafo por párrafo. Si hay algo que se os haga difícil de comprender, redactad una nota; escribidla en algún bloc de notas situado al efecto, que esté a mano. No intentéis memorizar nunca; no hace el menor provecho el hacerse esclavo de la letra impresa; el objeto de la lección es únicamente caer dentro de vuestro subconsciente. Un esfuerzo consciente dirigido a meterse en la memoria los textos a menudo bloquea u obscurece el pleno sentido de las palabras. No os preparáis para unos exámenes, donde se requiere repetir al pie de la letra — como un lorito — ciertas frases del texto. Vosotros lo que debéis hacer es ir almacenando conocimientos que os permitan libraros de las cadenas de la carne y os hagan ver claro qué cosa es el cuerpo humano y qué sentido tiene la Vida sobre la Tierra.

Cuando hayáis terminado la primera lectura global del libro, y procedáis a repasar sus lecciones, consultad vuestras notas y estudiad de nuevo los puntos sobre los cuales habíais

quedado en duda y no veíais claros. Sería demasiado fácil escribirnos a nosotros y recibir la respuesta; entonces la respuesta no caería dentro del subconsciente. Es más agradable y provechoso para vosotros que logréis *pensar* la respuesta con vuestro esfuerzo.

Debéis aportar vuestro esfuerzo. Nada que valga la pena puede lograrse sin esfuerzo. Todo aquello que se entrega gratis, casi siempre es porque no merece la menor consideración. Tenéis que abrir vuestra mente; querer asimilar los nuevos conocimientos; tenéis que imaginaros que el saber penetra, fluyendo dentro de vosotros mismos. Recordadlo bien: «Como piensa, así es el hombre».

LECCIÓN PRIMERA

Antes de cualquier intento dirigido a entender la naturaleza del Super-yo, o de tratar de alguna materia de estudio «oculta>, hemos de estar seguros de que comprendemos la naturaleza del hombre. Entendiendo por «hombre» el varón y la mujer.' Digamos desde ahora, y de una manera definitiva, que la muier es igual, si más no, que el hombre en todo lo referente a las cosas ocultas y las percepciones extrasensoriales. La mujer, de hecho, muchas veces posee una mayor brillantez en su aura y una mayor capacidad de apreciación en varias facetas de lo metafísico.

¿Qué es la vida?

En verdad, todo lo que existe es «vida». Incluso aquellas criaturas que normalmente llamamos «sin vida», son vivientes. La forma normal de su existir puede haber cesado, y en este caso, nosotros las llamamos «muertas», sin vida; pero con el cese de esta vida, una nueva forma de existencia aparece. El proceso de disolución, crea vida por sí mismo.

Todo aquello que es, vibra. Todo objeto existente consiste en moléculas moviéndose continuamente. Usaremos el vocablo «moléculas» y no los de átomos, neutrones, protones, etc., por la razón de que aquí se trata de un curso de metafísica y no de química ni de física. Intentamos pintar un «cuadro general», y no un detallado examen microscópico que resultaría impertinente por causa de las materias tratadas.

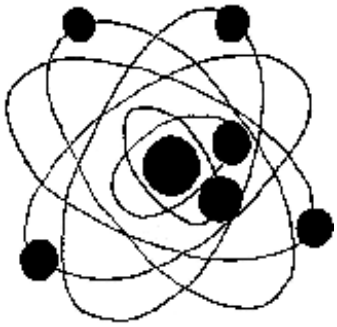
Tal vez nos veamos obligados a decir unas pocas palabras sobre moléculas y átomos, ante todo para calmar a los puristas que, si no, escribirían y nos explicarían cosas que ya sabemos. Las moléculas son pequeñas, *muy* pequeñas; pero pueden ser percibidas por el microscopio electrónico y por aquellos que están instruidos en las artes metafísicas. El diccionario define la molécula como la porción más pequeña de una substancia, capaz de existir de una manera independiente, y conservando las propiedades de aquélla. Pese a su pequeñez, las moléculas se componen de partículas aún más diminutas, conocidas por el nombre de «átomos».

Un átomo es parecido a un sistema solar en miniatura. El núcleo representa el sol en nuestro sistema solar. Alrededor de este «sol», giran los electrones, muy por el estilo que, en nuestro sistema, giran los planetas alrededor del nuestro centro solar. Como en el sistema planetario, cada átomo se compone de espacio casi vacío. Aquí (fig. 1), se dibuja el átomo de carbono — el «ladrillo» de nuestro Universo —*;* se ve enormemente magnificado. La fig. 2 reproduce la disposición del Universo planetario nuestro. Cada substancia posee un número distinto de electrones alrededor de su «sol»— el núcleo. El uranio, por ejemplo, tiene noventa y dos electrones, al paso que el carbono sólo consta de seis. Dos de ellos muy próximos al núcleo y los cuatro restantes girando a mayor distancia de éste.

Pero ahora, vamos a olvidar todo eso de los átomos y ceñirnos a las *moléculas.*

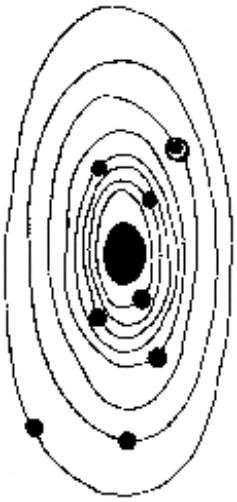
El hombre es una masa de moléculas girando rápidamente. En su apariencia, es sólido; no es fácil hacer pasar un dedo a través de su carne y sus huesos. Con todo, esa solidez es una ilusión que se nos impone debido a que pertenecemos — con exceso — a la Humanidad.

Consideremos una criatura infinitamente pequeña que pueda estar a una cierta distancia de un cuerpo humano y mirarlo. Esta criatura vería soles en rotación, espirales de nebulosas y corrientes de astros semejantes a la Vía Láctea. En las partes blandas del cuerpo — la carne —las moléculas estarían ampliamente dispersas. En las substancias más duras — los huesos — las moléculas ofrecerían más densidad, apretadas juntas como un gran enjambre de estrellas.



ÁTOMO DE CARBONO

Fig. 1.



EL SISTEMA SOLAR

Fig. 2.

Imaginamos a uno de vosotros mismos situado en la cumbre de una montaña cuando la noche es muy clara. Estáis solo, lejos de las luces de cualquier ciudad, las cuales, por refracción a través de las gotas de humedad suspendidas en el aire, hacen que los cielos aparezcan como empañados. (esta es la razón por la cual los observatorios se hallan siempre en sitios apartados.) Estáis en vuestra propia cumbre... Encima de vosotros las estrellas brillan claramente. Contempláis cómo ruedan en formación interminable ante vuestros ojos maravillados. Grandes galaxias se extienden delante de vosotros. Enjambres de astros adornan

la negrura del cielo nocturno. Cruza el cielo la banda que se conoce por Vía Láctea; parece un largo trazo de humo. Estrellas, mundos, planetas. Moléculas. Así aquella criatura microscópica os vería a vosotros. Los luceros del cielo aparecen como puntos de luz con increíbles espacios en medio de ellos. Están a billones, a trillones... Sin embargo, comparado con el gran espacio entre ellas, nos hacen el efecto de escasas. Un supuesto navío del *espacio* puede moverse entre las estrellas sin tocar ninguna de ellas. En la suposición de que os fuera posible contornear los espacios entre las estrellas — las moléculas —, *¿qué se vería?* La criatura microscópica que os está mirando desde lejos también se lo pregunta. *Nosotros* sabemos que todo lo que ella ve somos *nosotros.* ¿Cuál, entonces, es la formación final de las estrellas en los cielos? Cada hombre es un universo en el cual los planetas — moléculas — giran en derredor de un sol central. Cada piedra o ramito, o gota de agua, se compone de moléculas en constante, inacabable movimiento. El hombre se compone de moléculas que se mueven: este engendra una forma de electricidad que, unida a la «electricidad» producto del Super-yo, da lugar a la vida sensible. Alrededor de los polos de la Tierra brillan resplandecientes tempestades magnéticas, que dan origen a las auroras boreales con todo su acompañamiento de luces coloreadas. Del mismo modo, alrededor de todos los planetas — y moléculas —se producen radiaciones magnéticas que se conjugan y se interfieren con otras radiaciones emanadas de otros mundos o moléculas. «Nadie es un mundo dentro de sí mismo.» No existen mundos ni moléculas sin otros mundos y otras moléculas. Cada criatura, mundo o molécula, depende de la existencia de otras criaturas, para que su existencia pueda continuarse.

También puede apreciarse que cada grupo de moléculas posee una densidad distinta. Son como enjambres de estrellas meciéndose en el espacio. En algunas partes del Universo hay áreas muy despobladas de estrellas o planetas, o mundos — como se quiera llamarlos. Mas en otras existe una gran densidad; por ejemplo en la Vía Láctea. De la misma forma una piedra puede representar una concentración muy fuerte de galaxias. El aire está mucho menos poblado de moléculas y, como sabemos, pasa por los conductos capilares de nuestros pulmones y se mezcla con el torrente sanguíneo. Más allí de la atmósfera existe un espacio donde hay grupos de moléculas de hidrógeno en ancha dispersión. El espacio no es el vacío absoluto, como la gente se imagina; es una colección de moléculas de hidrógeno en frenética oscilación y, por ello, las

estrellas, los planetas y los mundos están compuestos de moléculas de hidrógeno.

Es evidente que si un cuerpo posee una cantidad importante de grupos moleculares, será una cosa de la mayor dificultad para otro cuerpo el pasar a través de las moléculas del primero; pero lo que es llamado un «fantasma», que tiene sus moléculas ampliamente espaciadas, puede atravesar con facilidad una pared de ladrillos. Pensemos en lo que es la pared en cuestión: un conjunto de moléculas, algo parecido a una nube de polvo suspendida en el aire. Por improbable que parezca, existe espacio entre una molécula y otra, lo mismo que existe entre las estrellas, y si alguna criatura es lo bastante pequeña, o si sus moléculas están lo suficientemente dispersas, entonces les es factible el pasar a través de las moléculas de la pared sin tocar ninguna. Esto nos permite apreciar cómo un «fantasma» puede aparecerse en un salón cerrado, y cómo puede circular a través de una pared en apariencia sólida. Todo es relativo; una pared que es sólida para cualquiera de nosotros, puede no serlo para un fantasma o una criatura del astral. Pero, de esas cosas hablaremos más tarde.

LECCIÓN SEGUNDA

El cuerpo humano es, por supuesto, un conjunto de moléculas, como acabamos de ver; y para una criatura muy diminuta pongamos por caso, un virus, sería vista como tal. Consideramos ahora el ser humano como un conjunto de substancias químicas, que también lo es.

Un ser humano se compone de unos cuantos productos químicos. Principalmente agua. Si os parece que esto contradice en algo la lección anterior, tened en cuenta que también el agua se compone de moléculas, y es una cosa evidente que si se pudiese enseñar a hablar a un virus (!), os explicaría que ve moléculas de agua chocando entre sí, como guijarros en una playa. Y criaturas todavía más diminutas explicarían que las moléculas del aire recuerdan la arena de las orillas del mar. Pero ahora, lo que más nos interesa, es la composición química de nuestro cuerpo.

Si vais a una tienda y compráis una batería para vuestra lámpara de bolsillo, tendréis un envase dentro del cual hay una caja de zinc con un electrodo de carbón en el centro — una pieza de carbono a veces tan delgada como un lápiz y una serie de productos químicos unidos estrechamente entre la caja exterior de zinc y el bastoncillo central de carbono. La masa del dispositivo es húmeda por dentro y seca por fuera. Colocáis esa batería dentro de la lámpara y cuando actuáis el conmutador obtenéis luz. ¿Por qué? Porque bajo ciertas condiciones, el carbono y las substancias químicas, reaccionan químicamente y producen una cosa que llamamos electricidad. El recipiente de zinc con sus productos químicos y su bastoncillo de carbono genera electricidad; pero, dentro de la batería, no hay electricidad; es un conjunto de substancias químicas, a punto de actuar bajo determinadas condiciones.

Algunas personas han oído decir que hay botes y buques de toda clase que pueden generar electricidad simplemente por el hecho de estar dentro del agua salada. Por ejemplo, ciertas condiciones, un bote o una embarcación cualquiera aunque esté ocioso en el mar, puede generar una corriente eléctrica entre planchas adyacentes de metales distintos. Desgraciadamente si el buque tiene, por ejemplo, el fondo de cobre conectado con las obras superiores de hierro, entonces como no se adopten dispositivos especiales, se producirá una «electrólisis» (con la corriente eléctrica) que corroerá juntura de ambos metales, eso es, el hierro y el cobre. Naturalmente que esto no pasa nunca porque se usa un «ánodo sacrificado». Una pieza de un metal como el zinc, el aluminio y el magnesio, es positiva en relación con otros metales comunes como el cobre o el bronce. El bronce, como es sabido suele usarse para fabricar los propulsores de los buques. Ahora bien; si el «ánodo sacrificado» se ata al barco o al bote por debajo de la línea de flotación y se conecta con otra parte metálica sumergida, esta parte sacrificada se corroe y gasta, evitando que el casco del buque o sus propulsores se deterioren. Este es el procedimiento usual en las embarcaciones y lo mencionamos al efecto de dar una idea de cómo funciona la electricidad y se produce de las más inusuales maneras. El cerebro produce electricidad por sí mismo. Dentro del cuerpo humano se hallan indicios de metales; incluso metales como el zinc, y huelga decir que el cuerpo humano tiene como base la molécula de carbono. Hay mucha agua en el cuerpo y también ciertas cantidades de substancias químicas, como son el magnesio, el potasio, etc. De todo esto resulta una corriente eléctrica, muy débil, pero que puede percibirse, medirse y ser registrada.

Un enfermo mental puede, por medio de adecuados instrumentos, ver registradas las ondas de su cerebro. En su cabeza se le colocan varios electrodos, y pequeñas plumas van registrando

una línea sinuosa sobre una tira de papel. A medida que el paciente piensa ciertas cosas, las plumas trazan cuatro delgadas líneas que tienen que ser interpretadas, y que indican el tipo de enfermedad que sufre aquella persona. Instrumentos semejantes son de uso corriente en los hospitales de enfermos de la mente.

El cerebro es, sin duda, una especie de estación receptora de los mensajes transmitidos por el Super yo, y el cerebro, a su vez, transmite mensajes, como son las lecciones aprendidas, las experiencias ganadas, etc., con destino al Super-yo. Estos mensajes se transmiten por medio de la «Cuerda de Plata», moléculas dotadas de una alta velocidad, 1as cuales vibran y ruedan a frecuencias en extremo divergentes, y comunican el cuerpo humano con el Super-yo humano.

El cuerpo, aquí en la Tierra, es parecido a un vehículo que se mueve por un control a distancia. El conductor es el Super-yo,. Todo el mundo ha visto aquellos coches de juguete que están conectados con el niño y que los maneja por medio de un cable largo y flexible. El niño aprieta un botón y hace que el coche se ponga en marcha, o se pare o haga marcha atrás. Dando vuelta a un volante que hay en el mando del cable, el coche es guiado. El cuerpo humano se puede comparar, en líneas muy generales, con este juguete. El Super-yo, que *no* puede bajar a nuestro mundo terrenal, para ganar experiencia envía acá en el suelo este cuerpo que somos *nosotros mismos.* Todo cuanto experimentemos, todo cuanto pensemos o escuchemos, sube para ser almacenado en la memoria del Super-yo.

Hay individuos sumamente inteligentes e «inspirados», que obtienen a menudo un mensaje directo — conscientemente —-del Super-yo, a través de la Cuerda de Plata. Leonardo da Vinci fue uno de estos que estuvo con más constancia en contacto con su Yo superior; y así, grabó con el sello de su genio casi todo lo que hizo. Los grandes artistas y músicos son aquellos que se hallan más próximos al Super-yo respectivo, quizás en una o dos «líneas» particulares; de este modo, cuando vuelven a sí mismos, componen o pintan cosas «inspiradas», que les han sido dictadas en su mayor o menor parte por los grandes poderes que nos controlan.

La Cuerda de Plata nos liga con nuestro Super-yo de una forma muy parecida a la que el cordón umbilical une al niño con su madre. El cordón umbilical es una cosa muy intrincada, muy compleja; pero resulta un trozo de cordel si la comparamos con la Cuerda de Plata. Ésta, consiste en una masa moléculas girando sobre unas frecuencias extremamente varias; pero es impalpable por lo que a nuestro cuerpo so la Tierra se refiere. Las moléculas están demasiado dispe para que los seres humanos corrientes puedan verlas. Los perros, como es sabido, pueden ser advertidos por «silbido silencioso», de otros perros, silbido inaudible p el hombre. De la misma forma, hay animales que pueden ver la Cuerda de Plata y el aura, ya que ambas

vibran según frecuencias que están dentro de la zona receptiva de la vista de dichos animales. A fuerza de práctica es completamente posible para un hombre extender la franja receptiva de su mirada, igual cómo un individuo débil, con práctica y ejercicio, puede levantar un peso que normalmente excedería con mucho de sus capacidades físicas, La Cuerda de Plata es una masa de moléculas, una masa de vibraciones. Se puede comparar con aquel rayo directo de ondas de la radio, que los científicos hacen reflejar de la Luna. Lo hacen para medir la distancia de la Tierra a su satélite, radiando aquél sobre la superficie de la Luna. Muy parecidamente sucede con la Cuerda de Plata entre el cuerpo humano y su humano Super-yo; es el método empleado por éste cuando se trata de comunicarse con su cuerpo terrenal. Todo cuanto hacemos, es conocido por el Super-yo. Las personas se esfuerzan para ser espirituales si caminan por «la derecha senda». Concretamente, si se esfuerzan hacia la espiritualidad y su esfuerzo tiende a lograr que les aumente la frecuencia de sus vibraciones en la Tierra, y de camino, por la Cuerda de Plata, aumentar la frecuencia vibratoria del Super-yo. El Super-yo transmite una parte de sí mismo al cuerpo humano para que así pueda aprender lo que estudia y servirse de las propias experiencias. Cada buena acción nuestra, aumenta nuestras vibraciones terrenales y astrales; pero si obramos mal con el prójimo, disminuimos el número de ellas. De esta forma, cuando nosotros jugamos una mala pasada a cualquier otro, descendemos un peldaño en la escala de la evolución, y, al contrario, cada buena acción nos hace subir de grado en la misma cuenta. Por esto es tan portante el seguir el viejo precepto budista que nos exhorta a “devolver bien por mal y no tener miedo de nadie, ni temer los actos de nadie, puesto que, devolviendo el bien por el mal y haciendo siempre el bien, siempre progresaremos hacia alto y nunca descenderemos a lo bajo».

Todos conocemos personas que son «unos tipos bajos». Una gran parte de nuestro conocimiento metafísico influye sobre el uso común. Lo mismo que sucede cuando decimos de una persona que «está negro», o de un «humor negro». Todo es ‘cuestión de las vibraciones, o de la forma en que el cuerpo, va1iéndose de la Cuerda de Plata, transmite al Super-yo, y de la manera como el Super-yo devuelve la impresión al cuerpo.

Hay personas que no pueden comprender el porqué de su inhabilidad para mantener contacto consciente con el Superyo. Es una cosa muy difícil sin una larga ejercitación. Supongamos que una persona se halla en Sudamérica y tiene que telefonear a otra en Rusia, tal vez en Siberia. Ante todo, tiene que asegurarse de que allí existe una línea de teléfono utilizable; después tiene que calcular la diferencia de tiempo entre los dos países. También hay que enterarse de si la persona a quien hemos de telefonear está disponible y puede hablar nuestra lengua. Finalmente, si las autoridades de aquel país permitirán que se le hable por teléfono. Es preferible, en este grado de la evolución, no presumir excesivamente sobre los intentos para ponerse en contacto con el Super-yo de una manera consciente. Ningún curso, ninguna información puede proporcionar en unas pocas páginas escritas lo que exige diez años de prácticas para conseguirse. Muchas personas son impacientes en exceso; esperan que les baste con leer un curso, e inmediatamente hacer todo lo que pueden hacer los maestros; mientras que los maestros han tenido que estudiar su vida entera y varias vidas antes de llegar *al* resultado. Leed este curso; estudiadlo; reflexionad sobre sus materias, y si queréis *abrir vuestra* mente, tenéis la iluminación segura. Hemos conocido varios casos en que algunas personas (principalmente *mujeres)* recibieron una cierta información y enseguida fueron capaces de percibir el etérico, o el aura o la Cuerda de Plata. Tenemos de ello experiencias para fortificar vuestras convicciones de que vosotros también podréis hacer lo propio, si os queréis permitir el tener fe.

LECCIÓN TERCERA

Hemos visto ya cómo el cerebro humano produce electricidad bajo la acción de substancias químicas, del agua y las muestras minerales que lo recorren y en las cuales es contenido. Lo mismo que el cerebro humano produce electricidad, la produce el cuerpo del hombre, porque la sangre que corre por las venas y arterias también acarrea dichas substancias químicas, rastros de minerales y agua. La sangre se compone, ante todo, de agua. El cuerpo entero está bañado de electricidad. No es ésta del tipo de electricidad que alumbra vuestro hogar o calienta vuestra cocina eléctrica. Hay que considerarla desde su procedencia magnética.

Si ponemos una barra imantada sobre una mesa, y encima de dicha barra una hoja de papel, y luego derramamos sobre el papel donde se esconde el imán una cantidad abundante de limaduras de hierro, veremos que éstas se alinean espontáneamente en una figura especial. Vale la pena de hacer el experimento. Basta con adquirir en cualquier ferretería, o almacén de material auxiliar de los experimentos de física un imán de los baratos; generalmente van a muy buen precio o podéis pedirlo prestado. Póngase una hoja de papel, procurando que aproximadamente el imán caiga en el centro de éste. Cómprense también en una tienda de objetos para la química, o donde sea, finas limaduras de hierro; no son nada caras. Espolvoréense sobre el papel, como si se tratase de sal o pimienta, las limaduras. Desde cosa de medio palmo largo de altura. Se verá entonces cómo las limaduras se alinean en una forma peculiar, que dibuja unas curvas que van de un cabo al otro de la barra imantada, coincidiendo con las líneas de fuerza del imán. Es el mejor camino para entender estas cosas y será de utilidad para vuestros estudios posteriores. ~ magnética es lo mismo que el etérico del cuerpo humano; el aura que lo envuelve.

Probablemente todos saben que un hilo que conduce una corriente eléctrica engendra un campo magnético a su alrededor. Si la corriente varía, eso es, si es «alterna» en lugar de «continua», entonces el campo magnético fluctúa y experimenta pulsaciones según los cambios de polaridad; parece regular su pulsación con la corriente alterna.

El cuerpo humano, que es una fuente de electricidad, tiene su campo magnético que lo envuelve. Es un campo que fluctúa mucho. El etérico — como lo llamamos — fluctúa o vibra tan rápidamente que es difícil que nos demos cuenta de su movimiento. Es lo mismo que, teniendo encendida una bombilla eléctrica en casa, por mucho que la corriente fluctúe cincuenta o sesenta veces por segundo, no podemos percibirlas; pese a que en algunos distritos rurales, o en algunos buques, las fluctuaciones son tan lentas que el ojo puede darse cuenta de las oscilaciones de la luz.

Si una persona se acerca demasiado a otra, muchas veces tiene la sensación de que se le pone la carne de gallina. Algunas personas — muchas — conocen cuando se les aproxima otra, Experiméntese con un amigo; pongámonos detrás y acerquemos un dedo a su nuca y después, toquémosle ligeramente. este, a menudo, no distinguirá entre ambas sensaciones: la de la proximidad y la del tacto. Esto es debido a que el etérico también es sensible al tacto.
Dicho etérico es el campo magnético que rodea al cuerpo humano (Fig. *3).* Es el pródromo del aura, su «núcleo», como si dijéramos. En varias personas, la envoltura del etérico sobresale unos tres milímetros alrededor de cada parte de] cuerpo, incluso de cada hilo individual del pelo. En otras personas puede extenderse unos centímetros, aunque sin pasar de unos dieciocho. El etérico sirve para medir la vitalidad de la persona. Varía mucho con los

cambios de salud. Si una persona ha ejecutado un duro trabajo en aquel día, entonces el etérico se halla como adherido a la piel. Con el descanso se puede extender por centímetros. Sigue con exactitud los contornos del cuerpo, tanto si se trata, éste, de una mole o de una menudencia. Refiriéndonos al etérico interesa hacer resaltar que si una persona se ve sometida a una gran tensión eléctrica, pero de reducido amperaje, entonces puede ser percibido el etérico, con un brillo a veces rosa, a veces azul, También una cierta condición del tiempo aumenta la visibilidad del etérico. Se produce en el mar y es conocido bajo el nombre de Fuego de San Telmo. Según el tiempo que hace, los palos y el cordaje aparecen contorneados de una luz fría, perfectamente inofensiva; pero que sobrecoge a los que ven el fenómeno por vez primera. Podría compararse con el etérico de una embarcación.



EL CAMPO ETÉRICO

Fig. 3.

Muchos habitantes del campo han sido testigos de que, en una, noche oscura o neblinosa, mirando a los cables de alta tensión que cruzan por encima de sus cabezas, han observado, según ciertas condiciones que se daban, una especie de nieblas brillando pálidamente, de un color blanquecino y azulado, que atemorizan al espectador y han infundido miedo a más de un campesino. Los ingenieros electricistas conocen este fenómeno, que llaman la corona de los cables de alta tensión, y que constituye una de las dificultades que tienen que resolver, por cuanto dicha corona, pasando por encima de los aisladores, puede ionizar al aire hasta el punto de poder provocar cortos circuitos que pueden estropear los relés y dejar regiones enteras a oscuras. En nuestros días las ingenieros adoptan disposiciones especiales y costosas para eliminar dicha corona. La corona del cuerpo humano es el etérico, y parece algo por el estilo en lo de las descargas de las líneas de alta tensión.

Muchas personas podrían ver lo etérico del cuerpo humano. a base de un poco de práctica, si quieren tener paciencia. Por desgracia, la gente se hace la ilusión de que existe algún camino rápido y barato para lograr los conocimientos y las facultades que han costado años a los Maestros. No se puede hacer nada sin la práctica; los grandes instrumentistas se ejercitan durante horas todos los días, y jamás interrumpen sus estudios. Debemos hacer como ellos, si queremos ser capaces de- ver el etérico y el aura del cuerpo humano. Uno de los caminos consiste en que una persona se nos preste voluntariamente a mostrarnos extendido su brazo desnudo. Debe situarse, con su brazo y su mano bien abierta unos centímetros, delante de un

fondo de color neutro o negro del todo. Mirad hacia el brazo y los dedos, no directamente sobre ellos, sino en su dirección. Requiere una destreza especial el hallar la forma de mirar al sitio indicado en la forma requerida. Si lo conseguís veréis, pegado al cutis del brazo, algo parecido a una niebla de color gris-azulado. Como se ha dicho, se extiende desde cosa de dos centímetros y medio hasta dieciocho a distancia del cuerpo. Muy a menudo podremos mirar hacia el brazo sin divisar otra cosa que éste; esto se debe a que aún no están maduros para el experimento; «los árboles no les dejan ver la selva». En este caso hay que abandonar y relajarse; a copia de práctica se verá que realmente allí hay algo.

Otro método es hacer las prácticas sobre uno mismo. Sentaos y poneos cómodos. Procurad que entre vosotros y cualquier otro objeto — silla, mesa o pared —**,** haya por lo menos cosa de un metro. Respirad fuerte, profundamente y con pausa. Entonces, extended del todo vuestros brazos, colocando vuestros cuatro dedos y los dos pulgares hacia arriba, de forma que establezcan contactos con sus yemas. Entonces separando vuestros dedos, que queden a un centímetro — o medio — el uno del otro, os daréis cuenta de «cierta cosa». Puede parecer como una niebla gris; o casi luminosa. Entonces, lentamente id separando vuestros dedos, cada vez de medio centímetro, y os apercibiréis de que allí «algo» existe. Este «algo» es el etérico. Si perdéis contacto, es decir, que este «algo» se disipa, entonces volved a empezar y haced de nuevo como antes. Es sólo cuestión de práctica. Digámoslo otra vez, para los grandes músicos mundiales todo se reduce a práctica, práctica y más práctica; de ella nace la buena ejecución. Para *vosotros* puede producir buenos resultados en las ciencias metafísicas.

Volved ahora a mirar vuestros dedos. Investigad cuidadosamente la débil niebla que corre del uno al otro. A fuerza de práctica podréis observar *que va* del uno al otro, desde la mano izquierda a la mano derecha o de ésta a la izquierda, no solamente según vuestro sexo, sino también vuestro estado de salud, o lo que estéis pensando en aquel momento.

Si encontráis una persona que quiera ayudaros, entonces podéis hacer prácticas de palma a palma de la mano. Si encontráis dicha persona, a ser posible del otro sexo que el vuestro que se siente en una silla, enfrente de la vuestra. Los dos, entonces, extended vuestras manos y vuestros brazos tanto como sea posible. Entonces lentamente poned sobre la palma de vuestro compañero, vuelta *hacia arriba,* la vuestra vuelta hacia abajo, de manera *que* casi hagan contacto. Cuando la separación llegue a no ser sino de cuatro o cinco centímetros, percibiréis corno una brisa, fría o caliente según los casos, que va entre vuestra palma y la suya. Sí percibís una corriente cálida, mover ligeramente vuestra mano, de manera que no esté en la línea directa de un dedo al otro, sino formando ángulo; la sensación de calor crecerá entonces. Este calor crecerá con la práctica. Cuando hayáis alcanzado este grado, si miráis cuidadosamente entre vuestra palma y la de la otra persona distinguiréis claramente el etérico. Es como el humo de un cigarrillo que no haya sido *respirado* por los pulmones — humo de un gris sucio —***;*** *mientras* que éste será de un matiz azulado limpio.

Digamos una vez más que el etérico no es más que la manifestación externa de las fuerzas magnéticas del cuerpo. A esto lo llamamos el «fantasma», ya que cuando una persona muere en buena salud, esa carga etérica subsiste durante cierto tiempo y puede segregarse del cuerpo y vagar como un fantasma sin seso, que es una cosa completamente distinta de una entidad astral. Trataremos de todas estas cosas más tarde. Pero todos hemos oído hablar de viejos cementerios en el campo, sin alumbrado alguno, etc. Algunas personas sostienen que pueden ver unas lucecitas azuladas, en la noche oscura, saliendo del emplazamiento de una tumba acabada de ocupar. Esto es verdaderamente la carga etérica que se disipa, exhalada por un cadáver reciente. Es algo semejante al calor que despide un caldero que haya estado hirviendo y que se le aparta del fuego. A medida que el caldero se enfría, la sensación del calor que de él se escapa también se va enfriando. Igualmente, cuando un cuerpo muere (hay grados

relativos en la muerte; recuérdese) las fuerzas etéricas cada vez se debilitan más. Puede darse que el etérico se conserve alrededor de un cuerpo difunto por varios días después de la muerte física de éste. Pero esa materia forma parte de otra lección.

Práctica, práctica y más práctica. Mirad vuestras manos, mirad vuestro cuerpo, experimentad con una persona amiga que quiera prestarse a todas estas prácticas, ya que sólo a través de ellas podréis percibir el etérico. Hasta que no podáis percibir a éste, os será imposible de ver al aura, que es una cosa mas sutil.

LECCIÓN CUARTA

Como vimos en la lección precedente, el cuerpo se halla rodeado por el etérico, que abarca todas y cada una de las partes de éste. Pero, extendiéndose más allá del etérico, esta el aura. Se parece al etérico en que también es de origen magnético. Pero la semejanza no pasa de aquí.

Podemos afirmar que el aura muestra los colores del Super-yo. Muestra si una persona es espiritual o carnal. También, si se encuentra en buena salud o mala, o si actualmente se encuentra enferma. Todo se refleja en el aura. Es la indicadora del Super-yo, o si preferís decirlo así, del alma. El Super-yo y el alma, naturalmente, son la misma cosa.

En esta aura podemos ver la enfermedad y la salud, el abatimiento y el éxito, el amor y el odio. Tal vez es mejor que no sean muchas las personas que puedan ver el aura en nuestros días. Ahora parecen cosas comunes el querer llevar ventaja sobre el prójimo, buscar el provecho a costa de nuestros semejantes, y el aura delata cada pensamiento tal como es, reflejando los colores y las vibraciones del Super-yo.

Es un hecho que, todas las veces que una persona se encuentra enferma sin esperanzas, su aura empalidece, y en algunos casos incluso se apaga antes de que muera dicha persona. Si un individuo ha tenido una larga enfermedad, entonces su aura desaparece antes de la muerte, dejando solamente el etérico. Al contrario, cuando una persona se muere por accidente mientras posee el aura en su apogeo, la conserva unos momentos después de la muerte clínica.

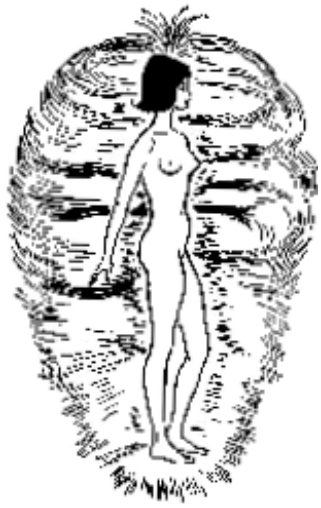
Llegando a este punto, puede ser oportuno intercalar algunas observaciones acerca de la muerte, ya que ésta no es como una corriente que se interrumpe o un recipiente que se vacía de golpe. Morir es un proceso más bien lento. No importa cómo una persona muere, aunque sea decapitada. La muerte no se instala en el cuerpo hasta pasado cierto numero de momentos. El cerebro, como hemos visto, almacena y genera una corriente eléctrica. La sangre proporciona las materias químicas, la humedad y los diversos metales, e inevitablemente esos ingredientes quedan almacenados en el tejido del cerebro. De este modo, el cerebro continúa funcionando de tres a cinco minutos después de la muerte clínica.

Varias personas han afirmado que tal o cual forma de ejecución es instantánea; pero esas afirmaciones son absolutamente risibles. Como lo afirmamos, incluso la cabeza separada del cuerpo puede funcionar todavía unos pocos minutos. Existe un caso que fue contemplado y registrado en crónicas en días de la Revolución francesa. Un llamado «traidor» fue guillotinado y el verdugo levantó por los cabellos la cabeza del ajusticiado, pronunciando estas palabras: «Esta es la cabeza de un traidor». El pueblo asistía entonces a las ejecuciones y las consideraba unas fiestas nacionales. Pues bien; el publico pudo ver, con horror, que los labios del guillotinado pronuciaban, sin que se escuchase su voz: «¡Esto es mentira!». Esto consta en los archivos oficiales de Francia. Todos los médicos y cirujanos os dirán que, al interrumpírsele el suministro de sangre, el cerebro tarda tres minutos en estropearse; por cuya razón, si el corazón deja de latir se hacen toda clase de esfuerzos para ponerlo otra vez en marcha lo más rápidamente posible.

Hemos hecho esta digresión para poner de manifiesto que la muerte no es instantánea, y

tampoco la disipación del aura. Es una verdad médica, sabida por los médicos forenses *y* los patólogos, que el cuerpo muere en varias etapas. Primero, el cerebro; después, el resto de los órganos, de uno a uno. Lo que más tarda en morirse son los cabellos y las uñas.

Igual como el cuerpo no muere instantáneamente, el aura se apaga de una forma graduada. Por esa razón, una persona dotada de clarividencia puede ver, por el aura, el porqué una determinada persona ha fallecido. El etérico es de una naturaleza distinta que el aura y puede subsistir por algún tiempo como un fantasma aparte; especialmente si la persona murió de una muerte violenta, súbita. Una persona llena de salud que conoce un final violento, tiene sus «baterías bien cargadas» y su etérico en pleno vigor. Con la muerte del cuerpo, el etérico se encuentra desligado y flota por su cuenta. Gracias a una atracción magnética visitará indudablemente los sitios *que* tenía acostumbrados en vida, y si *una* persona que es clarividente, o que se halla muy excitada (es decir, que tiene sus vibraciones aceleradas), ropa con aquel etérico, puede verle *y* exclamar: "¡Oh. Éste es el fantasma de Fulano de Tal!"



LAS PRINCIPALES LÍNEAS DEL AURA

Fig. 4.

El aura es de una materia más sutil que el comparativamente rudimentario etérico. El aura, en realidad, es mucho más perfeccionada, con respecto al etérico, de lo que este ultimo lo es con relación al cuerpo físico. El etérico «se desliza» sobre el cuerpo como una funda completa que sigue los contornos de éste. Pero el aura se extiende para formar una especie de cáscara en forma de huevo alrededor del cuerpo (figura 4). Puede pasar del metro ochenta de altura, por un diámetro de metro veinte en su parte más ancha. Está distribuido de forma que el cabo más agudo corresponde a los pies y el más ancho. a la cabeza del ser humano. El aura consiste en unas radiaciones de brillantes colores, que van de varios centros del cuerpo a otros.

Dice un viejo proverbio chino: «Una pintura equivale a mil palabras». De manera que, para ahorrarnos unos pocos miles de palabras, insertaremos un dibujo, y sobre dicho dibujo indicaremos las líneas de fuerza del aura, viniendo de varios centros y dirigiéndose a otros, así como su forma total de cáscara de huevo.

Debemos aclarar que el aura existe aunque el estudiante no pueda percibirla por el momento. Tampoco podemos ver el aire que respiramos, y es muy dudoso que el pez pueda ver el agua dentro de la cual se mueve. El aura, pues, es una fuerza vital. Existe, si bien las personas sin la debida formación no pueden darse cuenta de ella. Es posible poder ver una aura sirviéndose de algunos equipos, entre ellos varios tipos de antiparras que se pueden aplicar sobre nuestros ojos; pero, por todo ¡o que he podido saber de esos instrumentos, parece ser que son en extremo dañinos para la vista; ponen a prueba vuestros ojos; los obligan a mirar de formas anti-naturales. De manera que no podemos recomendar ni por un momento dichas antiparras que pretenden hacernos capaces de ver el aura, ni aquellos dispositivos formados de dos láminas de vidrio entre los cuales se pone un tinte especial y por lo general *muy* caro. Aconsejamos no abandonar la práctica y, con un poco de fe y otro poquito de buena guía, llegaréis a ser capaces de ver el aura. La mayor dificultad para ver el aura es que la mayor parte de las personas no cree que jamás pueda verla.

El aura, como hemos dicho, es de diversos colores; pero tenemos que puntualizar que, refiriéndonos a colores, nos concretamos a una parte especial del espectro. En otras palabras, aunque nos valgamos de la palabra «color», también podríamos citar la frecuencia de esta onda que llamamos «roja» o «azul». El rojo, digámoslo de pasada, es uno de los colores! más fáciles de ver. El azul no es tan fácil. Hay personas que no pueden distinguir el azul; otras el colorado. Si uno esta en presencia de una persona que pueda ver el aura, tiene que ir con cuidado de no decir algo que no sea verdad; porque, si decís mentira, el que ve el aura se dará cuenta enseguida. Normalmente, una persona tiene un «halo» de color o azulado, o bien amarillento. Si se miente, se producen rayos de un amarillo verdoso a través del halo. Se trata de un color difícil de explicar; pero, una vez visto, ya no se olvida. Así es, que al contar un embuste, uno se delata inmediatamente por los efluvios amarillo-verdosos que se producen a través del halo que se encuentra en la cúspide del aura.

Podemos decir que el aura se extiende desde la base hasta los ojos y entonces se ve una capa radiante amarilla o azul, que es el halo o nimbo. Entonces, en la misma cima del aura surge una especie de fuente de luz, conocida en Oriente con el nombre de “loto florido”, ya que ciertamente parece dichaflor. Se compone de un intercambio de colores y, para la imaginación, se aparece como si se abriese un loto de siete pétalos.

Cuanto mayor sea la espiritualidad de una persona, más tiende al color amarillo de azafrán su halo o nimbo. Si una persona tiene pensamientos turbios, esta parte de su aura se convierte en un desagradable marrón barroso, orlado de aquel color bilioso, verdoso-amarillento, que denuncia la mentira.

Estamos en la creencia de que hay muchas más personas de lo que parece, capaces de percibir el aura. Muchos ven, o tienen la sensación del aura sin saber lo que ven en realidad. Es muy corriente, hablando, que una persona diga que le sienta bien tal o cual color, y que no puede llevar tal o tal otro. Instintivamente sabe que chocaría con su aura: Os habrá sucedido de ver una persona que viste unos colores que os parecen imposibles según vuestra opinión particular. No veis el aura; pero, siendo vosotros más sensibles que vuestro amigo tan mal vestido, sentís que aquellos colores se pegan de bofetones con su aura. Bastantes personas, pues, poseen el sentido, la experiencia o alguna percepción del aura; sólo que, habiendo sido enseñados desde su infancia que todo esto eran tonterías, se han hipnotizado a sí mismos y creen que, *a ellos,* no les será posible ver esas cosas.

También es un hecho el que una persona puede influir sobre su salud llevando ropa de ciertos colores. Si se llevan colores que choquen con el aura de la persona, ésta se sentirá incómoda o preocupada hasta que no adopte un color que le vaya bien. Vosotros podéis experimentar que

ciertos colores particulares, en una habitación, os irritan o bien os halagan la vista. Los colores, al fin y al cabo, no son más que diferentes nombres de las vibraciones. El colorado es una vibración; el verde, otra, y el negro, otra. Y, del mismo modo que las vibraciones sonoras pueden chocar y producir disonancias, también las vibraciones que llamamos «colores» pueden tener sus choques y crear desarmonías espirituales.

Librodot

LECCIÓN QUINTA

El Aura y sus colores

Todo sonido musical es una combinación de vibraciones armónicas, que dependen de que sean compatibles con sus vecinas. Toda falta de relación numérica produce un sonido «ingrato», un sonido que no es agradable al oído. Los músicos procuran producir sólo sonidos que sean agradables.

Como en la música, se produce en los colores, puesto que éstos son también vibraciones, aunque éstas se encuentren ligera. mente apartadas de aquéllas, en el espectro general de la percepción humana. Podemos contemplar colores puros que nos agraden y nos eleven el ánimo. O bien colores *que* nos irriten, que nos atormenten los nervios. En el aura humana se distinguen varios colores diferentes, con sus matices. Algunos de ellos sobrepasan los límites de la percepción de aquellos observadores que no se han ejercitado en ello; de manera que carecen de nombre universalmente aceptado.

Asimismo existe, como sabéis, el silbido «silencioso» del perro. Eso es, que resuena con una frecuencia de vibraciones que ningún oído humano puede captar, y, en cambio, lo oyen los perros. En el extremo opuesto de la escala, existen sonidos graves que el hombre percibe y el perro, no; los sonidos graves se le escapan.

Supongamos que desplazamos la escala de sonidos que puede percibir un ser humano hasta que éste pueda oír el silbido del perro. De la misma forma, si podemos desplazar hacia arriba nuestra vista, veremos el aura humana. Pero hay que andar con cuidado, so pena de perder la percepción del negro o del morado.

* El autor se refiere a la música usual; no a la experimental. (Nota *del T.)*

No seria razonable pretender dar una lista completa de los innumerables colores que existen. Limitémonos a los más corrientes y acusados. Los colores básicos cambian a medida de los progresos que efectúa la persona cuya aura contemplamos. Cuando una persona crece en espiritualidad, también evolucionan sus colores. Si una persona tiene la desdicha de retroceder en la escala del progreso, sus colores básicos se alteran por completo, o mudan de matiz. Los colores básicos (de los que se hablará enseguida), nos muestran la persona también «básica». Los innumerables matices indican los pensamientos e intenciones, así como el grado de espiritualidad. El aura forma remolinos y se desliza como un arco iris singularmente intrincado. Los colores corren alrededor del cuerpo en crecientes espirales, y también caen de la cabeza a los pies. Pero esos colores son muchos más que los que jamás se vieron en un arco iris; éste es una mera refracción de cristales de agua — simples objetos —, al paso que el aura es la vida misma.

Damos a continuación unas notas de unos pocos colores, ya que es imposible tratar de otros hasta que no se conoce esta lista:

Rojo

En su buena forma, el rojo indica una sana fuerza impulsora. Los buenos generales y jefes políticos de las masas tienen una gran cantidad de rojo en sus auras. Un tinte particularmente claro de rojo, con los bordes de un amarillo claro, indica una personalidad de «cruzado» (que se desvive por ayudar a sus semejantes). Mucho cuidado en no confundirle con el vulgar «metomentodo>, cuyo «rojo» es, en cambio, «marrón». Franjas de color rojo, emergiendo del sitio donde está un órgano, indican que éste se halla en magníficas condiciones de salud. Algunos de los gobernantes de renombre mundial tienen una gran cantidad de rojo en el conjunto de su aura, Lástima que, en demasiados casos, se halle contaminado por degradantes sombras.

Un rojo de mal aspecto, fangoso o excesivamente oscuro, indica un carácter malo o vicioso. Aquella persona es informal, pendenciera, traidora, afanosa de provecho propio en detrimento de su prójimo. Un rojo opaco invariablemente indica depresión nerviosa. Una persona dotada de un rojo «malo» puede ser físicamente robusta. Por desgracia, también puede ser fuerte para el mal. Hay asesinos que tienen un rojo degradado en sus auras. Como más ligero sea el rojo *(ligero,* que no *claro)* la persona será más nerviosa e inestable. Una persona es muy activa, incluso con exceso, y no puede permanecer quieta más que unos escasos segundos. Seguramente, ella es muy egocéntrica. Los colores rojos alrededor de los órganos denotan su estado. Un rojo opaco, o tirando a marrón, con lentas pulsaciones sobre el sitio donde está un órgano, es señal de cáncer. Se puede ver si el cáncer está allí *o si todavía es incipiente.* El aura indica qué clase de enfermedades están a punto de atacar al cuerpo, a menos de que se adopten medidas curativas. Eso en el futuro va a ser la utililidad de lo que podremos llamar «auroterapia».

Un rojo punteado y centelleante, procedente de los maxilares, anuncia dolor de muelas; un marrón opaco, pulsando en el halo, delata el miedo ante la perspectiva de tener que ir al dentista. El color escarlata lo «llevan» todos cuantos están demasiado enamorados de sí mismos. Es el color del falso orgullo; del orgullo sin fundamento. Pero el escarlata lo vemos situado alrededor de las caderas de las damas que venden «amor» contra la moneda de] Reino. Esas damas, por lo general, no se interesan por el sexo como tal; para ellas es simplemente un medio de ganarse la vida. De este modo, el presumido y la prostituta comparten los mismos colores en sus respectivas auras.

Siguiendo con el grupo «rojo», el rosa (que no es, en realidad, más que el coral) es signo de inmadurez. Las jovencitas menores de los veinte ostentan el rosado en vez del colorado de cualquier clase. En el caso de una persona adulta, el rosa corresponde a un infantilismo e inseguridad. Un rojo oscuro, color de hígado crudo, indica un sujeto ciertamente nada recomendable. Una persona a la que hay que evitar, porque nos ocasionaría quebraderos de cabeza. Cuando dicho color se ve sobre *un* órgano, quiere decir que éste se halla *muy* enfermo y si se produce sobre un órgano vital es señal de una muerte próxima.

Todos aquellos que ostentan el color *rojo* al final del esternón, tienen alteraciones nerviosas. Tienen que aprender a controlar sus actividades y vivir con más calma, si quieren disfrutar de una vida larga y tranquila.

Anaranjado

El color naranja, en realidad, es una rama del encarnado; pero le rendimos el homenaje de reservarle una clasificación propia porque algunas religiones del Oriente lejano consideran el naranja como el color del Sol y lo reverencian. Por esta razón hay tanto color anaranjado en aquellas tierras. Por otro lado, atentos a mostrar la cara y la cruz de la moneda, añadiremos que otras religiones sostienen que el azul es el color del Sol. Mas, no importa nuestra opinión en el asunto; el naranja es un color básicamente hermoso, y las personas con un acertado matiz anaranjado en su aura son gente considerada para con sus semejantes; son humanos y hacen todo lo posible para ayudar a los demás, que no han sido tan afortunadamente dotados. Un amarillo anaranjado es un color muy deseable, que denota dominio de sí mismo y posee diversas virtudes.

Un anaranjado tirando más o menos hacia el marrón es señal de ser una persona perezosa que todo lo trata con negligencia. Un marrón anaranjado también indica trastornos en los riñones. Si está situado sobre los riñones y tiene una mancha mellada de color gris, denota la presencia de cálculos renales.

Un anaranjado teñido de verde delata una persona a quien le gusta el pelear por el solo gusto de pelear; y cuando nosotros hayamos progresado hasta el punto de poder percibir los matices dentro de los colores, obraremos prudentemente evitando todo trato y discusión con personas que tienen algún trazo verde entre su anaranjado, puesto que sólo saben ver «blanco y negro» y les faltan imaginación, percepción y discernimiento para darse cuenta de que hay matices de conocimiento, de opinión, así como de color.

Las personas afectadas por el verde-anaranjado no acaban nunca de argüir, sólo por el gusto de argüir, sin que les preocupe si sus argumentos son verdaderos o falsos; para ellos, la cosa está en el argüir sin parar.

Amarillo

Un amarillo dorado indica que su posesor está dotado de una naturaleza muy espiritual. Todos los grandes santos tienen halos de oro alrededor de sus cabezas. A mayor espiritualidad, más brillo de aquel amarillo dorado. Haciendo una digresión, añadiremos que todos los que poseen una extraordinaria espiritualidad, también tienen el añil en su aura; pero ahora se habla del amarillo. Todos cuantos ostentan este color se hallan en buena salud espiritual y moral. Siguen rectamente por la Senda, y de acuerdo con su exacto matiz de amarillo, tienen muy poco que temer. Una persona dotada de un amarillo brillante puede estar completamente segura; si el amarillo es degradado (como el color de algunos malos quesos), que es cobarde por naturaleza; de esos que la gente dice «es amarillo». Es muy común que se vea el aura de las personas, y muchos de esos dichos populares se hallan en todas las lenguas desde tiempos atrás. Pero un amarillo feo es signo de ser una mala persona; uno que tiene miedo continuamente de todo. Un amarillo rojizo no es del todo favorable porque indica una timidez

mental, moral y física. Las personas con ese color cambiarán una religión por otra, siempre en busca de algo que no se puede alcanzar en cinco minutos. Les falta voluntad de permanencia; no pueden fijarse en nada si no unos breves momentos. Una persona que tenga el amarillo rojizo y el rojo castaño en su aura, siempre corre en pos del sexo opuesto, siempre sin sacar nada. Merece ser notado que una persona pelirroja y que tiene el rojo amarillo en su aura, será muy combativa, muy agresiva y muy llevada a interpretar toda observación que se le haga como un insulto personal. Esto se refiere particularmente a los que tienen el pelo rojo y el Cutis rojizo y a menudo pecoso.

Muchos de esos matices amarillentos y rojizos indican que la persona que los tiene está afligida por un gran complejo de inferioridad. Cuanto más rojo haya en el amarillo, mayor será este complejo. Un amarillo tirando a castaño denota pensamientos muy impuros y un pobre desarrollo espiritual. Muchos individuos de esta calaña o catadura poseen este rojo-castaño-amarillo y, en el caso de ser particularmente malo, se les añade como una argamasa verde que mancha con puntos el aura. Son gente que casi nunca pueden ser salvados de su propia demencia.

Todo amarillo tirando a castaño indica pensamientos impuros y que la persona afectada por este color no conserva siempre la senda recta y breve. Por lo que hace a la salud, el amarillo verdoso es signo de padecimientos del hígado. Cuando este color gravita hacia un amarillo-castaño-rojizo, significa que los males son principalmente de naturaleza social. Una persona aquejada de una enfermedad social invariablemente tiene una zona de castaño oscuro y amarillo, también oscuro, alrededor de sus caderas. A menudo dicha zona está moteada con algo que parece polvo colorado. Con el color castaño que se va pronunciando cada vez más sobre el amarillo, y a veces mostrando franjas dentadas, nos damos cuenta de que la persona está enferma de la mente. Un individuo que posee una doble personalidad (en el sentido de la psiquiatría) muy frecuentemente presenta la mitad del aura de un amarillo azulado y la otra de un amarillo tirando a marrón y a verde. Es una combinación absolutamente desagradable.

El amarillo dorado puro, con el cual hemos dado principio a esta sección, debe ser siempre cultivado. Puede ser alcanzado por una continua pureza de pensamientos y de intenciones. Todos tenemos que pasar por el amarillo brillante antes no hagamos nuevos progresos por la senda de la evolución.

Verde

El verde es el color de la curación, de la enseñanza y el del crecimiento físico. Muchos grandes médicos y cirujanos tienen una abundancia de verde en su aura; también de rojo y, cosa curiosa, ambos colores se mezclan armoniosamente y sin discordia entre sí. El rojo y el verde, cuando se ven el uno al lado del otro, en diversas materias, muchas veces chocan e irritan; pero, situados en el aura, gustan. Verde con una cantidad proporcionada de rojo indica un gran cirujano, un hombre muy competente. El verde, solo sin el rojo, un médico muy

eminente que conoce su profesión; o una enfermera, cuya vocación es su profesión y sus amores. El verde, mixto con una dosis proporcionada de azul, anuncia éxitos en la enseñanza. Algunos grandes profesores tienen el verde en sus respectivas auras y franjas o estrías de un azul movedizo, una especie de azul eléctrico, y muchas veces, entre el azul y el verde hay pequeñas tiras de amarillo-dorado que indican que el profesor es de aquellos que se preocupan cordialmente por el bienestar de sus discípulos y tienen la necesaria altura espiritual para enseñar los temas más elevados.

Todo cuanto tiene que ver con la salud de las personas y de los animales se traduce por una elevada cantidad de verde en la composición de sus auras. No se llega al nivel de los más grandes cirujanos o médicos; pero todo el mundo, no importa cuál, si tratan de la salud de las personas, de los animales o plantas, tienen una cierta cantidad de color verde en sus auras. Parece como la insignia de su profesión. El verde no es, con todo, el color dominante; casi siempre se halla subordinado a otro color. Es un color benéfico e indica que el que lo posee con abundancia es una persona amistosa, compasiva y considerada para con los demás. Si un individuo presenta un verde-amarillento, de todos modos no podemos fiarnos de él, y en la medida misma de la mezcla de un amarillo desagradable con un verde repugnante, asimismo será la confianza que nos merezca. Los timadores tienen una aura verde-amarillenta (son gente que sabe hablar a sus víctimas de una manera amable y luego les quitan engañosamente el dinero). Tienen una especie de argamasa verde a la cual se une su amarillo. A medida que el verde tiende al azul — generalmente un agradable azul celeste o azul eléctrico — más digna de confianza es una persona.

Azul

Este color, a menudo se describe como el del mundo espiritual. También denota habilidad intelectual como cosa distinta de la espiritualidad; pero, naturalmente, tiene que ser, dicho azul, del matiz justo; con este matiz es un color ciertamente muy favorable. El etérico es de un tinte azulado, un azul parecido al que exhalan los cigarrillos antes de ser aspirados y expirados por la boca, o también, el humo de la leña ardiendo. Cuanto más brillante sea el fuego, más vigorosa la salud de la persona. El azul pálido es el color de las personas que tienen que ser empujadas para que adopten cualquier decisión de provecho. Un azul más oscuro es el de una persona que está haciendo progresos, que es laboriosa. Más oscuro indica una persona hábil en las tareas de la vida y que ha encontrado ciertas satisfacciones en su trabajo. Esos azules más oscuros se hallan a menudo entre aquellos misioneros que lo son en virtud de una «vocación» decidida. No se hallan entre aquellos otros misioneros que no pasan de aspirar a una tarea que puede permitirles dar, tal vez, la vuelta al mundo con los gastos pagados. Podemos juzgar a las personas por el vigor de su amarillo y la oscuridad de su azul.

Añil

Vamos a clasificar el añil y el violeta dentro de la misma categoría, dado que sus matices se confunden y se pasa insensiblemente del uno al otro y muy frecuentemente dependen entre sí. Las personas que ostentan dicho color en su aura de una manera manifiesta, son gente de profundas convicciones religiosas, que no se contentan con profesar exteriormente una religión. Esto constituye una gran diferencia; algunas personas dicen que son religiosas; otras dicen creen serlo; pero hasta que no se sea capaz de ver con certitud su aura, no se puede decir de ellas nada que sea seguro. Si una persona tiene un toque rosado en su añil, ésta será

quisquillosa y desabrida, sobre todo para con las personas que se encuentren bajo la dependencia de dicho sujeto. El tinte rosado en el añil es un toque degradante, roba una porción de su pureza al aura. De pasada, digamos que las personas que presentan colores añil, violeta o morado en sus respectivas auras padecen trastornos del corazón y desórdenes del estómago. No les sientan bien ni los fritos ni la comida, por poco grasienta que sea.

Gris

El gris es un modificador de los colores del aura. En sí, carece de significación, excepto la de que la persona está muy poco evolucionada. Si la persona a quien contemplamos no está evolucionada, presenta normalmente grandes franjas y manchas de gris; pero, corrientemente, nunca miraréis el cuerpo desnudo de una persona sin evolucionar. El gris, en un color, delata una debilidad de carácter y una pobreza general de salud. Si alguien tiene zonas grises sobre algún órgano, eso indica un peligro de fallo de la salud de éste, o ya está enfermo y hay que curarlo inmediatamente. Una persona con una espesa y dolorosa jaqueca, tendrá una nube como de humo gris que le atraviesa el halo o nimbo, y no importa de qué color sea éste, sus pulsaciones seguirán el ritmo de las punzadas de la jaqueca que le aflige.

LECCIÓN SEXTA

Con todo lo dicho, es obvio que todo cuanto existe es vibración. Así, a través de todo lo existente, hay algo que podríamos llamar un gigantesco teclado, formado por todas las vibraciones que pueden haber existido siempre. Imaginémonos que se trata de un inmenso piano, extendiéndose por infinitas magnitudes. Imaginémonos, también, que nosotros somos hormigas, y que sólo podemos escuchar unas muy pocas notas. Las vibraciones corresponden a las diferentes teclas de piano. Una nota, o tecla, cubriría todas las vibraciones que llamamos «tacto», la vibración que es tan lenta, tan «sólida» que la sentimos más que verla o escucharla (fig. *5).*



EL TECLADO SIMBÓLICO

Fig. 5

La nota siguiente sería el sonido. Esto es, la nota que cubre todas estas vibraciones que activan el mecanismo interior de nuestros oídos. No podemos percibir con nuestros dedos estas vibraciones; pero nuestros oídos nos dicen que se trata del «sonido». No podemos oír una cosa que sólo puede ser objeto del tacto; ni podemos apreciar por el tacto lo que debe ser oído.

De este modo habremos cubierto dos notas del teclado de nuestro piano.

La nota siguiente será la vista. Aquí también tendremos una vibración de tal frecuencia (esto es, vibrando tan rápidamente) que no podemos tocarla ni escucharla; pero afecta a nuestros ojos y se llama la «vista».

Mezclada con esas tres notas hay otras de la misma frecuencia, o zona de frecuencias, que

llamamos «radio». Una nota más alta nos conduce a la telepatía, la clarividencia y otras manifestaciones de poderes emparentados con estas últimas. Pero el punto esencial es el de la verdaderamente inmensa cantidad de grados de frecuencias, o de vibraciones. El hombre sólo puede percibir una extensión ciertamente escasísima de ellas.

La vista y el sonido están estrechamente relacionados, de las maneras. Podemos obtener un color y decir que es nota musical, puesto que existen instrumentos electrónicos que pueden transformar un color determinado en una determinada. Si esto parece difícil de comprender, hay considerar lo siguiente: las ondas de la radio, eso es, música, palabras y hasta imágenes, están continuamente en casa, a donde vayamos y hagamos lo que hagamos. Nosotros, sin el auxilio de ningún aparato, no podemos percibir estas ondas de la radio; pero con un aparato especial, al que llamamos «radio», que capta las ondas y, si lo preferís, traduce las frecuencias de la radio en frecuencias auditivas, podemos escuchar los programas de las emisoras y hasta ver las imágenes de la televisión.

De la misma manera, podemos tomar un sonido y decir concuerda con un color, y viceversa, afirmar que un color corresponde a un sonido determinado. Esto es muy conocido en Oriente, y creemos que verdaderamente tiene que influir positivamente en la apreciación que hagamos de una obra de por ejemplo, cuando miramos un cuadro e imaginamos un acorde que resultaría de aquellos colores si los transportásemos a la música.

Todos sabemos que Marte es también conocido por «el Planeta Rojo». Marte es el planeta rojo, y el rojo de cierto tono — el rojo básico — tiene una nota musical que corresponde al «do».

El anaranjado, que es parcialmente rojo, corresponde con la nota re. Entre las creencias de algunas religiones se establece que el anaranjado es el color del Sol; otras religiones dicen que el color del Sol, es el azul. Preferimos creer que el Sol es anaranjado.

El amarillo corresponde al «mi» y el planeta Mercurio es el «regente» del amarillo. Todo esto, naturalmente, procede de la mitología oriental; igual que los griegos tuvieron sus dioses y diosas que cruzaban el firmamento en sus carros flamígeros los pueblos del Oriente tienen sus mitos y leyendas; pero todas vestían sus planetas con diversos colores, y decían que tal y cual cual color era regido por tal y cual planeta.

El verde tiene una nota musical correspondiente al «fa». Es nota un color de crecimiento, y algunos afirman que el crecimiento que de las plantas puede ser estimulado con notas musicales adecuadas. Aunque no tengamos experiencia personal de este hecho particular, poseemos una información procedente de fuentes dignas de crédito. Saturno es el planeta que controla el Las de verde. Es interesante observar que los antiguos derivaron estos colores de las sensaciones que recibían contemplando un determinado planeta entregados a la meditación. Varios de los antiguos meditaron en las cumbres más altas de la Tierra, en los genes altos picos de los Himalayas, por ejemplo, y cuando se esta a muchos miles de metros de altura se deja mucho aire atrás, y que los planetas se ven más claros y las sensaciones son más agudas. De este modo los sabios de la Antigüedad establecieron las normas sobre los colores.

El azul corresponde a la nota «sol». Como hemos dicho antes, en algunas creencias religiosas se contempla el azul como el color del Sol; pero como sea que seguimos la tradición oriental, decidimos que el planeta del azul es Júpiter.

El añil es «la» de la escala musical y en Oriente se cree regido ‘lane- por Venus. Venus,

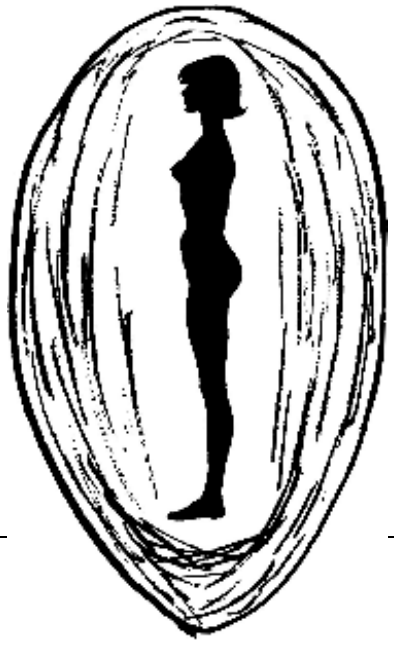
cuando está bien aspectada, eso es, cuando tono reparte beneficios a los humanos, concede habilidad artística y pureza de pensamiento. Proporciona el mejor tipo de carácter.

Únicamente cuando está conectada con las personas de la más baja vibración, Venus conduce a diversos excesos.

El violeta corresponde a la nota «si» y es regida por la Luna. Aquí también, si nos hallamos bajo el buen aspecto de la Luna, o del color violeta, éstos comunican claridad al pensamiento, espiritualidad e imaginación controlada. Pero si el aspecto es malo, entonces se producen las perturbaciones mentales que hacen a un individuo «lunático».

Librodot

En la parte exterior del aura existe un envoltorio que encierra totalmente al cuerpo humano, su etérico y al aura mismo. Parece como si el conjunto del ser humano, con el cuerpo físico en el centro, luego el etérico y luego el aura, estuviesen metidos en un saco. Imagínese de esta forma: tenemos un huevo de gallina como todos. Dentro está La yema, que corresponde a nuestro cuerpo. Después están las claras, que corresponden al etérico y al aura. Pero en el huevo, entre la clara y la cáscara, vemos una especie de pellejo muy blando. Cuando hervimos un huevo y levantamos La cáscara, podemos pelar esta película. El conjunto del hombre es parecido. Está encerrado por La especie de pellejo que lo cubre. este es completamente transparente y, bajo el impacto de las ondulaciones y temblores del aura, ondula un poco; pero siempre tiende a recobrar su forma de nuevo, como un globo siempre recobra su esfericidad por cuanto su presión interior es mayor que la externa. Podemos hacernos cargo visualmente imaginando el cuerpo, el etérico y el aura contenidos dentro de un saco muy delgado de celofán, en forma de huevo (fig. 6).



LA FUNDA ÁUREA

Fig. 6.

Cuando pensamos, proyectamos desde el cerebro, a través del etérico y del aura, sobre este «cutis áurico». Allí, sobre la superficie exterior de esta cubierta, se producen imágenes de nuestros pensamientos. Como en otras veces, para explicarlo, damos un ejemplo basado en la radio o la televisión. En el cuello de un tubo de televisión, lo que se conoce bajo el nombre de «cañón electrónico», dispara electrones rapidísimamente sobre una pantalla fluorescente, que es la pantalla del televisor. A medida que los electrones se pintan sobre un revestimiento especial que está en la parte interior de la pantalla, éste se pone fluorescente; es decir, hay allí un punto luminoso que persiste por un tiempo suficiente para que nos quede una «memoria residual» de aquel punto. De esta manera, el ojo contempla la totalidad de las imágenes sobre la pantalla del televisor. Paralelamente a las variaciones del transmisor, cambian las imágenes.

De un modo muy parecido, los pensamientos son emitidos por el transmisor — nuestro cerebro — y llegan a la cubierta del aura. Allí los pensamientos se pintan y forman imágenes que pueden ser vistas por un clarividente. Pero no sólo se ven nuestros pensamientos actuales, sino todos los que han existido anteriormente.

Es muy fácil para un Adepto mirar a una persona y ver en la cubierta del aura alguna de las cosas que dicha persona hizo durante sus dos o tres vidas anteriores. Esto puede parecer fantástico para los que no son iniciados; pero es perfectamente exacto.

La materia no puede destruirse. Todo cuanto existe, sigue siendo. Si producimos un sonido, la vibración de éste — la energía que lo causa — persiste para siempre. Si, por ejemplo, nos es posible viajar en un instante hasta un planeta muy lejano, podremos ver, en la suposición de que dispongamos de instrumentos adecuados, imágenes que se produjeron miles y miles de años atrás. La luz tiene una velocidad definida y jamás empalidece; de manera que si nos trasladamos — instantáneamente — lo bastante lejos de la Tierra, podremos ver su creación. Pero, todo esto, nos llevaría lejos de lo que estamos hablando. Debemos precisar que el subconsciente, como no está controlado por la conciencia, puede proyectarnos imágenes de cosas que se encuentran más allá de lo que ésta alcanza. Y que una persona dotada de suficientes facultades de clarividencia puede conocer, sin dificultad, qué clase de persona es aquella que tiene enfrente. Esto es una forma avanzada de psicometría, que podríamos llamar «psicometría visual». Más adelante trataremos de la psicometría.

Todos los que posean alguna percepción o sensibilidad pueden sentir el aura, aun cuando no puedan verla. ¿Cuántas veces os habrá sucedido que instantáneamente os atrae — o, al contrario, repele — una persona antes de haber cambiado una sola palabra con ella? La percepción inconsciente del aura explica nuestras simpatías y antipatías. Todos podemos verla; pero los abusos de toda clase pueden hacernos perder aquella facultad. En los siglos venideros no habrá nadie que no esté facultado para practicar la telepatía, la clarividencia, etcétera.

Procedamos más adelante en lo de las simpatías y antipatías; cada aura se compone de varios colores y listas de colores. Es necesario que los colores y las listas liguen entre sí recíprocamente para que dos personas sean compatibles. Esto es la causa de que un marido y

su mujer sean compatibles en una o dos cosas y completamente incompatibles en el resto. Ello es debido a que la forma particular de la onda que posee una de las personas encaja sólo parcialmente con la onda de la otra.

Decimos, de dos personas, que están en dos polos opuestos; es el caso de la incompatibilidad rotunda. Si preferimos mirarlo por otro lado, diremos que las personas que son compatibles poseen auras respectivas, cuyos colores se funden y armonizan, al paso que las incompatibles tienen sus auras fabricadas de colores que chocan y que irritan la sensibilidad de quienes las contemplan.

Las personas proceden de varios tipos. Sus vibraciones tienen frecuencias comunes. Las personas de un tipo «común» tienden a ir en grupo. Se pueden ver rebaños de muchachas siempre juntas, y de mozalbetes holgazaneando por las esquinas o formando bandas. La causa se debe a que todos ellos — o ellas — tienen frecuencias comunes o tipos comunes de aura; por eso dependen los unos de los otros, ejercen una influencia magnética recíproca, y la personalidad más fuerte del grupo será la que dominará, para bien o para mal. Los jóvenes tienen que ser educados con disciplina y autodisciplina, a fin de que sean controlados sus impulsos más primarios, si la raza tiene que mejorar.

Como se ha dicho, el cuerpo humano está centrado dentro de el envoltorio en forma de huevo que le rodea, centrado dentro del aura; ésta es la posición normal para casi todos, las personas corrientes y que gozan de buena salud. Cuando una persona sufre una enfermedad mental, no está debidamente centrada. Muchas personas dicen: «Hoy no estoy en mi centro». este es el caso; la persona se halla proyectada en un rincón del ovoide. La gente que posee una doble personalidad es completamente distinta de la corriente; puede muy bien tener la mitad del aura de un color y la otra de otro completamente distinto. Puede, incluso, en casos de doble personalidad muy acusada, que el aura no tenga precisamente la forma de un huevo, sino de dos huevos unidos por un extremo el uno al otro. Las enfermedades mentales no pueden ser tratadas ligeramente. Los tratamientos a base de choques son peligrosos ya que pueden lanzar el astral (ya que de él se trata) fuera del cuerpo físico. Pero el tratamiento de choque más enérgico se designa (consciente o inconscientemente?), el choque de dos huevos en uno. A menudo quema grupos de neuronas en el cerebro.

Nacemos con ciertas posibilidades, ciertos límites en los colores de nuestras auras, la frecuencia de nuestras vibraciones y otros detalles; así, es posible a toda persona con la suficiente determinación y buena voluntad alterar la propia aura en sentido positivo. Desgraciadamente, es más fácil el ir a lo peor. Sócrates, por ejemplo, sabía que habría sido un buen asesino; pero quiso caminar por donde el hado le conducía; y dirigía sus pasos en la vida en un sentido opuesto. En vez de asesino, Sócrates se convirtió en el hombre más sabio de su época. Todos podemos, si nos es necesario, levantar nuestros pensamientos a más alto nivel y auxiliar a nuestras auras. Una persona con un rojo turbio y oscuro en ella, signo de que está dotada de una sexualidad excesiva, puede aumentar la frecuencia de las vibraciones de este rojo sublimando sus deseos sexuales y llegando a ser una persona de un mayor empuje constructivo, que se abre su propio camino en la vida.

El aura se desvanece pronto después de la muerte; mas, el etérico puede convertirse en el fantasma sin cerebro que sigue visitando, insensible, sus lugares preferidos en vida. Varias personas, en distritos rurales, han visto unas formas de color azulado sobre las sepulturas de los cadáveres recientemente enterrados. Este resplandor se hace más perceptible por las noches. Consiste, como es natural, meramente en el etérico que se disipa después de la descomposición del cuerpo.

En el aura, las vibraciones balas corresponden a colores opacos y turbios que provocan más náusea que atracción. Cuanto más altas son las vibraciones de cada uno, más puros y brillantes resultan los colores del aura; no brillantes de un modo llamativo, sino con el mejor y el más espiritual de los resplandores. Podemos decir que los colores puros son «deleitosos», mientras que los turbios son desagradables. Una buena acción abrillanta el aspecto del aura, haciendo resaltar los colores áuricos. Una mala acción los desciende al azul o al negro. Las buenas acciones— en provecho del prójimo — hacen ver el mundo a través de «cristales rosados».

Hay que fijar bien en nuestra mente que el color es el mayor índice de nuestras potencialidades. Los colores cambian, como es natural, con nuestros cambios de estado de ánimo; pero los colores básicos permanecen, excepto en el caso que una persona determinada mejore, o empeore su carácter. El color básico permanece y los matices indican el estado de humor del individuo. Mirando los colores del aura de una persona cualquiera hay que preguntarse:

1. ¿Cuál es el color?
2. ¿Es claro o turbio? ¿Cómo puedo ver a su través?
3. ¿Ondula en algunas de sus partes, o está colocado casi inmóvil sobre una mancha?
4. ¿Es una franja continua de color conservando su forma y estructura, o fluctúa y presenta como picos agudos y profundos valles?
5. También hemos de asegurarnos de que no nos dejamos llevar por prejuicios sobre una persona, cuando se trata solamente de mirar su aura, sin imaginar que es turbia cuando, de hecho, no lo es en absoluto. Pueden ser nuestros pensamientos erróneos lo que nos hace parecer un color turbio; porque hemos de tener muy presente que, examinando el aura de otra persona, tendríamos antes que estar muy seguros de no contemplarla a través de nuestra propia aura.

Existe una correspondencia entre los ritmos musical y mental. El cerebro humano es una masa de vibraciones con impulsos eléctricos que irradian por todas partes de éste. Un ser humano emite una nota musical, dependiente de las frecuencias de la vibración de dicho ser. Es muy parecido a una colmena, de la que se escapa el zumbido de una multitud de abejas; por esto algunas otras criaturas oyen a los seres humanos. Cada ser humano tiene su propia nota básica, que se emite constantemente igual que un alambre eléctrico produce una nota al paso del viento. Además, la música que se hace popular es aquella que se encuentra en relaciones de simpatía con la formación de las ondas de los cerebros y, éstas, de los cuerpos. Podemos hallar una melodía «que se pega al oído» que todo el mundo canturrea o silba. La gente dice que «tal o cual melodía» no se le quita de la cabeza. Este tipo de canciones tienen la clave de las ondas cerebrales durante un tiempo determinado, hasta que su energía fundamental se disipa.

La música clásica es de una naturaleza más permanente. Es una música que obliga a las ondas del auditorio a vibrar por simpatía con ella. Si los dirigentes de una nación necesitan levantar el espíritu de sus seguidores, tienen que componer o tener ya compuesta una forma especial de música, llamada «himno nacional». Quienes escuchan esta música se llenan de toda suerte de emociones; se les fortifica el espíritu y piensan con amor en su tierra y con arrogancia en los demás países. Fenómeno que se produce meramente porque las vibraciones que llamamos sonido han provocado vibraciones mentales que les hacen reaccionar en determinado sentido. De este modo es posible «preordenar» ciertas reacciones en el ser humano, interpretando ante el sujeto ciertos tipos de música.
Una persona profunda en sus pensamientos, que esté dotada de unas ondas cerebrales con altos picos y depresiones profundas, ama la música del mismo tipo; eso es, que posea picos y

profundidades. Pero los que tienen una mente dispersa, prefieren una música también sin sustancia; música que no pasa de un tintineo y que no sale de la insignificancia.

Varios de los grandes compositores son personas que, consciente o inconscientemente, viajan por el astral, y que llegan a los mundos del más allá de la muerte. Ellos escuchan «la música de las Esferas». Como son músicos, ésta les causa una gran impresión y les punza su memoria, obligándoles, cuando regresan a la Tierra, a sentirse en disposición de componer. Se abalanzan sobre un instrumento, o sobre el papel pautado, e inmediatamente escriben, hasta cuanto alcanza su memoria, las músicas que escucharon en el astral. Luego dicen — puesto que no recuerdan bien las cosas — que han compuesto tal o cual obra.

El sistema diabólico de los anuncios subliminales, y que consiste en escribir un mensaje sobre la pantalla de la televisión que dure sólo unos instantes tan breves que no puedan ser apreciados conscientemente por nuestra vista, se basa sobre una semipercepción por nuestra parte, tal, que no llega a rozar nuestras percepciones conscientes. El subconsciente recibe una sacudida procedente del torrente de ondulaciones que le llegan; como sea que el subconsciente representa las nueve partes sobre diez de nuestro conjunto individual, finalmente arrastra la conciencia y la obliga a querer adquirir el artículo anunciado, aunque la persona reconozca que nunca ha tenido el menor deseo de poseerlo. Cualquier grupo de personas sin escrúpulos, por ejemplo, los gobernantes de un país, que no se preocupen en su corazón del bienestar del pueblo, puede hacerle reaccionar, en virtud de órdenes subliminales, por medio de estas formas de propaganda.

LECCIÓN SÉPTIMA

Esta lección, aunque sea corta, es de la mayor importancia, y rogamos al lector que la lea con toda la atención de que sea capaz.

Muchas personas que intentan ver el aura se sienten impacientes y esperan leer algunas instrucciones escritas; leer la primera página escrita del texto y ver todas las auras alineadas ante sus ojos estupefactos.

Ello no es tan sencillo como parece. Más de un Gran Maestro ha invertido su vida entera antes de lograrlo; pero estamos seguros de que, en el supuesto que una persona sea sincera y quiera ejercitarse con toda conciencia, el aura puede ser vista casi de todo el mundo. Se sabe que la mayor parte de la gente es susceptible de ser hipnotizada; del mismo modo, la mayor parte de personas a fuerza de práctica, que quiere decir «perseverancia», logrará ver el aura.

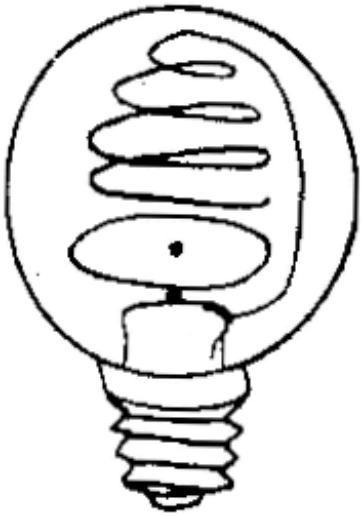
Hay que subrayar, con mucha insistencia, que si se desea ver el aura en las mejores condiciones, será preciso contemplar un cuerpo desnudo, ya que el aura está muy influenciada por las vestiduras. Por ejemplo, supongamos que un individuo dice:

«Me vestiré sólo con ropa salida de la colada que, por lo tanto, no modificará mi aura». En este caso, algunas de las piezas de la ropa han sido manejadas por alguien de la lavandería. El trabajo de las lavanderías es monótono, y los que trabajan en ellas normalmente reflexionan sobre sus asuntos personales. En otras palabras, están distraídos y mientras maquinalmente pliegan o tocan la ropa, piensan en sus problemas privados; no en su trabajo. Las impresiones de sus auras particulares, pues, entran en aquellas piezas de ropa, y cuando una persona se las pone y se contempla a si misma, se encuentra con que hay algo de las impresiones ajenas en sus vestiduras. ¿Parece *increíble, acaso?* Piénsese lo que sigue: si tocamos un imán, aunque sea distraídamente con un cortaplumas, nos hallaremos después con que éste ha captado algo del influjo «áurico» del imán. Lo mismo pasa con los seres humanos, que pueden captar algo invisible los unos de los otros. *Una* mujer que haya estado en una sala de espectáculos, puede ser que después diga: « ¡Oh!, ¡siento necesidad de tomar un baño; me siento contaminada por haber estado tan próxima a este tipo!».

Si nos es necesario ver la verdadera aura con todos sus colores, será necesario contemplar un cuerpo desnudo. Si se puede ver un cuerpo femenino, nos daremos cuenta de que es distinto del masculino. Nos molesta reconocerlo; pero en el cuerpo femenino muchas veces los colores son más intensos — más crudos, si que quiere — pero, llámeselos como se prefiera, son más intensos y fáciles de ver. Muchos de los discípulos no hallarán fácilmente una mujer que consienta en desnudarse, en su presencia, sin ninguna objeción. Entonces, ¿por qué no emplear, en vez de otras personas, nuestro propio cuerpo para el caso?

Tenemos que estar solos para llevar a cabo este experimento; en alguna habitación retirada, como por ejemplo, el cuarto de baño. Ante todo, hay que cerciorarse de que la luz del cuarto sea muy baja; si es demasiado brillante — y tiene que ser débil —, colgaremos una toalla cerca del punto donde proceda la iluminación, de manera que *haya luz,* aunque muy poca. Váyase con cuidado de que la toalla no está tan cerca de la luz que pueda inflamarse; no se trata de incendiar nuestra casa, sino de bajar la luz. Lo mejor, sin embargo, será emplear una de aquellas pequeñas bombillas eléctricas — que en cada país reciben nombres distintos —,

las cuales producen una luz tan tenue que el desgaste ni siquiera hace marchar el contador de electricidad (fig. 7).



«OSGLJM» TIPO DE FOCO DE NEÓN

Fig. 7.

Una vez instalada ésta, o cualquier otra lo suficiente débil, despojémonos de nuestras vestiduras y contemplémonos en un espejo de cuerpo entero. No esperemos ver nada, por el momento; sólo relajémonos del todo. Debemos asegurarnos de tener como fondo una cortina de color oscuro (mejor que sea negro o de un gris tirando a negro). Éste formará el fondo neutral, eso es, un fondo cuyo color no influya sobre el aura.

Esperad unos pocos momentos mientras os estáis viendo, sin concentraros en exceso, vuestra imagen al espejo. Mirad a la cabeza, ¿podéis percibir un tinte azulado alrededor de vuestras sienes? Mirad hacia vuestro cuerpo desde vuestros brazos a las caderas, ¿veis como una llama azul, parecida a la del alcohol ardiendo? Habréis visto este tipo de llama en los llamados infiernillos de alcohol, empleados por los joyeros, donde queman alcohol metílico o de madera, o espíritus análogos. La llama es azulada, y a veces hay chispas amarillas en sus puntas. La llama del etérico se le parece. Cuando veáis eso, será señal de que habéis realizado progresos. Puede ser que no veáis nada la primera vez, ni la segunda ni la tercera en que intentéis este experimento. De un modo parecido un músico puede no llegar a resultados positivos las primeras veces que aborda una pieza de música muy difícil. Pero el músico persevera y vosotros tenéis que hacer lo mismo. Con la práctica seréis capaces de ver el etérico. Y con más, llegaréis a ser capaces de ver el aura. Pero insistamos de nuevo: *es mucho más fácil, mucho más claro experimentando sobre un cuerpo desnudo.*
No penséis que haya ningún mal en contemplar un cuerpo desnudo. Es una frase conocida que «El hombre es imagen y semejanza de Dios», de manera que no puede haber culpa en mirar «la imagen de Dios». Recordad que «para los que son puros, todo es puro». Os contempláis a vosotros mismos o a otra persona por motivos puros. Si tenéis pensamientos impuros, no podréis ver ni el etérico ni el aura; sólo veréis lo que en realidad estáis mirando.
Limitaos a mirar vuestro propio cuerpo, contemplad con la intención de ver a vuestro etérico. Lo veréis a su debido tiempo.

A veces, una persona que intenta ver su propia aura y no logra verla, en cambio siente un cosquilleo en las palmas de la mano o en los pies y hasta en algunas otras partes del cuerpo. Este cosquilleo es una sensación peculiar, inconfundible. Cuando se experimente, significa que se va por buen camino para ver, pero que se está frenado por una tensión excesiva; es preciso relajarse, apaciguarse. Entonces, si «desarmamos», desaparece la comezón y la tensión muchas veces, e inmediatamente vemos el etérico, el aura, o ambos a la vez.

El picor de que hablamos es en realidad una concentración de nuestra energía áurica en nuestras palmas (o donde se experimente la sensación). Muchas personas, cuando se hallan asustadas o con los nervios en tensión, acostumbran a sudar por las palmas de la mano, las axilas o por donde sea. En este experimento psíquico, en vez de sudar, se siente un escozor. Desde luego, es un buen signo. Quiere decir que seguimos por el buen camino; pero con demasiado esfuerzo. Bastará que consigamos el relajamiento, y el etérico, y aun quizás el aura, se dejarán ver luego por el observador.

Hay algunas personas que no consiguen ver su *propia* aura con suficiente nitidez, porque la observan a través de ella misma reflejada en un espejo. Dicho espejo altera hasta cierto grado los colores y refleja de rechazo (otra vez a través del aura propia) la gama de colores modificada, y así, el desventurado observador imagina poseer unos colores más sucios que en la realidad. Imaginémonos un pez, en las profundidades de un estanque, mirando una flor situada algunos palmos por encima del nivel del agua. No podría ver los colores de dicha flor como los vería una persona que los contemplase directamente' la vería, el pez, deformada y arrugada por las ondulaciones acuáticas. De la misma forma, mirando desde las profundidades de vuestra propia aura, y viendo la imagen refleja impresa en aquellas profundidades, podéis equivocaros algunas veces. Ésta es la razón por la cual es aconsejable, como más seguro, observar el aura de otra persona.

El sujeto que se preste a los experimentos tiene que ser absolutamente voluntario y cooperativo. Si la persona cuyo desnudo contemplamos, como sucede a menudo, se siente nerviosa o cohibida, entonces el etérico se le encoge dentro del cuerpo casi por completo, y el aura misma se reduce mucho y falsea sus colores. Se requiere mucha práctica para estar en condiciones de hacer un buen diagnóstico; pero lo principal es ver *algún color* de momento; no importa que sean éstos verdaderos o falsos colores.

Lo mejor que puede hacerse es entablar conversación con la persona que se preste al experimento; sólo un poco de conversación, una discusión ligera para poner el sujeto a sus anchas y que se sienta convencido de que no tiene que sucederle nada. Tan pronto como dicho sujeto se pueda distender, su etérico recobrará sus proporciones normales y su aura se expansionará y llenará por completo su envoltorio.

Sucede aquí algo parecido al hipnotismo. Un hipnotizador no puede elegir una persona e hipnotizarla allí mismo y al mismo instante. Usualmente se necesitan unas cuantas sesiones: el hipnotizador primero ve al paciente y entre los dos se establece una relación, una base común, una mutua inteligencia, por decirlo así; y el que hipnotiza puede emplear uno o dos pequeños trucos para ver si el sujeto responde al hipnotismo elemental. Después de dos o tres sesiones, el hipnotizador pone al sujeto en estado de «trance». Del mismo modo hay que conocer al sujeto, al principio no mirar fijo e intensamente su cuerpo, sino ser natural, como si la otra persona estuviese vestida del todo. Entonces, es posible que la segunda vez el sujeto esté ya más tranquilizado, más confiado y distendido. En la tercera sesión ya podéis fijaros en su cuerpo, mirarle el perfil y ver. ¿Podéis ver una pálida neblina azul? ¿Podéis ver aquellas franjas de colores ondulando alrededor del cuerpo, y aquel nimbo amarillo? ¿Podéis distinguir

aquel reflejo luminoso partiendo del centro superior de la cabeza, desplegándose a la manera de una flor de loto, o — hablando en términos occidentales — como un fuego de artificios lanzando chispas de varios colores?

Esta lección es breve; pero importante. Ahora, sólo nos resta aconsejar al lector que espere hasta sentirse tranquilo, Sin quebraderos en su cabeza, *ni* hambriento *ni* ahíto. Entonces ha llegado el momento de *ir* al baño, bañarse si se eliminar toda influencia de las ropas, y, finalmente, *práctica* para poder ver nuestras propias auras. *Todo* es cuestión de práctica

LECCIÓN OCTAVA

Hasta aquí, en las anteriores lecciones, hemos considerado el cuerpo como el centro que es del etérico y del aura; hemos procedido desde dentro hacia fuera, tratando del etérico, siguiendo luego por la descripción del aura con sus estrías de colores y, más adelante, de la película exterior del aura. Todo ello es extremadamente importante, y advertimos que es necesario volver atrás e ir repasando las lecciones anteriores, porque en esta lección y la que sigue — la novena —iremos preparando el terreno para estudiar cómo se puede abandonar nuestro propio cuerpo. A no ser que tengamos ideas claras sobre el etérico y el aura, y de la naturaleza de la constitución molecular del cuerpo, nos podemos enfrentar con algunas dificultades.

El cuerpo humano consiste, como hemos visto, en una masa de protoplasma. Es una masa de moléculas extendidas en un cierto volumen de espacio, del mismo modo que un universo también lo ocupa. Ahora nos toca ir hacia adentro, dejando el etérico y el aura y fijándonos en el cuerpo, ya que nuestra carne no es más que un vehículo, «una serie de ropas, el traje de un actor que representa su papel en el escenario del mundo».

Es sabido que dos objetos no pueden ocupar el mismo espacio. Esto es razonable si uno piensa en cosas como ladrillos, vigas o piezas metálicas; pero si dos objetos tienen un número desigual de vibraciones, o si los espacios comprendidos entre sus átomos o sus neutrones son lo suficientemente amplios, entonces otro objeto puede ocupar el mismo espacio. Esto puede resultar difícil de comprender, de manera que lo abordaremos, desde otro punto de vista, con dos ejemplos. He aquí el primero de ellos:

Si llenamos dos vasos hasta el borde, e introducimos en uno de ellos una cucharada, de las de té, de arena, veremos cómo se vierte el agua por las paredes de dicho vaso, mostrando cómo el agua y la arena no pueden ocupar el mismo espacio, de manera que uno de los dos tiene que hacer sitio al otro. Cómo la arena, siendo más pesada, cae al fondo del vaso, elevando el nivel del agua y provocando que ésta se derrame.

Veamos ahora qué pasa con el otro vaso, lleno también de agua hasta el borde. Si espolvoreamos poco a poco el agua con azúcar molido, nos será preciso llegar a más de seis cucharaditas de azúcar para lograr que el agua se derrame. Si se opera con la suficiente lentitud, el azúcar desaparece; en otras palabras, se disuelve. Y, disolviéndose, sus moléculas se sitúan entre las moléculas del agua y no ocupan más espacio. Sólo cuando las moléculas de azúcar saturan todo el espacio entre las moléculas de agua, el exceso de azúcar hace que este se deposite en el fondo del vaso y, que por consiguiente, el líquido se desborde.

Pongamos otro ejemplo: consideremos el sistema solar. Es un objeto, una entidad, un «algo». Hay en él moléculas, o átomos, que llamamos «mundos», moviéndose a través del espacio. Si fuese cierto que dos objetos no pueden ocupar simultáneamente el mismo espacio, entonces no podríamos lanzar desde la Tierra un cohete al espacio. Ni individuos viniendo de otro universo penetrar en éste, porque sería, por parte de aquéllos, ocupar *nuestro* espacio.

Por eso, bajo condiciones adecuadas, es posible a dos objetos el ocupar ambos el mismo espacio.

El cuerpo humano, por consistir en moléculas conteniendo un cierto espacio entre sus átomos, también alberga otros cuerpos, tenues, espirituales o lo que llamamos cuerpos astrales. Estos cuerpos tenues tienen la misma composición que el cuerpo humano; esto es, consisten en moléculas. Pero, así como la tierra, el plomo o la madera consisten en ciertos órdenes de moléculas — moléculas de una cierta densidad —, los cuerpos espirituales tienen las moléculas en menor cantidad y más diseminadas. De esta manera, un cuerpo espiritual puede ajustarse dentro de un cuerpo de carne y huesos, en el contacto más estrecho, sin ocupar el espacio que éste necesita.

El cuerpo astral y el físico se hallan conectados mutuamente por medio de la Cuerda de Plata. Ésta, es una masa de moléculas que vibran a una velocidad altísima. Se parece mucho al cordón umbilical que une a la madre con su hijo; todos los impulsos, impresiones y alimento fluyen de ella a su pequeñuelo aún no nacido. Cuando el hijo nace y el cordón umbilical se corta, entonces el niño muere a la vida que había conocido antes; esto es, se convierte en un ser separado con una vida separada, y deja de formar parte de su madre. «Muere» como parte de ella y adquiere su propia existencia.

La Cuerda de Plata une el Super-yo con el cuerpo humano, y las impresiones van del uno al otro durante todos y cada uno de los minutos de la vida terrenal del cuerpo. Impresiones, órdenes, lecciones. y de vez en cuando algún alimento espiritual proceden del Super-yo al cuerpo humano. Cuando éste muere, la Cuerda de Plata es cortada y el cuerpo humano es dejado aparte, como una ropa vieja, mientras el espíritu continúa.

Éste no es el lugar de tratar ampliamente de ello; pero hay que hacer constar que existe un gran número de «cuerpos espirituales». Actualmente, estamos tratando del cuerpo de carne y del cuerpo astral. En el estado presente de nuestra forma de evolución, hay en nosotros nueve cuerpos separados, cada uno ligado con el otro a través de la Cuerda de Plata; pero ahora estamos principalmente interesados por los viajes por el astral y otras materias íntimamente relacionadas con el plano astral referido.

El hombre, pues, es un espíritu estrechamente encerrado en un cuerpo de carne y huesos, a fin de que aprenda y sufra lecciones y experiencias; experiencias que no pueden obtenerse por el espíritu sin el cuerpo. El hombre, o el cuerpo carnal del hombre, es un vehículo guiado o manipulado por el Super-yo. Algunos prefieren usar el vocablo «Alma» en vez de «Super-yo»; nosotros empleamos este último, que es más propio. El alma es de otra materia y pertenece a un reino más alto. El Super-yo es quien gobierna y guía al cuerpo. El cerebro de los seres humanos es una estación de relevo, una central telefónica, una fábrica completamente automatizada, si se prefiere. Recibe mensajes del Super-yo y los convierte en actividades químicas o físicas que mantienen el vehículo en vida, son causa de que los músculos trabajen, y origen de ciertos procesos mentales. También transmiten a su vez al Super-yo mensajes e impresiones de las experiencias adquiridas.

Escapando de las limitaciones del cuerpo, como el conductor de un coche lo abandona temporalmente, el hombre puede contemplar el Gran Mundo del Espíritu y precisar las lecciones aprendidas mientras se encuentra encogido en la carne; pero, aquí, estamos ya tratando de lo físico y de lo astral, con alguna breve referencia al Super-yo. Mencionamos el astral, porque mientras se encuentra en dicho cuerpo, el hombre — o la mujer — pueden desplazarse a los más distantes lugares en un santiamén. Se puede ir a todas partes y a todos los tiempos, y aun ver a nuestras antiguas amistades y relaciones, y saber lo que hacen ellos. Con la debida práctica se pueden visitar todas las ciudades, todas las bibliotecas del mundo. No cuesta nada, si nos hemos ejercitado, visitar la biblioteca que nos parezca y mirar cualquier libro o página de éstos. Muchas personas creen que no pueden abandonar el cuerpo

físico porque en Occidente toda la vida se les ha inculcado que no se puede creer en cosas que no puedan ser sentidas, analizadas y luego discutidas en términos que no significan nada.

Los niños creen en cuentos maravillosos; son cosas por el estilo, que los que podemos verlas y conversar con ellas los llamados espíritus de la Naturaleza. Muchos niños pequeños tienen lo que podríamos llamar invisibles camaradas de juego. Para los adultos, los niños viven en un mundo ilusorio, conversando animadamente con amigos que no pueden ser vistos por el cínico adulto. El niño sabe que todos estos amigos son reales.

A medida que el chaval crece, sus padres, más ancianos, se ríen, o se enfadan de tales ilusiones vanas. Los padres, que se han olvidado de su niñez y de cómo procedían sus mayores, llegan a pegar al niño, por ser un «embustero», o bien una «cabeza exaltada». Muchas veces el pequeñuelo queda hipnotizado, en la creencia de que no existen cosas como los espíritus de la Naturaleza (hadas) y, a su vez, estos niños se convierten en adultos, fundan familias propias y apartan a sus hijos de que vean o jueguen con los espíritus de la Naturaleza.

Tenemos que afirmar, de una manera definitiva, que los pueblos de Oriente y los de Irlanda tienen un mejor conocimiento de esas cosas. Saben que existen espíritus de la Naturaleza; no se preocupan si se llaman hadas o «leprechuns»; no les importa. Saben que son reales, que hacen el bien y que el hombre, en su ignorancia y presunción, al negar la existencia de estos seres, se niega a sí mismo unos maravillosos deleites y una prodigiosa fuente de información, ya que los espíritus de la Naturaleza ayudan a quienes ellos quieren bien, a todos cuantos creen en ellos.

Los conocimientos del Super-yo son ilimitados. Existen, eso sí, grandes limitaciones para las capacidades del cuerpo físico. Casi todos nosotros abandonamos nuestro cuerpo durante las horas de sueño. Al despertar, decimos que hemos tenido un sueño, ya que — repitámoslo — los seres humanos han sido educados en el sentido de creer que la vida presente sobre este suelo es la única que cuenta; se les enseña que no se mueven de sitio cuando duermen. Así, maravillosas experiencias son racionalizadas bajo el nombre de «sueños».

Hay personas que creen poder abandonar su cuerpo voluntariamente, y viajar lejos y a gran velocidad, regresando a su cuerpo unas horas más tarde con un cúmulo de conocimientos de todo cuanto han hecho, visto y experimentado. Casi ninguno de entre ellos es capaz de abandonar su cuerpo o realizar viajes en el astral; pero ellos creen poderlo hacer. A estas personas es perfectamente inútil querer oponerles pensamientos negativos de desconfianza, o de que no pueden llevar a cabo tales cosas. En realidad, es notablemente fácil viajar por el astral cuando se aparta el primer obstáculo, el del miedo.

El miedo es el gran freno. Mucha gente tiene que suprimir el temor instintivo de que abandonar el cuerpo es morir. Algunos se sienten mortalmente asustados porque creen que si dejan el cuerpo serán incapaces de regresar a él; o que, tal vez, otro ente se meta en su cuerpo. Mas, esto es imposible, a no ser que se «abran las puertas» por miedo. Quien no sienta miedo, puede estar seguro de que, suceda lo que suceda, no le puede seguir ningún daño para él. La Cuerda de Plata no puede ser rota cuando se viaje por el astral y nadie puede invadirnos el cuerpo, excepto si se le invita por nuestro terror.

Siempre, *siempre* se puede regresar al propio cuerpo, de la misma forma en que despertamos siempre después de una noche de sueño. Lo único que puede darnos miedo es el tener miedo; él es lo único que puede perjudicarnos. Todos sabemos que las cosas que nos dan temores, raramente acontecen.

El pensar es el mayor obstáculo después del temor, porque el pensar, o sea la razón, plantea un problema que es real. Los dos, pensamiento y razón, pueden disuadirnos de escalar las altas cumbres; la razón nos dice que podemos resbalar y destrozarnos al caer en los abismos de las montañas. Así es que los pensamientos y la razón deben ser rechazados. Por su desgracia, gozan de un mal renombre: el pensamiento ¿Habéis pensado alguna vez sobre el pensamiento? ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Pensamos con la cúspide de nuestra cabeza? ¿Con el cogote? ¿Pensamos con nuestras cejas? ¿Con nuestros oídos? ¿Se detiene nuestro pensamiento al cerrarse nuestros párpados? No. Vuestro pensamiento está donde vosotros os concentráis; vosotros pensáis allá donde se concentra vuestra mente. Este hecho simple, elemental, puede ayudaros a salir de vuestro cuerpo e ir al astral; puede ayudar a vuestro cuerpo astral para que se eleve, libre como el aire. Pensad esto bien pensado, releed esta lección de cabo a rabo, y pensad sobre el pensamiento, como os ha hecho retroceder tantas veces, porque habéis pensado en los obstáculos; pensado en terrores sin nombre. Por ejemplo, habéis estado solos en una casa a medianoche, con el viento aullando en vuestras ventanas y habéis pensado en los ladrones; habéis imaginado algo que se esconde, tras las cortinas, a punto de echarse encima de vosotros. El pensamiento. aquí, es perjudicial. Pensar sobre el pensamiento. lo es más todavía.

Sufrís un dolor de muelas y, de mala gana, vais al dentista. Éste os dice que hay que arrancar una pieza dental. Tenéis miedo que os haga daño. Os sentáis a la silla del dentista, llenos de temor. Tan pronto como el dentista coge su jeringuilla hipodérmica, os crispáis y tal vez empalidecéis. Estáis tan seguros de que os hará daño; de que sentiréis la aguja metiéndose en las encías y después el horrible tirón, cuando os arrancan, sangrando, vuestra muela. Tal vez os entre miedo de que os vais a desmayar con el choque; así alimentáis vuestros temores y os procuráis un choque aún mayor de la realidad a fuerza de pensar y de concentrarse con todo el poder de vuestro pensamiento sobre el sitio donde está vuestra pieza dental enferma. Toda vuestra energía se dedica a procurar un dolor de muelas mayor; pero cuando estáis pensando de esta manera, vanamente, ¿dónde está el pensamiento, entonces? ¿En la cabeza? ¿Lo sentís en ella? El pensamiento es donde lo concentráis, puesto que pensáis en vosotros mismos y lo localizáis dentro vuestro. El pensamiento está donde vosotros necesitáis estar, donde dirigís que esté.

Examinemos de nuevo la proposición: «el pensamiento está donde nosotros nos concentramos». En el calor de una batalla, los hombres han recibido balazos o heridas de arma blanca sin dolor. Durante cierto tiempo, no se han dado cuenta de que estaban heridos, sólo cuando han podido pensar que lo estaban han sentido el dolor y tal vez el colapso por el choque recibido. Por eso el pensar, la razón, los temores son frenos que retrasan nuestra evolución espiritual, son los chirridos fatigados de la máquina que deforma y retrasa las órdenes que le manda el Super-yo.

El hombre, una vez desembarazado de sus propias preocupaciones y restricciones estúpidas, puede ser casi un superhombre, con poderes grandemente acrecidos; tanto el muscular como el mental. He aquí un ejemplo: un hombre escuchimizado, tímido, provisto de un sistema muscular de risa, circula por una acera y pasa al arroyo donde hay una fuerte corriente de tránsito. Sus pensamientos andan lejos, muy lejos; sus negocios, o de qué humor encontrará a su mujer cuando llegue a casa por la noche. Quizás evoca unos recibos no pagados todavía. Un súbito rugido de un coche que se le echa encima, se deja oír; y aquel hombre, sin pensarlo, salta otra vez a la acera, de un brinco prodigioso, como no lo habría hecho igual el más entrenado atleta de este mundo. Si aquel hombre hubiese sido detenido por un proceso de pensamiento consciente, habría sido demasiado tarde, y el coche lo habría derribado sin remisión. La falta de reflexión hizo posible que el siempre vigilante Super-yo galvanizase

aquellos músculos con un disparo de substancias químicas (tales como la adrenalina) que hicieron posible el salto de aquel sujeto, más allá de sus capacidades normales y beneficiarse de un brote de actividad que sobrepasaba en rapidez la velocidad del pensamiento consciente.

La humanidad occidental ha sido instruida de que el pensamiento, la razón «distingue el hombre de los animales». Los pensamientos incontrolados, en realidad, mantienen al hombre por debajo de los animales en lo referente a los viajes por el astral. Casi todos están conformes en que los gatos, por ejemplo, pueden ver cosas invisibles para los hombres. Muchas personas han podido observar que los animales han visto un fantasma, o se dan cuenta de incidentes antes de que el hombre pueda darse cuenta de ellos.

Los animales emplean un diferente sistema de «raz6n» y de «pensamiento». También podemos nosotros. Primero, pensemos, hay que controlar nuestros pensamientos, tenemos que controlar todos esos retales cotidianos de pensamientos vanos que continuamente serpentean por nuestras mentes. Sentémonos en cualquier parte donde nos sintamos cómodos, donde nos sea posible distendemos por completo, y nadie nos pueda venir a estorbar. Si se quiere, apaguemos la luz, porque siempre es un obstáculo y un freno en semejantes casos. Permanezcamos sentados unos breves momentos, sin ningún plan fijo; siguiendo nuestros pensamientos, viendo cómo se desfoliega en nuestra conciencia, cada uno queriendo llamar toda nuestra atención: la pelea con alguien en la oficina, las facturas por pagar, lo que cuesta la vida, la situación del mundo, lo que quisiéramos decir a nuestro principal. Pues bien: ¡vamos a barrerlos todos fuera!

Imaginémonos que estamos sentados en una habitación completamente a oscuras, situada en el piso más alto de un rascacielos; enfrente nuestro se halla situada una gran ventana cubierta con una cortina negra; una pantalla sin ningún adorno, sin nada que pueda distraernos. Concentrémonos sobre dicha pantalla. Primero asegurémonos de que no hay ningún pensamiento cruzando nuestra conciencia (que es la cortina negra); y si algún pensamiento intenta penetrar, rechacémoslo hacia el borde. Podremos hacer todo eso; es meramente una cuestión de práctica. Los pensamientos, por unos instantes, intentarán fluctuar en el borde de la cortina; volvámoslos a echar atrás, con toda nuestra energía, y retrocederán. Entonces concentrémonos de nuevo sobre la cortina y podremos levantarla — en imaginación —, de forma que podamos mirar todo lo que hay más allá.

De nuevo, mientras miramos en dirección de esta cortina imaginaria, notaremos que toda clase de pensamientos extraños intentan introducirse y forzar su camino dentro del foco de nuestra atención. Tenemos que rechazarlos, con un esfuerzo consciente, no permitirles que penetren. (Ya lo hemos dicho otra vez; pero intentemos puntualizar bien la cosa.) Cuando habremos logrado una impresión de vacío por un breve tiempo, experimentaremos que se produce un ruido seco parecido al crujido de un pergamino cuando se le desenrrolla; en este momento podremos ver más allá de este mundo usual — el nuestro y percibir otro mundo, en el cual las dimensiones de tiempo y espacio tienen una significación nueva y distinta. A base de practicar este experimento una y otra vez nos encontraremos que somos capaces de dominar nuestros pensamientos, como lo son los adeptos y los maestros.

Intentadlo, practicadlo, ya que si necesitáis realizar progresos necesitáis ejercitamos repetidamente, hasta que os sea dado el poder superar los pensamientos inútiles.

Librodot

LECCIÓN NOVENA

En la lección anterior tratábamos, al final, del pensamiento. Decíamos: «el pensamiento está donde el sujeto necesite que esté». Es ésta una fórmula que nos podrá ser útil para salir de nuestro propio cuerpo, para realizar viajes en el astral. Repitámosla.

El pensamiento está donde el sujeto necesita que esté. Fuera de nosotros, si lo necesitamos. Procedamos a un pequeño ejercicio. Aquí, también, necesitamos estar completamente solos, donde no hayan distracciones. Vamos a intentar salirnos de nuestro propio cuerpo. Tenemos que estar solos, distendidos, y aconsejamos que acostados, preferentemente sobre una cama. Una vez instalados, respirando lentamente y pensando en el experimento que intentamos llevar a cabo, tenemos que *concentrarnos* en un punto situado cosa de un metro y medio a dos frente nuestro. Cerremos los ojos, concentrémosnos; pongamos toda nuestra voluntad en el pensamiento de que yo — el yo real, el astral — vigila nuestro cuerpo desde el punto donde estamos concentrados (metro y medio a dos metros enfrente nuestro). Pensad. ¡Práctica! Procurad concentraros más y más. A fuerza de ejercitarnos, súbitamente experimentaremos un choque eléctrico, y veremos nuestro propio cuerpo acostado, con los ojos cerrados, a la distancia que va de nuestro cuerpo físico al punto de concentración.

Al principio nos costará un buen esfuerzo el llegar a este resultado. Sentiremos como si, por dentro, fuésemos un gran balón de caucho, cada vez más tirante. Continuaremos por este camino, sin que nada suceda. Por fin, de sopetón, reventaremos con una ligera impresión de estallido como, exactamente, si se punzase un globo de juguete. No nos alarmemos, porque si continuamos libres de todo miedo iremos adelante y nada nos perturbará en lo sucesivo: pero si nos dejamos dominar por el miedo, retrocederemos de nuevo dentro del cuerpo físico y tendremos que empezar nuestras experiencias de nuevo, en otra ocasión. Si queremos intentarlo en el mismo día, raramente lo conseguiremos. Necesitamos dormir, descansar, primero.

Sigamos adelante. Imaginémonos que ya hemos salido de nuestro cuerpo con el sencillo método explicado; estamos contemplando nuestro cuerpo físico y preguntándonos lo que hay que hacer en aquel momento. No nos entretengamos; ¡lo volveremos a ver tan a menudo! En vez de esto, procedamos de la siguiente forma:

Abandonémonos como si fuésemos una pompa de jabón flotando perezosamente en el aire, ya que no llegamos al peso de una pompa de jabón ahora. No podemos caer, no podemos hacernos daño. Dejemos que nuestro cuerpo físico repose. Naturalmente, ya nos hemos ocupado de él antes de liberar nuestro astral de su envoltorio de carne. Hemos comprobado que nuestro cuerpo físico está a sus anchas. Si no hubiésemos tomado esas precauciones, nos expondríamos, a nuestro regreso, a encontrarnos con un brazo dormido o una tortícolis. Estemos bien seguros de que no hay arrugas que opriman un nervio, si, por ejemplo, hemos dejado un brazo extendido al borde de un colchón, lo que nos puede ocasionar agujetas más tarde. Una vez más, comprobemos que nuestro cuerpo está absolutamente a sus anchas antes de hacer el menor esfuerzo para levantar nuestro cuerpo astral.

Ahora, dejémonos llevar, dejémonos flotar por la habitación como si fuésemos la pompa de jabón moviéndose al compás de las divagantes corrientes de aire. Exploremos el techo y todos los sitios que normalmente no podemos ver. Procuremos acostumbrarnos a ese elemental

viaje astral, ya que si no nos será imposible llevar a cabo felizmente excursiones más lejanas.

Vamos a intentar otra cosa algo diferente. En realidad, este viaje astral es fácil; no hay más dificultad que la causada por el tiempo que tardamos en convencernos de que podemos practicarlo. En ningún caso ni circunstancia hemos de temer; no cabe tener miedo, ya que un viaje en el astral es una etapa hacia la liberación. Cuando regresamos al cuerpo, entonces debemos sentirnos prisioneros, encerrados en barro, con el peso encima del cuerpo, que no responde bien del todo a los mandamientos del espíritu. No; no hay por qué temer los viajes astrales; el miedo les es ajeno.

Vamos ahora a repetir los viajes astrales bajo una terminología ligeramente distinta. Estamos tendidos sobre la espalda en nuestra cama. Nos hemos asegurado de que cada una de las partes de nuestro cuerpo físico está con toda comodidad, sin que puedan estorbar a los nervios de nuestra musculatura arrugas o cuerpos salientes; que nuestras piernas no están cruzadas, ya que, si lo estuviesen, podrían darnos calambres en el punto donde se obstruyese la circulación sanguínea. Permanezcamos tranquilos, apacibles; no existen influencias perturbadoras ni quebradero de cabeza alguno. Pensemos sólo en proyectar nuestro cuerpo astral fuera del cuerpo físico.

Distendámosnos cada vez más. Imaginémonos una forma fantasmal que corresponda toscamente al perfil de nuestro cuerpo físico, y que va separándose lentamente de éste y permanece flotando hacia arriba, como si fuese un globo infantil empujado por una suave brisa de verano. Dejadlo que se eleve, y mantened los ojos cerrados; de otra manera, en las dos o tres primeras veces os podría dar un sobresalto que podría ser lo suficientemente violento para arrastrar el astral a su sitio normal dentro del cuerpo.

Muchas personas experimentan un sobresalto peculiar exactamente cuando entran en el sueño. Muchas veces es tan violento que nos obliga a despertarnos del todo. Ese sobresalto está causado por una separación demasiado brusca de los cuerpos astral y físico; porque, como hemos dicho repetidamente, casi todo el mundo viaja por el astral durante la noche, aunque casi nadie tiene conciencia de tales viajes. Pero, volvamos de nuevo al cuerpo astral.



DESPRENDIÉNDOSE DEL CUERPO

Fig. 8.

Pensemos gradualmente en nuestro cuerpo astral, que se separa con toda facilidad de su cuerpo físico, y que se levanta unos palmos sobre el físico. Permanece sobre nosotros, balanceándose poco a poco. Hemos podido percibir la sensación de flotamiento cuando nos dormimos; es el flotamiento astral. Como dijimos, el astral flota encima de nosotros,

balanceándose tal vez. Está conectado por medio de la Cuerda de Plata, que va del ombligo del cuerpo físico al del astral (fig. 8).

No hay que mirar demasiado cerca; ya se ha dicho que si nos impresionamos y tenemos un sobresalto, haremos entrar nuevamente el astral dentro del físico, y tendremos que comenzar de nuevo en otra ocasión.

Supongamos que se han escuchado esas advertencias, y no ha ocurrido ningún contratiempo; entonces, cuando el astral esté flotando por unos momentos, no hay que tomar ninguna iniciativa, apenas pensar nada, respirar sólo superficialmente; porque debemos tener presente que es el primer tiempo en que hemos salido *conscientemente* del físico y se tiene que andar con mucho tiento.

Si no nos asustamos, si no nos estremecemos, el cuerpo astral flotará lentamente, alejándose, trasladándose al borde o a los extremos de la cama, sin el menor choque, y luego bajará hasta que los pies lleguen a tocar — o casi — sobre e] suelo de la habitación. Entonces, en el proceso de un «aterrizaje suave», el cuerpo astral podrá mirar vuestro físico y transmitir a vuestro cerebro lo que ve.

Tendremos una sensación incómoda tan pronto como miremos a nuestro físico, y advertiremos que ésta es una experiencia que nos humilla. Recuérdese aquel momento en que escuchamos nuestra propia voz. ¿La hemos escuchado en un magnetófono? De momento no hemos creído en absoluto que se tratase de nosotros, o, en este caso, que el magnetófono no funcionaba correctamente.

La primera vez que un individuo escucha su propia voz, no quiere admitir que sea suya; se siente espantado y mortificado. Pero hay que ver cuando contemplamos nuestro cuerpo por vez primera. Allá estamos con nuestro cuerpo astral, donde se ha transferido por completo nuestra conciencia. Experimentamos una sensación horripilante; no nos gusta ni la forma de nuestro cuerpo, ni su complexión; nos chocan las líneas de nuestro rostro y nuestras facciones. Si avanzamos algo más y miramos nuestra propia mentalidad, nos damos cuenta de ciertos recovecos insignificantes y fobias, que pueden originar un salto atrás hacia dentro del cuerpo físico, de puro miedo que sentimos.

Mas, supongamos que hemos podido superar este primer susto al contemplarnos por vez primera a nosotros mismos. ¿Qué sucederá? Tenemos que decidir adónde nos gustaría ir, lo que hay que hacer, lo que tenemos que ver. Lo más sencillo es visitar a una persona que conocemos bien; tal vez algún pariente próximo que vive en alguna localidad cercana. Ante todo, que sea una persona a quien visitemos con frecuencia, ya que nos será preciso visualizarla con mucho detalle, y también dónde vive y cómo se va allí. Recordemos que se trata de una cosa nueva para nosotros — nuevo, el hacerlo conscientemente — y necesitamos saber el camino exacto para regresar a nuestra propia carne.

Abandonemos nuestra habitación, sigamos por la calle (en el astral no hay por qué preocuparse, nadie podrá vernos), tomemos el camino habitual que siempre hemos seguido, con el pensamiento bien fijo en la imagen de la persona a quien deseamos visitar y en el camino a seguir. Entonces, a una enorme velocidad, mucho mayor que el coche más rápido puede alcanzar, nos hallaremos a la puerta de la casa de aquel pariente nuestro.

Con la práctica seremos capaces de ir a todas partes: mares, océanos y montañas no serán obstáculos para nuestros caminos. Todas las tierras y ciudades del mundo serán asequibles a nosotros.

Alguien pensará: «Suponiendo que pueda ir a donde quiera, pero no pueda regresar *¿qué* sucederá?». La respuesta es que es imposible perderse. Es imposible extraviarse, o perjudicarse o bien encontrarse que nuestro cuerpo físico ha sido ocupado. Si alguien llega cerca de nuestro cuerpo mientras estamos en viaje por el astral, el cuerpo físico manda un aviso y el astral es «arrastrado» al físico con la celeridad del pensamiento. Ningún daño nos puede sobrevenir; el único mal es el miedo. Así es que no temamos, sino experimentemos y con el experimento llegará la realización de nuestras ambiciones de viajes astrales.

Cuando estemos conscientemente en el plano astral, veremos colores más brillantes que en este mundo terrenal. Todas las cosas resplandecerán de vida; podréis ver partículas de «vida» a vuestro alrededor, como pequeñas motas. Es la vitalidad de la tierra, y cuando pasaréis a través de aquellas chispas, sentiréis crecer vuestras energías y vuestra potencia.

Cuando estemos en el astral y queramos volver al cuerpo físico, tenemos que conservar la calma, y nos sentiremos de nuevo dentro de nuestra carne; basta con pensar que regresamos, y ya estamos de vuelta. En el momento en que pensemos en nuestra vuelta al plano físico experimentaremos una sensación borrosa y una aceleración, o un cambio instantáneo desde el lugar donde estábamos a un sitio unos palmos encima de nuestro cuerpo acostado. Experimentaremos que estamos allí a la deriva, flotando, lo mismo que en el momento en que abandonamos nuestro cuerpo. Dejémonos caer con toda lentitud; lentitud indispensable para que ambos cuerpos puedan sincronizarse en absoluto.

Si lo practicamos con precisión, caeremos en el cuerpo sin la menor trepidación, sin ninguna trepidación, sin más sensación que la de hallar nuestro cuerpo como una masa fría y pesante.

Las personas desmañadas, que no se preocupan de alinear cuidadosamente los dos cuerpos, o si se da el caso de que algo entorpezca la operación, experimentarán una sacudida en el momento de acomodarse al cuerpo físico. En este caso, es muy posible que sufran algún dolor de cabeza, principalmente del tipo de jaqueca. En este caso, pueden adoptarse alternativamente dos soluciones: conciliar el sueño, o volver a ascender al plano astral, dado que, hasta que los dos cuerpos queden alineados exactamente, continuará el dolor de cabeza. No hay que preocuparse, pues, y escoger entre las dos soluciones la que más nos guste.

Podremos notar, al regresar a nuestro cuerpo de carne y huesos, una especie de embotamiento.

Una sensación similar a la de cuando nos ponemos un traje que ha sido lavado el día anterior y que aún está húmedo, empapado. Hasta que nos acostumbremos a esta sensación de nuestro cuerpo, sensación muy poco agradable, encontraremos que los portentosos colores que vimos en el astral se hallan ensombrecidos. Varios de los colores jamás vistos en este mundo, varios de los sonidos que escuchemos en el astral, no nos pertenecen en la vida presente sobre este suelo. Pero no hay que preocuparse; estamos sobre la Tierra para aprender algo. Y cuando hayamos aprendido aquello que era nuestro fin al venir a este mundo, tan pronto como lo hayamos conocido, nos encontraremos libres de los lazos terrenales, y cuando dejemos para siempre nuestro cuerpo mortal, al cortarse la Cuerda de Plata, iremos a otros reinos de mucho más arriba de donde el plano astral se halla situado.

Aconsejamos al discípulo que practique insistentemente esos viajes astrales. Hay que apartar de nosotros todo temor, ya que si no se tiene miedo no hay nada que temer, ni puede sobrevenir daño alguno; antes bien, al contrario, sólo placer.

LECCIÓN DÉCIMA

Hemos dicho ya que “sólo hay que temer al miedo”. Hemos puesto de relieve que mientras una persona permanezca libre de temores, no tiene que guardarse de daño alguno en sus viajes astrales, por muy lejanos que sean. Pero, se me podrá preguntar, ¿qué es lo que hay que temer? Dediquemos, pues, esta lección al tema del miedo, y de lo que no debe ser temido.

El miedo es una actitud completamente negativa, capaz de corroer nuestras más sutiles percepciones. No importa de qué nos asustamos; toda forma de temor es perjudicial.

Se puede temer que, yendo por el plano astral, no se sea capaz de regresar al cuerpo físico. El regreso siempre es posible, excepto en caso de muerte, cuando el individuo ha terminado el tiempo que le ha sido concedido para caminar sobre la Tierra; y eso, como todos saben, no tiene nada que ver con los viajes astrales. Es posible también, lo admitimos, que una persona se asuste hasta el extremo de quedar paralizada por el miedo, y en tales casos, no se es capaz de hacer nada. En tales condiciones, el individuo puede hallarse en el cuerpo astral sin poder moverse. Naturalmente, esto retrasa el retorno al cuerpo físico por un lapso de tiempo, hasta que la intensidad del terror decrezca. El miedo se desgasta por sí mismo, como nadie ignora, y una sensación no puede durar un tiempo indefinido. Una persona asustada simplemente retrasa su perfecto y seguro retorno al cuerpo físico.

Nosotros no somos la única forma de vida en el astral, del mismo modo que los hombres no somos la única forma de vida sobre la Tierra. En este mundo que habitamos tenemos simpáticas criaturas, como los gatos y los perros, los caballos y los pájaros, para citar sólo unos pocos; pero también hay criaturas antipáticas, como las arañas que pican y las serpientes venenosas. Hay cosas desplacientes, como los gérmenes, microbios, y otras, por el estilo, dañinas más molestas. Si hemos visto algún germen a través de un microscopio muy potente, nos habrán parecido semejantes a las criaturas fantásticas que vivieron en tiempos de los dragones que cuentan las historias maravillosas.

En el mundo astral hay varios seres más extraños que los que se pueden encontrar en la Tierra. En el astral encontraremos criaturas notables, tanto personas como otros seres. Veremos a los espíritus de la Naturaleza; éstos, forzosamente, serán siempre buenos y amables. Pero también existen allí criaturas horribles que han debido ser vistas por algunos escritores de la antigüedad legendaria y mitológica, ya que estos seres se parecen a los demonios, sátiros y otros tipos diabólicos de los mitos. Algunas de esas criaturas son bajos elementos que pueden convertirse más tarde en humanos o seguir por las ramas del reino animal. Sea como sea en el estado presente de su desarrollo son desagradables.

Tenemos que detenernos un momento, llegando a este punto, para precisar que aquellos borrachos que ven «elefantes rosa» y varias otras apariciones raras y peregrinas, lo que ven es precisamente ese tipo de criaturas de las que estamos hablando. Los borrachos son gente que ha expulsado el astral de su cuerpo físico y lo ha puesto en contacto con los planos más bajos del astral. Allí encuentran esas criaturas espantosas; cuando el borracho, más tarde, se repone — todo lo que puede — y recobra sus sentidos, entonces conserva una viva memoria de lo que ha visto. Aunque el emborracharse completamente sea un método para llegar al mundo astral y recordarlo, no debemos recomendarlo porque sólo alcanzamos los más bajos y degradados planos astrales. Existen también varias drogas hoy en uso entre los médicos, sobre

todo en clínicas para enfermos mentales, que tienen un efecto parecido. La mescalina, pongamos por caso, altera las vibraciones del individuo de tal forma que éste se ve lanzado del cuerpo físico y vivamente proyectado en el astral. Mas, tampoco este método es recomendable. Las drogas, u otras formas de expulsarnos violentamente del cuerpo físico, son en verdad perjudiciales y dañan a nuestro Super-yo.

Pero volvamos a nuestros “elementales”. ¿Qué se entiende por ellos? Los elementales son la forma primaria de la vida espiritual. Están un escalón más alto que las formas de pensamiento. Estas formas son meras proyecciones de la mente — consciente o inconsciente — de los seres humanos y poseen una pseudo-vida propia. Dichas formas fueron creadas por los sacerdotes del antiguo Egipto para que las momias de los grandes faraones y de las grandes reinas fuesen protegidas contra aquellos que intentasen profanar las viejas tumbas. Están creadas bajo la idea de que deben repeler a los invasores; de que deben atacarlos impresionando las conciencias de éstos e infundiéndoles tal grado de terror, que el presunto ladrón huya a todo correr. No nos incumbe tratar de las formas de pensamiento, porque son seres sin mente, encargadas únicamente por unos sacerdotes, muertos desde hace mucho tiempo, con la misión de cumplir determinados objetivos: la guardia de las tumbas contra sus invasores. De momento, nos toca hablar de los elementales. como hemos dicho, son un conjunto de seres Los elementales, espirituales que se hallan en los primeros grados de su desarrollo- En el mundo espiritual, el astral, los elementales corresponden a lo que en el nuestro representan los monos. Los monos son irresponsables, malignos, muy a menudo rencorosos y viciosos, y no poseen un grado muy alto de raciocinio por sí mismos- Son, podríamos decir, pedazos de protoplasma apenas animados. Los elementales, que ocupan el mismo rango en el mundo astral que los monos en el nuestro, son formas que se mueven aproximadamente sin propósitos concretos, agitándose y haciendo extrañas y horripilantes muecas; adoptan actitudes amenazadoras en presencia de un ser humano viajando por el astral; pero, naturalmente, no pueden causarnos daño alguno. Hay que tenerlo bien presente. No nos pueden hacer daño.

Si el estudiante ha tenido la mala suerte de visitar un sanatorio de enfermedades mentales y ha visto verdaderos casos graves de perturbaciones mentales, le habrá impresionado el observar en algunos de los peores casos, cómo éstos se nos acercan con gestos amenazadores y probablemente sin algún significado. Babean, repugnan; pero si se les planta cara con determinación, ellos, siendo de una mentalidad inferior, siempre retroceden.

Cuando nos movemos por los más bajos estratos del plano astral, podemos encontrar estas criaturas raras y extravagantes, A veces, si el viajero es apocado, esas criaturas se arremolinan a su alrededor e intentan aturdirlo. Pero no hay ningún peligro en ello si no se les tiene miedo. Cuando un individuo empieza sus viajes por el astral, muy a menudo se las tiene que haber con dos o tres de estos seres inferiores congregados por aquellos parajes para ver cómo «se las compone», de la misma forma que cierto tipo de gente siempre quiere observar cómo un aprendiz de conductor hace su primer viaje en coche. Los espectadores siempre esperan que algo sangriento o excitante suceda, y a veces, si el conductor se atolondra o, más corrientemente, la mujer que guía el coche pierde la cabeza y choca con el palo de un farol, o cualquier otro obstáculo, esto aumenta la satisfacción de los mirones. Los espectadores, ciertamente, son inofensivos; sólo son sensacionalistas en busca de emociones a poco precio. Igualmente los elementales; buscan emociones baratas y nada más. Les gusta contemplar el fracaso de los seres humanos; por consiguiente, si manifestamos algún miedo están encantados y multiplican sus gesticulaciones y se nos acercan con aires de bravuconería y amenaza. En verdad, no pueden perjudicar a ningún ser humano. Son como perros que sólo pueden ladrar y, «Perro ladrador, poco mordedor». Por lo tanto, únicamente pueden molestar, suponiendo que, por miedo, se lo permitamos.

No hay que preocuparse demasiado, en resumidas cuentas. Sólo en una sola ocasión, en un conjunto de cien viajes al astral, os toparéis con estas bajas entidades. Sólo los veréis más veces si les tenéis miedo.

Normalmente, os remontaréis más allá de su reino; aquellas entidades están recluidas en el fondo del plano astral, lo mismo que los gusanos se alojan en los fondos de un río o del mar.

Cuando ascendemos a los planos astrales, nos encontraremos con notables incidentes. Divisaremos a distancia grandes y brillantes manchas de luz. Se trata de planos de nuestra existencia presente que están fuera de nuestro alcance. ¿Recordáis el «teclado» de que hablamos al principio de este libro? El ser humano, mientras se halla encerrado dentro de su carne, puede percibir sólo tres o cuatro «notas»; pero saliendo del cuerpo físico para trasladarse al mundo astral, la gama de notas se extiende un poco hacia arriba, lo bastante para darnos cuenta de que hay cosas todavía mayores fuera de nuestro alcance. Algunas de estas cosas se ven representadas por esas luces brillantes, que lo son tanto, que no podemos en realidad ver lo que son.

Pero contentémosnos con el tiempo que pasamos dentro del medio astral. Acá, en el suelo, podemos visitar a nuestros amigos y conocidos; viajar por las ciudades de todo el mundo y ver todos los grandes edificios públicos; podemos leer libros en idiomas extraños al nuestro, ya que en los medios del plano astral los entendemos todos. Nos son necesarios, pues, los viajes astrales.

He aquí una relación de lo que sucede y que será nuestra experiencia en la práctica.

Las horas del día han avanzado y ha caído la noche, y el crepúsculo morado se ha ido oscureciendo y el cielo ha pasado del añil al negro. Han brotado lucecitas de todos lados —luces blanquiazules de los faroles de las calles; las amarillentas, que corresponden a las casas —, algunas de ellas tal vez teñidas ligeramente por los cortinajes a través de los cuales resplandecen.

El cuerpo, acostado en la cama, consciente, plenamente distendido. Gradualmente llega la débil sensación de un crujido; una sensación como de algo que muda, cambia; poco a poco se produce una separación. Sobre el cuerpo que se halla postrado se condensa una nube formada, al cabo, de una resplandeciente Cuerda de Plata; la nube, al comienzo, semeja una gran mancha de tinta flotando en el aire. Lentamente, adopta la forma de un cuerpo humano que se eleva unos palmos sobre nuestros pies y flota y se mece en el aire. Después de unos segundos, el cuerpo astral se eleva más y sus

pies se inclinan hacia el suelo. Lentamente el conjunto se balancea hasta que se pone de pie al extremo de la cama, mirando al cuerpo físico, que acaba de dejar, y al cual está aún unido.

En la habitación, las sombras oscilantes se arrastran por los rincones, como animales raros aprisionados. La Cuerda de Plata vibra y resplandece con un azul plateado sordo; el astral también se ve teñido de luz azulada. La figura del astral mira a su alrededor y luego a su cuerpo físico, que se halla cómodamente acostado en la cama. Sus ojos están cerrados, la respiración es tranquila y ligera; no hay movimientos ni sobresaltos; se ve que el cuerpo está tranquilo. La Cuerda de Plata no vibra porque no hay indicios de incomodidad alguna.

Satisfecho, el astral se compone silenciosamente y a poco a poco se eleva por los aires, pasando a través del techo de la habitación y por el tejado de la casa, hasta que se ve dentro del aire de la noche. Es como si la figura astral fuese un globo de gas, cautivo de la casa donde se encuentra su físico. El cuerpo astral se eleva hasta que se ve a un número considerable de metros sobre los tejados de las casas. Entonces se detiene, flota vagamente y contempla a su alrededor.

De las casas, a lo largo de las calles, y de las calles más allá se divisan débiles líneas azules, que son las Cuerdas de Plata de otras personas. Se extienden, subiendo siempre y desaparecen a distancias sin límite. Las personas viajan siempre en la noche, tanto si se dan cuenta como si no; pero sólo aquellos que son más favorecidos, los que hacen prácticas, regresarán con plena conciencia de todo cuanto han hecho.

La forma astral que nos atañe, va flotando sobre las casas, mirando en derredor, decidiendo adónde ir. Por último elige visitar un país muy lejano. Al instante mismo de su decisión se proyecta a una velocidad fantástica, girando con la celeridad casi del pensamiento a través de tierras y de mares. Cruza el océano, sobre las grandes olas que casi le alcanzan con sus blancas crestas de espuma. En un momento del viaje se divisa un gran transatlántico que cruza el mar turbulento con todas las luces encendidas y el sonido de una música que llega desde las cubiertas. La forma astral corre, atrapando el tiempo. La noche da nacimiento al crepúsculo y la forma astral alcanza otra vez la noche y ésta es alcanzada por la tarde. Finalmente, después de la tarde nos encontramos otra vez en el mediodía. Bajo la brillante luz del sol, la figura astral ve aquel país que ha deseado visitar; una tierra querida, con sus habitantes, caros al corazón del viajero. Suavemente, éste se deja caer en aquella

comarca y se mezcla, invisible, inaudible, entre aquella gente que está dentro del respectivo cuerpo físico.

En un momento dado, el viajero experimenta un tirón, una sacudida de la Cuerda de Plata. En un país remoto, el cuerpo físico abandonado, ha sentido el comienzo del día y reclama su astral. Por unos momentos, éste vacila; pero, por fin, la advertencia no puede ser ignorada. La forma astral se remonta por los aires, un momento inmóvil como una paloma que está a punto de regresar a su palomar; en seguida, veloz, cruza los cielos, como un rayo a través de tierras y mares, hasta llegar al techo de su domicilio. Otras cuerdas tiemblan, otras personas regresan a sus cuerpos físicos; pero el astral de que tratamos cae a través de la techumbre de la casa y emerge, por el techo de su habitación, sobre la figura durmiente de su cuerpo físico. Ligera y lentamente se sitúa exactamente sobre éste. De momento, experimenta una sensación de intenso frío, de embotamiento y de un peso que le oprime. Se han marchado la ligereza, la sensación de libertad, los colores brillantes experimentados en el cuerpo astral; en vez de todo esto, sólo un frío. Sucede lo mismo que al ponerse una ropa húmeda estar>— do nuestro cuerpo caliente.

El cuerpo físico se mueve y se abren los ojos. Fuera de las ventanas asoman las primeras franjas del alba sobre el horizonte. El cuerpo se mueve y dice: «Recuerdo todas mis experiencias de esta noche».

El lector también puede hacer todas esas experiencias; viajar por el astral y ver todo aquello que le es caro; cuanto mayor afecto le inspire, con mayor facilidad podrá efectuar el viaje. Es cuestión de ejercitarse mucho. Según viejas narraciones de Oriente, en tiempos de una antigüedad remota toda la humanidad podía viajar por el astral; pero a causa de que abusaba de este previlegio, les fue suprimido a los seres humanos. Pero a todos aquellos que son puros de pensamiento y de intención, la práctica les puede liberar del agobiante y rudo peso del cuerpo y permitirles viajar a donde quieran.

No se logra en cinco minutos, ni en cinco días. Debemos «imaginar» que podemos. Todo aquello que creemos poder hacer, nos es posible en la práctica. Si lo creemos sinceramente, si estamos seguros que podemos hacer una cosa determinada, ésta nos será factible. Creyendo y practicando se llega a viajar por el astral.

Lo repetimos: en estos viajes no hay ningún peligro ni motivo de temor alguno; no importa el aspecto terrorífico de algunos seres inferiores que podremos — aunque es muy probable que no nos suceda nunca — hallar. No pueden causarnos daño, si no los tememos. La ausencia de temor asegura nuestra protección absoluta.

Ejercitémonos continuamente. ¿Queréis decidir dónde pensáis dirigiros? Acostaos en vuestra cama, y deciros a vosotros mismos que esta noche iréis a tal o cual sitio para ver tal o cual cosa; cuando despertéis, recordad lo que habéis hecho. Todo lo que se necesita es cuestión de práctica.

Librodot

LECCIÓN UNDÉCIMA

El tema del viaje astral es, evidentemente, de primordial importancia, y por ello será útil dedicar esta lección a dar una serie de notas sobre este fascinante pasatiempo.

Le sugerimos que lea detenidamente esta lección, que la estudie tan meticulosamente, por lo menos, como ha estudiado las demás, y que decida después, con Unos días de antelación, la noche de su Experimento. Prepárese pensando que esa noche va usted a salir de su cuerpo y manténgase plenamente consciente y atento a cuanto vaya sucediendo.

Como usted sabe, el hecho de preparar, de decidir con antelación algo que se va a hacer es de gran importancia. Los Antiguos utilizaban «encantamientos», en otras palabras, recitaban una y otra vez una mantra (una especie de oración), la cual tenía por objetivo subyugar el subconsciente. Al repetir la mantra, el consciente — que representa sólo una décima parte de nuestra mente — era capaz de dictar una orden perentoria al subconsciente. Usted podría utilizar una mantra de este tipo:

«En tal día emprenderé un viaje por el mundo astral; estaré plenamente consciente de todo lo que haga, y estaré plena mente consciente de todo lo que vea. Me acordaré de todo y lo evocaré en su totalidad cuando me encuentre de nuevo en mi cuerpo. Haré todo esto sin falta.»

Debe usted repetir esta mantra en grupos de tres, es decir, pronunciarla una vez y repetirla después dos veces. La mecánica es aproximadamente esta: Se afirma una cosa, pero ello no basta para llamar la atención del subconsciente, porque nos pasamos la vida afirmando cosas, y nuestro subconsciente debe de pensar sin duda que la parte consciente de nuestro ser es muy charlatana. El hecho de recitar la mantra una vez no despierta en absoluto la atención del subconsciente. La segunda vez que pronunciamos las mismas palabras — hemos de pronunciarlas en forma idéntica a la primera vez —el subconsciente comienza a darse por enterado. A la tercera afirmación, el subconsciente se pregunta, por así decirlo, de qué se trata, y está plenamente receptivo a la mantra, que es

asimilada y retenida. Suponiendo que la diga usted tres veces por la mañana, la repetirá otras tres veces al mediodía (cuan. do esté solo, naturalmente), otras tres veces por la tarde y otras tres veces antes de acostarse. Es como clavar un clavo: se toma el clavo, se hunde la punta en la madera, pero un martillazo no es suficiente, sino que hay que seguir golpeando hasta que el clavo penetra hasta la profundidad deseada. De una forma muy parecida, la repetición de la mantra equivale a una serie de golpes que llevan a la idea en cuestión a ser asimilada por el subconsciente.

Este no es en absoluto un método nuevo, sino que es tan antiguo como la humanidad misma. Los antiguos sabían mucho de mantras y afirmaciones; sólo en nuestra época hemos olvidado estas cosas, o bien hemos adoptado hacia ellas una actitud cínica. Por ello insistimos en que usted debe formular aquellas afirmaciones en la soledad y no dejar que nadie se entere de ellas, pues si alguna persona escéptica lo sabe, se reirá de usted, y eso podría sembrar dudas en su espíritu. Son las risas y las burlas las que han hecho que las personas adultas hayan cesado de ver a los espíritus de la Naturaleza y no puedan ya hablar telepáticamente con los animales. Tenga esto muy presente.

Usted elegirá, pues, para su viaje un día adecuado, y durante el día en cuestión debe hacer todo lo posible por estar tranquilo, por estar en paz consigo mismo y con los demás. Esto es de primordial importancia. No debe albergar en su mente conflicto ninguno que pudiera ser motivo de excitación. Supongamos, por ejemplo, que ese día ha tenido una discusión acalorada con alguien: estará pensando en lo que le habría dicho si hubiese tenido más tiempo para pensarlo, estará pensando en las cosas que le ha dicho la otra persona, y no podrá centrar toda su atención en el viaje astral. Si en el día previsto está usted distraído o inquieto, aplace el viaje hasta otro día más tranquilo. Pero en caso contrario, si ha podido dedicar el día a pensar en el viaje astral con anticipado placer, de la misma forma en que pensaría en un viaje para visitar a una persona querida que viviese tan lejos que el hacer tal viaje constituyese un acontecimiento, vaya a su dormitorio y desvístase lentamente, manteniendo la calma y respirando con regularidad. Cuando esté listo para acostarse, asegúrese de que su ropa de noche sea muy cómoda, es decir, que no le apriete el cuello ni en la cintura, pues las distracciones originadas por un cuello o un cinturón apretado irritan al cuerpo físico y pueden dar lugar a una sacudida en un momento crucial. Asegúrese de que en la habitación reina la temperatura que le resulta más agradable, ni demasiado alta ni demasiado baja. Es mejor que tenga usted pocas mantas en la cama, pues así su cuerpo no estará oprimido por un peso excesivo.

Apague la luz del dormitorio. Asegúrese de que las cortinas están bien cerradas, de modo que ningún rayo de luz le de en los ojos en un momento inoportuno. Una vez verificado todo esto,

acuéstese cómodamente, afloje los músculos y espere a estar absolutamente relajado. No se duerma si puede evitarlo, aunque, si ha repetido la mantra de la forma adecuada, el sueño no le impedirá recordar su propósito. Le aconsejamos que permanezca despierto si puede, porque este primer viaje fuera del cuerpo es realmente interesante.

Una vez esté cómodamente echado — preferiblemente boca arriba — imagine que está esforzándose por sacar de sí mismo otro cuerpo; imagine que la forma fantasmal del cuerpo astral está empujando para separarse del cuerpo físico. Lo sentirá ascender, de forma parecida a como asciende un pedazo de corcho hacia la superficie del agua; lo sentirá separarse de sus moléculas carnales. Se producirá un hormigueo muy ligero, y después llegará un momento en que dicho hormigueo cesará casi totalmente. Tenga cuidado en este momento, porque el siguiente movimiento será un estremecimiento, a menos que cuide de evitarlo, y si se estremece violentamente su cuerpo astral, volverá a caer bruscamente en el físico.

Muchísimas personas, casi podríamos decir todo el mundo, han pasado por la experiencia de la sensación de caída estando a punto de dormirse. Algunos sabios hindúes han afirmado que esto es un vestigio de los tiempos en que los seres humanos eran monos. En realidad, esta sensación de caída es causada por un estremecimiento que hace que el cuerpo astral, que comenzaba a flotar, *caiga* de nuevo en el cuerpo físico. A menudo el sujeto se despierta del todo, pero, aunque no sea así, suele producirse un violento estremecimiento o sacudida, y el cuerpo astral retrocede sin haberse alejado mas que unas cuantas pulgadas del cuerpo físico.

Si usted es consciente de que existe la posibilidad de un estremecimiento, éste no se producirá. Así pues, tenga presentes las dificultades a fin de poder superarlas. Cuando haya cesado el ligero hormigueo, permanezca completamente inmóvil. Tendrá una repentina sensación de frío, como si algo se hubiese separado de usted. Quizá tendrá la impresión de que hay algo encima de usted, como si alguien le hubiese echado un cojín encima, por decirlo de una forma muy rudimentaria. No se deje perturbar; si lo consigue, la próxima sensación que experimentará es la de estar mirándose a sí mismo, quizá desde los pies de la cama o quizá incluso desde el techo de la habitación.

Obsérvese a sí mismo en esta primera ocasión con tanta calma como le sea posible, porque nunca se verá a sí mismo tan claramente como en este primer viaje. Se contemplará a sí mismo, y sin duda proferirá una exclamación de asombro al descubrir que no es en absoluto como se imaginaba. Sabemos que usted se mira al espejo, pero nadie ve un fiel reflejo de sí mismo ni en el mejor de los espejos. El lado izquierdo y el derecho están invertidos, por ejemplo, y se producen otras distorsiones. No hay nada comparable a encontrarse cara a cara consigo mismo.

Una vez se haya observado a sí mismo, aprenda a moverse por la habitación. Mire al interior del armario o de la cómoda, vea cuán fácilmente puede desplazarse hacia cualquier lugar. Examine el techo, examine aquellos lugares a los que normalmente no puede llegar. Sin duda encontrará mucho polvo en los lugares inaccesibles, y ello le dará ocasión de realizar otro experimento útil: trate de dejar señales en el polvo con los dedos, y comprobará que no puede. Sus dedos, su mano y su brazo penetran en la pared sin experimentar sensación ninguna.

Cuando haya comprobado que puede moverse por el espacio con total libertad, mire hacia su cuerpo físico. ¿Ve cómo centellea su Cuerda de Plata? Si ha visitado alguna vez el taller de un viejo herrero, recordará cómo echaba chispas al ser golpeado por el martillo; en este caso, las chispas, en lugar de rojo cereza, serán azules o amarillas. Aléjese de su cuerpo físico y observará que la Cuerda de Plata se alarga sin esfuerzo, sin disminuir en absoluto de diámetro. Mire otra vez su cuerpo físico, y después diríjase al lugar adonde había pensado ir.

Piense en la persona o en el lugar; no haga esfuerzo alguno, piense sólo en la persona o en el lugar.

Entonces comenzará a ascender atravesando el techo, y verá debajo de usted su casa y su calle. Después, si éste es su primer viaje consciente, avanzará lentamente hacia su lugar de destino. Se desplazará con la suficiente lentitud como para ir reconociendo el terreno. Una vez se haya acostumbrado a los viajes astrales conscientes, avanzará con la velocidad del pensamiento; cuando esto le ocurra, no habrá ya límite alguno en cuanto a lugares que puede visitar.

Cuando haya adquirido práctica en el viaje astral, podrá ir a cualquier lugar que desee, y no solamente a lugares de la Tierra. El cuerpo astral no respira aire, de modo que puede viajar por el espacio, por otros mundos, y muchas personas lo hacen. Desgraciadamente, debido a las condiciones actuales, no recuerdan adónde han ido. Si practica lo bastante, usted puede ser diferente.

Si encuentra difícil concentrarse en la persona a quien desea visitar, puede ayudarse con una fotografía de esa persona; no una fotografía enmarcada, pues de tener una fotografía así en la cama podría romper el cristal y hacerse daño, sino una fotografía corriente sin marco. Antes de apagar la luz, contemple largamente la fotografía, después apague la luz y esfuércese en retener una impresión visual de la persona. De este modo, la concentración puede resultarle más fácil. Algunas personas no pueden emprender un viaje astral si se sienten cómodas, si han comido bien o si no tienen frío. Algunas personas sólo pueden realizar un viaje astral consciente cuando se sienten incómodas, cuando tienen frío o hambre. Por extraño que resulte, hay personas que comen deliberadamente algo que les sienta mal a fin de provocarse una indigestión, y de esta forma pueden emprender un viaje astral sin ninguna dificultad especial. Suponemos que la razón de estos hechos es que el cuerpo astral se siente incómodo en el cuerpo físico y le resulta más fácil separarse de él.

En el Tíbet y en la India hay eremitas que viven encerrados entre paredes, que no ven nunca la luz del día. Reciben alimento una vez cada tres días para mantenerse en vida, para que no se extinga la débil llama de su vida. Estos hombres están en condiciones de viajar constantemente por el mundo astral, y pueden ir a cualquier lugar donde haya algo que aprender. En sus viajes, sostienen conversaciones con personas dotadas de telepatía, y modifican, para mejorarlo, el curso de algún acontecimiento. Es posible que, en alguno de sus viajes astrales, se encuentre usted con uno de estos hombres; eso será, ciertamente, una gran suerte para usted, pues ellos harán una pausa para aconsejarle y le dirán cómo puede realizar mayores progresos.

Lea una y otra vez esta lección. Nuevamente repetimos que sólo necesita usted práctica y fe para poder también viajar por el mundo astral y liberarse temporalmente de la inquietud de este mundo.

LECCIÓN DUODÉCIMA

Resulta mucho más fácil emprender viajes astrales, practicar la clarividencia y semejantes empresas metafísicas si el individuo se ha preparado previamente sobre una base adecuada. El entrenamiento metafísico necesita práctica, reiterada y constante. No es posible, con sólo leer unas pocas instrucciones, ponerse inmediatamente, y sin ninguna ejercitación, a viajar por el astral en largas excursiones. Hay que ejercitarse sin cesar un momento.

Nadie puede esperar que brote un jardín sin que se hayan plantado semillas en un suelo preparado. No sería usual ver una hermosa rosa crecida sobre una piedra granítica. Por eso mismo, está claro, no se puede esperar obtener la clarividencia, ni cualquier arte oculta, que florezca en nosotros cuando la mente está cerrada a cal y canto, con nuestro cerebro en continuo alboroto de pensamientos mal ligados entre sí. Más adelante trataremos con más extensión de la quietud, ya que en nuestros días una batahola de pensamientos insignificantes y el continuo estrépito de la radio y la televisión, en realidad ahogan nuestros talentos metafísicos.

Los sabios antiguos nos predicaban: «Estad callados y conoced que Yo estoy dentro de vosotros». Estos sabios dedicaban casi la vida entera a la investigación metafísica, antes que escribir una sola palabra sobre el papel. Además, se retiraban a parajes solitarios, donde no resonasen los ruidos de la llamada civilización; sitios libres de toda distracción, donde no se podían llenar ni baldes ni botellas. Nosotros tenemos la ventaja de que nos podemos beneficiar de las experiencias que aquellos antiguos realizaron en vida, y de las ventajas de que disfrutaron, sin tener que gastar la mayor parte de nuestra vida estudiando. Si sois espíritus serios — y si no lo fueseis no leeríais este libro — necesitáis prepararos para estar dispuestos al rápido desarrollo de vuestras facultades y al conocimiento del mejor camino para realizar, ante todo, la distensión.

Pocas personas conocen el sentido de la palabra «relajamiento», o distensión. Muchos piensan que arrellanándose en una butaca ya basta; pero no es así. Relajarse significa que todo nuestro cuerpo sea flexible. Hay que estar seguro de que todos los músculos se encuentran libres de toda tensión. Lo mejor es estudiar cómo hacen los gatos cuando están en perfecto reposo. El gato llega, da unas pocas vueltas y se deja caer como un bulto inerte, más o menos informe. El gato no se molesta por si algunos pocos centímetros de su pierna quedan al descubierto, ni si su aspecto es poco elegante; simplemente, se echa a reposar y todo su pensamiento se cifra en la relajación. Un gato puede dejarse caer al suelo y quedarse al instante dormido.

Es muy probable que todos sepan que el gato puede ver cosas, invisibles para los ojos humanos. Esto sucede porque las percepciones de los gatos están a una mayor altura que las de los hombres, en el «teclado», y pueden ver continuamente el astral; de modo que, para un gato, un viaje por el astral significa lo que para un hombre cruzar la habitación en que se halla. Procuremos, pues, emular al gato, ya que éste pisa terreno firme, y nosotros tenemos que Construir el edificio de nuestros conocimientos metafísicos sobre bases firmes y duraderas.

¿Sabéis cómo una persona consigue el relajamiento? ¿Os es posible, sin más explicaciones, lograr la flexibilidad, preparados a recibir impresiones? Es así como debemos hacerlo. Acostaros en una posición cómoda. Si necesitáis que los brazos estén extendidos — o

vuestras piernas —, hacedlo. Todo el arte del relajamiento se cifra en estar completa y absolutamente cómodo. Es mejor relajarse a solas, en vuestro dormitorio, puesto que la mayoría de personas, principalmente si son mujeres, no gustan de que nadie las vea en actitudes que equivocadamente piensan que son poco graciosas. Para relajarse, lo mejor es no pensar en posturas graciosas y toda clase de convencionalismos.

Nos tenemos que imaginar nuestro cuerpo como una isla poblada por personas muy pequeñas, siempre dóciles a nuestros mandatos. También se puede pensar, si así gusta, que nuestro cuerpo es un vasto estado industrial con sus técnicos, altamente instruidos y obedientes, situados en los distintos controles y 4centros nerviosos» que componen nuestro cuerpo. Cuando necesitamos relajarnos, diremos a todas esas personas que hay *que* cerrar las fábricas, que nuestros deseos actuales son de que nos dejen tranquilos; de forma que detengan sus máquinas y <centros nerviosos» y que se marchen por un tiempo en adelante.

Cómodamente acostados, esforcémonos en imaginar unas huestes de esos diminutos habitantes en los dedos de nuestros pies, en todo el pie, en las rodillas, por todas partes, en suma. Miremos a todos ellos, como si fuésemos unos gigantes altos, altos en el cielo, y entonces dirijámonos a ellos mentalmente. Ordenémosles que se marchen de nuestros pies, de nuestras piernas, manos, brazos, etc... Mandémosles que se congreguen todos juntos en el espacio que va de nuestro ombligo a nuestro esternón. El esternón, recordamos a los lectores, es el extremo del hueso de nuestro pecho. Si pasamos nuestros dedos por el medio de nuestro cuerpo, entre las costillas, encontraremos una especie de barra de un material duro, y que *LS* el esternón. Recorreremos un poco más adelante, y el hueso se acaba. Entre este sitio y el ombligo se halla el espacio designado. Demos la orden, a toda esta gente diminuta, de concentrarse allí. Imaginémonos que los vemos marchándose de nuestros miembros, a través del cuerpo, en filas apretadas como unos trabajadores abandonando una fábrica, muy atareada, al acabar la jornada de trabajo.

Al llegar al sitio designado, todos ellos habrán desertado de vuestras piernas y brazos, y de este modo estos miembros se encontrarán libres de tensión y de sensación alguna, ya que son estos personajes quienes alimentan las diversas piezas y centros nerviosos de vuestras maquinarias y las hacen trabajar. Vuestros brazos y piernas no están precisamente embotados; pero sí libres de sensaciones y de tensión, sin el menor cansancio. Podéis decir que, por decirlo de esta manera, «no están aquí».

Ahora ya tenemos a todas esas personas congregadas en el espacio previsto, como un grupo de trabajadores esperando una reunión política. Contemplémoslos, en imaginación, por unos pocos momentos y que nuestra mirada los abarque a todos ellos; entonces, confidencialmente, digámosles que abandonen nuestro cuerpo hasta que no les demos instrucciones para la vuelta. Ordenémosles que sigan a lo largo de la Cuerda de Plata, alejándose de nosotros. Nos dejarán tranquilos mientras meditamos, distendidos.

Pintémonos a nosotros mismos esa Cuerda de Plata, prolongándose a lo lejos de nuestro cuerpo físico, dentro de los grandes países del más allá. Figurémonos que dicha cuerda es un túnel como el de un «metro», e imaginemos que nos hallamos en una de las horas puntas de una ciudad como Londres, Nueva York o Moscú; imaginemos que todos ellos abandonan a la vez la ciudad y se dirigen a los suburbios; pensemos en los trabajadores tomando un tren tras otro y dejando la ciudad tranquila, relativamente. Haz que esos diminutos personajes hagan lo que a ti te es fácil con la práctica. Después, te encontrarás sin tensión, en tus nervios no habrá barullo, y tus músculos estarán relajados. Permanezcamos quietos para que nuestro pensamiento se paralice. No importa que pensemos algo, si no tiene importancia alguna, como si no pensásemos. Abandonémonos mientras respiramos lenta y firmemente y entonces

expulsemos esos pensamientos de la misma forma como hemos expulsado a aquellos «trabajadores de la fábrica».

Los humanos están tan atareados con sus pequeños pensamientos insignificantes que no les queda tiempo para dedicarlo a las grandes cosas de la Vida Mayor. Se preguntan cuándo se efectuará una determinada venta, o tal o cual acontecimiento de la televisión que no les queda tiempo para tratar de lo que realmente importa. Todas esas cosas mundanas y cotidianas son completamente triviales. ¿Qué puede importar dentro de cincuenta años que Fulano y Zutano vendan piezas de ropa a precio inferior al actual? Pero, sí importa dentro de cincuenta años los progresos que consigamos realizar ahora. Porque hay que tener bien fija en la cabeza esta verdad: ni un solo hombre, ni una sola mujer, ha conseguido nunca llevarse un solo céntimo más allá de esta vida. En cambio, todo hombre y toda mujer se llevan consigo los conocimientos que han adquirido en esta vida a la vida posterior. asta es la razón de que nosotros estemos en este mundo; y el que nosotros nos esforcemos para ganar conocimientos que valgan la pena con vistas al más allá, o tan sólo cultivemos inútiles confusionismos y pensamientos dispares, es un problema que debe ser examinado con toda atención. Por eso, el presente curso es útil a todos nosotros; afecta, por entero, a nuestro porvenir.

El pensamiento — la razón — es lo que mantiene a los seres humanos en una posición inferior. Los hombres hablan de su razón y dicen que ella los distingue de los animales; ¡los distingue, en efecto! ¿Qué clase de criaturas, sino las humanas, lanzan bombas atómicas a las demás? ¿Qué otras criaturas destripan a los prisioneros de guerra o les privan de las cosas más elementales que les pertenecen? ¿Puede imaginarse una criatura si no es al hombre que mutila a varones y hembras de una manera tan espectacular? Los seres humanos, a despecho de su decantada superioridad son, en muchos aspectos, más bajos que los más bajos animales del campo. ¡Es por esto que los seres humanos tienen escalas de valores equivocados; anhelan el dinero, los objetos materiales de esta vida mundanal, cuando lo que importa, después de esta vida, son las cosas inmateriales que intentamos inculcar a los que nos leen!

Expulsad vuestros pensamientos, ahora que estáis distendidos; abrid vuestra mente, que sea receptiva. Si queréis seguir vuestras prácticas, es preciso expulsar los inútiles, interminables pensamientos que se amontonan dentro de vosotros. Si lo conseguís, veréis realidades ciertas; veréis cosas en diferentes planos de la existencia; pero esas cosas son tan completamente ajenas a la vida terrenal — agradablemente ajenas — que no tenemos palabras concretas con las que describir lo abstracto.

Sólo se necesita práctica para que, incluso, os sea posible ver las cosas del futuro.

Ciertos grandes hombres, con cerrar los ojos por unos momentos pueden volverlos a abrir completamente rehechos de sus fatigas, y con la inspiración brillando en su vista. Estas personas son aquellas que pueden expulsar todos sus pensamientos cuando quieren, y entrar en comunicación con el conocimiento de las esferas. También lo podremos llegar a hacer nosotros, con la práctica.

Es, ciertamente, una cosa muy funesta, para todos aquellos que anhelan un desarrollo espiritual, el vicio de extraviarse por los ordinarios, inútiles y vanos vericuetos de la vida social. Los cócteles son el peor pasatiempo que podemos imaginarnos para quienes ansían desarrollarse espiritualmente. Bebida, espíritus y alcohol desarreglan nuestros juicios psíquicos; incluso pueden arrastrarnos a las capas inferiores del astral, donde podemos ser atormentados por entes que se deleitan aprisionando a los hombres en zonas donde no pueden ni pensar claramente. A tales entes inferiores les resulta divertido el juego.

Las reuniones, y los usuales actos sociales, a base de charlas donde personas que no piensan nada se divierten hablando sin cesar, procurando disimular la vaciedad de sus respectivas mentes, son un espectáculo penoso para todos cuantos se esfuerzan en realizar progresos. Sólo podremos avanzar si nos desembarazamos de esta turba de gente frívola, cuyos pensamientos principales son cuántos cócteles pueden beber en una reunión, si no prefieren hablar neciamente sobre las cosas que le ocurren al prójimo.

Nosotros creemos en la comunión de las almas; creemos que dos personas pueden estar juntas en silencio; pero comunicándose telepáticamente por «simpatía». El pensamiento de uno provoca la respuesta del otro. Se ha observado que a veces una pareja muy anciana que han estado ligados el uno con el otro, como lo son marido y mujer, pueden anticiparse mutuamente los pensamientos de ambos. Estas personas ancianas, ligadas por un amor firme, no entablan jamás charlas sin sentido, o vanas palabrerías; permanecen sentadas la una al lado de la otra, mandándose recíproca y silenciosamente mensajes que fluyen de cada uno de sus respectivos cerebros. Ambos han aprendido demasiado tarde los beneficios que puede reportamos una comunión silenciosa de dos almas. Demasiado tarde, porque los ancianos, literalmente, se encuentran al fin del viaje de la vida. Vosotros tenéis que empezar en la juventud.

Es posible para un pequeño grupo, por medio del pensamiento constructivo, alterar la marcha de los acontecimientos mundiales. Por desgracia, no es nada fácil reunir un pequeño grupo de personas que sean tan poco egoístas y tan poco egocéntricas para que alejen de sí todo pensamiento egoísta y se concentren sólo en el bien del mundo. Afirmamos ahora que si el estudiante y sus amigos quieren formar un círculo, sentados cada uno confortablemente, de cara los unos a los otros, podrán hacer un gran bien, no sólo a si mismos, sino a todos los demás hombres.

Para estas sesiones, cada persona — hombre o mujer **—,** debe tener los dedos tocándose el uno al otro. Cada uno debe tener sus manos enlazadas. No deben tocarse las personas, los Unos con los otros; antes bien, cada uno debe ser una unidad física separada. Recordemos los viejos judíos, los auténticos viejos judíos; ellos sabían que cuando trataban un negocio, debían permanecer de pie, con los pies juntos y las manos enlazadas, porque así se conservan las fuerzas vitales del cuerpo. Un viejo judío, intentando concluir un negocio grandemente beneficioso para él**,** sabe que se llevará la mejor parte si conserva esta actitud particular, y su contrincante, no. Él no adopta esta actitud por baja adulación, como más de una persona se imagina, sino porque conoce que así conserva y utiliza las energías de su cuerpo. Cuando ha logrado su objetivo, entonces puede separar las manos y los pies, ya que no le hacen falta las fuerzas para el «ataque», siendo ya él el vencedor. Una vez alcanzado el fin que se proponía, puede permanecer distendido.

Si cada uno de vuestro grupo mantiene los pies y manos juntos, cada uno conserva toda su energía corporal. Es lo mismo que hacemos cuando tenemos un imán y situamos una barra de hierro sobre ambos polos del mismo, que haga de «conservador» de la fuerza magnética, sin la cual el imán no sería más que un trozo de metal inútil. Vuestro grupo deberá sentarse en círculo, más o menos mirando el espacio al centro de dicho círculo, preferiblemente en el piso, porque así las cabezas estarán ligeramente apuntadas hacia abajo, lo que es más reposado y natural. Nadie tiene que hablar, sino permanecer sentado. Asegurémonos de que *nadie* hablará. Habréis ya decidido sobre el tema de los pensamientos, de manera que sobran las palabras. Gradualmente, cada uno de los reunidos experimentara una gran paz interior,

como si fuese bañado por una luz interior. Os visitará una iluminación firmemente espiritual; sentiréis que formáis «Uno con el Universo».

Los servicios religiosos se proponen este fin. Recordemos que los antiguos sacerdotes de todas las iglesias fueron grandes psicólogos. Sabían cómo formular las cosas, en orden a obtener los resultados que se deseaban. Es también un fenómeno conocido que no se puede tener a un grupo de gente quieto sin una constante dirección; por eso hay música y pensamiento dirigido en la estructura de las oraciones. Si un sacerdote cualquiera permanece de pie en un sitio al que se dirigen todas las miradas y pronuncia determinadas palabras, entonces gana la atención de todos los allí reunidos, que se sienten dirigidos hacia un determinado fin. Es ésta una forma inferior de practicar esas cosas; pero es indispensable cuando se trata de conseguir un efecto de masa sobre unos grupos de personas que no dedican el tiempo o la energía necesaria para llegar a un más alto nivel en la línea espiritual de la vida. Vosotros podréis, si ponéis toda vuestra voluntad, llegar a mayores resultados sentados en un pequeño grupo, y observando silencio.

Permaneced sentados sin hablar, mirando de relajaros, cada uno de vosotros reflexionando sobre pensamientos puros alrededor del tema designado. Nada de pensar en las cuentas del tendero, que aún no se han pagado, ni cuáles serán las modas que van a venir para la temporada próxima. Pensad, en su lugar, en acrecer el número de vuestras vibraciones para que así os sea posible daros cuenta de la bondad y grandeza que se adivinan en la vida venidera.

Hablamos demasiado, todos nosotros, y permitimos que nuestros cerebros se agiten como unas máquinas sin pensamiento. Si nos distendemos, si estamos más horas solos y hablamos menos cuando estamos en compañía de otros, entonces fluirán dentro de nuestras almas pensamientos de una pureza que no podíamos sospechar y que elevarán nuestros espíritus. Algunas personas que tiempos atrás vivieron en las soledades del campo, haciendo vida solitaria, tuvieron una mayor pureza de pensamiento que jamás tuvieron las personas de todas las ciudades del mundo. Pastores sin ninguna formación han llegado a un grado mayor de pureza espiritual que el que alcanzaron muchos sacerdotes del más alto grado. Esto era debido a que tenían tiempo para estar solos, tiempo para meditar, y cuando se cansaban de meditar, sus mentes les quedaban «en blanco» y así los más grandes pensamientos del «más allá», podían penetrar en sus cerebros.

¿Por qué no nos ejercitamos diariamente? Podemos estar sentados o recostados, mientras nos sintamos cómodos. Dejemos que nuestra mente esté en reposo. Recordemos, «Estáte callado y conoce que Yo soy Dios», y otra sentencia, «Estáte en silencio y sabe que Yo estoy dentro». Ejercitémosnos de esta manera: permanezcamos libres de pensamientos, de preocupaciones o dudas, y notaremos que, en el intervalo de un mes, estaremos más equilibrados y llenos de ánimo, seremos absolutamente otra persona.
No podemos terminar esta lección sin referirnos una vez mas a las reuniones y a la yana palabrería. En algunas escuelas de urbanidad mundana se enseña que debemos cultivar la conversación superficial, si queremos ser unos buenos anfitriones. La idea en cuestión parece consistir, aproximadamente, en que los invitados no deben ser dejados ni un momento en silencio, en el caso de que los pensamientos de los mismos sean sombríos y su aspecto exterior agitado. Nosotros, al contrario, sabemos que proporcionando silencio les procuramos uno de los más preciosos bienes de la Tierra, porque en el mundo moderno el silencio no se encuentra en parte alguna; el tráfico es constante y estruendoso; el continuo zumbido de los aviones sobre nuestras cabezas y, por encima de todo, el trompetear insensato de la radio y la televisión, forman un clima de estrépito insoportable. Esto puede provocar una nueva caída del Hombre. Nosotros, proporcionándonos un oasis de quietud, podemos hacer mucho para

nosotros mismos y por la humanidad, amiga nuestra.

¿Queréis intentarlo por un solo día, y veréis la tranquilidad que se alcanza? Os daréis cuenta de lo poco que hay que hablar. Decid solamente lo indispensable y evitad lo sin interés, lo que es puro comadreo y charla. Si lo hacéis de una manera consciente y deliberada, quedaréis sorprendidos, al cabo del día, de lo que normalmente habláis sin que tenga el menor interés ni significado.

Hemos visto una gran cantidad de cosas acerca de la charla y del ruido, y si queréis practicar el silencio, os habréis dado cuenta de que, en este punto, tenemos toda la razón. Varias de las órdenes religiosas son órdenes de silencio; religiosos y monjas obedecen al mandamiento del silencio. Los superiores lo han ordenado, no como un castigo, sino porque saben que solamente dentro del silencio podemos percibir las voces del Grande Más Allá.

LECCIÓN DECIMOTERCERA

¿Quién, una vez u otra, no ha pensado en «qué sentido tiene esta vida terrenal»? ¿Es indispensable el tener que afrontar tantos sinsabores y trabajos? La verdad, sin duda, es que tienen que existir los sufrimientos, las estrecheces y las guerras. Ponemos demasiado interés en las cosas de este mundo; tendemos a pensar que nada hay tan importante como la vida sobre la Tierra. La verdad es que, sobre la Tierra, no somos nada más que unos actores sobre la escena, cambiando el vestuario al compás de nuestros papeles y, al final de cada acto, retirándonos por un rato, para comparecer en el siguiente. vestidos con otras trazas.

Las guerras son necesarias. Sin ellas, el mundo sería rápidamente superpoblado. Son necesarias porque ofrecen ocasiones para el sacrificio de sí mismo y para que el hombre se eleve, por encima de los límites de la carne, al servicio de los demás. Miramos la vida como es vivida en este mundo, como si fuese la única cosa importante. En realidad, es la cosa que importa menos.

Cuando existimos corno espíritus, somos indestructibles. Somos inmunes a las penas y enfermedades. Por eso el espíritu, que necesita ganar experiencia, ocasiona un cuerpo de carne y hueso — un cuerpo que es una masa de protoplasma animado — para que así pueda aprender las lecciones de la experiencia. Sobre la Tierra, el cuerpo es como un títere, saltando y danzando a las órdenes del Super-yo que, a través de la Cuerda de Plata, ordena y recibe mensajes.

Por un momento, miremos las cosas de una manera más bien diferente — ¿no es así? —. Una persona que llega a la Tierra por vez primera, quizás es una criatura inerme, algo parecido a un recién nacido, incapaz de hacer planes por sí mismo. Por consiguiente, los planes se los deben hacer otras personas. Por ahora no hay que preocuparse de los que aún se encuentran por evolucionar; porque si el lector se encuentra estudiando este curso, ello significa que se halla en un estado de su evolución que le capacita para planear más o menos las cosas que le faltan por aprender. Examinemos cómo se encuentran las cosas antes de que un individuo regrese sobre la Tierra.

Un individuo — un ser — ha regresado al Super-yo, en los planos astrales, de vuelta de su vida terrenal. Este ser habrá visto todos los errores y faltas de esta vida y habrá decidido — solo o tal vez en compañía con otros — que ciertas lecciones no han sido aprendidas y que hay que volver de nuevo. De manera que se han hecho planes para que este ser, esta entidad, pueda ingresar nuevamente en un cuerpo físico. Se hace una investigación para hallar unos padres que ofrezcan las necesarias facilidades en relación al tipo de medio familiar que es requerido. Esto es: una persona que está acostumbrada a manejar dinero, tiene que nacer de padres ricos; en cambio, si una persona tiene que subir «del arroyo», será hijo de padres pobres indispensablemente. Podrá nacer estropeado o ciego; depende de lo que tiene que aprender en la vida.

Un ser humano sobre la Tierra viene a ser lo que un niño en la clase de un colegio. Pensemos en términos colegiales. El niño está con una serie de compañeros de clase. Supongamos que,

por la razón que sea, este chico determinado no hace lo que debería, y al final del curso hace un triste papel en los exámenes. Los profesores, ante esa conducta, deciden que no está preparado para ascender al grado superior inmediato. Este chico, cuando llegan las vacaciones, se encuentra con la amarga verdad de que le será preciso, cuando terminen éstas, repetir el curso.

Al reanudarse las actividades escolares, el chico que no tiene aprobado el curso repite sus estudios, las mismas lecciones, para tener nuevas oportunidades; mas, todos aquellos que han estudiado con más asiduidad, adelantan y son admitidos en un grado superior, y tal vez sean tratados con más consideración por sus maestros, porque son muchachos que se han esforzado, que han dominado las lecciones y han realizado progresos. Aquel que se ha quedado atrás se siente responsable ante los nuevos alumnos, x~ tiende a darse importancia, con el fin de hacerles ver que si no pasó a un grado superior fue porque no le importaba. Si al final de su curso el chico no muestra ningún signo de haber hecho progresos, puede ser muy bien que los profesores tengan una reunión y pueden incluso decidir que el chico es de una mentalidad inferior, en cuyo caso se le recomienda que vaya a un tipo diferente de escuela.

Si los chicos del colegio cumplen con su deber y realizan progresos satisfactorios en sus estudios, entonces llega el momento en que tienen que decidir qué dirección quieren emprender en su vida. ¿Quieren ser médicos, abogados, carpinteros, chóferes de autobús? Sea como quiera, tienen que realizar los estudios necesarios. Un futuro médico se ve obligado a realizar estudios diferentes que un futuro chófer de autobuses. Consultando con los profesores, dichos estudios son efectuados por los discípulos.

Igual sucede con el mundo del espíritu; antes de que un ser humano nazca, algunos meses antes de su nacimiento, en algún sitio del mundo espiritual, se hace una conferencia. El que tiene que entrar en un cuerpo humano discute con sus consejeros el modo de aprender determinadas materias, lo mismo que un estudiante de la Tierra discute cómo debe realizar sus estudios para obtener las calificaciones deseadas. Los consejeros espirituales tienen facultad para decidir de qué forma el futuro estudiante de la escuela de la vida será hijo de una determinada pareja matrimonial, o ¡tal vez libre! Sigue una discusión sobre las materias de las que tiene que ser instruido, y las pruebas por las cuales tiene que pasar; porque es una triste evidencia que las penas enseñan más que las dulzuras. Aquí hay que hacer notar que el que una persona ocupe en esta vida una situación servil no significa que ésta sea inferior en el mundo del espíritu. A menudo se da el caso de que personas que desempeñan funciones bajas, debido a las enseñanzas que deben asimilar, en la vida futura serán personas de la mayor categoría.

Es lástima que sobre la Tierra una persona es estimada por la cantidad de dinero que posee o por lo que son sus padres; esto, ciertamente, es trágicamente absurdo. Equivale a juzgar un muchacho en la escuela por el dinero que tiene su madre, en vez de juzgar al chico por sus propios progresos escolares. Repetimos una vez más que nadie ha sido capaz de llevarse ni un céntimo más allá de la barrera de la muerte; pero todos los conocimientos adquiridos y todas las experiencias se almacenan y nos acompañan en la vida del más allá. Así, todos aquellos que creen que por tener millones les va a ser guardado un asiento preferente en el cielo, van por el camino de llevarse un triste y desagradable desengaño. Dinero, posición, raza o color no importan en lo más mínimo. Lo único importante es el grado de espiritualidad que cada cual haya alcanzado.

Volveremos a nuestro espíritu, a punto de entrar en una nueva encarnación; cuando se le han hallado unos padres adecuados, entonces el espíritu entrará en el cuerpo en formación del infante por nacer, y con la entrada en aquel cuerpo sobrevendrá una instantánea cancelación

de la memoria consciente de toda la vida anterior. Sería, en efecto, una cosa terrible que el niño tuviese un recuerdo vivo de quién él había sido, tal vez muy próxima, íntimamente vinculado con su madre o su padre. Sería trágico y triste que e] niño pudiese acordarse de haber sido un gran rey, mientras ahora es un pobre entre los más menesterosos. Por esta razón -— entre varias otras —es un acto caritativo que las personas corrientes no se puedan acordar de sus vidas pasadas; pero una vez habrán pasado de su vida presente y vuelto al mundo del espíritu, todo, absolutamente todo, es recordado.

Muchas personas observan estrictamente el viejo mandamiento: «Honrar padre y madre». Si bien éste es, evidentemente. un sentimiento muy laudable, hay que poner bien en claro que muchísimas personas, en la Tierra, no volverán a ver nunca más a sus padres cuando entren en el mundo espiritual En los viejos días del mundo, era necesario que los sacerdotes hiciesen todo lo posible para ganar la cooperación de los padres, a fin de que los jóvenes de ambos sexos no dejasen la tribu, puesto que la prosperidad de ésta dependía del número de jóvenes que la componían. Cuanto más numerosa era, más fácilmente podía dominar a las pequeñas tribus. Así es que los sacerdotes exhortaban a los hijos a que obedeciesen a sus padres, mientras que éstos obedecían a los sacerdotes.

Afirmemos de un modo rotundo que hemos de prestar nuestro asentimiento al precepto de que los padres tienen que ser «venerados», con tal de que lo merezcan. Es cierto que si un padre o madre son explotadores malhumorados o tiranos, éstos han perdido todo derecho a ser «venerados». De nsngún modo es necesaria la obediencia de esclavo que muchos hijos tienen a sus padres. Algunos hijos son ya adultos, y casados, llevan ya vivida media centuria de su vida y todavía tiemblan de miedo o aprensión ante el nombre de sus padres. A menudo eso conduce a una neurosis, y, en vez de provocar amor, se produce temor y mal disimulado resentimiento. Así y todo, estos hijos — que pueden pasar de los cincuenta o más años —, se sienten culpables porque han sido criados bajo el precepto de «Honrar padre y madre».

Para estos tan afligidos nos gustaría decir de un modo absolutamente definitivo, con toda firmeza, que si nos sentimos desgraciados con nuestros padres, no los volveremos a ver en el mundo del espíritu. En aquel mundo reina la ley de la Armonía, y es absolutamente imposible para todas las personas encontrarse con otra que les sea incompatible. Igualmente, si estamos casados y unidos con nuestra pareja sólo por un casamiento de conveniencia, que no nos atrevemos a romper por el qué dirán los vecinos, jamás nos volveremos a ver con nuestra pareja en el mundo espiritual, a menos que uno de los dos cambie y se establezca de este modo una compatibilidad.

Lo repetimos para que no se den malas inteligencias: Si vosotros y vuestros padres sois incompatibles, si no existe mutua comprensión, si no os sentís felices juntos, si no existe afinidad, no os encontraréis en ningún otro plano de la existencia. Lo mismo se puede decir de los parientes o de los cónyuges. Tiene que haber compatibilidad y completa armonía para encontrarse de nuevo. Ésta es una de las razones que tiene el espíritu para deber encarnarse en un cuerpo físico; porque sólo en el cuerpo físico pueden ponerse en contacto dos seres antagónicos para que puedan alisarse las aristas vivas entre sí, alcanzando un real y mutuo entendimiento.

Más adelante, en otra lección, trataremos del problema de Dios o de los dioses, y de las diferentes formas de las creencias religiosas. Los seres humanos piensan, erróneamente, ser la más importante de las formas de existencia. Esto es equivocado del todo, y muchas veces se trata de una idea alimentada por las religiones organizadas. El pensamiento religioso enseña que el Hombre es creado a imagen y semejanza de Dios; por lo tanto, si es así, no cabe creer en nada más alto que el Hombre. Lo real es que en otros mundos hay algunas altísimas formas de vida. Dios no es un viejo señor benévolo, que nos observa amablemente a través de las páginas de algún libro. Dios es un ser muy real, un Espíritu viviente que nos gula a todos, pero no indispensablemente en la forma que nos ha sido enseñada.

Por último, al estudiar esta lección hemos de fijarnos en nuestras relaciones con nuestros

padres, nuestros compañeros, nuestros deudos. ¿Nos sentimos felices a su lado? ¿De veras? ¿O vivimos apartados de ellos? ¿Podemos imaginarnos viviendo con alguna de esas personas continuamente, por toda la vida? Recordemos que, cuando íbamos a la escuela, había una serie de personas en la clase, junto con nosotros, además de los profesores. Teníamos que respetar a estos últimos; pero no estaban continuamente asociados a nuestra vida, su medida era temporal; se trataba de gente empleada para vigilar nuestra formación. Nuestros padres igualmente son individuos que hemos elegido — con su permiso en el mundo espiritual —, para que compartan e inspeccionen nuestro desarrollo. Si una persona ama sinceramente a sus padres — y no porque ningún mandamiento religioso se lo imponga — sentirá sin duda un gran placer sabiendo que los hallará definitivamente en «el otro lado». Las condiciones del más allá las hemos de crear durante nuestro paso por la Tierra.

Librodot

LECCIÓN DECIMOCUARTA

Todos estamos ansiosos de obtener cosas hechas por nosotros, ofrecidas a nosotros. Probablemente cada cual confesará haber pedido un auxilio. Es, evidentemente, una cosa humana bien natural, en sus problemas humanos, el sentir la necesidad de una protección que nos venga de alguien fuera de nosotros. El hombre se siente inseguro y necesita la imagen del «Dios-Padre», de la «Madre», para sentirse protegido; para sentirse como un miembro de la gran Familia. Pero, para recibir algo, es preciso que nosotros antes hayamos dado algo por nuestra parte. No se puede recibir sin dar previamente; porque el acto de dar — la actitud de aquel que abre su mente — hace posible para nosotros el ser receptivos a todos cuantos quieren dar todo lo que nosotros necesitamos recibir.

Cuando decimos «dar», no nos referimos exclusivamente al dar dinero, aunque sea usual el darlo, por cuanto es lo que la mayor parte de personas necesitan por encima de todo. El dinero, en nuestros días, representa una seguridad en las necesidades; una liberación de los temores de la pobreza, del miedo ante las visitas de los cobradores. Se puede dar dinero, y hasta es una obligación en determinadas condiciones; pero el «dar» también significa darse al prójimo, ponerse de todo corazón al servicio de los demás. Debemos, nos es preciso, dar dinero o bienes o auxilio y consolación espirituales a quienes lo necesitan. Repitámoslo; sin dar, no podremos recibir.

Hay mucha confusión, en el mundo occidental, sobre los conceptos de «dar», «recibir», «limosnas» y «pedir». Parece, para esta gente, que hay algo degradante en el acto de pedir auxilio de nuestro prójimo. Pero, en realidad, eso no es cierto. El dinero es meramente una comodidad que se nos ofrece mientras estamos en este mundo, con el cual podemos comprar felicidad y progresos mediante la ayuda a los demás, en vez de esconderlo inútilmente bajo una bóveda de piedra, en la sombra.

Este mundo al que nos referimos es el del comercio, donde se miden las personas por el dinero que tienen en el banco y por los signos exteriores de riqueza que muestran. Este caballero brillantemente ataviado o esta señora que derrocha para su propia satisfacción — para construirse la propia fachada — no son gente espiritual ni generosa; son personas que gastan sin ninguna intención de dar; que no reparan en gastos egoístas, sólo para que su propio «ego» se sienta asistido. En el mundo occidental, un hombre es considerado por lo que su mujer gasta en vestuario y joyas; por el coche más o menos lujoso que posee; sobre la casa que ocupa; ¿pertenece a tal o cual club? Entonces será una persona distinguida — sólo los millonarios pueden ser socios de este *Club* —. Digámoslo otra vez, éste es un mundo de falsos valores, porque — hay que repetírselo uno mismo hasta que se instale en el subconsciente — ni un solo hombre ni una sola mujer de los nacidos ha conseguido jamás un céntimo ni un alfiler, ni ha logrado apagar una triste cerilla en las aguas del río de la Muerte; todo lo que se lleva se cifra en el contenido de su mente, el conjunto de sus experiencias, buenas o malas, generosas o mezquinas; aquello que pueda ser destilado de las experiencias de la vida acá en el suelo. Y el hombre que ha vivido para él solo, aunque sobre la Tierra haya sido quizás un millonario, cuando llega «al otro lado», no será más que un quebrado espiritual.

En el Este, es un espectáculo corriente el que la dueña de la casa, al atardecer, vaya a la puerta y encuentre al monje vestido de su hábito, con su humilde bolsa de mendicante. Esto forma

una parte de la vida de los países Orientales; todas las amas de su casa, aun las más pobres que puedan soñarse, han dejado aparte comida para el monje que pedía una limosna de su generosidad. Se considera un honor para un hogar, el que un monje llame a su puerta pidiendo el sustento- Pero, al contrario de lo que se cree en Occidente, un monje no es ningún parásito ni pedigüeño, ni un desamparado que teme al trabajo y prefiere vivir de la bondad de su prójimo. ¿Conocéis lo que son estas escenas del anochecer, en los países del Este?

Puntualicemos que nos referimos, hablando del Este, a países como la India, donde es corriente el socorrer a los monjes mendicantes, como lo fue en la China y el Tíbet antes de que los comunistas llegasen al poder. Imaginémonos, pues, un villorrio en la India. Las sombras del atardecer caen y se alargan por el suelo. La luz va adquiriendo un azul morado, las hojas del baobab susurran levemente a medida que llegan las brisas de las montañas del Himalaya. Calladamente viene por el camino polvoriento un monje, vestido de andrajos, llevando todo cuanto posee en este mundo. Sus hábitos, con sandalias en los pies y, en su mano, el rosario. Envuelve sus espaldas su sábana, que le sirve al propio tiempo de lecho. Otros pequeños objetos de su pertenencia se hallan alojados en sus ropas; en su mano derecha lleva su bastón, no para defenderse a sí mismo contra de los animales o los hombres, sino para ir apartando las zarzas y las ramas que, de no llevarlo, le obstruirían el paso; también para conocer el fondo de un río antes de intentar vadearlo.

Se acerca a una casa y, entretanto, busca en el seno de sus hábitos su gastado y reluciente cuenco de madera, viejo y alisado por el uso. Al llegar a la casa, la puerta se abre súbitamente y una mujer se halla en el dintel con un plato de comida en las manos. Ella mira modestamente al suelo; no al monje, que sería una impertinencia; mira al suelo para mostrar que es modesta, recatada y de buena reputación. El monje se le acerca, teniendo su cuenco con las dos manos. Es sabido que en Oriente siempre se coge un cuenco o una copa con ambas manos, ya que, empleando una sola, se mostraría «desprecio» a la comida; la comida, como preciosa que es, merece la atención de las dos manos. De esta manera, el monje aguanta firmemente su cuenco con ambas manos. La mujer vierte una cantidad generosa de comida y luego se marcha. No se han cambiado una sola palabra, ni una sola mirada, porque el dar de comer a un monje es un honor y no una carga; darle de comer es pagar en una pequeña medida la deuda que la gente laica siente tener para con aquellos que viven dentro de las órdenes sagradas.

La mujer de la casa siente en su corazón que ella y su hogar han sido pagados porque un santo varón ha llamado a su puerta; siente que este tributo le ha sido pagado por sus guisos; se pregunta si algún otro monje ha tenido palabras amables sobre la comida que ella le preparó, y esto ha sido la razón de la reciente visita del recién venido. En otras casas, otras mujeres tal vez estarán mirando más bien celosas, detrás de las cortinas de la ventana, pensando por qué no han sido ellas favorecidas con la visita de aquel monje.

Con su cuenco lleno hasta el borde, el monje se aleja poco a poco, llevando la vasija con ambas manos, y marcha por la senda por donde ha venido, en busca del techo de algún árbol amigo. Allí se sentará, como ha estado sentado la mayor parte del día, y disfrutará de su comida vespertina, la única en todo el día. Los monjes no comen sino lo preciso, viven frugalmente y se alimentan con lo preciso para conservar sus fuerzas y su salud; mas, no lo bastante para volverse unos glotones. Demasiada comida impide el progreso espiritual; comidas demasiado sazonadas, fritos, desequilibran la salud física. Hay que vivir como viven los monjes, comer lo suficiente y no más. Comer sencillamente para que el cuerpo se nutra; pero no ricamente, de manera que la mente esté ahíta y el espíritu prisionero del barro.

Hay que explicar que el monje a quien le han dado su comida no debe sentirse necesariamente

vencido por la gratitud. Desde un tiempo inmemorial un camino de vida ha surgido en el Oriente; un monje recibe su alimento como un derecho; no es un mendigo ni una carga; no es ni un ocioso ni un parásito.

Durante el día, antes de la comida vespertina, el monje se ha sentado horas y horas bajo un árbol, a la disposición de quien pasa por su camino, de quien necesita sus servicios. Aquellos que necesitan un consuelo espiritual pueden consultarle para su auxilio, como los que tienen relaciones que son malas, como los que necesiten urgentemente que les escriban una carta. Algunos, también, acuden a ver al monje para que les diga si tiene algunas noticias de seres por ellos queridos; el monje continuamente viaja de una ciudad a la otra, a través de la región, que recorre de un extremo al otro. Y el monje ofrece sus servicios libremente sin que necesite nada para él, sin que importe la duración del favor que se le ha pedido. Es un santo varón y una persona educada; le consta que muchos de los aldeanos que le necesitan y que él ayuda con todo corazón, no pueden pagarle puesto que son demasiado pobres; por lo tanto es recto y justo, ya que lo que él ha estudiado para adquirir conocimientos personales y que puede proporcionar consuelos espirituales a las personas, le impide disponer del tiempo suficiente para dedicarse a un trabajo manual con que sustentarse; existe por parte de las personas del país el privilegio y el honor de auxiliarle a su vez y pagarle en una pequeña proporción con el manjar que él necesita para conservar su cuerpo y su alma reunidos.

Después de comer, el monje reposa un rato y luego, poniéndose de pie y limpiando su bol con arena fina, empuñará su bastón y caminará dentro de la noche, viajando muchas veces a la luz de la resplandeciente luna tropical. El monje se desplaza lejos y de prisa, durmiendo poco. Es un hombre respetado por todos los países budistas.

Todos nosotros, también, hemos de dar para que podamos recibir. En tiempos lejanos del pasado, era una ley divina el que todos debían dar una décima parte de sus posesiones o bienes obtenidos. Estas décimas partes se llamaban «diezmos», y pronto formaron una parte integral de la vida. En Inglaterra, por ejemplo, la Iglesia podía reivindicar un diezmo de toda propiedad y de todos los bienes que poseía una persona. Ese dinero servía para la conservación de los templos y para el estipendio de los beneficiados eclesiásticos. Es interesante añadir que, hará cosa de unos diez años, en Inglaterra se dieron muchos casos en que los herederos de propiedades territoriales acudieron a la administración de la justicia pidiendo que se les exonerase del pago de los diezmos a la Iglesia anglicana. El caso promovió una gran conmoción en los tribunales del país. Los mencionados herederos alegaban que el tener que pagar la décima parte de sus rentas les arruinaba. En realidad, ya estaban arruinados no pagando voluntariamente; puesto que, en este caso, más vale no pagar nada.

Actualmente, los niveles de vida son completamente distintos de los de años atrás. Ya no se vive del diezmo, ni éste se paga; y es una lástima. Es esencial, si se quiere progresar espiritualmente, que uno «dé» algo por el bien de los demás — y especialmente, el «dar» por el bien de los demás atrae mucho bien sobre uno mismo —. En resumidas cuentas; sólo podemos progresar y ser ayudados si ayudamos a nuestro prójimo.

Nos damos cuenta de que existe una cantidad de hombres de negocios dotados de cabezas sólidas, y unas inclinaciones religiosas no muy notables, que voluntariamente dan una décima parte de sus rentas para el bien de los demás — *y,* en el fondo, para su propio bien particular —. Hacen esto porque son religiosos y la experiencia comercial les enseña que así «tirando su pan sobre las aguas», éste les vuelve multiplicado por mil.

Los prestamistas de moneda — que en varias partes del mundo son conocidos como

«corporaciones financieras» — no siempre se caracterizan por su espiritualidad ni por su generosidad; de modo que nos parece que si uno de estos personajes posee la suficiente fe en los «diezmos» es señal que debe de haber algún provecho en su cumplimiento; y conocemos a varios de esos caballeros de cabezas sólidas que se hallan en este caso.

Las leyes ocultas se aplican a lo no espiritual como a lo que es espiritual. No importa si una persona lee una cantidad de libros espirituales. Esto no hace espiritual a la persona. Tiene que ser leyendo y desengañándose en la meditación que llegamos a ser espirituales. Lo que se lee puede pasar ante nuestros ojos y desvanecerse en el aire sin haberse fijado en las células de la memoria del cerebro; sin embargo, una tal persona se tiene a sí mismo por «una gran alma» y se cree de veras que está realizando progresos. En realidad, acostumbra a ser un gran egoísta, nada amigo de ayudar a los demás, incluso cuando, ayudándolos, se quiere ayudar grandemente a sí mismo.

Repetimos de nuevo que es de justicia y razón que una persona ayude a los otros. Entre otras cosas, es muy útil al dadivoso.

El diezmo consiste, como hemos dicho, en una décima parte. También significa un camino de vida, porque si uno da, uno recibe. Tenemos presente una persona que ayudé mucho a los demás; ayuda que le costó mucho dinero, pasos y conocimientos especializados. Tan pronto como una contrariedad se le disipó, a esta persona, otra serie le cayó encima, como un vuelo de estorninos sobre un campo recién segado. Decimos: «Para recibir, antes hay que dar». La persona que decimos estaba muy ofendida y nos hizo saber que él era sumamente generoso y había hecho todo lo posible para ayudar a los demás, como la prensa local lo atestiguaba. Nuestra objeción es que si una persona tiene que ver sus buenas acciones referidas «en la prensa local», esta persona no sigue el mejor camino.

Hay varias maneras de dar. Podemos, además de la décima parte de nuestras rentas para auxiliar al prójimo, ayudar a los demás en sus necesidades espirituales, o procurándoles el necesario consuelo en las malas temporadas que les caigan encima. Lo mismo que un negocio toma un giro más favorable, cuando prospera, también nosotros personalmente experimentaremos un giro favorable en nuestras cosas, que nos marcharán mejor.

Tenemos que dar para auxiliar al prójimo y para auxiliamos a nosotros mismos.

Es inútil rogar que algo nos sea concedido, excepto si antes hemos demostrado que éramos merecedores de ello, ayudando a quienes lo necesiten. Practiquemos la generosidad, el dar a quien lo ha menester; decidamos lo que podemos dar y el cuándo y el porqué; pongámoslo en práctica por tres meses. Al cabo de este tiempo nos sentiremos más prósperos en espiritualidad, o en finanzas, o en ambas cosas a la vez.

Estudiad todo lo dicho; volvedlo a meditar, y tened presente estas dos máximas: «Dad, para poder recibir» y «Tirad vuestro pan a las aguas. -

LECCIÓN DECIMOQUINTA

Es una vieja costumbre, extendida por todo el mundo, guardar en algún desván «recuerdos queridos», que se conservan allí como «prendas del pasado». Muchas veces, éstas duermen allí, semiolvidadas, hasta que, por lo general buscando cualquier otra cosa, trepamos por los escalones, que suelen ser incómodos, y rondamos por el desván lleno de polvo y de moho, repleto de telarañas, todo en la penumbra.

Ahí tenemos un viejo maniquí de modista que nos recuerda el paso irremisible del tiempo, porque un vestido hecho sobre ese maniquí no nos caería bien en absoluto. En otro sitio, una caja o unas cuantas de viejas cartas. ¿Cuáles son? Sus paquetes son atados con una cinta azul... ¿Tal vez rosa? A medida que vamos mirando se nos agolpan cosas olvidadas, memorias llenas de afectos, y, algunas de ellas, de tristezas.

¿Rondáis mucho por vuestro desván? Vale la pena visitarlo a menudo, porque muchas cosas útiles se amontonan en los desvanes; cosas que nos devuelven recuerdos nuestros y acrecen nuestros conocimientos generales. Problemas que nos parecieron en días pasados difíciles, son borrados en un momento y sin esfuerzo alguno por nuestros conocimientos recién aprendidos, por experiencias ganadas: lecciones aprendidas a través del paso de los años.

Pero, en esa lección concreta, no pedimos al discípulo que vaya a su desván particular; le insinuamos que venga con nosotros y que nos siga por los tortuosos tramos de la escalera de madera con la barandilla al lado, trepando por los peldaños crujientes, como si a cada punto se tuvieran que romper... pero no se romperán. Entre con nosotros a *nuestro* desván, y busque a su alrededor, porque esta lección y la siguiente versarán sobre los cuartos de nuestro «desván». En él se encuentran toda suerte de pequeñas piezas de información que no llenan necesariamente toda una lección aparte. pero que son de un indiscutible interés y valor para nosotros. De manera que. pensemos en nuestro ático, prosigamos la lectura y veamos todo cuanto se aplique a nosotros, todo cuanto aclare pequeñas dudas que tenemos que nos han asaltado y atosigado por algún tiempo.

Curioseamos aún un poco mientras preparamos esa lección, huroneamos por algunos rincones al azar, planteando algunas teorías y levantando nubes de polvo. Concentrémonos, de momento, sobre aquellas personas que se concentran excesivamente. Sabemos que se puede trabajar con exceso; aunque no nos sea desconocido el viejo refrán, que dice: «A nadie le ha matado un trabajo, por demasiado duro», sostenemos que un exceso de trabajo para concentrarse hace viajar, al individuo que lo practica, hacia atrás. Durante nuestro trabajo recibimos continuamente cartas de estudiantes, que nos dicen: «Me esfuerzo tanto, me concentro y vuelvo a concentrarme, y todo lo que gano es un dolor de cabeza. No obtengo ninguno de los fenómenos que usted menciona».

He aquí uno de los «recuerdos» que podemos hallar y examinar un rato: Una persona puede muchas veces esforzarse con exceso- Es un defecto de la humanidad, o tal vez más exactamente, un defecto del cerebro humano el que, si nos esforzamos excesivamente, no realizamos ningún progreso; el esforzarse con demasiado ahínco engendra una corriente negativa. Todos conocemos personajes machacones que se pasan la vida esforzándose sin descanso; y ese exceso de esfuerzos no les conduce a ninguna parte, sino a un perenne estado de confusión y de duda. Cuando sobrecargamos nuestro cerebro, engendramos un exceso de

carga eléctrica que inhibe todo pensamiento.

Aunque puede ser muy bien que no seamos ingenieros electricistas, tenemos que reconocer que si la electricidad y la electrónica se empleasen en el estudio de los cerebros humanos, se facilitarían dichos estudios sobremanera. El cerebro humano tiene mucho que ver con los aparatos electrónicos.

¿Sabéis, por ejemplo, cómo trabaja un tubo ordinario de la radio? Se trata de un filamento que se calienta por medio de una batería, o por la corriente eléctrica general. Este filamento, una vez calentado, emite electrones de una manera completamente anárquica. Los electrones se escapan; su manera de fluir recuerda las masas alocadas que van a ver un partido de fútbol. Si a esos electrones se les permitiera moverse sin control alguno, serían inútiles para la radio o la electrónica. Un tubo nos proporciona un envoltorio de vidrio. El filamento, dentro de éste, manda electrones en direcciones opuestas; pero esto igualmente nos sería inútil; es preciso que todos esos electrones sean recogidos en lo que se llama una «lámina» que está en inmediato contacto con el filamento. Pero si todo acabase aquí y el proceso de la recogida de los electrones fuese caprichoso, incontrolable, habría confusión en el programa de la radio o cualquier otra cosa que intentásernos recibir. Entonces, los ingenieros idearon que, interponiendo entre el filamento y la lámina lo que llamaron una «reja» e introducían en ésta una corriente negativa, podrían dominar el torrente de los electrones entre el filamento y la placa. Así, esa «reja», que lo es literalmente — a menudo fabricada de una malla de alambre —, actúa en un sentido oblicuo.

Si la aplicamos excesivamente, los electrones no pueden llegar a la placa, porque la «reja» los repele. Alterando el ángulo de la «reja» hasta lo que sea preciso, obtenemos el control deseado.

Volvamos a nuestro cerebro antes de que nos canse la radio. Cuando nos concentramos demasiado, en realidad inclinamos nuestro cerebro «sobre un problema»; entonces puede ser que apliquemos una reja negativa, con el efecto consiguiente de inhibir totalmente nuestro pensamiento. Por eso no debemos realizar esfuerzos excesivos. Por eso no debemos fatigarnos en el esfuerzo, sino ir con mucho tiento, recordando siempre el viejo proverbio chino, «poco a poco se caza el mono». Debemos emprender nuestra meditación de manera que no se extenúe nuestro cerebro. Hay que hacer lo que buenamente se pueda; seguir «la senda de en medio».

La senda de en medio es una senda oriental de vida. Significa que no tenemos que ser demasiado malos; pero, por otra parte, tampoco demasiado buenos, sino algo que sea intermedio. Si somos demasiado malos, la policía nos echará el guante, y si demasiado buenos, seremos unos presumidos o unos inadaptados sobre este mundo, ya que es un hecho real y efectivo que hasta las grandes entidades que vienen a este desdichado mundo, mientras permanecen en él, no son perfectos, ya que nada perfecto puede existir en este imperfecto mundo.

Una vez más exhortamos a los que nos leen a que no se esfuercen con exceso, sino que realicen esfuerzos con toda naturalidad, dentro de lo que es razonable y está en sus fuerzas. No hay por qué ir de un lado para otro, haciéndose esclavo de las cosas que dicen los demás. Hagamos uso del sentido común, adaptándonos a cosas o a modos de ver que nos convengan. Podemos decir: «este vestido es colorado»; pero lo podemos ver de modos distintos; para nosotros puede ser rosa, anaranjado, o morado ligero. Depende de las condiciones bajo las cuales lo vemos. La iluminación puede cambiar en un caso y otro; nuestra sensibilidad puede ser diferente de la de otras personas. Por lo tanto, no hagamos esfuerzos demasiado violentos,

no seamos esclavos de nada ni de nadie. Valgámonos del sentido común; sigamos por la senda de en medio; es ésta la más útil de todas.

Sigamos por ella: es el camino de la tolerancia, del respeto de los derechos ajenos y el de obtener que nos sean respetados los nuestros. En Oriente, los sacerdotes y otras personas estudian judo y otras formas de lucha, no porque dichos sacerdotes sean combativos, sino porque estudiándolos aprendemos a dominarnos y a refrenarnos a nosotros mismos, y, por encima de todo, nos enseña a saber ceder para vencer mejor. Consideremos el judo: en éste, no tenemos que emplear nuestra propia fuerza para salir vencedores, sino que empleamos la del contrario, para derrotarlo. Hasta una mujer insignificante, sí sabe judo, puede deshacer a un fuerte bruto que lo ignora. Cuanto mayor sea aquel hombre y cuanta mayor acometividad ponga en su ataque, será más fácilmente derrotado, ya que su fuerza sólo le sirve para que caiga más pesadamente.

Hagamos uso del judo o de la fuerza de lo que se opone a nosotros, cuando se trata de resolver nuestros problemas. No nos cansemos, ni nos lo quitemos de encima, o lo pasemos por alto, cuando un problema se nos presente; eso es propio de muchas personas. Muchas personas tienen miedo de mirarlo cara a cara; prefieren orillarlo, intentando sondearlo sin ir nunca al fondo. No importa lo desagradable que éste sea, ni lo culpables que nos sintamos de una cosa; vayamos derecho a la raíz de nuestro problema; veamos lo que nos turba y nos asusta en él. Entonces, después de haber discurrido con nosotros mismos todos los aspectos de aquel problema, *«durmamos encima». Si* lo hacemos así, habrá pasado a nuestro Super-yo, que tiene un entendimiento mayor que nosotros, ya que él es una gran entidad, si lo comparamos con nuestro cuerpo humano. Cuando nuestro Super-yo, o incluso nuestro subconsciente, pueden examinar un problema y encuentran una solución, suelen hacer pasar esta solución a nuestra conciencia, dentro de nuestra memoria; de manera que, al despertar nosotros, podemos exclamar con alegre sorpresa que hemos hallado la solución de lo que nos atormentaba y que ya no nos atormentará más en lo sucesivo.

¿Os gusta *nuestro* desván? Vayamos por otro pequeño «tesoro», que yace bajo una capa de polvo. Es hora de que lo desempolvemos y lo examinemos a la luz del día, que él ve de nuevo. ¿Qué es este paquete? Desenvolvámoslo y veamos.

Demasiadas personas creen que el ser hoy de veras una buena persona es lo mismo que ser un desgraciado. Piensan, muy equivocadamente, que se tiene que ir por el mundo con una cara triste y afligida, si se es «religioso». Esta clase de gente se horroriza de sonreír, no precisamente porque el sonreír provoca arrugas en el rostro, sino porque — y eso es mucho peor — les produce grietas en la débil capa de sus creencias religiosas- De todos es conocido de sobras el triste anciano que tiene miedo de sonreír o le asalta un temor cuando se trata de los más ligeros gustos de esta vida; no sea caso que tenga que arder largamente en el infierno por una momentánea caída de la gracia.

La religión, la verdadera, es una cosa alegre. Nos promete una vida más allá de este inundo; nos promete la recompensa de todos nuestros esfuerzos hacia el bien; nos asegura que no existe la muerte, que no tenemos que preocuparnos para nada, ni asustarnos de nada. Hay un temor a la muerte fuertemente arraigado en muchos seres humanos. La razón consiste en que si pudiésemos saber cuántos placeres nos prepara la vida del más allá, más de uno estaría tentado de poner fin a su propia existencia para ir a la felicidad. Entonces pasaría, con el ser humano, lo que sucede al niño que se escapa de la clase para hacer novillos, cosa que no le ayuda a hacer progresos en sus estudios.

Si verdaderamente creemos en ella, la religión nos asegura que cuando habremos traspasado

los confines de este mundo, no tendremos la compañía de las personas que nos incomodan seriamente. No nos veremos obligados a soportar a todos aquellos que irritan nuestros nervios y nos afligen el alma. Regocijémonos en la religión; porque si somos verdaderamente religiosos, nuestra religión nos será una causa de alegría y una cosa que nos proporcionará motivos de júbilo.

Por mucho que nos pese, tenemos que confesar que muchas de las personas que estudian ocultismo y metafísica, se cuentan entre los peores enemigos de este gozo espiritual. Hay ciertas capillitas — no queremos citar nombres — cuyos miembros están perfectamente seguros de ser, sólo ellos, los elegidos; ellos, sólo ellos, se salvarán para poblar su pequeño cielo. El resto de nosotros — pobres y mortales pecadores, sin duda —, seremos destruidos de varias y muy penosas maneras. No suscribimos en absoluto esta teoría. Estamos convencidos de que lo esencial es el *creer;* esto es lo que importa. No importa si se cree en una religión positiva o en el ocultismo; hay que *creer.*

El ocultismo no es más misterioso ni complicado que las tablas de multiplicar o que una excursión por la historia. No es más que el estudio de diferentes cosas, las cuales no se encuentran en el plano físico. No necesitamos ponernos en estados de éxtasis si descubrimos cómo un determinado nervio activa sobre un determinado músculo~ o cómo podemos encoger uno de los pulgares del pie, ya que se trata de vulgares cosas físicas. Siendo así, ¿por *qué* debemos ponernos en un estado psíquico especial y pensar que hay espíritus reunidos a nuestro alrededor, si aprendemos cómo podemos hacer pasar energía etérica de una persona a otra?

Haga el lector el favor de tomar nota de que decimos «energía etérica», con terminología occidental, en vez de «prana», o cualquier otro vocablo del Este. Preferimos, escribiendo el curso, emplear un vocabulario propio del lenguaje en que está escrito.

Alegrémonos, puesto que, a medida que aprendemos más cosas sobre el ocultismo y la religión, vamos convenciéndonos cada vez más de que la verdad sobre una vida mayor se encuentra para todo el mundo más allá de la sepultura. Cuando perecemos, simplemente dejamos nuestro cuerpo detrás nuestro, como se tiran los viejos trajes para que los recoja el basurero. No hay nada que temer ni en la metafísica ni en la religión, ya que si seguís la verdadera religión, a medida que la conozcáis más, estaréis más convencidos de que se trata de la verdadera religión. Aquellas religiones que prometen las hogueras infernales y la condenación si os desviáis de la estrecha senda, no prestan un buen servicio a sus creyentes.

En tiempos antiguos, cuando el mundo era más o menos salvaje, era, tal vez, permitido esgrimir la «gran tranca» e intentar dar un susto a las masas; hoy, el panorama es muy otro. Todos los padres saben que es mucho más fácil dominar a sus hijos con la dulzura que con amenazas constantes. Aquellos padres que amenazan a sus hijos con llamar a los guardias o al hombre del saco, o con venderlos, son causa de neurosis entre la infancia y, más tarde, de razas enteras. Pero aquellos padres que se imponen por la firmeza y la dulzura, y dejan que su prole viva dentro de la alegría, forman a los buenos ciudadanos del mañana. Suscribimos de todo corazón el parecer de aquellos que opinan que son precisas amabilidad y disciplina; disciplina que nunca puede significar dureza ni sadismo.
Repitámoslo: regocijémonos en la religión; seamos los «hijos» de nuestros «padres» que nos enseñan con amor, compasión y comprensión. Dejémonos de las falsedades y bajezas del terror, del castigo, de las condenaciones eternas. No hay nada de esto; nadie es expulsado, exiliado del mundo espiritual. Todas las personas pueden salvarse por malas que hayan sido; nadie es rechazado. Los Anales Akáshicos, de los que trataremos luego, nos explican que si una persona es tan terriblemente mala que nada pueda hacerse en favor de ella por el

momento, simplemente se la retrasa en su evolución, y se le concede más tarde otra oportunidad para volver a un nuevo «ciclo de existencia», igual que un chico que no se ha tomado en serio su estudio, al cual se le suspende al fin del curso y no pasa al superior inmediato con sus compañeros y tiene que repetir sus asignaturas de nuevo.

Sería inconcebible que un chico tuviese que ser cocido a fuego lento o devorado por unos diablos hambrientos por haber faltado a clase y haber hecho novillos unas pocas veces. Sus profesores le podrán reprender y hablarle con más dureza de la que él quisiera; pero, aparte de esto, no le tiene que suceder ningún otro daño; y, si fuese expulsado de una escuela particular, podría entrar en otra, o se las tendría, en último caso, con las autoridades disciplinarias escolares; esto, en la Tierra. Si perdemos una oportunidad, no debemos desanimarnos; podremos siempre alcanzar otra. En Dios no hay sadismo. Dios no nos quiere destruir, antes ayudar. Hacemos un fuerte agravio a Dios si le creemos siempre al acecho para destrozarnos o lanzarlos a los diablos que nos aguardan. Si creemos en Dios, creemos en su misericordia, porque creyendo en ella seremos objeto de ella, y nos sentiremos misericordiosos para con los demás.

Mientras acabamos ese tema, volvamos la mirada hacia una caja, recubierta de polvo, espeso porque, según se ve, nadie se había interesado durante años y años de su contenido. Abrámosla y veamos.

Según los Anales Akáshicos, el pueblo judío es una raza que, en una existencia anterior, no pudo realizar ningún progreso. Hizo todo lo que no tenía que hacer y no hizo nada de lo que tenía que hacer. Se abandonó a todos los placeres de la carne, y sintió una gula excesiva por los manjares grasos y pringosos; de manera que sus cuerpos engordaron y empacharon y sus espíritus no pudieron remontarse al mundo astral por las noches, por hallarse prisioneros de sus gruesos envoltorios carnales. Este pueblo que ahora llamamos «judío», no fue destruido ni condenado por una eternidad. En su lugar, fueron obligados a un nuevo ciclo de existencia, del mismo modo que se hace con los niños que no trabajan en la escuela y son expulsados de ella: tienen que entrar en un nuevo colegio y volver a empezar en clases diferentes de las anteriores. Así sucedió con los judíos.

En los tiempos actuales hay mucha gente que se halla en el primer ciclo de sus existencias individuales, y cuando entran en contacto con los judíos se sienten intrigados, confusos y llenos de temor. No entienden qué hay de diferente. Se dan cuenta de que en el judío hay un conocimiento que parece no ser de la Tierra; lo cual provoca en todos aquellos, hombres y mujeres, que todavía se encuentran en el primer ciclo, maravilla y miedo. Y, a quien inspira miedo, se le persigue. De modo que, siendo los judíos una raza vieja, se les persigue porque tienen que realizar por segunda vez su ciclo. Muchas personas envidian el saber de los judíos, y su capacidad de resistencia. Y, a quien inspira envidia, existe una tendencia a destruirle.

Pero, en realidad, no estamos tratando de judíos y gentiles, sino de la alegría dentro de la religión; alegrías y gozos nos enseñan que no sabría enseñarnos el terror. No hay nada, insistimos, de esos tormentos por una eternidad; nada que nos chamusque la piel o nos haga sentirnos horriblemente abrasados para siempre. Examinemos nuestro pensamiento, lo que se nos ha enseñado en estas páginas, y júzguese cuánto más razonable es el que tengamos que experimentar alegría y amor en nuestras creencias religiosas. No tenemos nada que ver con un padre feroz, siempre a punto de azotarnos o de sumirnos en eternas tinieblas. En su lugar, estamos en relación con grandes espíritus que han existido durante el larguísimo acontecer del pasado, antes que los seres humanos hubiesen sido ni siquiera imaginados. Han existido durante todo ese tiempo; han asistido durante todo nuestro proceso, conocen las respuestas y los problemas humanos y sienten compasión de nosotros. De este modo, a base de uno de los

«tesoros» de nuestro desván, afirmamos: «Regocijaos en la religión, sonreíd a vuestra religión, tened un cálido amor a vuestro Dios; no importa con qué nombre le invoquéis, porque Él siempre está dispuesto a mandaros ondas de salud, con tal que queráis rechazar todo terror, todo espanto, fuera de vuestro sistema religioso».

Pero ahora ha llegado el tiempo para vosotros de abandonar nuestro desván y descender de nuevo las escaleras que crujen, bajo vuestros pies, de puro viejas. Pero pronto — en la lección siguiente — os llamaremos para que nos vengáis a ver en el desván otra vez. Nos hemos dado cuenta, echando una ojeada general, que todavía yacen por el suelo y en las estanterías pequeños objetos que nos pueden interesar y, lo espero, sernos de provecho. ¿Os veré en mi buhardilla la lección siguiente?

Librodot

LECCIÓN DECIMOSEXTA

Otra vez nos hallamos en nuestro desván. Hemos barrido un poco, y descubierto nuevos objetos curiosos. Alguno de ellos tal vez podrá proyectar un pequeño rayo de luz sobre una duda que tenéis desde hace un tiempo. Miremos esto, para empezar; una carta que he recibido hace un tiempo. Dice... ¿Os la leo?

«Usted escribe mucho sobre el miedo; dice que no hay que temer nada, excepto al miedo. En su respuesta a mi pregunta, usted me dice que es el miedo lo que me impide el progresar y me mantiene estacionado. No soy consciente de tener miedo; no me siento temeroso; ¿qué significa todo eso?»

Sí, es un problema muy interesante. El miedo: la sola cosa que puede hacernos ir atrás. Dediquémosle un examen. Sentémonos, y hablemos del problema del miedo.

Todos nosotros sentimos ciertos miedos. Hay quien tiene miedo de las tinieblas, quien de las arañas o de las culebras, y alguno de nosotros puede tener conciencia de sus temores; eso es, tener temores conscientes. Pero — aguardad un momento — nuestra conciencia es sólo una décima parte de nosotros mismos; nueve décimas pertenecen al subconsciente. Entonces, ¿qué pasa cuando el miedo reside en el subconsciente?

A menudo hacemos cosas bajo impulsos ocultos. No sabemos por qué hemos hecho determinada cosa. No hay nada en la superficie; nada a que podamos referirnos. Hemos actuado irracionalmente, y si vamos a un psicoanalista y nos acostamos en el sofá por horas y más horas, al final puede ser arrancado de nuestro subconsciente que nuestro miedo procede de alguna cosa que nos había sucedido cuando éramos muy niños. El miedo pudo ser escondido, oculto a nuestro conocimiento, trabajándonos, atosigándonos, lo mismo que unos termes a una edificación de madera. El edificio parecía sólido, entero, a todas las inspecciones hechas precipitadamente y, de la noche a la mañana, caería destruido por los termes. Lo mismo pasa con el miedo, éste, no necesita ser consciente para ser activo; es mas activo siendo subconsciente; porque ignoramos que exista en nosotros, e ignorándolo, no hacemos nada para combatirlo.

A través de la vida entera de todos nosotros, hemos sido condicionados por determinadas influencias. Una persona que haya recibido una educación cristiana ha sido enseñada que ciertas cosas «no se hacen», son taxativamente prohibidas. En cambio, gente de otra religión, criada de un modo diferente, se las permite. Así es que, en tratando la cuestión del miedo, hemos de estudiar lo que hay de fondo racial y de familia.

¿Os asusta ver un fantasma? ¿Por qué? Si la tía Matilde era buena y generosa, y os quería afectuosamente en vida; no hay razón alguna para suponer que os quiera menos ahora que ha pasado, más allá de esta existencia, para ir a grados más altos. Siendo así, ¿por qué temer al fantasma de la tía Matilde? Tememos al fantasma porque es una cosa ajena para casi todos nosotros; porque nuestra religión nos enseña que no existen tales fantasmas y que no podemos verlos, a no ser que uno sea un santo, o cosa por el estilo. Tememos a todo lo que no entendemos; y es bien cierto que si no existiesen pasaportes ni dificultades de comprender las lenguas habría menos guerras, ya que tenemos miedo de los rusos o de los turcos, o de los

afganos, o de otros pueblos porque no los entendemos, no sabemos «qué les va», o qué maquinan contra nosotros.

El miedo es una cosa terrible, una enfermedad, una plaga, una cosa que mina nuestro intelecto. Si sentimos una repugnancia acerca de una cosa determinada, debemos ahondar en nuestra conciencia y buscar cuál es el motivo. Por ejemplo: ¿por qué algunas religiones enseñan que la reencarnación no existe? Uno de los motivos obvios es el siguiente: en días de un pasado remoto, los sacerdotes tenían un poder absoluto y gobernaban el pueblo por el terror, por el miedo a una condenación eterna. Todos sabían que debían portarse lo mejor posible en esta vida porque sólo tenían una oportunidad para salvarse. Sabían, dichos sacerdotes, que si se explicaba a los fieles la teoría de la reencarnación, la gente aflojaría en esta vida y pensaría pagarlo en una encarnación posterior. En conexión con esta mentalidad, en la China era perfectamente admitido contraer una deuda en esta vida, pagadera en una posterior existencia; También vale la pena fijarse en que esta China de que hablamos cayó en la decadencia porque su pueblo se fió excesivamente en la reencarnación; rechazó todo esfuerzo en la vida presente, y, en vez de trabajar, prefirieron hacer corros por las noches, llevando cada cual sus canarios dentro de una jaula para colgarlos de los árboles, decidiendo que ya cumplirían sus deberes en la vida próxima, y que ésta les sería más o menos una vacación dentro del ocio. No se esforzaron, en sus días, y China entera se vino abajo.

Examinémonos a nosotros mismos, a nuestro intelecto, a la imaginación. Analicémonos a fondo, para descubrir lo que nuestro subconsciente obra para aprisionarnos, para tenernos aterrorizados, preocupados, cerrados ante muchas cosas. Cuando reflexionamos nos damos cuenta de que estos temores no tienen razón de ser. El miedo es la causa que impide a mucha gente el hacer viajes astrales. En realidad, como sabemos, el viaje astral es notablemente fácil; no exige ningún esfuerzo; resulta tan sencillo como el respirar y, con todo, muchas personas sienten miedo de practicarlo. El sueño es casi una muerte, un residuo de la muerte, que puede entrar dentro de la muerte en un sueño profundo, y nos sentimos curiosos por saber qué sucederá cuando la muerte, en vez del sueño, nos llame. Nos preocupa el caso de si durante el sueño alguien pueda cortar nuestra Cuerda de Plata y, por lo tanto, nos sobrevenga la muerte. Esto no sucede nunca, no hay peligro en los viajes al plano astral; el solo peligro es el miedo mismo al peligro, miedo de lo que ya conocemos y, peor aún; miedo a lo desconocido. Aconsejamos una vez más, vivamente, rechazar este problema del miedo. Lo que conocemos y entendemos no es temible; así es que debemos aplicarnos a conocer y entender qué es todo aquello que nos causa temor.

Dedicamos mucho espacio a estos pequeños incidentes, ¿no es así? Tenemos que pasar más adelante, porque aún queda mucho que es digno de nuestra atención; muchas cosas a tratar antes de que caigan las cortinas sobre esta lección y pasemos a la siguiente. Miremos todavía a nuestro alrededor en el desván. ¿Hay algo más que nos llame particularmente la atención? Vamos a ver, ¿qué es aquel objeto de allí encima? *Fuera de este mundo*- ¿No es así? ¡Oh! Digamos algo en explicación de la frase.

«Fuera de este mundo.» Hay varias expresiones corrientes, acertadamente descriptivas de muchas cosas. Se puede decir de una cosa, que de tan bella «parece no ser de este mundo». ¡Cuán cierto es! Cuando vamos más allá de los confines de esta existencia actual, formada de moléculas de carbono, con todas sus luchas y tribulaciones, podemos escuchar sones y ver colores y tener experiencias que son, al pie de la letra, «cosas del otro mundo». Aquí estamos confinados en la caverna de nuestra propia ignorancia; estamos atados por las cadenas de nuestras propias concupiscencias y nuestros pensamientos erróneos. Muchos están absorbidos por sus quehaceres, y no tienen tiempo de ocuparse en actividades superiores. Nos arrastra el torbellino mundano de la existencia, hemos de ganarnos el sustento, tenemos nuestras

obligaciones sociales. Después, nos es preciso un tiempo para dormir, de manera que parece que nuestra vida se proyecta sobre un vendaval, una embestida loca, de manera que no nos queda tiempo para nada. Pero reflexionemos un minuto: ¿hay necesidad de todas esas prisas?; ¿no nos podemos arreglar las cosas de modo que tengamos siquiera una media hora diaria para dedicarla a la meditación? Si meditamos, podemos librarnos de este mundo, conocer el astraI y el mundo venidero. La experiencia es alegre, exultante. Cuando elevamos nuestro pensamiento espiritual, aumenta la velocidad de nuestra vibración, y cuanto más altas sean las notas que nos sea posible percibir en aquel piano al que nos hemos referido en los primeros capítulos de este libro, serán tanto más hermosas las experiencias que podremos emprender.

«Fuera de este mundo» ha de ser nuestra consigna. Hemos de salir de este mundo cuando hayamos asimilado nuestras lecciones; no antes. Volvamos a nuestras experiencias de clase escolar. Muchos de nosotros nos hemos sentido mortalmente aburridos, estando en una de ellas, sin ventilación, durante un día caluroso de verano, escuchando la voz cansina de un maestro, dando vueltas a temas que no nos importaban un pepino. ¿Qué se nos daba de la ascensión y decadencia de ciertos imperios? Sentíamos que estaríamos mucho mejor fuera, al aire libre; deseábamos, por encima de todas las cosas, escaparnos de clase, del calor y de la asfixia y de aquella voz opaca y monótona. Pero nos estaba vedado el hacerlo. Si nos hubiésemos escapado y saltado las lecciones, los maestros nos habrían, a su vez, suspendido en los exámenes. Y, en vez de pasar a un grado más alto, nos habría tocado repetir el curso en la misma clase monótona, con un nuevo grupo de estudiantes, que nos habrían mirado como unas cosas raras y unos torpes que «habían perdido el curso».

No queramos, pues, «salir de este mundo» de un modo permanente, hasta que no hayamos aprendido lo que estamos estudiando. Podemos mirar adelante con toda confianza en las dichas del futuro, en la tranquilidad y perfección espiritual que nos aguardan cuando pasemos de este mundo a otro mucho mejor y glorioso. No debemos olvidar nunca que estamos en este mundo como aquel que cumple una condena de prisión, bajo condiciones particularmente duras. No podemos ver hasta qué punto es terrible este mundo mientras nosotros vivimos en él. Pero si pudiéramos separarnos de nuestra patria terrenal y poder contemplarla, experimentaríamos un choque y crecería nuestro anhelo de no emprender el regreso. Ésta es la razón según la cual no pueden practicarse viajes por el astral, debido a que, si no estamos preparados, experimentamos una sensación desagradable al regreso, porque toda la felicidad está del otro lado. Los que realizan dichos viajes consideran los días venideros de nuestra liberación; por esto, mientras estamos «en la celda de nuestra cárcel» tenemos que portarnos lo mejor posible, ya que si no perdemos el tiempo de nuestra absolución total.

Así es que debemos procurar, ahora que estamos sobre la Tierra, observar la mejor conducta para que, al pasar de la vida presente, estemos preparados y dispuestos para llevar a cabo mayores cosas en la vida del más allá. Vale la pena el pequeño esfuerzo que representa, comparativamente, el vivir en la vida actual.

Nos hallamos, parece, muy atareados en nuestro desván, removiendo objetos, desempolvando alguno de ellos que ha permanecido olvidado durante largo tiempo. Pero vamos a otra parte de esta habitación; fijémonos en otro pequeño objeto.

Varias personas creen que los «videntes» siempre están mirando las auras y leyendo los pensamientos de las personas que les rodean. ¡Cuánto se equivocan! Una persona con facultades telepáticas, o dotado de clarividencia, no está constantemente preparado para leer pensamientos y examinar las auras de sus amigos, o enemigos. Muchas de las cosas que se pueden ver, serían demasiado desagradables y nada ha. alagüeñas. Muchas de ellas podrían incluso hacer estallar el globo de nuestra imaginada propia importancia. Diciendo esto,

pensamos en un sujeto que nos visita a veces. Ella — es una mujer — empieza hablando y, a las tres o cuatro palabras, nos suelta: «A usted no le tengo que decir nada, porque lo sabe todo, sólo con mirarme; ¿no es cierto?» Una afirmación pintoresca.

¡Las cosas no son así! Podemos «conocerlo todo», pero sería moralmente incorrecto el querer proceder de este modo. No se tenga, pues, miedo de los videntes, ocultistas, clarividentes y otros, porque si tienen una buena moral, no espían vuestros asuntos privados, incluso invitados por vosotros mismos. Si su moral no es buena, no pueden practicar sus facultades de ningún modo. Aseguramos al lector que la «vidente» de callejuela, que os cuenta la buena Ventura por una miseria, no tiene una verdadera facultad de videncia. Acostumbra a ser una pobre mujer que no puede hacer algún dinero de otra forma. Es muy probable que, de vez en cuando, posea facultades de clarividencia; pero no puede ejercerlas sobre una base comercial. No se pueden adivinar cosas de otras personas mediante dinero, porque, por el mero hecho de vender sus consultas, la persona pierde toda facultad telepática. Todos los videntes callejeros pueden a veces «ver»; pero aceptando dinero, aquella mujer monta una comedia; siendo como es un buen psicólogo autodidacta, os dejará hablar, y luego os hablará de lo mismo que le habréis contado vosotros; y vosotros, ilusionados por el vocablo «vidente», os asombraréis de la precisión con que os ha contado aquello que deseabais saber.

No temáis, pues, que los clarividentes se enteren de vuestros asuntos. ¿Os gustaría, si pensabais que os encontráis atareado en vuestra propia casa, tal vez escribiendo una carta, y alguien entraba en vuestra habitación y espiaba por encima de vuestros hombros, leyendo lo que ibais escribiendo? ¿Seríais felices pensando en que esa persona se pasea por todos vuestros dominios, pillando esto y leyendo aquello, y enterándose de todo cuanto os concierne, cuánto poseéis y cuánto pensáis sobre todas las cosas? ¿Os agradaría que escuchase todas vuestras conversaciones telefónicas? ¡Seguro que no!

Pero permitid que os diga que una persona correcta no va a leer siempre vuestros pensamientos y una incorrecta no puede poseer en absoluto dicha facultad. Ésta es la ley de lo oculto; una persona que no posee una buena moral, no puede gozar de la facultad de la clarividencia. Escucharéis mil historias sobre personas que «ven» esto, aquello y lo de más allá. De tales cuentos hay que rebajar el 99 por ciento.

Un clarividente siempre aguardará que se le diga que lo necesitamos para discutir con él. No se mete en la vida privada de nadie ni en los colores de su aura, aunque se lo pidamos. Existen ciertas normas del ocultismo a las que se debe obedecer rígidamente. El romperlas recibe su debida sanción, como sucede si infringimos las leyes que existen acá en el suelo. Contemos al clarividente lo que necesitemos contarle. Él sabrá si lo que le decimos es verdad. Pero no pasará de aquí. Contémosle lo que deseemos; paro estando seguros de que lo que le contamos es verdad; de otra forma, nos engañaremos a nosotros mismos, y no al clarividente.

En resumen: Un buen «vidente» no leerá «vuestros pensamientos». Uno que sea malo, no «podrá».

Otro pequeño objeto merece que le prestemos atención. Se trata de lo siguiente: ¿No nos llevamos bien con nuestra pareja, en el matrimonio? Éste puede ser el obstáculo que debemos superar acá en la Tierra. Consideremos lo siguiente:

en las carreras de caballos, si uno de ellos gana sistemáticamente todas ellas, sin aparente esfuerzo, a este caballo se le pone un «handicap». Considerémonos a nosotros mismos como si fuésemos unos caballos. Podemos haber ido demasiado rápido y fácilmente a través de

nuestras últimas «lecciones», en cuyo caso podremos ser «handicapados» con una pareja que no congenie con nosotros. En tal caso, hay que hacer las cosas, mientras se pueda, de la mejor manera que sepamos, recordando que si nuestro cónyuge — él o ella — es realmente incompatible con nosotros, no le volveremos a ver ni tener el menor contacto en la vida del más allá. Si empuñamos un destornillador o un martillo, estas herramientas no son sino instrumentos que necesitamos para un trabajo que tenemos a mano. La pareja de cada cual de nosotros puede considerarse como el instrumento que nos es útil para llevar a cabo determinada tarea, para aprender una determinada lección. Una persona puede sentirse satisfecha de su destornillador o su martillo, que le permiten realizar el trabajo concreto, el que debe hacer. Pero podemos estar seguros de que otra persona no estará tan contenta de su destornillador o de su martillo como para llevárselo consigo «en el más allá». Mucho se ha dicho y mucho se ha escrito sobre la «gloria del ser humano»; pero diremos que el ser humano no es la más importante entre las formas de vida. La Humanidad, sobre la Tierra, es un rebaño más bien reacio, sádico, egoísta y mirando para sí. Si fuese de otra manera, no existiría en este mundo, ya que su venida sobre la Tierra es para que aprenda a superar precisamente esos defectos. La grandeza del Hombre crece al pasar al más allá de esta vida.

Puntualicemos de nuevo que opinamos que si nuestro matrimonio está en mala armonía recíproca, o no nos llevamos bien con nuestros padres, es a causa de que *nosotros* hemos planeado todas esas cosas para tenerlas que ir superando en la actual vida. Una persona se vacuna inoculándose una enfermedad atenuada, a fin de inmunizarse contra posibles males peores en el futuro. Esto significa que nuestro cónyuge o nuestros padres pueden haber sido escogidos para aprender ciertas lecciones de la relación con aquellas personas. Pero, por el resto, no tendremos que soportarlas, después de que se haya acabado nuestra vida actual. No podemos encontrarnos con nadie que sea incompatible con nosotros, porque, como hemos ya dicho, cuando estaremos del otro lado de la muerte viviremos en armonía con todo el mundo, y las personas con quien no podríamos convivir a gusto no se pueden asociar con nosotros. Muchas personas se tranquilizarán subiendo esto.

Pero ya las sombras de la noche se van cerrando. El día toca a su fin. No debemos detener más a nuestros estudiosos, porque aún les quedan muchas cosas que hacer hasta que sobrevenga la noche completa. Abandonemos el desván, cerrando sin ruido su puerta detrás de nosotros. Que reposen los «tesoros> de la buhardilla. Bajemos por la crujiente escalera, que rechinará de nuevo, y tomemos, en paz, cada cual su camino.

LECCIÓN DECIMOSÉPTIMA

¿Os habéis encontrado alguna vez con una persona que se ha lanzado sobre vosotros llena de excitación, casi asiéndonos por vuestra chaqueta y profiriendo: «Mi querido amigo, ¡qué cosa más terrible me ha pasado esta noche última! Soñaba que me estaba paseando por la calle, en cueros, sin un solo hilo de ropa sobre mi pellejo. "¡Me sentía avergonzadísimo!". Cosas de este tipo han pasado en diversas formas y variantes a mucha gente. Unos se han encontrado en medio de un salón lleno de personas elegantemente ataviadas — naturalmente, en sueños —, y de pronto se han dado cuenta de haberse olvidado de ponerse traje alguno. O bien han soñado que se hallaban en la esquina de una calle, en paños menores, o desnudos completamente.

Esto puede ser debido a que han tenido concretamente una experiencia astral. Aquellos que pueden ver a las personas cómo viajan por el astral, pueden encontrarse con casos sorprendentes y divertidos. Pero este curso no es un discurso sobre amenidades, sino que está dirigido al auxilio de vosotros, en aquello que, después de todo, es un caso normal.

Dediquemos esta lección a los sueños, ya que ellos, en una forma u otra, acontecen a todo el mundo. Desde tiempo inmemorial existen los sueños por augurios, signos o portentos, e incluso hay quien se dedica a contar la buenaventura basándose en lo que han soñado las personas que le consultan. Otros consideran que los sueños no son más que ficciones de la imaginación, cuando la mente se halla divorciada temporalmente de control del cuerpo, en el proceso de nuestro sueño. Ambas cosas son completamente erróneas. Pero hablemos de este asunto de los sueños.

Como hemos explicado en lecciones anteriores, nosotros consistimos, por lo menos, en dos cuerpos. Trataremos sólo de los dos, el físico y el astral inmediato; pero, en verdad, existen más cuerpos. Cuando empezamos a dormimos, nuestro cuerpo astral se separa gradualmente del físico y se aleja del cuerpo físico que permanece acostado.

Con la separación de los dos cuerpos, se separan también sus mentes respectivas. En el cuerpo físico existe todo el mecanismo parecido al de una estación de la radio; pero igual que entonces, cuando el locutor se va, ya no queda nadie para radiar las emisiones. El cuerpo astral, que está como flotando por encima del físico, reflexiona unos breves instantes adónde quiere ir y qué quiere hacer. Tan pronto como ha tomado su decisión, el cuerpo astral se pone de pie, generalmente en el extremo inferior de la cama. Después, como un pájaro levantando el vuelo, se va, remontándose unido al cuerpo físico por la Cuerda de Plata.

Muchas personas, sobre todo en el Occidente, no se dan cuenta de los incidentes durante el vuelo astral; pero, a su regreso, sienten un caluroso sentimiento de amistad, o bien dicen: «Oh! ¡He tenido un sueño así y así, era agradable!». Con toda probabilidad la persona que tuvo el sueño aquel, había visitado a Fulano de Tal, o quien fuese, ya que tales viajes son unos de los más simples y frecuentes; por algunas razones peculiares parecen gustarnos viejos sitios familiares, sitios visitados con anterioridad. La policía tiene experimentado que los criminales siempre regresan al escenario de sus crímenes.

No tiene nada de particular el que visitemos a personas amigas, ya que todos abandonamos el

cuerpo físico, hacemos viajes astrales y nos es preciso ir a un sitio u otro. Hasta que se han «educado», las personas no vagan por los reinos astrales, sino que se aferran tenazmente a los lugares que nos son conocidos sobre la Tierra. Las personas que no han sido instruidas en lo que se refiere a dichos viajes, pueden visitar a sus amigos de la otra parte del mar; un individuo que sienta un deseo particular de ver una determinada tienda o local, irá ciertamente; pero una vez haya regresado a su cuerpo físico y despierte, pensará — si es que piensa — que ha tenido un sueño.

¿Sabéis por qué soñamos? Todos poseemos experiencias, que son excursiones dentro de la realidad. Nuestros «sueños» son tan reales como un viaje de Inglaterra a Nueva York o, pongamos, de Adén a Accra; sin embargo, los llamamos «sueños». Lo que pasa, en el hemisferio occidental, es que por muchos siglos la gente no ha sido instruida en las doctrinas acerca de los viajes del hombre por el plano astral.

Los pueblos occidentales, además, no creen en los espíritus de la Naturaleza y algunos niños que ven a las hadas y los espíritus de la Naturaleza, y que sin duda juegan con estos seres, son objeto de risa y hasta de reprensión por sus mayores que, en estos y otros casos, son menos hábiles y despiertos que los niños. Incluso en los evangelios se declara: «Si no os hacéis como uno de estos pequeños, no podréis entrar en el Reino celestial». Podemos repetir este concepto en otra forma, diciendo: «Si tenéis la fe de un niño sin contaminar por la incredulidad de los adultos, podréis ir adonde queráis y en cualquier tiempo».

Los pequeños que se ven escarnecidos, aprenden a disimular lo que realmente ven. Por desgracia, pronto pierden la facultad de ver otros seres, precisamente porque tienen que disimularla. Muy parecido es lo que les pasa con los sueños. Tenemos experiencias astrales cuando nuestro cuerpo físico se halla dormido; porque, naturalmente, nuestro astral nunca duerme; cuando éste vuelve al primero, puede darse un conflicto entre ambos; el astral conoce la verdad y el físico se halla contagiado y apresado por prejuicios, inculcados desde la niñez por nuestros mayores. Nuestro cuerpo físico, influenciado en su niñez, no puede contemplar cara a cara la verdad. Entonces estalla un conflicto; el cuerpo astral, por su parte, ha viajado, y ha hecho cosas, tenido experiencias y visto cosas; pero el cuerpo físico no puede creerlo porque toda la cultura intelectual de Occidente nos prohibe creer en nada que no pueda tocarse con las manos y desmontarse para ver cómo trabaja. Los occidentales quieren pruebas y más pruebas y constantemente intentan demostrar que las pruebas no son ciertas. De esta forma tenemos un conflicto, entre lo astral y lo físico, que nos conduce a una exigencia de racionalismo. En este caso de los sueños — así llamados — se racionalizan de una cierta forma experimental, a menudo en las más extravagantes teorías imaginables.

Digámoslo de nuevo: las experiencias ganadas en los viajes por el astral pueden ser de las más raras. Nuestro cuerpo astral quisiera que, al despertar, tuviéramos una idea clara de todas ellas; pero nuestro cuerpo físico no puede permitirlo; de manera que surge un conflicto entre ambos cuerpos nuestros, y, en nuestras respectivas memorias, se pintan imágenes deformadas, cosas que no pueden ocurrir. Cuando, precisamente, nada de lo que sucede en el astral es contrario a las leyes físicas de esta Tierra «física». El conflicto está en que la fantasía se entromete y nos asaltan pesadillas o acontecimientos de los más inusuales que se puedan imaginar. En el mundo físico no es posible que nos desplacemos por el mundo en un abrir y cerrar de ojos, o levantarnos sobre los techos, y por eso en el choque entre el cuerpo físico y el astral existen interpretaciones de nuestros viajes astrales, que ciertamente anulan todo beneficio que nuestro astral intenta reportamos. Soñamos entonces sueños que no tienen significación alguna; soñamos sólo insensateces — o así lo creemos cuando estamos en nuestro físico —*;* pero lo que es insensatez en el plano físico, es de sentido común en el plano astral.

Volvamos a lo que decíamos al comienzo de este capítulo, cuando comentábamos aquella pesadilla de hallarnos por la calle sin ropa alguna. Un gran numero de personas han experimentado este sueño tan molesto — un sueño que, en realidad, no es tal sueño —. Procede de haberse olvidado, quien lo experimenta, de pensar en las vestiduras mientras viaja por el astral. Si uno no «se imagina» la indispensable ropa, entonces tenemos el espectáculo de alguien paseando por el astral completamente desnudo. Muchas veces ocurre que una persona abandona precipitadamente el cuerpo físico y se escapa hacia arriba o hacia fuera a toda velocidad, con la excitación de sentirse libre de las prisiones de la carne. Salir del cuerpo es su primer anhelo, que no le da tiempo para pensar en otras cosas.

El cuerpo natural, tengámoslo presente, no lleva vestiduras, ya que las vestiduras son puramente de la mano del hombre; es una cosa convencional y no real del cuerpo humano. Permítasenos aquí una digresión que nos podrá ser útil.

En días remotos, el hombre y la mujer podían verse recíprocamente el astral respectivo. Los pensamientos entonces eran claros del todo, los motivos, abiertos y, como hemos dicho, los colores del aura brillaban con más intensidad y fuerza en aquellas partes del cuerpo que actualmente llevan cubiertas las personas. La Humanidad, y, especialmente, la femineidad, lleva tapadas ciertas áreas porque no le interesa que los demás puedan leer sus pensamientos y sus motivos, que pueden no ser deseables. Pero todo esto que decimos no es sino una digresión y no tiene mucho que ver con los sueños; con todo, un punto nos obliga a tratar aquí de las vestiduras.

Cuando una persona viaja por el astral «se imagina» el tipo de indumentaria que suele llevar durante el día. Si se descuida de esa «imaginación», un clarividente que recibe la visita de un cuerpo astral notará que no lleva ni un hilo de ropa puesto. Tenemos la experiencia de habérsenos presentado personas, en su cuerpo astral, que no llevaban ropa alguna, o tal vez sólo una chaqueta de pijama, o cualquier otra vestimenta «del otro mundo», imposible de explicar y que no se hallaría quizás en ninguna camisería de este mundo, en el presente día. Además, la gente que tiene una excesiva preocupación por sus vestiduras se imagina a sí misma, sueños, aparte, ataviada como no lo haría en la vida ordinaria de su cuerpo físico. Pero todo esto no importa, porque repetimos que los vestidos son una mera convención de la Humanidad y es inimaginable que cuando iremos al cielo llevaremos trajes como en la Tierra.

Los sueños, concretamente, son una racionalización de los acontecimientos que de hecho suceden en el mundo astral y que, como antes hemos explicado, vemos en el mundo astral, donde se perciben una mayor vastitud de colores y una mayor claridad. Todo es más brillante, más espacioso que la vida, se pueden distinguir los menores detalles, los colores tienen una gama que sobrepasa cuanto vemos en la Tierra. Pongamos un ejemplo:

Un día viajábamos, en forma astral, a través de la tierra y sobre el mar de unos países lejanos. El sol era brillante, con un cielo de un azul intenso y el mar, debajo, se cubría de olas coronadas de blanca espuma, que nos asaltaban, pero sin alcanzarnos. Caímos sobre unos arenales de oro y nos detuvimos a examinar aquellos maravillosos diamantes que constituían sus granos. Cada punto de arena brillaba como una piedra preciosa a la luz del sol. Nos movíamos despacio entre los cañaverales de la orilla, admirados de los verdes delicados y sombríos y de las plantas que ofrecían un rosa dorado. A nuestra derecha había una roca de un tinte verdoso, que por un momento nos pareció del más puro jade. Podíamos ver a través de la superficie exterior, contemplar las venas y estrías de la roca, y también divisábamos algunas diminutas formas fósiles incrustadas en la roca hacía millones de años. Mientras íbamos caminando, mirábamos hacia el cielo con ojos que veían como nunca antes habían visto. Algo

que parecía ser unos globos transparentes de colores, flotando en la atmósfera, se ofrecía a nuestra mirada; eran la fuerza vital del aire. Colores maravillosos, intensos, varios; nuestra visión era tan aguda que podíamos ver todo cuanto nos permitía la curvatura de la Tierra sin perder un solo detalle.

En este pobre mundo que habitamos, prisioneros de la carne, estamos relativamente ciegos, abarcamos una zona restringida de colores y matices. Sufrimos de miopía, astigmatismo y otros defectos que nos hacen imposible el ver las cosas como son en la realidad. Aquí estamos privados casi del todo de sentidos y percepciones. Somos unas pobres cosas sobre la Tierra, metidos en unos envoltorios de barro y empachados por un tipo erróneo de comidas. Pero, cuando salimos al mundo libre del astral, podemos ver — con la mayor claridad - colores que jamás vimos ni podremos ver ‘sobre la Tierra. Si alguien tiene un «sueño» de una impresionante claridad, durante el cual se deleita con un sorprendente despliegue de colores, es señal de que no ha sido un sueño corriente, sino que ha racionalizado una genuina experiencia de un viaje en el astral.

Hay otra cosa que impide que muchos recuerden sus placeres en el astral, y es lo siguiente:
Cuando estamos en el astral, vibramos a una gran frecuencia; mucho mayor que cuando estamos encerrados en el cuerpo. La cosa es fácil cuando se trata de abandonar el cuerpo, porque la diferencia de vibraciones no importa, en el caso de tener que salir «fuera». Los obstáculos empiezan cuando hay que proceder al regreso de nuestro astral a su cuerpo; y, si conocemos cuáles son esos obstáculos, podemos vencerlos y ayudar a los vehículos astral y físico a que lleguen a una especie de arreglo mutuo.

Imaginemos que nos encontramos en el astral y que nuestro cuerpo de carne está debajo nuestro. Vibrará a una cierta velocidad, a lo sumo como el tictac de un reloj, mientras que el astral retemblará de vida, con todo vigor, porque no está frenado por ninguna enfermedad o sufrimiento en el astral. Para resolver el problema, el mejor camino es, tal vez, plantearlo en términos terrenales. Imaginémonos una persona que viaja en un autobús; el autobús marcha a cierta velocidad y el pasajero tiene urgentes deseos de apearse; pero el autobús, desgraciadamente, no se puede parar. Así es que todo el problema del pasajero se reduce a saber saltar del vehículo a la calzada de forma que no se haga daño. Si se tira sin poner ningún cuidado se hará grave daño, seguramente; si conoce cómo debe proceder, no le pasará nada — porque vemos todos los días que el personal de los autobuses hace lo propio —. Tenemos que aprender por experiencia cómo se salta de un autobús en marcha. También, cómo se entra en el cuerpo, cuando las velocidades de ambos vehículos son distintas.

Cuando volvemos de nuestros experimentos astrales, la cuestión consiste en saber cómo regresar al cuerpo. Nuestra vibración astral es muy superior a la del cuerpo físico, y no podemos hacer decrecer la una y acelerar la otra sino en escaso margen. Nos vemos, pues, obligados a aguardar hasta que lograremos «sincronizar» un armónico entre una frecuencia de vibración y la otra. Con práctica se logrará. Bastará con acelerar ligeramente nuestro cuerpo físico y retrasar las vibraciones del astral, de modo que, aunque exista una ancha diferencia entre ambas frecuencias, haya entre ellas una fundamental armónica — una compatibilidad de vibraciones — que nos permita «entrar» con toda seguridad. Todo es cuestión de práctica, de instinto, de memoria racial, y cuando podamos realizar todas estas cosas conservaremos la memoria intacta de todo cuanto hemos experimentado en el astral.

Al lector, ¿le parece todo esto difícil de practicar? No tiene más que imaginarse nuestro astral como un tocadiscos. Nuestro cuerpo físico será el disco giratorio, a razón, supongamos, de 48 revoluciones por minuto. Nuestro problema estriba en poner la aguja sobre el disco de manera que vaya a coincidir con una determinada palabra, o nota musical. Si pensamos en las

dificultades que presenta el poner en contacto la aguja del tocadiscos sobre un punto tan preciso, entenderemos lo difícil que es, sin la debida práctica, volver del plano astral con los recuerdos intactos.

Si somos torpes o inexpertos, y regresamos sin una previa «sincronización», despertaremos indispuestos; todo nos irritará; tendremos jaqueca; quizá nos sentiremos destemplados y biliosos. Ello se deberá a que los dos juegos de vibraciones se unirán con un choque, igual a lo que sucede cuando, yendo en coche, manejamos torpemente el cambio de marchas. Si entramos en el cuerpo con desmaña, podremos encontrarnos con que el cuerpo astral no encaja bien con el físico y puede oscilar de un lado para el otro, lo que resulta deprimente en alto grado. Si tenemos la desgracia de que las cosas vayan de este modo, lo único que debemos hacer es volvernos a dormir o estarnos tan quietos como nos sea posible, sin pensar, si nos es factible, permanecer callados, intentando librar nuevamente el astral del cuerpo. El astral saldrá y subirá unos pocos palmos sobre el cuerpo físico, y, si lo permitimos, se dejará caer y volverá al cuerpo físico en perfecta alineación. Desde aquel momento ya no nos sentiremos más destemplados ni deprimidos. Esto sólo requiere práctica y unos diez minutos de tiempo. Pero es preferible perderlos que no ponernos en pie de golpe y sentirnos mal hasta el punto de desear la muerte; ya que no nos sentiremos mejor hasta que hayamos vuelto a dormimos y a permitir que los dos cuerpos se pongan alineados por completo.

A veces despertamos por la mañana con el recuerdo de un sueño de veras particular. Puede ser de acontecimientos históricos, o de cosas sucedidas «fuera del mundo». En tales casos puede ser que por alguna razón específica, relacionada con nuestro aprendizaje espiritual, hayamos podido tomar contacto con los Anales Akáshicos (de ellos trataremos más adelante) y nos hayamos enterado de cosas sucedidas en el pasado, o, con menos frecuencia, que es muy probable que sobrevengan en el futuro. Grandes videntes que hacen profecías pueden, a menudo, moverse en el futuro y ver probabilidades no certezas, porque todavía no han ocurrido —; pero las probabilidades pueden ser previstas y predichas. Eso nos enseña que cuanto más cultivemos la memoria de lo que ocurre en el astral, más beneficios obtendremos; ya que no sirve para nada el aprender cosas con mucho trabajo y preocupación para olvidarlo todo al cabo de pocos minutos.

También acontece que despertemos por la mañana completamente de mal humor, odiando de una manera absoluta el mundo y lo que en él se contiene. Se necesitan unas cuantas horas para recobrarnos de tan negra y sombría disposición de ánimo.

Existen una serie de razones que pueden motivar esta actitud particular; una, que en el astral podemos hacer cosas agradables, frecuentar sitios deliciosos y ver gente feliz. Normalmente viajamos al astral, como un recreo de nuestro cuerpo astral, mientras nuestro cuerpo físico duerme y se rehace. En el astral el individuo tiene una sensación de libertad, una absoluta falta de trabas e imposiciones, sensación verdaderamente prodigiosa. Y entonces llega el aviso para que vuelva al cuerpo físico, para empezar otra jornada. ¿De qué? ¿Sufrimientos? ¿Tareas duras? Sea lo que sea, es generalmente panoso. Y el individuo se ve obligado a regresar, a separarse de los placeres del astral. Así se explica que se sienta de mal humor cuando despierta.

Otra razón — que no es tan agradable —, consiste en que mientras estamos en la Tierra somos como los niños en clase, o estudiando las lecciones que nosotros mismos hemos proyectado aprender, antes de venir a este mundo. Cuando vamos a dormir nos llega el momento de subir al astral y «dejar la escuela», lo mismo que los escolares van a sus casas al final del día. Algunas veces, sin embargo, sucede que una persona satisfecha de sí misma y complacida sobre la Tierra, pensando que es muy importante en este suelo, va a la cama y, al

despertar por la mañana siguiente, se siente de mal humor. Esto es debido, generalmente, a que se ha dado cuenta, en el astral, de que ha introducido un extravagante desorden en su existencia terrenal y que toda su presunción y autocomplacencia no van a ninguna parte. No debe creerse que, porque una persona posea grandes sumas de dinero o grandes posesiones, esta persona haya hecho un buen trabajo. Venimos a este mundo para aprender determinadas cosas, exactamente como una persona va a la escuela para aprender materias concretas. Sería inútil, por ejemplo, que un estudiante universitario se matriculase para un curso que le llevará a ser un doctor en teología, si después, por inexplicables razones, se encuentra que tenía que encargarse de recoger los desperdicios y basuras de una ciudad provinciana. Demasiada gente piensa que hace las cosas muy bien hechas porque gana mucho dinero timando a su prójimo, cobrando más de lo que es justo, aprovechando todas las ocasiones y metiéndose en lo que se llama «negocios sucios».

Esas personas que son «conscientes de su clase», o los «nuevos ricos», en realidad, no prueban otra cosa sino que están llevando a cabo un segundo fracaso en sus vidas sobre la Tierra. Hay unos tiempos en los cuales hay que mirar la realidad; y ésta no se halla en nuestro mundo, que es el mundo de la ilusión, dentro del cual todos son valores falsos; donde, por razones de la propia seguridad, se cree que el dinero y el poder temporal son lo único importante. Nada más alejado de la verdad; los monjes mendicantes de la India y de otros países, tendrán un valor espiritual mayor en la vida futura que el archipoderoso financiero que presta dinero a un alto interés a los pobres que están necesitados y sufren de veras. Esos financieros (en realidad, prestamistas) la verdad es que arruinan los hogares y el porvenir de cuantos tienen la desgracia de caer bajo el peso de sus extorsiones.

Supongamos que uno de estos todopoderosos financieros, y otros de su ralea, vaya a dormir y supongamos que, por alguna razón u otra, quede libre de su cuerpo físico y se remonte lo suficiente para que pueda ver de qué modo está destruyéndose. Luego regresará a su cuerpo con su memoria fuertemente impresionada y una visión clara de la realidad; se sentirá dispuesto a «volver una hoja nueva». Desgraciadamente, cuando volverá a su cuerpo físico, siendo de todas maneras un bajo tipo de humanidad, no se acordará de nada y todo lo que sabrá decir es que ha pasado una noche agitada, chillará a sus subordinados y, en general, hará el gallito con todo el mundo.

Otra clase de personas nos llama la atención; aquellos que duermen poco. Estas personas son lo suficientemente desafortunadas para saber que su cuerpo astral no quiere abandonar su físico, y salir en busca de nuevas cosas desconocidas. También, muchas veces, un beodo sentirá una aprensión de dormirse, porque existen una serie de seres muy interesantes que rondan alrededor de su cuerpo astral emergente. Ya hemos hablado cumplidamente de los «elefantes rosa» y demás fauna y flora del mismo tipo.

El cuerpo físico, en tales casos, se obstina en estar despierto y con esto causa grandes sufrimientos a sí mismo y al astral. Todos probablemente hemos conocido personas siempre inquietas, moviéndose incesantemente, en tráfago continuo. En demasiados casos, son gente que tiene metida en su cabeza — o en su conciencia — que no debe reposar porque podría ser que entonces empezase a reflexionar y darse cuenta de quiénes son y de lo que hacen y de lo que no hacen. De este modo se habitúan a no dormir, no pensar, no hacer nada que pueda poner su cuerpo físico en contacto con el Super-yo. Estas personas son como los caballos que toman el bocado con los dientes y se desbocan, con riesgo para todo el mundo. Si una persona no puede dormir, no puede sacar provecho alguno de su vida terrenal; y, siendo así, deberá volver a la Tierra y realizar un mejor trabajo en la venida próxima.

Se me preguntará cómo se puede distinguir cuándo un sueño es un invento de la imaginación,

de cuándo es un recuerdo deformado de un viaje astral. El camino más simple consiste en interrogarse uno a sí mismo. ¿Ha visto con mucha claridad las imágenes de este sueño? Si es así, entonces se trata del recuerdo deformado de un viaje astral. ¿Los colores eran más vivos que los de la Tierra? De nuevo era un viaje astral. Muchas veces se habrá visto el rostro de una persona querida, o notado la impresión de alguien a quien queremos; esto será porque podemos haber visitado aquella persona durante un viaje en el astral, y si uno se duerme teniendo enfrente una fotografía del ser querido, es seguro que, habiendo cerrado nuestros ojos y habernos relajado, iremos en viaje hacia él.

Consideremos ahora el revés de la medalla. Nos hemos despertado por la mañana de mal talante, y no poco furiosos, pensando en una determinada persona con quien definitivamente no estamos en buena armonía. Tal vez nos dormimos pensando en ella, o en cierta disputa que con ella hemos tenido, Es que, en el astral, hemos visitado a esta persona y ella, también en el astral, ha discutido con nosotros la solución de algunas cuestiones. Los dos habéis planteado los problemas y, en el plano astral, habéis convenido que sobre la Tierra adoptaréis las soluciones acordadas. Ahora bien: la lucha debe de haber sido mayor, por cuanto, en llegando otra vez a la Tierra, sentís recíprocamente una mayor antipatía que antes. Pero no importa lo que haya sucedido si, al entrar en el cuerpo físico, habéis sufrido una sacudida o no os habéis sincronizado bien con el cuerpo; entonces, todas vuestras buenas intenciones, vuestros arreglos, se han dispersado y torcido. Al despertar, vuestra memoria se encuentra en un estado desarmónico, destemplado, amargo de rabia y frustración.

Los sueños — los así llamados — son ventanas abiertas sobre otro mundo. Cultivemos nuestros sueños, examinémoslos; todas las noches, al acostarnos, decidamos que queremos ir a «soñar la realidad»; eso es, que al despertarnos por la mañana siguiente tengamos una memoria clara e intacta de todo cuanto haya sucedido en el curso de la noche. Puede hacerse; se hace. Sólo en el Occidente existen tantas dudas, tantas pruebas se exigen, que a la gente todas esas cosas le parecen difíciles. Algunas personas, en Oriente, entran en éxtasis que, después de todo, es sólo un método para salir del mundo físico. Otras, caen en el sueño y cuando despiertan obtienen las respuestas de los problemas que les preocupaban. También vosotros, con la práctica, podéis hacer lo mismo y, con un sincero deseo de aplicarlo únicamente al bien, podréis «soñar la realidad» y abrir de par en par unas ventanas que os permitirán ver una fase, más gloriosa, de la existencia.

LECCIÓN DECIMOCTAVA

Ha llegado el momento en el cual empezamos a conocernos recíprocamente el uno al otro a través de este curso. Podemos, pues, hacer una pausa para hacer una especie de inventario, examinando lo que hemos leído y aprendido, probablemente Es necesario detenernos lo bastante a menudo para proceder a una «recreación» de nuestro espíritu. ¿Habéis pensado en lo que significa «recreación»; eso es: «re-creación»? Puntualizamos nuestra pregunta, porque este vocablo está relacionado con la fatiga; cuando estamos fatigados, no podemos llevar a cabo nuestra mejor obra. ¿Habéis pensado en lo que sucede cuando uno se siente bajo el peso de una fatiga?

No nos precisan grandes conocimientos de psicología para comprender por qué nos encontramos embotados y doloridos cuando sobrecargamos de trabajo uno de nuestros músculos. Consideremos ahora lo que sucede cuando vamos reiterando una acción determinada; por ejemplo, levantando un gran peso con la mano derecha. Simplemente, al cabo de un rato, los músculos de nuestra mano derecha empiezan a dolernos, experimentamos una sensación peculiar de nuestra musculatura y si continuamos demasiado tiempo notamos un dolor acusado en vez del simple malestar. Nos fijaremos en esto con más precisión más adelante.

Durante este curso hemos insistido en que toda vida, en su origen, es electricidad. Sea lo que sea nuestro pensamiento, siempre sucede que engendramos una corriente eléctrica, bajo la forma de un nervio que «galvaniza» un músculo en acción.

Pero, consideremos ahora nuestro brazo, del que hemos abusado por un trabajo excesivo; hemos ido levantando algo demasiadas veces por demasiado tiempo y los nervios que traen la corriente eléctrica del cerebro han resultado sobrecargados en demasía. De *una* manera muy parecida, si cargamos en exceso un fusible, éste no se estropeará inmediatamente, sino que presentará signos de estar sobrecargado. Igualmente nuestros nervios que mueven la musculatura quedan sobrecargados por el paso de la corriente continua, y se cansan de ser continuamente encogidos y desencogidos.

¿Quién es el que se cansa? Es fácil responder a la pregunta. Cuando movemos uno de nuestros miembros o músculos, el estímulo procede del cerebro. La corriente eléctrica origina secreciones a lo largo de la estructura muscular, que hacen que los paquetes de fibras musculares puedan encogerse, aparte el uno del otro; de forma que si escogemos un paquete, o un grupo de paquetes de fibras, contrayéndose cada una aparte, el resultado será hacer disminuir la longitud total, y esto quiere decir que un miembro debe moverse. Esto es como decimos — no entramos dentro del proceso psicológico **—;** pero un resultado secundario de este fenómeno será que las sustancias químicas involucradas en el proceso del encogimiento de las estriaciones de las fibras musculares quedan cristalizadas e incrustadas en el tejido. De manera que si el organismo manda esas secreciones **—** esas sustancias químicas **—** a la musculatura más aprisa de lo que pueden ser absorbidas por el tejido, el resultado será que unos cristales, dotados de aristas muy afiladas, se incrustarán en las fibras de nuestra musculatura y nos causarán vivos dolores si persistimos en nuestros intentos de mover estos músculos. La única solución que *nos* queda entonces es la de aguardar tal vez un día o tal vez un par, hasta que los cristales se hayan absorbido y las fibras de los músculos vuelvan a poder resbalar suavemente las unas con las otras. Es de observar que todas las veces que nos

aquejan dolores reumáticos es debido a cristales que se fijan en diversas regiones de nuestro cuerpo y bloquean nuestros tejidos musculares. Una persona afligida por el dolor reumático puede mover la parte dañada; pero dolorosamente, debido a los cristales alojados en sus tejidos musculares. Si hallamos manera de poder disolver los cristales, entonces nos será posible curar el reumatismo. Pero aún no se ha conseguido hasta la fecha.

Eso nos aparta, ciertamente, de nuestras intenciones originales que eran las de considerar algunas cosas que habíamos aprendido; pero, en segundo *lugar,* tal vez no sea así. Si nos empeñamos en rebuscar con exceso puede ser que no alcancemos nada, debido al cansancio de *nuestro* cerebro exhausto por 1a fatiga.

Varias personas han rechazado el «Camino de en medio» pos que se las ha conducido *a creer* que sólo el trabajo más penoso merece alcanzar resultados positivos. Entonces las persona se afanan y trabajan como esclavos, sin obtener nada de sus afanes, porque se agotan laborando. Muchas veces los que laboran con exceso sobrepasan los límites de la fatiga y entonces afirman cosas horribles porque, literalmente no están en la posesión de sus sentidos.

Cuando nos sentimos cansados, la corriente eléctrica produce fallos en el cerebro, se debilita y causa que la electricidad «negativa» sobrepase ¡os impulsos positivos, causándonos un estado de ánimo deplorable El mal humor es lo contrario al buen humor, y si nos dejamos llevar por los malos humores cuando nos sobreviene un exceso de fatiga, u otra causa, significa que estamos realmente consumiendo las células que producen la corriente eléctrica dentro de nosotros.

Cuando conducís un coche ¿miráis siempre la batería? Si lo hacéis, habréis visto más de una vez un desagradable depósito de color verdoso alrededor de uno de los cabos de la batería. Con el tiempo, este depósito verdoso se habrá comido los hilos que unen la batería con el coche. De una manera muy parecida, si nos negligimos nosotros a nosotros mismos como habíamos descuidado aquella batería, nos encontraremos con que nuestras maneras se han perjudicado seriamente y entonces nos ponemos de mal humor. A veces se tratará de una esposa que ha empezado su vida matrimonial llena de buenas intenciones y que la sobrecoge una pequeña y tonta duda sobre su esposo; ella quiere explicar esas dudas y, luego de repetirlas unas pocas veces, las convierte en un hábito y, posiblemente *sin* tener ninguna certitud de ellas, se convierte, de una mujer de su casa que hasta entonces había sido, en una insoportable cócora, una de las más insoportables criaturas de este mundo. Conservando vuestro buen temple, disfrutaréis de mejor salud; no vayáis con estos tontos pegajosos, ya que las personas bien nutridas invariablemente disfrutan de un mejor temple que los desventurados huesudos que se agitan por todas partes, poniendo en danza su esqueleto.

Todas esas cosas las abarca el concepto del «camino de en medio»; es bien claro que cada cual puede lograr su mejor nivel en todas las circunstancias. Es igualmente claro que uno no puede pasar más allá de sus posibilidades y que todo esfuerzo para ir «más allá» es meramente un tiempo perdido que nos fatiga sin necesidad alguna. Consideremos esas cosas como haríamos con una estación generadora de energía eléctrica. Supongamos que tenemos una que tiene que generar luz para un cierto número de lámparas. Si el generador corre a tal velocidad, o proporciona una tal cantidad de energía que el consumo de las lámparas pueda ser satisfecho, entonces el generador marcha bien dentro de su capacidad. Pero si, por la razón que sea, el generador se acelera y la producción es demasiado grande para que pueda ser absorbida por las lámparas, su exceso tiene que ser absorbido de la forma que sea — malgastado — y esto también desgasta la vida del generador, que tiene que correr sin necesidad.

Librodot

Otro camino para exponer este problema es como sigue: tenemos un coche y necesitamos seguir por la carretera a una velocidad, supongamos, de unos 50 km. por hora (mucha gente necesita ir bastante más de prisa; pero unos cincuenta por hora nos basta para nuestro ejemplo). Si somos unos conductores razonables, estaremos al cabo de la calle rodando exactamente a cincuenta por hora, con la máquina marchando poco a poco. Esta velocidad es muy soportable, y no se produce tensión alguna en el mecanismo marchando dentro de lo que es su capacidad normal. Pero supongamos que uno es tan mal conductor que pone una marcha equivocada en vez de la marcha justa y pretende conservar la misma velocidad. Entonces el mecanismo tendrá mayor desgaste, más consumo de gasolina para llevar a cabo lo que se habría logrado sencillamente con la marcha justa.

El «camino de en medio», entonces, significa el llevar la marcha indicada para el caso particular; pero no sobrecargar la vida y las energías de uno mismo equivocadamente. Demasiados son aquellos que piensan que todo es cuestión de matarse trabajando, y cuanto más duramente trabajen para lograr un objetivo, más mérito les alcanza por ello. Nada tiene que marchar más allá de lo que hace al caso; siempre se tiene — nunca se repetirá bastante proclamándolo — que trabajar en consonancia con el trabajo que se tiene a mano.

Volvamos a lo de la recreación. Ya hemos dicho qué era «recreación». Cuando nos sentimos cansados, significa que sólo ciertos músculos, ciertas partes de nuestro cuerpo, se han cansado. Si, pongamos por caso, hemos levantado con nuestro brazo derecho demasiado peso—tal vez moviendo ladrillos, tal vez libros —, empezamos a sentirnos doloridos, cuando nos fatigamos; pero lo que se fatiga será el brazo; mas, no las piernas, los oídos o los ojos. Entonces debemos «re-crearnos» a nosotros mismos, dando un paseo, escuchando una buena música o leyendo un libro. Haciendo esto, empleamos otros nervios y otros músculos y, a la vez, descargando el exceso de carga de electricidad nerviosa de aquellos músculos que han sido hipertensos y necesitan ahora relajarse. De este modo, por medio de la «recreación», nos «recreamos» a nosotros mismos y nuestras capacidades.

¿Ha trabajado el alumno enérgicamente, tratando de ver su aura? ¿Intentando percibir el etérico? Tal vez habéis trabajado con un exceso de dureza. Si no habéis tenido los éxitos que descontabais, no hay que descorazonarse. Se trata de cosas que requieren tiempo y paciencia y absolutamente montañas de fe; pero que pueden hacerse. Estáis intentando hacer algo que no habíais hecho nunca hasta ahora, y no esperaríais convertiros en un doctor, o un abogado o un gran artista de la noche a la mañana. Para haceros un abogado os precisarían los tres grados de la enseñanza; primero yendo a la escuela primaria, luego siguiendo el bachillerato y, finalmente, estudiando en la Universidad. Esto requeriría tiempo, años; sería preciso trabajar a conciencia bastantes horas diarias, tal vez hasta por la noche, para alcanzar vuestro objetivo y llegar a ser — ¿qué? — un médico, un ahogado, un corredor de Bolsa.

Todo se reduce a esto: no se pueden alcanzar resultados de la noche a la mañana. Algunos filósofos de la India nos cuentan que en ningún caso se puede intentar la clarividencia en menos de diez años. No suscribimos esta opinión; creemos que, cuando una persona está a punto para ver con clarividencia, puede ver clarividente-mente sin más trámites; pero sí se suscribe plenamente al punto de vista de que nadie puede obtener resultados de sopetón. Precisa trabajar para poder obtener, practicar continuamente y hay que tener fe. Cuando estudiamos medicina nos es preciso tener fe en los profesores, fe en uno mismo; aprender trabajando en la clase, estudiar a diario en casa, fuera de la clase. Así y todo, llegar a ser un médico exige años. Cuando estudiáis con nosotros e intentando ver el aura, ¿cuánto tiempo estudiáis? ¿Dos horas por semana? ¿Acaso cuatro? Por mucho que sea, de todos modos no serán las ocho horas diarias, a más del trabajo realizado en casa. De manera que hay que tener paciencia, porque el aura acabará por ser vista y lo será ciertamente si tenéis la fe y la

paciencia indispensables.

Nosotros, a través de los años, hemos tenido un enorme montón de correspondencia de personas de toda la superficie del globo, hasta de personas que vivían detrás del tel&i de acero. Por ejemplo, se trataba de una joven de Australia, dotada de unas señaladas facultades de clarividencia; tenía que ocultar sus talentos porque sus amistades no pensasen que había en ella algo de «peculiar», si se sabía que ella conocía lo que pensaban o sí les hablaba del estado de salud de aquéllos. Hay otra señora en Toronto (Canadá) que, en un periodo de pocas semanas, puede ver el etérico y como la fuerza etérica fluye de las yemas de los dedos, y, además, ve la Flor de Loto ondulando encima de la cabeza de una persona.

Sus progresos han sido, del todo, señalados; puede ver el etérico casi en su totalidad, y nos damos cuenta de que ahora empieza a percibir el aura de las personas. Esta señora de Toronto es de aquellas personas afortunadas que pueden ver los espíritus naturales y el aura de las flores. Puede pintar como una artista las flores con el aura que las rodea.

Para mostrar que los poderes de la clarividencia no están limitados a determinadas localidades sino que son universales, nos permitimos citar una carta de una dama de mucho talento, que nos escribe desde Yugoslavia. Escribimos a esta señora diciéndole que nos gustaría incorporar en este curso algunos de sus experimentos y entonces ella nos mandó una carta, dándonos permiso para publicarla. A continuación la reproducimos. Dice asi:

«Queridos amigos de otras partes del mundo. Ciertamente vivimos en unos tiempos que nos preguntan a diario: «Ser o no ser». Se han ido aquellos tiempos de estar sentados como un gato al lado de una estufa. La vida, como la eternidad, nos plantea la interrogación. ¿Sí o no? ¿De qué sí o no se trata? Pensamos que se trata de si tenemos que dejar perecer nuestra alma y enfermar nuestro cuerpo, o alimentar nuestro espíritu y convertir nuestro cuerpo en una cosa llena de salud, hermosa y llena de armonía. ¿Por qué hablo siempre del alma, algo que no podemos ver, que los cirujanos no pueden tocar ni presentarnos sobre un plato? Queridos amigos; tanto si creéis en ella o no, el alma *es* así. ¿Tenéis un momento para escuchar, por favor? No vayáis al cine ni al campeonato de fútbol; ni a correr tiendas, o al motorismo; escuchad un momento, porque se trata de una materia importantísima.

En la parte occidental del globo no existen muchas personas que puedan ver el llamado mundo invisible, las auras de los seres humanos. Esto significa la luz o la sombra, si hay un resplandor o, al contrario, un espíritu muy apegado a la tierra alrededor del cuerpo y, especialmente, de la cabeza de las personas. El espíritu es la parte eterna, impasible, de nosotros, es nuestro cuerpo superior y sin él no podríamos existir. Yo tengo el don de ver las auras desde los primeros años de mi vida.

»Cuando tenía muy pocos años, creía que todo el mundo podía ver aquello que yo veía. Más tarde me llamaron embustera o me declararon loca. Comprendí entonces que la gente no podía ver lo que yo veía. Dejadme declarar el camino que entonces seguí.

»Habéis observado las líneas circulares que forma la madera en la parte interior del tronco de un árbol? Indican los años durante los cuales aquel árbol ha vivido, tanto los débiles como los fructuosos. Nada permanece sin dejar rastros. Nada. Una vez estuve ante una vieja iglesia y vi lo que las otras personas no podían ver sobre la Tierra. Alrededor del templo brillaba una luz maravillosa; siguiendo alrededor del edificio se veía un resplandor maravilloso que dibujaba los perfiles del edificio; a su alrededor se percibían unas finísimas líneas, como se ven en las maderas. Yo veía estas líneas y hablaba de ellas a la gente que estaba a mi alrededor. Cada línea correspondía exactamente a una centuria. Era la vieja iglesia de Remete, cerca de

Zagreb, la capital de Croacia. Desde aquella fecha tenía yo el poder de explicar las líneas que había alrededor de los edificios antiguos, precisando su antigüedad. Una vez me preguntó una amiga: «¿Cuántos años tiene esta capilla?». Le respondí: «No veo ni una sola línea, ni una sola luz». «Muy bien — respondió la amiga —. ¡Esta capilla no llega a tener un siglo!»

»Ya lo veis. Si un edificio posee su «alma», cuanto más todo aquello que es viviente. Yo puedo percibir el aura de una madera, de los árboles, de las praderas, o de las flores. Sobre todo después del anochecer. Esa dulce, a la vez que intensa luz, alrededor de toda criatura viviente, alrededor del perro, igual que del gato...

»Podéis ver el pajarito que canta cerca de vosotros su canto del atardecer? ¡Cuántos rayos de luz lo coronan! Su espíritu relumbra de gozo. Pero también, a este pajarito, un mozalbete le pegó un tiro. El aura del pájaro vaciló un momento y se apagó enseguida. Fue como un lamento a través de la Naturaleza. Yo vilo *que* digo, y lo sentí en mi alma. Y hablé de ello. Entonces me llamaron loca.

»Cuando tenía dieciocho años de edad, un día estaba frente un espejo. Caía ya la noche y me iba a la cama. La habitación se encontraba casi a oscuras y yo llevaba puesta una larga camisa de dormir blanca. De pronto, vi un resplandor en el espejo. Me atrajo y divisé a mi alrededor una luz primero azul y luego dorada. Como yo no sabía nada referente al aura me asusté y me fui corriendo hacia donde estaban mis padres, y les grité: «¡Me estoy quemando!». No me hacía daño alguno; pero, ¿de qué se trataba? Ellos me miraron y encendieron la luz eléctrica, y entonces no vieron nada. Pero luego apagaron la luz y entonces me vieron como rodeada de vivas llamas de oro. Una criada vino y se puso a chillar de terror. Salió huyendo de la habitación. Yo me acordaba de haber visto aquello en otras personas; pero era muy distinto de ahora cuando lo veía en mi persona. Me sentía, entonces, completamente asustada. Mi padre encendió y apagó la electricidad varias veces, y siempre sucedía lo mismo. Cuando la luz estaba apagada, yo relumbraba como una ascua de oro; cuando estaba dada, mi resplandor no podía percibirse claramente.

»Encontré todo eso interesante y, como sea que no me sentía en lo mínimo perjudicada, empecé a sentir un gran interés mirando el aura de las demás personas a mi alrededor.

»¿Sabéis el significado del miedo? Durante la guerra, a menudo me sentí muy asustada viendo el aura de personas amigas, cuando los bombarderos llegaban hasta nosotros nos lanzaban sus bombas. Una vez me encontraba en prisión — bajo el régimen nazi —. Me encontraba en una celda, condenada a muerte. Me condujeron a la sala de torturas, debido a que conocía ciertas informaciones que interesaban a mis verdugos. Vi, entonces, el aura de los que se hallaban a mi alrededor sufriendo tormentos. Era algo tremendo; el aura de todos ellos se encogía como pegada al cuerpo, pobre y sin luz real, a punto de desvanecerse, casi muriendo. Cuando escuchaba aquellos gritos de agonía de los que morían bajo los tormentos, veía las auras vacilando. Algo nació dentro de mí, no obstante; algo como una fuerza sagrada. ¿No se lee, acaso, en las Sagradas Escrituras: «Temed sólo a aquellos que matan el espíritu; pero no a los que matan el alma». Empecé a concentrarme intentando animar a los demás y noté que mi aura se dilataba de nuevo. Y vi el aura de luz de los demás cómo se les robustecía. Otra mujer me ayudó en esta labor y la celda de los condenados a muerte empezó a recobrar los ánimos; todos empezamos a cantar. Yo pasé a través de todos los interrogatorios, por espacio de largas horas, y las torturas no me hacían mella alguna, puesto que me sentía concentrada en la eternidad. Me concentraba en la verdadera vida, después de este sueño tan horroroso. Los torturadores no pudieron nada conmigo y, al fin, rabiosos, me echaron de la cárcel, ya que los desmoralizaba.

»Si hubiese dado paso al miedo, al terror, yo y mis dieciséis camaradas, víctimas de la persecución, hubiéramos sido muertos.

»Nosotros, los del Oeste, nosotros, los europeos, tenemos mucho que aprender del Extremo Oriente. Debemos aprender a dominar nuestra imaginación y a superar todo terror.

»Como veo, el aura de los occidentales titubea mucho; no están nunca tranquilos, no están casi nunca en buena armonía; nuestras auras desordenadas contaminan a las de los que están a nuestro alrededor y originan como epidemias. Hitler no podría haber sido posible, con sus delirantes arengas, si las masas no hubiesen podido sentirse afligidas e influidas por el aura del demagogo. Hitler pudo imponerse porque sus auditorios no supieron controlar la propia imaginación.

»Se sienten los lectores cansados? ¿Quieren leer todavía unas pocas líneas? Fijemos la atención sobre los más desdichados de los hombres, los dementes. Vayamos a la casa de los locos de Zagreb. Varios días atrás realicé allí estudios con alambres de acero observando las auras de algunos allí hospitalizados. Pero no se trataba de los casos peores. Uno de mis amigos me presentó al médico mayor, persona muy escéptica. Le expliqué que deseaba observar el aura de algunos de sus pacientes. Finalmente, logré que los practicantes me condujesen hasta una mujer de aspecto terrible, muy enferma evidentemente, con los ojos rodando y los dientes rechinando juntamente; sus cabellos estaban esparcidos, al igual que diabólicas llamas, alrededor de su cabeza. En verdad, era una visión pavorosa. Pero eso no era nada en comparación de lo que yo pude ver en el mundo invisible. Vi el alma de esta mujer completamente fuera de su cuerpo y en una lucha salvaje contra la sombra oscura que intentaba tomar posesión del cuerpo de aquélla. Todo, alrededor, era un torbellino y una discordancia totales. Por fin se llevaron a aquella mujer y yo dije al doctor que aquella mujer no podía ser curada, ya que era verdaderamente víctima de una posesión diabólica.»
Acabamos aquí esta lección, subrayando que todo aquello que la inteligentísima señora de Yugoslavia ha visto y experimentado el lector podrá asimismo experimentarlo y verlo, merced a mucha perseverancia y fe. Recuérdese; Roma no se hizo en un día, ni un doctor o un abogado no se improvisan en unos pocos días. Tiene que triunfar de sus estudios

— como deberá hacer el lector —. No existen atajos ni caminos sin su correspondiente fatiga.

Librodot

LECCIÓN DECIMONOVENA

De tiempo en tiempo, en el curso de estas lecciones hemos mencionado los Archivos Akáshicos. Ahora, podemos extendernos sobre este tema fascinante. El Archivo Akáshico es algo que nos concierne a todos y a cada uno de los que han sido. Con el Archivo Akáshico podemos viajar hacia atrás a lo largo del camino de la historia; ver todo cuanto ha sucedido, no tan sólo en este mundo, sino también en otros mundos; porque hoy los científicos han llegado a corroborar lo que los ocultistas han conocido desde siempre; que existen otros mundos ocupados por otras personas, no necesariamente humanas, pero que son, sin embargo, seres sensibles.

Antes de hablar extensamente sobre los Archivos Akáshicos debemos conocer algunas cosas sobre la naturaleza de la energía o materia. La materia, como ya hemos dicho, es indestructible, marcha desde la eternidad. Las ondas eléctricas son indestructibles. Los científicos han hallado recientemente que, si una corriente es inducida en un rollo de alambre de cobre, la temperatura del cual se ha reducido previamente hasta lo más cerca posible del cero absoluto, la corriente inducida sigue siempre avanzando sin disminuir nunca. Todos sabemos que, a temperaturas normales, la corriente no tarda en disminuir y en extinguirse, debido a las varias resistencias. Así, la ciencia ha descubierto un nuevo recurso; ha encontrado que si un hilo conductor de cobre puede experimentar una suficiente reducción de su temperatura, una corriente eléctrica inducida continúa circulando por él y permanece constante sin necesidad de que ninguna fuente exterior tenga que alimentarla.

Con el tiempo, los hombres de ciencia descubrirán que el hombre posee otros sentidos y otras capacidades. Pero esto, por ahora, todavía no puede ser descubierto por los hombres de ciencia porque los procedimientos científicos van lentamente y no siempre resultan sencillos.

Hemos dicho que las ondas son indestructibles. Consideremos el proceso de las ondas de luz. La luz nos llega de los más distantes cuerpos celestes más remotos de nosotros. Los más grandes telescopios de la Tierra van escudriñando por el espacio, en otras palabras, van captando luz de enormes distancias de la Tierra. Algunos de los cuerpos celestes que nos mandan luz, la emiten desde mucho antes que nuestro mundo, o que nuestro universo, gozasen de existencia. La luz es una cosa extremadamente veloz; tanto, que apenas podemos imaginarlo, debido a que estamos dentro de cuerpos humanos y extremadamente entorpecidos por toda suerte de limitaciones físicas. Lo que consideramos «rápido» aquí en el suelo, tiene una diferente significación en un plano diferente de existencia. A modo de ilustración, diremos que un ciclo de existencia, para el ser humano, son setenta y dos mil años. Durante este ciclo una persona existe, repetidamente en distintos mundos, dentro de distintos cuerpos. Setenta y dos mil años, pues, es la duración de nuestro «período escolar».
Cuando nos referimos a la «luz», en vez de la radio o de ondas eléctricas u otras, es debido a que la luz puede ser observada directamente, sin necesidad de equipos generalizados, y la radio, no. Podemos ver la luz del Sol y de la Luna, y si disponemos de un buen telescopio o de unos potentes gemelos, podemos percibir la luz de estrellas muy distantes, que iniciaron su presencia mucho antes de que la Tierra fuese ni tan siquiera una nube de hidrógeno flotando en el espacio.

La luz, también se emplea como medida del tiempo o del espacio. Los astrónomos nos hablan

de «años-luz», y hemos de decir, llegados a este punto, que esta luz, venida de un mundo muy distante, seguirá su viaje cuando éste en que vivimos haya cesado de existir; de manera que estamos formando, en nuestra percepción, un cuadro de cosas que ya no son y alguna de ellas hace largos años que ya no existen. Si alguien encuentra estas cosas difíciles de entender, considere lo que sigue: tenemos una estrella situada en las mayores distancias del espacio. Durante años, centurias, el astro nos ha ido enviando ondas de luz a la Tierra. Estas ondas luminosas pueden tardar mil, diez mil, cien mil, o un millón de años en llegar a la Tierra, porque una determinada estrella, la fuente de esta luz, es extremadamente lejana. Un día determinado la estrella entra en colisión con otra; puede producirse un gran estallido de luz, o ésta puede ser extinguida. Para nuestro propósito, supongamos que se ha producido una extinción total. Siendo así, la luz dejará de llegar, en adelante, a nosotros. Pero durante un millar, o diez millares o un millón, su luz nos va llegando, porque emplea todo ese tiempo para cubrir la distancia que hay entre aquella fuente de luz y nuestro planeta. De este modo, nosotros podemos ver la luz cuando su fuente ya ha cesado de existir.

Permítasenos opinar algo que es del todo imposible mientras estamos en nuestro cuerpo físico, pero que es sencillo y común cuando estamos fuera del cuerpo. Afirmemos, además, que nosotros podemos viajar más rápidos que el pensamiento. Necesitamos que sea así, ya que nuestro pensamiento posee una velocidad definida, como cualquier doctor puede explicarnos. Conocemos hoy la velocidad con que una persona reacciona en una situación determinada. La velocidad o la lentitud a que podrá poner los frenos, a qué velocidad podrá mover el volante. Son conocidas las velocidades de todos nuestros reflejos, de los pies a la cabeza. Nosotros, para el propósito de nuestro análisis, necesitamos viajar instantáneamente. Imaginemos que podemos llegarnos en un instante a un planeta que está recibiendo luz emitida por la Tierra tres mil años atrás. Situados sobre este planeta nos llegará la luz de la Tierra de tres mil años ha. Supongamos que disponemos de un telescopio de un tipo jamás imaginado con el cual podemos contemplar perfectamente la superficie de la Tierra — interpretando los rayos que nos llegan allí —; entonces podremos ver la vida como era en el antiguo Egipto y los bárbaros del Oeste, cuyos indígenas iban cubiertos de barro, o todavía menos, mientras en la China descubriríamos una civilización perfectamente avanzada, tan distinta de la que allí reina en nuestros días.

Si nos fuese posible, en aquel mismo instante, desplazarnos a menor distancia, veríamos imágenes completamente distintas. Supongamos un planeta cuya distancia de la Tierra nos permitiese ver lo que ocurría mil años atrás con respecto de la Tierra. Veríamos un mundo del año mil (de nuestra Era). Una alta civilización en la India, mientras el Cristianismo iba extendiéndose por el mundo occidental; y tal vez algunas invasiones en Sudamérica. El mundo también presentarla algunas diferencias, comparado con el actual, porque la línea de la costa es continuamente variable; la tierra surge de las aguas, las costas sufren erosión. En el plazo de una existencia humana no se nota gran diferencia; pero, en un período de mil años, las diferencias se nos harían visibles.

Ahora, en realidad, nos hallamos sobre un mundo lleno de las más notables limitaciones; ello es causa de que nos sea posible recibir impresiones únicamente dentro de una zona muy limitada de frecuencias. Si podemos darnos cuenta de algunas de nuestras aptitudes «extracorporales» por completo, como pueden ser dentro del mundo astral, nos será posible ver las cosas bajo una luz diferente; podremos darnos cuenta de cómo toda materia es indestructible; todo experimento que hemos realizado en el mundo, continúa irradiando hacia el exterior, bajo la forma de unas ondas. Con habilidades especializadas, podemos interceptar aquellas ondas; de una manera muy parecida a la de cómo podemos interceptar las ondas de luz. Un ejemplo muy sencillo puede proporcionárnoslo una lámpara proyectora de vistas; se introduce la placa por un lado, actuando en una habitación a oscuras, y, habiendo puesto una

pantalla, preferentemente de color blanco, enfrente de la lente del proyector a la distancia oportuna, y enfocamos la luz de dicha pantalla, con lo que veremos una imagen. Pero si, en lugar de la pantalla, proyectamos esa imagen sobre la ventana y las tinieblas exteriores, divisaremos sólo un rayo de luz, sin imagen alguna. De ello se sigue que la luz tiene que ser interceptada, reflejada sobre algo, para ser plenamente percibida y apreciada. Si tomamos un proyector, en una noche clara y despejada, y lo enfocamos al espacio, veremos sólo un pálido rastro luminoso; pero basta con que el proyector enfoque una nube o cualquier avión de paso, para que nos demos cuenta de que existe la fuente luminosa.

Uno de los más viejos sueños de la Humanidad ha sido el de poder disponer de «viajes a través del tiempo». Estos sueños no pasan de ser meras concepciones fantásticas mientras existimos dentro de nuestra carne y sobre la Tierra; ya que la envoltura carnal nos limita de una manera triste; son nuestros cuerpos tan lamentablemente condicionados, y nuestra necesidad de aprender sobre la Tierra, lo que nos ha implantado en nuestros ánimos tantas dudas e indecisiones, que antes de sentirnos convencidos necesitamos lo que llamamos «pruebas» el talento para descomponer una cosa en una serie de piezas para ver como funcionan y asegurarse de que no pueden funcionar de otro modo. Cuando llegaremos más allá de la Tierra y entraremos en el astral, o todavía más allá, los viajes a través del tiempo nos parecerán tan sencillos como el ir, en nuestro estado actual, al cinema o al teatro.

Los Archivos Akáshicos, siguiendo adelante, son una forma de vibración, no necesariamente luminosa, porque comprende igualmente que la luz, el sonido. Esta forma de vibración no tiene sobre la Tierra término alguno que la describa. Lo más próximo a ella son los ondas de la radio. Constantemente nos llegan de todas partes del mundo; cada una nos trae diferentes programas, lenguas distintas, músicas diversas, diferentes tiempos. Es posible que algunas ondas nos lleguen y nos traigan programas que, para nosotros, pertenezcan al mañana de su punto de partida. Todas estas ondas nos van llegando continuamente; pero no nos damos cuenta de ellas hasta que disponemos de algún artificio mecánico, que llama. mos aparato de radio, que pueda recibir las ondas y detenerlas para que sean audibles y comprensibles por nosotros. Entonces, por medio de un aparato eléctrico o mecánico, retardamos la frecuencia de las ondas de la radio y las convertimos en ondas sonoras.

De una manera muy parecida si, sobre la Tierra, conseguimos alguna vez moderar las ondas de los Archivos Akáshicos, seremos. capaces de presentar auténticas escenas históricas en la pantalla de la televisión. Y a los historiadores les va a dar un ataque cuando puedan ver que la historia, tal como va impresa en los libros, es falsa de pies a cabeza.

Los Archivos Akáshicos se forman de las vibraciones indestructibles que constituyen la suma total de los conocimientos humanos, que emana del mundo en muy parecida forma de la que se difunden los programas de la radio. Todo cuanto ha sucedido en este mundo, todavía existe en forma de vibraciones. Cuando nosotros salimos de nuestro cuerpo, no necesitamos ningún recurso especial para entender estas ondas; no empleamos artificio alguno para hacerlas más lentas; en saliendo de nuestro cuerpo, nuestro «receptor de ondas» se halla acelerado de una manera tal que, con práctica y entrenamiento, podemos ser receptivos de lo que llamamos Archivos Akáshicos.

Volvamos al problema de cómo superar la velocidad de la luz. Será más fácil, si olvidamos la luz por un momento, y tratamos, en su lugar, del sonido, porque éste es más lento y no nos precisan distancias tan considerables para calcular los resultados. Supongamos que estamos en un espacio abierto y de pronto escuchamos un avión a reacción a gran velocidad. Escuchamos el sonido, pero es inútil mirar hacia el punto de donde parece partir el sonido, ya que el reactor corre más que el sonido, y siendo así, el avión adelanta mucho a su propio

sonido. El primer aviso que durante la segunda Guerra Mundial se tenía de la llegada de un proyectil-cohete, era el de la explosión y de la caída de los bloques de piedra, con los chillidos de los lesionados. Luego, cuando la polvareda empezaba a disiparse, llegaba el ruido del cohete por el espacio, aproximándose. Esta alucinante experiencia se debía al hecho de que el cohete llevaba una velocidad mucho mayor que la del sonido que producía. Por eso, el cohete llevaba a cabo su trabajo destructor antes de que le anunciase su propio ruido por el espacio.

Una persona puede hallarse 3ituada sobre una colina, mirando un cañón que dispara, situado en la cumbre de otra colina. Dicha persona no podrá jamás percibir el ruido del proyectil cuando pasa exactamente por encima de su persona; el sonido le llegará poco después, cuando el proyectil llega primero y el sonido después, cuando el proyectil se va perdiendo en la distancia. Nadie ha muerto de ninguna bala que haya escuchado; porque primero llega el proyectil que su sonido. Por esto es tan divertido, en las guerras, contemplar a los hombres agachando la cabeza ante el sonido de una granada «que ya ha pasado». En realidad, si han escuchado el ruido, quiere decir que el proyectil ya ha pasado de largo. El sonido es lento, en comparación con la luz o la mirada. Puestos de pie en la cumbre de esta colina podemos ver un cañón cuando lo disparan; primero percibiremos una llamarada en su boca, y mucho más tarde — depende de la distancia a la que estemos de la pieza de artillería —, nos llega el ruido de la granada, pasando por encima de nuestra cabeza. Podemos distinguir, a lo lejos, un hombre derribando un árbol; el hombre estará a una cierta distancia de nosotros; veremos el hacha golpeando el tronco, y un momento más tarde percibiremos el ruido de la herramienta. Es ésta una experiencia que casi todos habremos tenido.

Los Archivos Akáshicos contienen el testimonio de todo cuanto ha sucedido en el mundo. Los diversos mundos tienen, cada cual, sus Archivos Akáshicos, del mismo modo que cada país posee sus propios programas de radio. Todos aquellos que poseen conocimientos suficientes, pueden sincronizar con el Archivo Akáshico de cada mundo; no tan sólo del suyo propio, y se pueden enterar de los acontecimientos históricos y de las falsificaciones contenidas en los libros de la historia. Pero, en los Archivos Akáshicos, hay algo más que un recurso para satisfacer la propia y vana curiosidad. Podemos consultarlos y ver cómo fracasaron nuestros planes personales. Cuando morimos para este mundo, vamos a otro plano de existencia, dentro de la cual todos tienen que verse cara a cara con las propias obras; lo que hicimos y lo que dejamos de hacer, debiendo hacerlo. Veremos el conjunto de nuestras vidas, con la velocidad del pensamiento. Lo veremos a través de los Archivos Akáshicos, y no sólo desde el momento que lleváramos las cosas a la práctica, sino desde aquellos momentos antes de nacer, en los cuales planeamos cómo y dónde habríamos nacido. Entonces, con estos conocimientos y habiendo visto nuestros errores, planearemos otra vez y volveremos a intentar otra existencia, exactamente como un niño, en la escuela, viendo sus equivocaciones en las respuestas escritas <le sus exámenes y queriendo enmendar sus equivocaciones en unos nuevos ejercicios.

Naturalmente, se requiere un prolongado ejercicio antes no se puede ver el Archivo Akáshico; pero mediante el estudio, la práctica y la fe se puede llegar a él, y se llega constantemente.

Pienso que ha llegado el momento de hacer aquí un momento de pausa en nuestro discurso y de discutir qué significa lo que se llama «fe».

La fe es una cosa definida que se puede y se debe cultivar, lo mismo que cultivamos una costumbre o una planta de invernáculo. La fe no es una planta vivaz, como una caña; se parece más a una planta de invernadero. Hay que mimarla, nutrirla, observarla. Para alcanzarla es preciso repetir insistentemente nuestras afirmaciones de fe, hasta que su conocimiento se escriba en el subconsciente. Este subconsciente representa nueve décimas

partes de nosotros mismos, esto es, la mayor parte de cada uno. Muchas veces, nosotros podemos comparar el subconsciente a un hombre viejo y cansado que lo que más necesita es que no le fatiguen. Aquel viejo está leyendo sus periódicos, quizás está con la pipa en los labios y los pies metidos en confortables zapatillas. Está ciertamente fatigado de todo el barullo y las distracciones constantes que le rodean. A través de largos años de experiencia, ha aprendido a guardarse de todo, menos de las más continuas interrupciones y ruidos. Igual que un anciano parcialmente sordo. no oye al que le llama por primera vez. La segunda vez no oye porque no necesita oír, y tiene que decidir si vale la pena lo que le dicen. En cuanto a la tercera, le irrita, ya que cl inoportuno le estorba el curso de sus pensamientos, mientras ¿1 está más interesado en leer los resultados de las carreras de caballos, antes que otra cosa que exija esfuerzo por su parte. Insistid e insistid continuamente, repitiendo vuestra profesión de fe y entonces «el viejo» volverá a la vida con un sobresalto, y cuando el conocimiento esté implantado en vuestro subconsciente, entonces la fe se instalará en vosotros de un modo automático.

Tenemos que aclarar que la fe significa opinión; decimos «creo que mañana es lunes», y esto quiere decir alguna cosa. Pero no diremos, por cierto, «tengo fe en que mañana es lunes», porque significaría una cosa muy distinta que la anterior. La fe es algo que ha crecido al propio tiempo que nosotros. Somos cristianos, budistas o judíos porque nuestros padres lo fueron, hasta es una regla casi general. Tenemos la fe de nuestros padres — creemos que lo que creyeron nuestros padres era exacto —y así, nuestra fe siguió siendo la de nuestros antepasados. Ciertas cosas, que no podemos probar de un modo definitivo mientras permanecemos en este mundo, requieren fe. Otras cosas que pueden probarse, las creemos o no creemos en ellas. Esto es una distinción, y es preciso que nos demos cuenta de ella.

Pero, ante todo, ¿qué es lo que necesitamos creer, lo que requiere nuestra fe? Decidamos que es aquello que requiere fe; pensémoslo desde todos los puntos de vista. ¿Se trata de fe en una religión, en una capacidad? Mirémoslo desde tantos lados como nos sea posible y entonces, en la suposición de que pensamos de una forma positiva, establezcamos ante nosotros mismos lo que podemos hacer — esto o aquello —, o que queremos hacer — esto o aquello — o lo que *creemos* firmemente — en esto o en aquello —- Y debemos avanzar en estas afirmaciones. A menos que afirmemos que no queremos tener fe «nunca». Las grandes religiones tienen sus seguidores llenos de fe, éstos son aquellos que han estado en la iglesia, o capilla, o sinagoga, o templo y allí han recitado sus plegarias no sólo en interés propio, sino en el de sus prójimos, y se han dado cuenta que en el seno de sus confesiones había algunas cosas que constituían «una fe». En el Lejano Oriente existen unas cosas que se llaman «mantras», y repitiéndolas incesantemente, la persona — que muy probablemente no sabe lo que significa el «mantra» —, alcanzará determinados bienes para el espíritu. El que ignore lo que pueda ser un mantra no tiene importancia alguna, ya que los fundadores de la religión que compusieron el mantra arreglaron las cosas para que las vibraciones engendradas por la repetición del mismo implantasen en el subconsciente la finalidad deseada. Muy pronto, incluso a través de personas que no entienden completamente la invocación, ésta pasa a formar parte del subconsciente y la fe entonces se convierte en puramente automática. De la misma forma, si repetimos oraciones y rezos de tiempo en tiempo, empezamos a creer en ellos. Todo se reduce a mover nuestro subconsciente para que quiera entender y cooperar y, una vez se ha llegado a la fe, no es preciso luchar más, porque nuestro subconsciente nunca cesará de recordarnos que poseemos esta fe, y que hemos de hacer determinadas cosas.

Repitámonos a nosotros mismos de tiempo en tiempo que vamos a ver un aura, que vamos a sentir los fenómenos telepáticos, que estamos a punto de lograr esto y aquello — lo que debemos particularmente alcanzar en lo espiritual —. Todas las personas que tienen éxitos en la vida; que están en el camino de ser millonarios o inventores, son personas que tienen fe en

sí mismas, que poseen fe en alcanzar aquello por lo cual luchan. Esto es debido a que, teniendo ante todo fe en sí mismos, creyendo en sus propios talentos y energías, llegan a engendrar aquella fe que hace que lo que se cree se convierta en una verdad. Si avanzamos diciéndonos a nosotros mismos que nos aguarda el éxito, triunfaremos; pero sólo si en nuestras afirmaciones de éxito no se introducen dudas (las negaciones de la fe). Probemos esta afirmación de éxito y los resultados seguramente nos asombrarán a nosotros mismos.

Habréis oído hablar de personas que pueden explicar a otros lo que eran en una vida anterior y todo lo que hacían. Todos estos conocimientos provienen de los Archivos Akáshicos, ya que son varias las personas que «durante el sueño» viajan por el astral y ven aquellos archivos. A su regreso, por la mañana, como ya hemos analizado, traen con sigo unos recuerdos deformados, de forma que, entre las cosas que dicen, unas son ciertas y las otras inexactas. El lector puede notar que dejas cosas que ellos cuentan, la mayor parte relatan grandes sufrimientos. Todos parecen haber sido esbirros y toda suerte de gente malvada. Esto sucede porque nosotros venimos a la Tierra como si ésta se tratase de una escuela. Debemos acordarnos siempre de que las personas deben ser duras en la expiación de sus propios pecados, de la misma forma que el mineral en bruto es colocado dentro del horno y sometido a intenso calor para que las impurezas suban a la superficie para ser purgadas. Los seres humanos, igualmente, deben soportar tensiones que les lleven casi al punto de ruptura para que su espiritualidad quede patente y sus pecados arrancados de raíz. Las personas vienen a este mundo para aprender; y se aprende más por el rigor que por las dulzuras. este es un mundo de penas; una escuela de formación que es casi un reformatorio, y, aunque haya de vez en cuando raros momentos de dulzura, que brillan como el rayo de un faro luminoso en las tinieblas de la noche, la mayor parte del vivir en este mundo es lucha.

Miremos la historia de las naciones; si queremos poner en duda lo que estamos afirmando, mírense las guerras incipientes. Es éste verdaderamente un mundo de impurezas, y resulta difícil a los altos seres el venir a la Tierra como deben, para inspeccionar hacia adónde vamos. Es un hecho comprobado que una Alta Entidad, llegando a la Tierra, puede levantar alguna impureza que actuará como si fuese un anda, y lo atará a nuestro suelo. Las altas entidades que llegan hasta nosotros no pueden llegar aquí puras e incontaminadas, porque no podrían soportar las tristezas y las pruebas de este mundo. Así es que debemos andar con mucho cuidado cuando pensemos que Tal o Cual no puede estar tan alto como algunas personas aseguran oír que es excesivamente goloso de tales o cuales cosas. Con tal de que no se dé a la bebida, ya puede estar a suficiente altura. La bebida, en cambio, cancela en un ser todas las altas potencias.
Algunos de los más grandes clarividentes y telepatistas sufren de alguna dolencia física, ya que ésta, muy a menudo, les aumenta la frecuencia de sus vibraciones y les confiere mayores dotes de telepatía o de clarividencia por sus sufrimientos. No podemos conocer la espiritualidad de una persona con sólo mirarla. Ni juzgar que es mala, porque se halla enferma; la enfermedad puede obedecer a la necesidad de tener que aumentar la velocidad de sus vibraciones con vistas a un determinado trabajo. No juzguemos a una persona severamente porque acostumbre a soltar algún taco o no se presente como creemos que debe presentarse un gran personaje. Puede tratarse de una gran personalidad que suelte alguna palabrota, o tenga algún vicio que le tenga amarrado a la Tierra. Pero, lo repetimos; mientras esta persona no esté dominada por la bebida, puede tratarse de la gran entidad que originariamente hemos creído que él era. Hay muchas impurezas que reinan sobre la Tierra; lo que es impuro sucumbe; sólo aquello que es puro e incorruptible sobrevive. Ésta es una de las razones en virtud de las cuales venimos los mortales a este mundo; en el mundo espiritual, más allá del astral no puede haber corrupción alguna. El mal no puede existir en los planos superiores; por esto los humanos vienen a la Tierra para conocer el camino áspero. Y, repitámoslo, un Gran Ser, llegado a nuestro suelo, contraerá algún vicio o aflicción, sabiendo,

sin embargo, que él (o ella) han venido a la Tierra con una misión especial, y que las aflicciones o los vicios que les afecten luego no tienen que ser considerados en ningún caso como un «karma» (trataremos de éste más adelante), sino que debemos tenerlos como unos instrumentos, unas anclas, que dejan de existir como desaparece la corrupción, con el cuerpo físico.

Hay un punto que hemos de señalar, y es éste: los grandes reformadores en esta vida, muchas veces son los que en vidas anteriores fueron grandes culpables de aquellos pecados que ahora, en la vida presente, ellos (o ellas) combaten. Hitler, por ejemplo, volverá como un gran reformador. Asimismo, muchos de los inquisidores. Es éste un pensamiento que merece ser meditado. Recordémoslo: el camino de en medio es aquel donde actualmente vivimos. No seamos tan malos que nos sea preciso sufrir nuevamente en una nueva existencia. Y si fuéramos tan puros y santos que todo el mundo estuviera por debajo de nosotros, entonces no podríamos subsistir en este mundo. Afortunadamente, de todos modos, ¡nadie alcanza *tanta* pureza!

LECCIÓN VIGÉSIMA

Deseamos tratar pronto de telepatía, clarividencia y psicometría; pero antes que todo permítasenos una digresión — un tema previo —. De momento podrá parecer que divagamos fuera de nuestro tema; nos damos cuenta de ello, pero lo hacemos deliberadamente; sabemos lo que nos hacemos y muchas veces le sale a cuenta al lector — más que a nosotros mismos — el hecho de que se le llame la atención sobre algo muy necesario por vía de fundamentos.

Queremos establecer sobre una base firme que las personas que sienten necesidad de ser clarividentes, sensibles a la telepatía o a las prácticas psicométricas tienen que proceder sin prisas. No se puede forzar el desarrollo más allá de ciertos límites. Si nos fijamos en el mundo de la naturaleza, encontraremos que las orquídeas exóticas son evidentemente plantas de invernadero, y si se las ha forzado en su desarrollo, son flores muy frágiles. Lo mismo podemos decir de todo aquello cuyo crecimiento ha tenido que ser estimulado artificialmente, o que haya sido forzado. Las «plantas de invernadero» no son robustas, no se puede tener seguridad en ellas, sucumben a toda suerte de inesperadas dolencias. También es preciso que uno tenga una robusta dosis de telepatía; necesitamos que se esté capacitado, para que se pueda practicar la clarividencia y que se tengan las facultades suficientes para que uno pueda recoger un guijarro de la playa, por ejemplo, y explicarnos lo que le ha sucedido a dicho guijarro a través de las edades. Es muy factible, ya es sabido, para un buen psicómetra de verdad, el recoger un artículo cualquiera en la orilla del mar, donde este objeto no ha sido tocado por el hombre y determinar, visualizándolo claramente, el tiempo en que este guijarro se encontraba tal vez formando parte de una montaña. Todo esto no es exagerado, sino muy ordinario, muy fácil cuando se sabe cómo debe practicarse. Busquemos, pues, unos buenos «fundamentos», ya que no se puede erigir un edificio sobre arenas movedizas, si se quiere que la casa dure muchos años.

Hablando de los «fundamentos», tenemos que precisar que la compostura interior y la tranquilidad son las dos piedras angulares; porque, a menos que tengamos esa virtud interior en grado suficiente, no podremos abordar con éxito la telepatía ni la clarividencia. La compostura interior es el *sine qua non* de todo progreso más allá de los estadios elementales más primarios.

Los seres humanos son una masa de emociones en conflicto constante. Miramos a nuestro alrededor y nos encontramos con el gentío corriendo en todas direcciones por la calle, revolviéndolo todo en coches, o precipitándose sobre los autobuses para subir a ellos. Entonces, hasta el último instante, irrumpen en las tiendas para procurarse los sustentos suficientes en las tiendas que cierran todos los fines de semana. Se vive en continuo jaleo; nos rebullimos por todos lados, y nuestros cerebros echan chispas de cólera y decepción. Muchas veces nos sorprendemos a nosotros mismos montando en cólera; crece de continuo nuestra tensión, experimentamos presiones salvajes dentro de nuestro ánimo. Existen momentos que nos parece que vamos a estallar. Sí; estamos a punto...

Pero todo esto no nos ayuda de ningún modo en el campo de la investigación esotérica. Un cerebro incontrolado hasta este punto, esas olas, borran toda señal que nos viene de fuera, cuando nos es preciso abrir nuestras mentes y recoger y comprender aquellas señales.

¿Ha probado nunca el lector de escuchar la radio en medio de una tempestad de rayos y

truenos? ¿Ha intentado alguna vez seguir algún programa de la televisión cuando algún idiota aparece bajo su ventana? Tal vez en alguna ocasión haya intentado alcanzar una estación muy distante sobre los aullidos y chasquidos de la electricidad estática producida por una tormenta eléctrica. No es tarea fácil. Alguno de Vosotros se interesa por las emisiones en onda corta y escucha por todo el mundo, captando noticias de distintos países y músicas de *varios* continentes. Si alguno de vosotros ha practicado mucho las ondas cortas y ha escuchado emisoras muy lejanas, ya sabrá lo difícil que resulta muchas veces conservar las ondas cuando se acumulan las dificultades representadas por los parásitos, tanto los naturales como los producidos por el hombre. Ruidos causados por las chispas de los coches, chasquidos originados por las estufas eléctricas o los refrigeradores o al funcionar el timbre eléctrico de la puerta justo cuando necesitábamos escuchar con más atención. Nos vamos enolando en progresión creciente, concentrados como estamos en la tarea de captar los mensajes de una determinada radio. Hasta que nos libremos de alguno de esos parásitos, mentalmente, tendremos dificultades con la telepatía, porque el estrépito de un cerebro humano en ebullición sobrepasa al más ruidoso de los viejos motores de un coche desvencijado. Tal vez el lector pensará que estoy exagerando; pero, a medida que se le aumenten las facultades en esta dirección, hallará que me he quedado más bien corto.

Desarrollemos un poco más ese tema, porque debemos estar seguros de todo de lo que vamos a hacer, antes de disponernos a practicarlo; tenemos que estar bien seguros de los obstáculos que se alzan en nuestro camino. Antes de que los conozcamos bien, no podremos sobrepasarlos.

Considerémoslos desde un nuevo punto de vista. Es una cosa bien sencilla el telefonear desde *un* continente a otro, mientras exista un cable adecuado situado bajo el océano. La línea del teléfono transatlántico, pongamos por ejemplo, de Inglaterra a Nueva York o de Adelaida a las Islas Británicas, se encuentra en este caso. Cuando usamos este teléfono, cuyas líneas circulan por debajo del mar, mandamos paquetes de palabras. De vez en cuando, el sonido se debilita; mas, en conjunto, se entiende perfectamente lo que se dice. Por desgracia, gran parte del mundo no se halla unida entre si por cables telefónicos. En ciertas áreas, por ejemplo, entre Montreal y Buenos Aires, no existen cables telefónicos, sino «cadenas de radio». Estos abominables dispositivos jamás deben ser dignificados bajo el nombre de «teléfonos», ya que el usarlos requiere un prodigio de resistencia. Las palabras se embrollan y desafían toda interpretación, y en lugar de presentar unas inflexiones humanas de voz que puedan comprenderse, ofrecen una monotonía como si fueran vomitadas por cualquier robot. El que escucha tiene que estar hablando de continuo — hasta si no tiene nada que decir — para «no perder la línea». Añádase a esto que, además de la electricidad estática, a la que ya hemos hecho alusión, se dan varias refracciones y reflexiones de las distintas capas ionizadas alrededor de la Tierra. Citamos esto para poner en claro que nunca, ni con el mejor equipo de estos mundos, dejará de ser una cosa incierta, y, según nuestra experiencia, más bien ocasión de estorbos que satisfactorio experimento. Personalmente, consideramos la telepatía mucho más fácil que el radioteléfono.

Alguien puede extrañarse de que hagamos tantas alusiones a los fenómenos eléctricos y a la electricidad. La respuesta es que tanto nuestro cerebro como nuestro cuerpo generan energía eléctrica. El cerebro y todos los músculos de nuestro cuerpo son fuentes de electricidad. Ambos emiten electrones que son en realidad el programa de radio del cuerpo humano. Gran parte de la conducta del cuerpo humano y de los fenómenos de clarividencia, telepatía, psicometría y restantes manifestaciones, pueden entenderse muy fácilmente relacionándolas con las ciencias de la radio y de la electrónica. Nosotros intentamos facilitar la materia a los lectores; por eso procuramos considerarla desde el punto de vista de ciencia electrónica y de radio; será muy interesante para el lector el estudio de la materia electrónica. Cuanto más se

estudie, más fáciles serán los progresos en nuestro desarrollo.

Los instrumentos delicados requieren ser protegidos de todo choque. No es cuerdo poseer un televisor caro y golpearlo sin consideración, ni un reloj de lo mejor y tratarlo a porrazos contra la pared. Tenemos el más caro de los receptores — nuestro cerebro — y si queremos servirnos de él con los mejores rendimientos posibles, nos es forzoso poderlo preservar de todo choque. Si estamos a punto de abandonarnos a la agitación o a la frustración, entonces corremos el peligro de engendrar un tipo de ondas que nos inhibirán de toda recepción de las ondas exteriores. En materia de telepatía necesitamos permanecer en la mayor calma posible; de otro modo, correremos el peligro de perder nuestro tiempo en el intento de recibir el pensamiento de los demás. Al primer intento no alcanzaremos grandes resultados con la telepatía. Nos será preciso concentrarnos serenamente.

Siempre que pensamos, generamos electricidad. Si pensamos tranquilos y sin ninguna emoción fuerte, la electricidad de nuestro cerebro seguirá una línea lisa, sin altos picachos ni valles profundos. Si se nos produce un pico prominente, significará que algo interrumpe el tenor regular de nuestros pensamientos. Debemos asegurarnos que no se han generado voltajes excesivos; y nada que pueda producir «alarma y desesperación» puede ser permitido en el curso de nuestros pensamientos.

Debemos, en todos los casos, cultivar la compostura interna, la necesaria compostura. No hay la menor duda de que es incomodo el tener que descolgar el teléfono cuando se tienen las manos ocupadas por la ropa húmeda, mientras la estamos lavando. Indudablemente nos irrita el perder la ganga semanal de la tienda donde somos clientes; pero todas éstas son cosas muy mundanas y no nos sirven para nada cuando tenemos que dejar este mundo. Cuando se acabe nuestro paso por este suelo terrenal, no tendrá la menor importancia si hemos tratado con los grandes supermercados o con la pequeña tienda del rincón. Repitamos de nuevo — por si no se ha leído antes — que no nos podremos llevar ni un solo céntimo a la vida siguiente; pero que llevaremos con nosotros todos los conocimientos que hayamos ganado. La esencia destilada de todo cuanto hayamos aprendido sobre la Tierra, es lo que determinará lo que seremos en una vida subsiguiente. Por eso debemos concentrarnos en el conocimiento de aquellas cosas que podremos transportar a la nueva existencia.

En nuestros días el mundo se vuelve loco por el dinero y por la posesión de cosas. Países como el Canadá y Norteamérica viven bajo un falso nivel de prosperidad; todos parece que se hallan llenos de deudas; cada cual pide prestado a las compañías financieras (nueva transformación de los prestamistas, ahora de monedas de cromo). La gente necesita coches nuevos, cada uno más reluciente que el del año pasado. La gente se les echa encima; nadie tiene tiempo para las cosas serias de la vida y todos persiguen objetos sin ninguna importancia. Lo único importante son las cosas que estamos estudiando en estos capítulos; nos llevamos todos los conocimientos que se pueden adquirir durante nuestro paso por la Tierra y dejamos atrás — si los tenemos — los dineros y posesiones para que otro las disipe. Por lo tanto, nos preocupamos de concentrarnos sobre aquellas cosas que pueden ser seguramente nuestras. Sobre el conocimiento.

Uno de los caminos más fáciles para alcanzar la tranquilidad es el aprender la respiración bien acompasada. La mayor parte de las personas, por desgracia, respiran de una manera que puede llamarse: «aspirar-respirar»-«aspirar-respirar». Jadean continuamente, privando a su cerebro del oxígeno correspondiente. La gente parece creer que el aire está racionado y que tiene que tragar y expulsar de continuo. Parecen creer que está demasiado caliente, o algo por el estilo. Porque tan pronto como lo respiran, se sienten ansiosos de librarse de ¿1 y hacer entrar en los pulmones una nueva carga.

Tenemos que aprender a respirar despacio y profundamente. Tenemos que asegurarnos de que el aire corrompido se expulsa de nuestros pulmones. Si sólo respiramos con la parte superior de los pulmones, el aire que se halla en el fondo cada vez resulta más estancado.

Cuanto mejor sea nuestra provisión de aire, mejor será el poder de nuestro cerebro, ya que no podemos vivir sin el oxígeno, y el cerebro es lo primero que nota a faltar en la respiración. Si el cerebro se siente falto de una cierta dosis de Si oxigeno, se nota cansado — soñoliento —, nuestros movimientos se hacen más pesados y experimentamos dificultad en el do pensar. A veces, incluso nos sobreviene una desagradable res jaqueca; mas, cuando luego nos hallamos al aire libre, la jaqueca desaparece; lo que prueba que necesitábamos mayor la abundancia de oxígeno.

Un respirar acompasado suaviza las emociones. Si uno se de siente destemplado — de mal talante —, y experimenta tentaciones de producirse con violencia sobre de su prójimo, no hay Se más que respirar profundamente, lo más hondo que se pueda y aguantar el soplo unos pocos segundos. Después dejar salir es despacio el aire de nuestros pulmones. Hágase esto unas cuantas veces seguidas y se notará que nos calmamos con una facilidad increíble.

No se tiene que aspirar tan deprisa como uno pueda y después expulsar no menos rápidamente el aire de los pulmones; respírese poco a poco y con fuerza, y piénsese — puesto que así es — que se están inhalando vida y vigor juntos. Expliquémoslo con todo detalle: comprímase el pecho y pruébese Es de expulsar tanto aire como nos sea posible; fuércense los a pulmones hasta que, si se quiere, quede pendiente la lengua ni por falta de aire. Entonces, al cabo de unos diez segundos de llénese completamente los pulmones, ensánchese el pecho, aspírese todo el aire posible y comprímase un poco más. Cuando se haya admitido todo el aire que se ha podido, Al aguántese por espacio de cinco segundos y después déjese salir el aire tan lentamente que se tarde siete segundos en expulsar el aire que tengamos dentro. Exhálese por completo, de forzando los músculos para adentro a fin de exprimir todo el aire que se pueda. Entonces vuélvase a repetir todo de nuevo. Puede ser una buena idea el repetir el ejercicio hasta una docena de veces. Entonces se verá que nuestras frustraciones y nuestro mal humor han desaparecido, y nos sentiremos en una mejor disposición de ánimo; experimentaremos te empezamos a lograr una mejor compostura interior.

Alguno de vosotros tiene que acudir a una entrevista que altamente tenga su importancia, antes de entrar en la estancia de la entrevista tiene que efectuarse, practíquense algunas aspiraciones profundas. Os daréis cuenta, entonces, que vuestro pulso acelerado ya no corre sino que marcha acompasado; confianza es mayor; existen menos preocupaciones y si os sentáis así, la persona con quien os entrevistáis es evidente que se verá impresionada por vuestro aire decidido. ¡Probadlo!

Los problemas producen todos los días una cantidad sorprendente de frustraciones e irritaciones en nuestro ánimo, y todo esto nos muy perjudicial. La «civilización» es al contrario de esto. Cuanto más nos sentimos atados por los compromisos de la sociedad, más difícil nos resulta vivir en paz. El hombre - o mujer — de la ciudad es a menudo más irritante y oneroso que los que viven en el campo. Por eso nos es cada vez más necesario el saber dominar nuestras emociones.

Todos aquellos que se sienten frustrados y susceptibles se encontrarán n que sus jugos gástricos son cada vez más concentrados. Estos jugos son, naturalmente, ácidos, y a medida que llegan un grado de concentración mayor, empiezan a corroer las mucosas a su alrededor y acaban por deteriorar las paredes de1 estómago o de otros órganos, que no pueden resistir los

ataques de aquellos ácidos concentrados. Posiblemente, alguna zona de los tejidos interiores es más delicada que el resto. Alguna tacha interna, algún pedazo de comida que hemos ingerido y que nos ha causado una ligera irritación en las paredes del estómago. Entonces, el ácido encuentra un sitio donde obrar. Trabaja continuamente en este sitio delicado, pequeña zona irritada, y con el tiempo llega a penetrar dentro de la capa protectora. El resultado es una úlcera gástrica que nos causa considerable malestar y dolores agudos. Como habremos oído decir a menudo, las úlceras gástricas son la dolencia de las personas irritables y nerviosas. Pensemos un momento en esas irritaciones; estamos pensando de dónde sacaremos el dinero para pagar la factura del gas; o el hombre del contador de la electricidad está moviéndose ante nuestra puerta mientras nosotros estamos atareados en otras cosas. Estáis pensando en tanta gente necia que os envía circulares por correo. ¿Por qué no los mandáis a todos a paseo? ¿Por qué no los devolvéis al remitente y os quitáis este trabajo...? ¡Bueno! ¡Hay que tomárselo con calma! Pensad en vosotros mismos; haceos la pregunta: «,¿Qué importará todo esto de aquí dentro de cincuenta o cien años?» Siempre que os sintáis frustrados, cuando estéis que no podáis más con el peso de lo cotidiano, sumergidos en vuestros embrollos y dificultades, pensad: «¿Qué importancia tendrán, qué va a quedar de estas cosas dentro de cincuenta o cien años?». Esa Edad de la Civilización — así la llaman — es un tiempo de prueba, evidentemente. Todo conspira para levantar dentro de nosotros ondas cerebrales contrarias a la naturaleza; extraños voltajes engendrados dentro de las células de nuestro cerebro. En los casos normales, cuando pensamos, se da una sucesión rítmica regular de ondas eléctricas en nuestro cerebro, que los médicos pueden registrar con instrumentos adecuados. Si las ondas cerebrales siguen una cierta figura, entonces denotan que estamos bajo alguna dolencia mental. De forma que tenemos que, ante todo, es preciso que se inspeccione en qué difieren estas ondas de lo normal. Es sabido, según opinión de los orientales, que si una persona consigue dominar sus ondas cerebrales anormales, recobra la salud. En Extremo Oriente existen varios métodos, empleados por los sacerdotes médicos; métodos que aplicados a las personas afligidas de perturbaciones mentales pueden restaurar la normalidad de sus ondas cerebrales.

Las mujeres, particularmente en las edades críticas, pueden estar sujetas a la aparición de formas diferentes de ondas en su cerebro. Ello, naturalmente, es debido al cambio de vida, que origina que diversas secreciones desaparezcan o se dirijan por otros canales. Por lo general, toda mujer que se halla en este caso ha escuchado mil historias alarmantes que la asustan con la perspectiva de tiempos críticos. Lo cierto es que no existe ningún peligro en el cambio de vida, siempre que las personas estén debidamente preparadas. Los casos peores se producen en aquellas mujeres que han sido objeto de la operación llamada histerotomía. Esta operación adelanta la menopausia por medios quirúrgicos. Admitamos que ésta sea una razón secundaria, ya que dicha intervención generalmente se ha producido por causa de alguna dolencia; mas, el resultado es el mismo. Una mujer que ha sido objeto de una intervención quirúrgica — la histerotomía — y la súbita desaparición de su forma habitual de vida y la desviación subsiguiente de hormonas esenciales, etc., le causará una seria tempestad eléctrica en el cerebro que, por un tiempo indeterminado, puede provocar una continua inestabilidad en dicha mujer. Un tratamiento adecuado y una simpática comprensión pueden curar, con toda seguridad, a la desdichada paciente.

Mencionamos este caso meramente para indicar que el cuerpo es un generador eléctrico y es necesario conservarlo en continua marcha, ya que con un funcionamiento continuo tendremos orden mental y tranquilidad, y en cambio, si hay algún desperfecto y el mecanismo funciona irregularmente, la serenidad se pierde temporalmente. Es preciso, entonces, recobrarla.

Volvamos atrás, ahora, a los «cincuenta o cien años pasados». Si se hace el bien a uno de nuestros prójimos entonces favorecemos sus planes, así como, si le causamos daño, se los

contrariamos. Cuanto más bien hagamos a los demás, será mayor lo que nosotros obtendremos. Existe una ley de lo oculto que nos enseña que no podemos recibir nada del prójimo si nosotros no le hemos dado jamás nada. Si dais — sea en bienes, o sea en amor —, a vuestra vez seréis objeto de recompensas en amor y en bienes materiales; así es que, a vuestra vez, debéis ser generosos; dad en amor o en bienes, que seréis recompensados, no importa lo que deis y lo que os devuelvan; todo será pagado a su debido tiempo. A si sois objeto de una amabilidad, debéis devolverla.

Pero no trataremos a fondo la cuestión en la lección presente. Se tratará con más detalle cuando trataremos del Karma – mientras, procurad conservaros en la calma; tranquilos; mirad comprender todas esas pequeñas limitaciones, todas esas tonterías que estamos intentando rumiar o experimentar para realizar algo que de aquí unos pocos años no tendrán importancia alguna. Todo cuanto tenéis que hacer es respirar de al manera que vuestro cerebro aspire el máximo de oxígeno y piense que todas esas pequeñas y tontas irritaciones no contarán absolutamente nada de aquí a cien años. Entonces veréis lo escasamente importantes que llegáis a ser, y ¿Sospecháis adónde queremos ir a parar? Estarnos intentando haceros ver que la mayor parte de vuestros grandes quebraderos de cabeza, sencillamente, no existen.

Nos hemos sentidos amenazados algunas veces; tememos que algo desagradable y ocurra; trabajamos en el frenesí del temor y llegamos a un estado que no sabemos si nos tenemos sobre nuestros pies o nuestra cabeza... Pero, de pronto, nos damos cuenta de que nuestros temores eran injustificados. ¡Nada ocurre! Todo nuestro miedo era por nada. Hemos almacenado una mezcla de adrenalina dispuesta a galvanizarnos para la acción, y cuando nuestros temores se han acabado, la adrenalina en cuestión debe ser disipada, y esto nos hace sentirnos debilitados; debemos luchar contra la reacción Muchos de los personajes famosos del mundo han dicho que sus preocupaciones mayores nunca se cumplieron; pero seguían preocupándoles y haciéndoles perder tiempo.

Si uno se siente preocupado, huye de la tranquilidad. Si nos sentimos agitados, no nos es posible conservar la compostura interna; y en vez de ser capaces de recibir un mensaje telepático, estamos radiando a todo el mundo un dramático mensaje caótico de frustración que, no solamente nos incapacita para recibir mensajes telepáticos de otros, sino que estorba las recepciones a nuestro alrededor.

Tanto por nosotros como para nuestro prójimo, debemos ser ecuánimes, conservar la calma, tener presente que todas esas irritaciones menores no pasan de aquí y nada más. Nos las han mandado para probarnos, y ciertamente ¡ha do así!

Practicad el dominio de vosotros mismos, la contemplación e las dificultades que se os ofrezcan, mirándolas con su correcta perspectiva. Puede ser irritante ver que no podéis ir a1 cine esta noche, sobre todo si es la última de la película; Pero su importancia no llega a estremecer el globo de la Tierra. Lo importante, para vosotros, es aprender, progresar; a que cuanto más aprendáis, más os llevaréis a la otra vida el número de cosas aprendidas en ésta, cuanto mayor sea, más acortará el número de veces que deberéis volver a este desgraciado mundo que nos ha tocado en suerte.

Os aconsejamos que os acostéis y os dejéis relajar. Acostaos acomodaos de forma que ninguno de vuestros músculos ni parte alguna de vuestra persona se halle en tensión. Juntad levemente vuestras manos y respirad honda y regularmente. Respirando, seguid el ritmo de «paz-paz-paz». Si hacéis todo eso, hallaréis un verdaderamente divino sentido de paz y tranquilidad extendido por toda vuestra persona. De nuevo, parad todos los pensamientos intrusos de discordia, concentrando vuestros pensamientos sobre los de paz, quietud y

serenidad. Si pensáis en la paz, tendréis la paz en el corazón. ~ pensáis en la tranquilidad, os sentiréis tranquilos.

Diremos, como conclusión de esta lección que si todo el mundo quisiese dedicar diez minutos, entre las veinticuatro horas del día, a este ejercicio, los médicos se arruinarían, porque descendería enormemente el número de enfermos en todo el mundo.

LECCIÓN VIGÉSIMA PRIMERA

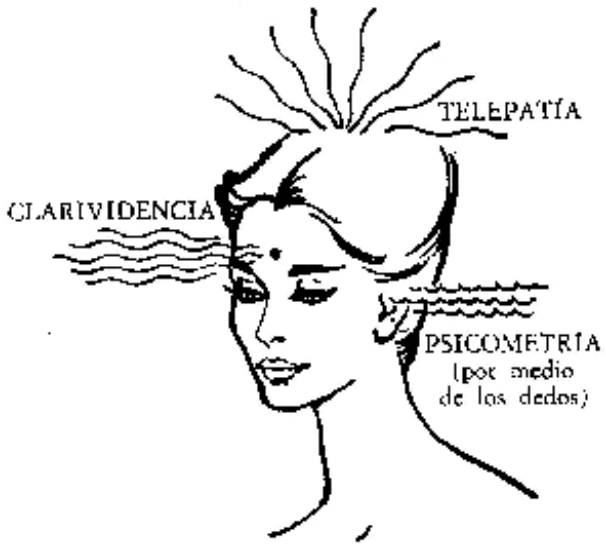
Esta lección versará sobre un tema que nos interesa a todos: la telepatía.

Os habrá intrigado el porqué de mi empeño en subrayar la similitud entre el cerebro humano, con sus rayos, y los rayos de la radio. En esta lección veréis con más claridad este tema. Aquí tenemos la figura 9. Como podéis ver, la denominamos «La cabeza tranquila». La llamamos «tranquila» porque debe hallarse en esta forma antes de que se entregue a la telepatía, a la clarividencia o a la psicometría, que serán el objeto de las últimas lecciones de que trataremos («ad nauseam») con las referidas materias. Debemos encontrarnos tranquilos en nuestro interior si tenemos que realizar progresos en tales extremos.

Considerad lo siguiente: ¿os sería posible dar un buen concierto de música sinfónica en la vecindad de la caldera de una fábrica? ¿Podríais disfrutar de una música clásica — o del género que sea y que os guste — si hay gente a vuestro alrededor brincando por todos lados y berreando con todos sus pulmones? No, ciertamente. Tendríais que cortar la radio y poneros a berrear como los demás, o si no, mandar a todo el mundo que se calle.

En la figura 9 de «La cabeza tranquila» veréis que, en el cerebro, existen diferentes áreas receptoras. La zona que corresponde aproximadamente con el halo, capta las ondas telepáticas. Más tarde trataremos de las demás ondas; pero, antes que todo nos ocuparemos de las telepáticas.

Cuando nos sentimos tranquilos, podemos detectar toda clase de impresiones. Se trata meramente de ondas de radio provenientes de otras personas y que son absorbidas por nuestro cerebro receptivo. Todos hemos de reconocer que a veces notamos interiormente lo que se podrían denominar «empellones». Muchas personas, una vez u otra han experimentado



LA CABEZA TRANQUILA

Fig. 9.

la sensación de que «alguna cosa» estaba a punto de suceder, o que ellos habían de emprender un tipo indeterminado y específico de acción. La gente que no está lo bastante enterada lo llamará un impulso, una corazonada, etc. En realidad, es una sensación meramente

inconsciente — o subconsciente — de telepatía; eso es, que la persona que nota ese impulso, ha captado un mensaje telepático, mandado a conciencia, o subconscientemente, por otra persona.

La intuición pertenece al mismo tipo de cosas; está comprobado que las mujeres poseen más intuición que los varones. Podrían ser más importantes telepatistas que el término medio de los hombres, a no ser su defecto de hablar demasiado. El cerebro de la mujer está comprobado que es más pequeño que el del varón; pero, a la verdad, este detalle no tiene la menor importancia. Un montón de inepcias se han escrito a propósito de la relación entre las dimensiones de los cerebros y el grado de inteligencia. Partiendo de los mismos principios, tendríamos que conceder que un elefante tendría que ser un genio, en comparación con el ser humano. El cerebro de la mujer está capacitado para «vibrar» en armonía con los mensajes que le llegan y — para emplear nuevamente la terminología de la radio —, el cerebro de la mujer es una estación receptora que puede sintonizarse más fácilmente que un cerebro masculino. Esta aclaración simplifica las explicaciones. ¿Recordáis la instalación viejísima que tuvieron vuestro abuelo o vuestro padre? Había en ella toda una serie de artefactos, y, con todo, resultaba complicadísimo sincronizar con la estación local. Actualmente se puede emplear una radio de bolsillo y en un santiamén, empleando un solo dedo, nos ponemos en comunicación con todas las partes del mundo. El cerebro femenino es igual; es más fácil de sintonizar que el masculino.

Asimismo pueden recordar perfectamente a los hermanos gemelos. Es un hecho probado que dos gemelos idénticos están siempre en contacto recíproco. Es indiferente la distancia en que se hallen el uno del otro, físicamente. Un gemelo vive en Norteamérica y otro en el Sur. Si se conocen los acontecimientos que les suceden al uno y al otro, simultáneamente, podemos llegar a la conclusión de que cada uno de los dos conoce lo que el otro está haciendo. Esto se produce porque los dos proceden de una misma célula, de un mismo huevo, y por eso sus cerebros son igual que un par de receptores o transmisores de radio acoplados cuidadosamente. Se encuentran «sintonizados» sin esfuerzo alguno por parte de sus dueños.

Nos falta saber, ahora, cómo se puede practicar la telepatía; porque tendremos que practicarla con fe, no con cualquier fe y con la práctica que sea; necesitaremos nuestra vieja conocida, la compostura interior. La mejor forma de hacer prácticas es la siguiente:

Digámonos a nosotros mismos, durante uno o dos días, que en determinada fecha conseguiremos hacer receptivo nuestro cerebro en tal o cual hora de aquel día, de forma que podremos captar, primero, impresiones generales, y después, mensajes telepáticos. Repitámonos a nosotros mismos, afirmemos repetidas veces que vamos a obtener un éxito en estos ejercicios.

En el día predeterminado, con preferencia al atardecer, retirémonos a una habitación apartada. Miremos bien que las luces estén bajas y que la temperatura sea cómoda para nosotros. Entonces reclinémonos en la posición que nos resulte más cómoda. Téngase en la mano una fotografía de la persona a la que estemos más unidos espiritualmente. Cualquier haz que ilumine la foto debe estar a nuestra espalda. Respiremos profundamente durante unos pocos minutos y luego expulsemos de nuestro cerebro todo pensamiento extraño; pensemos en la persona cuya fotografía tenemos en las manos, miremos la fotografía, visualicemos la persona, de pie enfrente de nosotros. ¿Qué nos diría, dicha persona? ¿Qué le responderíamos? Formemos nuestros pensamientos. Se puede decir, si es preciso: «Háblame, dime». Entonces aguárdese la respuesta. Si estamos bien sosegados, si tenemos fe, notaremos algo que se mueve en nuestro cerebro. Primero, tendremos tendencia a pensar que es imaginación; pero no lo es, que es realidad. Si rechazamos esto, considerándolo mera imaginación, renunciamos

a la telepatía.

La manera más simple de adquirir la facultad de la telepatía consiste en trabajar de acuerdo con una persona que conozacamos muy bien y con la cual estemos en los mejores términos. Entre los dos, discutiremos lo que vamos a practicar. Decidiremos que tal o cual día, a tal o cual hora nos pondremos en contacto telepático. Ambos, simultáneamente, nos retiraremos a nuestras habitaciones (no importa a la distancia en que vivamos el uno del otro; puede ser de un continente al otro; las distancias no cuentan). Nos tenemos que enterar, en cambio, de las diferencias de horario; por ejemplo, Buenos Aires puede llevar dos horas de avance con respecto a Nueva York. Hay que calcular; de otro modo, el experimento podría fallarnos. Igualmente, hay que ponerse de acuerdo el que tiene que transmitir con el que tiene que recibir lo transmitido por su compañero. Estos resultados pueden alcanzarse fácilmente, sincronizando primero los relojes de ambos, y luego refiriéndose al meridiano de Greenwich, por ejemplo, lo que eliminará todo peligro de confusión. Se puede obtener Greenwich con la mayor facilidad desde todas partes, o casi. Luego, al cabo de diez minutos, vuestro colega os puede transmitir. Las dos o tres veces primeras se puede fallar muy fácilmente; pero, repitiéndolo, se perfecciona la transmisión telepática. Recordemos que un niño no anda al primer intento de su parte; le son necesarios muchos intentos de arrastrarse y de caminar luego. También es muy posible que no logréis la transmisión del pensamiento de buenas a primeras; pero mediante la práctica todo marchará a la perfección.
Cuando os sea posible mandar un mensaje telepático a un amigo, o recibirlo, estaréis en el buen camino para captar el pensamiento de los demás; pero esto, sólo podéis llevarlo a cabo si no tenéis ninguna mala intención contra ellos.

Vamos, ahora, a desarrollar una de nuestras famosas digresiones.

No se puede en ningún caso, y bajo ningún pretexto, emplear la telepatía, la clarividencia o la psicometría para perjudicar a otra persona, ni otra persona puede dañarnos por esos métodos. Se ha establecido sólida y repetidamente que si una mala persona fuese telépata o clarividente, se encontrarla en condiciones de delatar a personas que hubieran cometido alguna pequeña falta; pero esto, repitámoslo con todas nuestras fuerzas, es imposible. Nadie puede tener luz y tiniebla simultáneamente, ni nadie puede servirse de la telepatía para practicar el mal. Es una ley inexorable de la metafísica. Así es, que no hay que alarmarse; nadie puede leer nuestros pensamientos para perjudicarnos. Sin duda, muchos quisieran hacerlo; mas, no pueden. Citamos esto, porque existe en muchas personas el temor de que pueda otro individuo, con sus malas artes, conocer nuestros temores secretos y nuestras fobias. Es verdad que las mentalidades más puras de la humanidad pueden enterarse de vuestros pensamientos; ver en vuestra aura, cuáles son los puntos débiles. Pero las personas puras no pueden querer ni por un solo momento enterarse de todas estas cosas. En cuanto a las impuras, no les es factible.

Aconsejamos al lector que se practique la telepatía con algún amigo, y si no tiene amigos con los cuales poder cooperar, no hay más que distenderse, como hemos explicado, y dejar que los pensamientos ajenos vengan hacia nosotros. Primeramente escucharemos un tumulto de pensamientos encontrados. Igual que si escuchamos una turba de gente. Es un murmullo de conversaciones, un horrible tumulto; todos parecen hablar a la vez, desgañitándose. Pero, a fuerza de intentarlo, podemos aislar una voz sola. Se puede hacer lo mismo en telepatía. Hay que adquirir práctica, ayudada por la fe; entonces, suponiendo que conservemos la calma y no abriguemos malas intenciones contra de otras personas, estaremos en situación de practicar la telepatía. Podemos decir que recibiendo mensajes telepáticos escuchamos la radio, y captando mensajes clarividentes vemos imágenes de la televisión, y a menudo en el más brillante de los tecnicolores.

Si queremos alcanzar la clarividencia, nos es necesario un cristal o algún objeto reluciente. Si poseemos una sortija de diamantes con una sola piedra, nos será tan útil como un cristal, y, claro, menos fatigoso de manejar. En este caso, igualmente, tenemos que recostarnos cómodamente y asegurarnos de que la luz esté baja. Supongamos ahora que empleamos un cristal.

Estáis completamente a vuestras anchas y en vuestra habitación al atardecer. Vuestras cortinas o postigos han sido cerrados para evitar los rayos de luz directa. La habitación se halla a oscuras, hasta el punto de que apenas divisáis la silueta del cristal. No os es posible observar en el cristal ningún puntito de luz. Todo es tenebroso, casi «ausente»; tenéis la impresión de que podréis captar algo; ver alguna cosa. Mirad seguidamente el cristal sin querer ver nada, como si estuvieseis mirando en la lejanía. El cristal estará a cosa de un palmo de vuestro rostro; pero vosotros tenéis que mirar muy a lo lejos. Entonces, observaréis cómo el cristal empieza a nublarse; veréis las formas de unas nubes blancas y el cristal, en vez de recobrar el aspecto de un vidrio transparente, os parecerá como teñido de leche. Estamos en el momento crítico; no hay que agitarse ni alarmarse, como muchos hacen, porque en el nuevo plano...

El blancor se encoge, como las cortinas de un escenario. Ha desaparecido el cristal; en su lugar contempláis el mundo. Contempláis hacia abajo, como un dios del Olimpo puede contemplar nuestro mundo; veis, quizás, unas nubes con un continente debajo de ellas; tenéis la sensación de caeros; podéis, involuntariamente, moveros hacia adelante ligeramente. Procurad dominar este impulso porque si os abalanzáis «se pierde la imagen», y os será preciso recomenzar otra noche.

Pero, supongamos que no os movéis. Entonces experimentaréis la sensación de que os precipitáis hacia abajo y el mundo cada vez se hace más amplio; veréis que los continentes pasan rápidamente bajo vuestro descenso, hasta que os detendréis en alguna zona determinada. Podréis ver una escena histórica; os podrá parecer que aterrizáis en medio de una lucha armada y que topáis con un tanque que os viene encima. No hay que alarmarse, porque el tanque no puede chocar con vosotros. Pasará a través y no notaréis nada. Es como si vieseis con los ojos de otra persona. No podréis ver a dicha persona pero podéis ver aquello que ella ve. De nuevo os insistimos que no os agitéis; todo lo veréis claramente, sin esfuerzo y, aunque no podáis oír nada, sabréis todo lo que se dice allí. Eso es posible porque veis en virtud de la clarividencia. Se trata de una cosa muy sencilla suponiendo — insistimos —que se tenga la fe suficiente.

Algunas personas no ven, en realidad, ningún cuadro; se limitan a captar todas las impresiones sin ver nada. Este fenómeno se presenta a menudo entre aquellas personas que están introducidas en negocios. Existen individuos muy clarividentes, en realidad; pero si éstos están metidos en negocios y en el comercio, muchas veces se produce en su espíritu una actitud escéptica que dificulta que puedan ver concretamente las imágenes. Ello es debido a que piensan dentro de los subconscientes respectivos que tales cosas no pueden ocurrir de veras. Pero, así como la clarividencia no puede ser negada a nadie, la persona experimenta impresiones «en algún sitio de su cabeza». Impresiones que, de todas maneras, son tan ciertas como las imágenes.

Haciendo práctica se puede ser clarividente. A través de la ejercitación podremos visitar cada período de la historia del mundo y ver la que fue, con toda verdad. Nos divertiremos y nos maravillaremos a la vez, cuando nos demos cuenta de que la historia verdadera jamás fue escrita; porque los historiadores estaban influenciados por los políticos de aquellos tiempos. Podemos ver lo que pasa en la Alemania de Hitler y en la Rusia de los soviets.

Tratemos ahora de la psicometría.

A la psicometría se la puede llamar «visión por medio de los dedos». Todos la hemos experimentado. Por ejemplo, si tomamos un puñado de monedas y pedimos a otra persona que quiera tener en la mano una de las monedas por unos minutos, y luego se la volvemos a pedir y la juntamos con el resto de monedas, conoceremos, por el calor humano, esta moneda entre las restantes. Naturalmente, éste es un experimento que no pasa de lo elemental.

Mediante la psicometría estamos capacitados para seleccionar un objeto y conocer su origen, todo cuanto le haya sucedido y de quién ha sido propiedad, así como del estado mental de sus propietarios. Muchas veces, por medio de la psicometría, podemos percibir si un objeto determinado ha sido rodeado de un ambiente venturoso o lleno de desdichas.

Podemos practicar la psicometría poniéndonos de acuerdo con una persona amiga que nos sea simpática. He aquí la manera de proceder en este caso.

Suponiendo que dicho amigo es simpático al experimentador, y desea colaborar a sus progresos, le suplicaremos que quiera lavarse las manos y entonces escoger una pequeña piedra o guijarro. El guijarro, a su vez, será lavado con jabón y agua; después será secado. Entonces vuestro amigo, una vez haya secado sus manos y la piedra con todo cuidado, sostendrá el guijarro, con su mano izquierda fuertemente, por el espacio de un minuto, pensando intensamente una cosa — ésta puede ser de color negro, o blanco, alegre o malhumorada —. No importa qué se piense; sólo se necesita pensarlo intensamente por cosa de un minuto. Después de esto deberá envolver la piedra en un pañuelo limpio, o en tsn pañuelo de papel y devolvérnosla. No se debe desenvolver hasta que no estéis en vuestro «cuarto de contemplación». Continuemos nuestras digresiones. Hemos precisado que se debe tener el guijarro «en la mano izquierda», y nos falta dar la explicación. Dentro de la sabiduría popular esotérica, la mano derecha se supone destinada a servir como la mano práctica; aquella que se destina a las cosas de este

mundo. La mano izquierda es la espiritual; la que se destina a las cosas metafísicas. Suponiendo que os sirváis normalmente de la mano derecha, obtendréis los más grandes resultados sirviéndoos de la izquierda «esotérica» para la psicometría. Si sois zurdo, en este caso debéis serviros de la derecha en las operaciones metafísicas. Se ha observado que, por medio de la mano izquierda, se pueden alcanzar resultados que no se consiguen con la derecha.

Cuando os encontréis en vuestra cámara de contemplación, debéis previamente lavaros las manos cuidadosamente y luego enjuagarlas antes de que se sequen, porque si no, se os podrían acumular impresiones, y debéis conservar una sola para el experimento. Acostaos, procurad acomodaros bien y, en este caso, no importa que haya mucha luz o que estéis en la tiniebla. Después desenvolved la piedra — o el objeto de que se trate — y cogedlo con vuestra mano izquierda; asegurándoos de que esté en el centro de la palma de aquella mano. No penséis sobre el objeto, no os esforcéis de ningún modo; intentad solamente que vuestro cerebro esté en blanco, sin pensar nada. Inmediatamente percibiréis un muy leve cosquilleo en la mano izquierda, y seguidamente notaréis una impresión, probablemente de que vuestro amigo está intentando comunicarse con vosotros. Igualmente podréis captar la impresión de que os encontráis dentro de un quebradero de cabeza. A fuerza de practicarlo encontraréis que, mientras permanezcáis tranquilos, podéis sacar muchas impresiones interesantes.

Cuando vuestro amigo esté cansado de colaborar con vosotros, experimentad por vuestra cuenta; escoged un guijarro que no ha sido tocado por nadie — por lo que os conste —. Esto es fácil si os halláis en la orilla del mar, o si podéis cavar en la tierra. Con la práctica, obtendréis notables resultados. Podréis, por ejemplo, elegir un guijarro y conocer aquel tiempo en que éste formaba parte de una montaña; cómo fue arrastrado por un río y fue a parar al mar. La información que podemos obtener a través de la psicometría es ciertamente fabulosa; mas, digámoslo de nuevo, necesita mucha paciencia y debemos conservar nuestra mente bien tranquila.

Podemos coger con nuestras manos el sobre de una carta y darnos cuenta del sentido general de su contenido. Nos es también posible elegir una carta escrita en lengua extranjera — para nosotros — y resiguiéndola ligeramente con nuestros dedos comprender el sentido de ésta, sin que entendamos la significación concreta de las palabras individuales. Con la práctica, eso es infalible; pero no debe practicarse, sino en la medida que sirva para probar que podemos hacer semejantes cosas en beneficio de nuestro prójimo.

Puede extrañar el porqué hay tantas personas que no quieran probar que sean telepáticas, clarividentes, etc. La respuesta está en que cuando se poseen facultades telepáticas es preciso

practicarlas en condiciones favorables; no se pueden llevar a cabo cuando alguien esté empeñado en demostrar que estáis equivocado, porque captáis las ondas que se emiten a vuestro alrededor por otras personas, y si alguien próximo a vosotros intenta demostrar que estáis equivocado y sois un mentiroso, os encontraréis que sus radiaciones de incredulidad y desconfianza son tan fuertes, que pueden anular o siquiera debilitar las impresiones recibidas, Recomendamos a todos a quienes se les pida que demuestren sus facultades, respondan que no les interesa; vosotros conocéis la verdad, y lo que sabéis no os precisa probarlo a todo el mundo.

También queremos decir algo acerca de los clarividentes que residen en callejuelas y viven de su profesión. Es un hecho el que muchas mujeres tienen gran predisposición para la clarividencia de vez en cuando, es decir intermitentemente, sin poderse provocar a voluntad. Es frecuente el caso de alguna mujer que posee, a ráfagas, la mayor clarividencia y extraña a todos sus amigos con sus profecías. Éstos pueden convencerla de que se dedique profesionalmente a la adivinación. La pobre mujer, engañándose a sí misma, puede dedicarse a dichas artes adivinatorias y cobrar sumas importantes de dinero por sus servicios. No puede revelar a un cliente que, en el día de la consulta, sus habilidades le fallan y, por lo tanto, muchas veces se ve obligada a mentirle. Usualmente, no carece de facultades psicológicas, y, a medida que le van fallando las facultades adivinatorias y substituyéndolas con su inventiva, llega a perderlas por completo.

Nadie debe aceptar dinero por «leer en el cristal», o «echar los naipes». Si lo hacéis así, perderéis vuestras facultades de clarividencia. Jamás debéis envaneceros de poder hacer eso o esto otro, ya que si lo hacéis así podréis veros dominados por las ondas del cerebro de quienes no creen en vuestras facultades.

Casi siempre es preferible que no hagáis ostentación de vuestras facultades. Cuanto más normales y naturales os presentéis, más conseguiréis. No debéis nunca querer presentar pruebas; silo intentáis, seréis inmediatamente sumergidos por las ondas dubitativas de los demás, ondas que podrán causaros graves daños.

Os exhortamos a practicar continuamente vuestras facultades, y la interior compostura de ánimo, sin la cual no podréis practicar *absolutamente nada* de todas esas cosas que hemos explicado. ¡Con ella, lo podréis *todo!*

LECCIÓN VIGÉSIMA SEGUNDA

Antes de adentramos en nuestra lección propiamente dicha, quisiéramos llamar vuestra atención sobre algo que ha interesado vivamente *nuestro* interés.

Nos ha sido particularmente interesante debido que, a través de nuestro curso, hemos hablado copiosamente de las corrientes eléctricas de nuestro cuerpo, y hemos explicado cómo éstas viajan por nuestros nervios para activar nuestros músculos. Ahora leemos en la revista «Electronics Ilustrated», y en el número de enero de 1963, página 62, un fascinante artículo bajo el título de «La sorprendente mano eléctrica rusa». Su autor, el profesor Aron E. Kobrinsky es doctor en Ingeniería de la Academia de Ciencias de la URSS, y parece que, con sus auxiliares ha experimentado mucho en el ramo de la Prótesis (miembros artificiales). Hasta los presentes días, los esfuerzos originados para que una mano artificial pueda moverse, representan un grave esfuerzo de quien debe usarla; ahora, sin embargo, en Rusia se ha inventado una mano artificial, movida eléctricamente.

En el momento de la amputación, dos electrodos especiales son instalados al extremo de ciertos nervios, aquellos que normalmente debieran mover los músculos del brazo, y cuando el muñón se ha cicatrizado por completo, de modo que un brazo artificial se le puede insertar, las corrientes emanadas del cerebro y que normalmente mueven los dedos de la mano y el pulgar, se conectan con el brazo artificial, donde las pequeñísimas corrientes del cuerpo humano se amplían de manera que los dedos y el pulgar de la mano artificial pueden actuar como si fuesen miembros naturales. Se ha comprobado que con esos brazos artificiales se puede escribir una carta. Una ilustración de la revista mencionada nos muestra una persona, con un brazo artificial, aguantando una pluma con los dedos y el pulgar y escribiendo corrientemente.

Puede ser que mis lectores estén, algo cansados por tantos discursos sobre corrientes eléctricas, ondas cerebrales, etc. Por eso mencionamos este invento, de una manera incidental, pero que resulta muy iluminadora. Podemos, en efecto, visualizar un hecho futuro cuando todas las aplicaciones artificiales puedan ser controladas por «corrientes bioquímicas».

Habiendo cerrado este paréntesis, tenemos que disertar sobre las emociones, porque dependemos de ellas. Si pensamos demasiado en tristezas, iniciamos un proceso que tendrá por resultado que ciertas células de nuestro cuerpo se verán corroídas. Un exceso de tristezas, de miseria, puede ocasionar perturbaciones del hígado o de la vesícula biliar. Consideremos el caso siguiente: un hombre y una mujer, casados de mucho tiempo y muy unidos entre sí. El hombre, súbitamente, fallece, y la mujer, que ahora es una viuda, está desolada por la pérdida. Se siente postrada por el dolor; se vuelve pálida y puede desmejorarse mucho. A menudo puede sobrevenirle alguna seria enfermedad. Aun peor, un quebranto mental. La causa está en que bajo el violento estímulo de tan grande pérdida, el cerebro genera una alta corriente eléctrica que inunda todo el organismo, penetrando todos los órganos y glándulas, y creando una considerable presión de rechazo. Esto inhibe las actividades normales del cuerpo. El que sufre queda como anonadado, apenas capaz de pensar y de moverse. Con mucha frecuencia, el exceso de estímulos de las glándulas lacrimales puede originar torrentes de lágrimas, ya que estas glándulas actúan en nuestro organismo cual válvulas de seguridad.
Las cosas pasan como en los casos en que se aplica a una lámpara eléctrica un voltaje superior al suyo. Una actividad excesiva, un brillo extraordinario de momento, y la bombilla se apaga.

El cuerpo humano puede también «estallar»; pero en tal caso, estallará en desvanecimiento, o en coma, o puede que también en demencia.

Sin duda, todos nosotros hemos visto algún animal muy asustado. Puede ser que se vea perseguido por algún animal feroz más fuerte. El fugitivo es incapaz de comer bajo el susto; y si nos es posible obligarle a comer, no puede digerir la comida. Todas las secreciones gástricas cesan cuando el animal se halla asustado. Las secreciones se cortan. Por eso, toda ingestión de comida es absoluta y completamente contraria a la naturaleza de aquel animal.

Las personas, cuando están muy excitadas, o deprimidas, tampoco pueden decidirse a comer, ni forzadas a ello, debido a que pese a que la persuasión sea hecha con buena voluntad, no interesa al que sufre aquellas pasiones. La tristeza, o cualquier emoción profunda, provoca un cambio completo en los procesos químicos del cuerpo. La incertitud o la pena cambian el color de la tez humana, hace a las personas intratables, «imposibles de aguantar». Cuando hablamos del color de una persona, nos referimos concretamente a esto; porque nuestras secreciones químicas alteran verdaderamente nuestros colores. Todos sabemos que los enamorados ven el mundo a través de unos lentes de color de rosa, mientras que los deprimidos y apesadumbrados ven el mundo como teñido de gris.

Si queremos hacer progresos, nos es preciso cultivar la ecuanimidad de nuestro carácter; nos importa alcanzar un equilibrio de nuestras emociones para que no sean éstas ni desorbitadamente exaltadas ni indebidamente deprimidas. Debernos asegurarnos que las ondas cerebrales de que hemos tratado no presenten picos abruptos ni valles profundos. El cuerpo humano está calculado para funcionar de unas maneras determinadas. Todas las excitaciones a las que está sujeto dentro de lo que llamamos civilización nos hacen un daño absoluto. Buena prueba son la cantidad de úlceras del estómago y ataques del corazón, o los cambios bruscos de estados de ánimo que sufren los actuales hombres de negocios. Todo esto es el resultado de las altas fluctuaciones de nuestra electricidad, que nos proporcionan choques de rechazo, de los que ya hemos hablado anteriormente. Estos choques inundan varios de nuestros órganos y alteran su normal funcionamiento de una manera definitiva. Por ejemplo: una persona afligida por las

úlceras del aparato digestivo no puede alimentarse; y esto, a su vez, origina que los jugos gástricos e intestinales cada vez sean más corrosivos, hasta que provoquen un agujero en el estómago o en los intestinos. Literalmente hablando. De ello se sigue, pues, que todos aquellos que sienten necesidad de progresar y practicar telepatía, clarividencia, psicometría y el resto de actividades parejas, deben estar, ante todo, seguros de la igualdad de su temperamento. Hay que cultivarla, ¡por encima de todas las contingencias!

Es muy frecuente que una persona se vaya volviendo cada vez peor humorada, deprimida, vacilante. No es fácil convivir con ella. Cosas que otros se las tomarían con toda tranquilidad o ni se darían cuenta de ellas y, a lo sumo, se las tomarían a risa, irritan a esas personas nerviosas y malhumoradas hasta extremos insospechados, e incluso las llevan a caer en ataques de histeria o simulaciones de suicidio. Son cosas que vemos todos los días.

¿Sabe el lector en qué consiste la histeria? Se trata de una cosa activamente relacionada con el desarrollo sexual de una persona. La histeria se conecta con uno de los más importantes órganos y funciones de la mujer, y muy a menudo una persona que ha sido objeto de una histerotomía se siente gravemente afectada por el cambio general de las funciones de su cuerpo.

Algunos años atrás, era una creencia general el que sólo las mujeres podían padecer de histerismo; pero ahora, las cosas se conocen más, debido a que todo varón tiene su más o menos de varón, y viceversa. El histerismo, pues, es una dolencia tanto masculina como femenina; el histerismo nos inhibe en gran manera de muchas cosas que tienen relación con el ocultismo. Si el sujeto da paso franco a humores y sufre amplias fluctuaciones en el funcionamiento eléctrico del cerebro, dicha persona logra paralizar sus facultades de viajar por el astral, de telepatía, de clarividencia y de los demás fenómenos metafísicos. Nos es indispensable la igualdad temperamental; precisa ser equilibrado antes de abordar las ciencias ocultas. Es curioso que mucha gente considere a 105 dotados para la clarividencia o la telepatía como personas neuróticas o imaginativas, o algo por el estilo. Miran al telepático y al vidente como algo de esta naturaleza desequilibrada.

Nada más lejos de la verdad. Solamente el clarividente fingido o el telépata neurótico o desequilibrado — puesto que hay ficción y fraude por todas partes — pueden hallarse en casos semejantes. Pero nosotros afirmamos que sólo pueden ser telépatas o clarividentes aquellos cuya mente funciona con toda normalidad y las ondas cerebrales presentan un buen aspecto, sin alteraciones. Las ondas del cerebro tienen que ser «lisas», es decir, no tienen que presentar altos picos y hondas depresiones que impedirían toda capacidad de recepción. Los que practicamos la telepatía tenemos que recibir mensajes, lo que supone que debemos conservar nuestras mentes abiertas, Si se hallan continuamente alteradas, no seremos receptivos ni para la telepatía, ni para la clarividencia. Digámoslo bien alto: ningún

clarividente *genuino* puede ser un neurasténico. Psicópata y telepático son dos conceptos que se excluyen mutuamente.

Mantened vuestra mente libre de trastornos. Cuando os sintáis irritados, o cuando os sintáis deprimidos por el peso de este mundo, practicad una inspiración y respiración profundas; y otra y otra. Pensad: «Acaso todas estas cosas me perturbarán dentro de cien años?» ¿O preocuparán, dentro del mismo plazo, a otras personas? Si no me importarán dentro de cien años, ¿por qué me han de afligir ahora?

El asunto de conservar la propia calma, es muy importante para nuestra salud, tanto física como mental; por esto aconsejamos que todas las veces que nos entre un mal humor nos detengamos y nos preguntemos a nosotros mismos por qué estamos enfadados; cuál es la razón para que perturbemos las vidas de todos aquellos que nos rodean. Recordemos luego, que toda la escala de emociones negativas a quien daña es, simplemente, a nosotros mismos; a nadie más. Los demás pueden estar más o menos hartos de nuestras cóleras; pero uno se perjudica a sí mismo, tan cierto como si tomase arsénico, o matarratas, o cianuro de potasio. Muchos deben sufrir mayores contrariedades que nosotros; pero no sucumben a los efectos del mal humor. Si «uno» manifiesta los efectos de su mal humor, esto quiere decir que no ve las cosas de un modo claro y que, tal vez — sí bien no, seguramente —, no goza del nivel mental y espiritual de otras personas.

Estamos en este mundo para aprender, y ningún ser humano normal es lo suficientemente dotado para captar todas las cosas de una sola vez. Podemos tener el sentimiento de que somos perseguidos y víctimas; que somos víctimas de una mala suerte. Mas, si lo pensamos bien, veremos que no somos desgraciados más allá de toda medida. Pensemos, simplemente, que existimos.

Volvamos la vista a nuestra infancia. Un muchacho puede verse obligado a realizar un determinado trabajo escolar en casa. Puede ser que encuentre excesiva dicha labor, sobre todo si tiene que ir a jugar o a pescar, o correr detrás de una compañía del otro sexo. Estos pensamientos le ocupan tanto su mente, que sólo una décima parte de ella se aplica al trabajo que está haciendo y, de esta forma, éste le parece más duro. Por la misma razón de que no realiza ningún esfuerzo real para terminar su trabajo, se encuentra con que éste le resulta más laborioso de lo que sería para todo ser pensante. Se cansa de su tarea; no dedica ni la vigésima parte de su atención consciente a su labor, y cada vez se nota más frustrado. Puede ser que se queje a los suyos de que tiene demasiado trabajo en casa, y que todas esas tareas le ponen enfermo. Los padres se quejan al maestro de que el chico tiene demasiado trabajo en casa, y que sus esfuerzos le perjudican la salud. Nadie se preocupa de inculcar cierto sentido común al chaval quien, en realidad, es quien debe ser instruido.

Lo que pasa al chico en cuestión os puede pasar a vosotros. ¿Necesitáis hacer progresos? Entonces necesitáis obedecer algunas reglas, conservar vuestra serenidad, marchar por el camino de en medio. Si trabajáis con una dureza excesiva, os preocupará tanto el trabajo que os aguarda que no os quedará tiempo para fijaros en los resultados que pensáis obtener. De este modo, el camino de en medio es la guía más simple para mostraros cómo no debéis trabajar con tal exceso que «los árboles no os dejen ver la selva». No tenéis que holgazanear hasta el punto de no hacer nada; caminad entre ambos extremos y veréis como vuestros progresos son notables. Demasiada gente se esclaviza hasta el punto de que en la esperanza de que, poniendo en las cosas todas sus energías, éstas se inviertan totalmente en «intentar», sin que les quede nada en el de «conseguir». Si trabajáis con exceso de dureza, haréis como un coche corriendo a una marcha lenta, con toda confusión y lentos progresos.

El poder mental

Es, por desgracia, posible a todo el mundo obtener todo cuanto necesita. Existen varias leyes naturales, o, si os gusta más, de lo oculto, que hacen posible para cualquiera el tener éxito en asuntos monetarios, si quiere seguir unas reglas sencillas, Hemos intentado patentizar a través de este curso que el ocultismo, que en realidad significa «conocimiento de lo que es desconocido», sigue en absoluto leyes y reglas sensibles, y no existe nada místico en todas esas cosas. Con este propósito, vamos a explicar al lector cómo se puede obtener lo que se necesita.

Tenemos que precisar, sin embargo, que al decir «obtener aquello que necesitamos», encarecemos sobremanera que se debe luchar con vistas a los valores espirituales y trabajar con vistas a una existencia futura. Un millón, o dos, podrán sernos muy útiles, convenimos en ello; pero serían una decepción si los conseguíamos a expensas de la vida venidera. Nuestro paso por la Tierra es temporal, y volveremos a insistir que todos nuestros esfuerzos en este suelo deben dedicarse a instruirnos y a mejorarnos a nosotros mismos, de forma que seamos más dignos en un mundo venidero. Luchemos por la espiritualidad, esforcémonos en ser amables con el prójimo, y portémonos con una auténtica humildad, que no debemos confundir con la falsa modestia, si no con aquella virtud que nos asiste en nuestra ascención a formas de vida superiores.

Todo se halla en estado de movimiento; toda vida es movimiento. Incluso lo es la muerte, porque la células se rompen y convierten en otras organizaciones. Recordemos continuamente que no se puede estar estancado, hay que marchar hacia adelante, o hacia atrás. Nuestros esfuerzos deben ser hacia adelante; esto es, adelante en espiritualidad, amabilidad y comprensión del prójimo; no para atrás, donde nos hallaríamos mezclados con los prestamistas, con aquellos que se adhieren a las riquezas temporales, en vez de luchar por los bienes del espíritu. Pero mostremos ahora el camino para alcanzar lo que se desea.
Nuestra mente puede proporcionarnos cuanto le pidamos, siempre que la secundemos debidamente. Existen en nosotros poderes inmensos dentro de nuestro subconsciente. Por desgracia, muchas personas no están instruidas en el arte de ponerse en relación con dichas fuerzas. Funcionamos con un diez por ciento de conciencia y, a lo sumo, la misma proporción de nuestras energías. Si alineásemos el subconsciente de nuestra parte, nos sería posible obrar milagros, cual los profetas de los tiempos antiguos.

Nos es inútil la oración sin propósitos específicos. No nos sirve para nada el rezar con la mente vacía, porque, si lo hacemos, sus ecos se pierden en el vacío. Usemos el cerebro, la mente y las grandes posibilidades del subconsciente. Existen ciertos escalones inviolables que tienen que ser seguidos en todos los casos. Ante todo, decidir de una forma absolutamente definida lo que necesitamos. Ser absolutamente concretos. Sabemos cuánto nos hace falta; debemos decirlo y hasta visualizarlo. ¿Qué nos hace falta, exactamente? No hay que decir mucho dinero, un nuevo coche, una mujer o marido: debemos fijar exactamente aquello que nos hace falta. Tenemos que visualizarlo — pintarlo dentro de la mente — y conservar la imagen, bien fija, ante nuestra conciencia. Si nos hace falta dinero, determinemos bien la cantidad. Una suma bien concreta. «Cosa de medio millón», no es lo bastante preciso; tiene que ser algo definitivo. No se exagere en asuntos monetarios y cosas mundanas. Necesitamos, en verdad, ser iguales que «determinados» santos varones y personajes. Díganse cuáles, háganse esfuerzos para ganar virtudes que nos serán útiles cuando abandonemos este mundo.

Cuando habremos decidido todo lo que necesitamos, subiremos a un piso superior. Ya hemos

dicho que tenemos que «dar» para que podamos «recibir». ¿Qué pensamos dar al prójimo? Si se trata de una suma de dinero (especificada), ¿qué porcentaje estamos dispuestos a pagar? ¿Para aquellas personas que no están tan bien situadas como nosotros?

Es inútil decir: «Bueno; cuando obtenga este dinero, daré la décima parte a los necesitados». Hay que empezar socorriendo al prójimo. Si lo hacemos así, vivimos en el espíritu de aquellos que practican el «Dad, si queréis recibir algo». Insistimos en que hay que ser absolutamente concreto.

El tercer punto consiste en precisar «cuándo» se necesitan dichas sumas, O este coche o este marido — o mujer —. No es suficiente que se diga que sea en el futuro indeterminadamente; y, naturalmente, sería absurdo que dijéramos «al acto», ya que hay leyes físicas que no pueden romperse. El tiempo físico debe ser factible. Podemos pedir una suma para tal día de tal año. No para dentro de cinco minutos; porque esto sería contra las leyes naturales, y anularía nuestros poderes.

¿Qué necesita nuestra ambición? Supongamos, sólo por vía de ejemplo, que se trata de un coche nuevo. En tal caso, tenemos que preguntarnos si sabemos conducir. Sería absurdo desearlo sin saber guiar un coche. De modo que, si estamos determinados a pedirlo y no sabemos conducir, nos es preciso ante todo, que tomemos lecciones. Tenemos entonces que decidir de qué coche se trata y todos los restantes detalles. Si pedimos una esposa — o un marido, según los casos —, asegurémonos ante todo de que la pareja sea adecuada; porque el matrimonio no es en ningún caso una cosa de toma y daca. Cuando tomamos pareja, tenemos que proporcionar una al prójimo. Cuando estamos casados, cesamos de ser una sola persona; tomamos sobre de nuestra persona los problemas, los gustos y disgustos de dos personas. Ante todo hemos de estar seguros de que seremos unos buenos casados, para todo lo cual hemos de ser capaces desde los puntos de vista físicos, mentales y espirituales. Sólo así seremos unos cónyuges satisfactorios.

Quinto punto: hemos de saber que la palabra escrita es más fuerte que la meramente hablada; y que el conjunto de ambas forma una combinación imbatible. Escribamos cuánto necesitemos; escribámoslo tan simple y claramente como sepamos. Si conocemos lo que nos hace falta, escribámoslo ¿Queremos ser unas personas espirituales? ¿Cuál es nuestro ideal dentro del mundo de la espiritualidad? Enumeremos las capacidades personales, talentos y puntos firmes de nuestro carácter. Pongámoslo todo por escrito. Si estamos intentando hacer dinero, escribamos concretamente la suma que nos precisa. Cuándo nos hará falta, y la fecha en que pensamos hacer entrega de la suma que deseamos entregar, previamente, a título de diezmo. Cuando habremos escrito todo esto, con la mayor sencillez de que seamos capaces, escribamos palabra por palabra: «Quiero dar, para poder alcanzar». También, hay que añadir una nota, puntualizando con qué forma de trabajo pensamos ganar esta suma; porque hay que meterse en la cabeza que no se puede obtener nada a cambio de nada absolutamente; todo hay que pagarlo, de una forma u otra; no existen los meros regalos. Si llegan a nuestro poder bienes inesperados por valor de cien dólares, tiene que compensarlos por el mismo valor en servicios al prójimo. Si esperamos que nos ayuden, primero tenemos que ayudar nosotros.

Suponiendo que hemos escrito todas las cosas que se han indicado, tenemos que leer el conjunto, en voz alta y nosotros mismos, tres veces diarias. Siempre tendrá más efecto si la lectura se efectúa en nuestro dormitorio, en la quietud. Leamos por la mañana, antes de levantarnos de cama; por la tarde, a la hora de comer, y por la noche. acostarnos. Esto es, tres veces diarias, y así vuestras peticiones se convertirán en un mantra. En el curso de la lectura, concentrémonos en lo que pedimos, dinero, coche, o de lo se trate, como si viniese a nosotros, como si lo tuvieseis vuestro poder. Cuanto mayor sea la fuerza con que podan pensar e

imaginar el objeto de nuestra petición, la reacción será más positiva. Es perder el tiempo decirse a uno mismo «Bueno, yo sólo creo en los hechos; espero que será así; m tengo mis dudas». Esto, al acto, invalida vuestro mantra.

Hay que ser a la vez absolutamente constructivo y no permitir que nos asalten las dudas. Si queremos ascender por estos escalones, tenemos que encaminar nuestros pensamientos a través nuestro subconsciente; y éste es nueve veces más perspicaz que nosotros mismos. Si logramos interesarlo, os podrá ayudar mucho más que lo que os parezca posible. Es un hecho probado, desde todos los tiempos, que cuando se hacen dineros, otros dineros nos vienen a nosotros a todo correr. Un millonario, por ejemplo, nos puede explicar que, después que ha hecho un millón, dos millones, tres o cuatro, el resto llega fácilmente y con mucho menos esfuerzo adicional. Cuanto más dinero se tiene, más dinero se atrae. La ley es muy parecida a las leyes del magnetismo.

Repetimos a nuestros lectores que existen cosas de un mayo valor que el dinero. Diremos, por milésima vez, que nadie jamás se ha llevado ni un céntimo al otro mundo. Cuanta más sumas poseamos, más dejaremos a los demás; cuanto más nos esforcemos por ganar dinero, más nos ensuciamos y dificultamos para alcanzar los bienes del espíritu. Cuanto mayor dar sea el bien que hagamos a los demás, mayores bienes nos llevamos con nosotros. La vida en este suelo es dura y una de las cosas más duras que se dan en ella es la falsificación de los valores. Hoy en día, la gente piensa que los dineros lo son todo. Lo cierto es que mientras tengamos con qué comer, vestirnos y cobijarnos, poseemos lo suficiente. Pero, como la mayoría de la gente, no podemos alcanzar una tan alta espiritualidad, no podemos conseguir tanta espiritualidad, ni ayudar tan cumplidamente al prójimo, aun cuando, auxiliándolo, nos ayudaramos a nosotros mismos.

Aconsejamos que se lea repetidamente esta lección, tal vez la en más importante de todas. Si cumplimos con sus enseñanzas, os encontraremos que poseeremos todos los bienes que nos faltan. ¿Qué necesitamos? Nosotros mismos tenemos que decirlo; porque podemos obtener cuanto deseamos. ¿Un perro de caza, dinero, éxitos en el mundo? Recomencemos y reflexionemos: ¿acaso bienes espirituales, pureza y amor al prójimo? Esto puede significar pobreza o casi en este mundo, que, al fin y al cabo, no pasa de ser una pizca de polvo flotando en el vacío. Pero, después de esta vida — ¡tan breve! — sobreviene un mundo mayor donde la pureza y la espiritualidad son la «Moneda del Reino» y donde la moneda de aquí en el suelo, no vale nada. Vosotros mismos tenéis que elegir.

LECCIÓN VIGÉSIMA TERCERA

Es muy triste que algunas palabras hayan adquirido con el uso y el tiempo significaciones desviadas y, por lo general, peyorativas. Por ejemplo, imaginación es hoy una palabra más bien caída en desgracia. Años atrás, una persona de imaginación era un hombre de ideas sensitivas, facultado para escribir, componer música, dedicarse a la poesía. Era, realmente, considerado como un bien para una persona, el estar, dotado de imaginación. Hoy en día, parece que «imaginación» designa a cualquier persona del género femenino dominada por la histeria o poseída por sus manías personales, Se rechazan muchas experiencias — dignas de mejor estudio — con la exclamación de: «Oh!, todo es imaginación. No seamos bobos».

Imaginación, pues, es una palabra mal reputada en nuestros días; pero la imaginación debidamente dirigida es la llave que puede abrirnos muchos experimentos que están nublados ahora por el velo del misterio con que se cubren los temas del ocultismo. De vez en cuando conviene recordar que en todas las batallas entre la voluntad y la imaginación, esta última siempre resulta la vencedora. Las personas se enorgullecen del poder de su voluntad, de su valor personal indomable, al que nada le asusta. Aburren a quienes les escuchan, afirmando que el poder de su voluntad lo allana todo. La verdad es que, en éstos, su voluntad no les permite llegar a ningún resultado mientras no se lo permita su imaginación. Toda esta gente que se alaba del poder de su voluntad están en la creencia — hija de algún accidente —, de que el «poder de la voluntad» les será muy útil en estos casos particulares. La verdad es que todo depende de su imaginación. Repetimos, y cualquier autoridad competente en la materia nos confirmará la dicho, que siempre la imaginación llevará las de ganar en lucha contra la voluntad. No existe mayor poder que el de ésta.

¿Duda el lector, acaso, de que pueda querer hacer cosas cuando la imaginación se niega a practicarlas? Pongamos un ejemplo, planteemos un problema hipotético, ya que es así como en nuestros tiempos se consideran este tipo de cosas.

Supongamos que tenemos ante nosotros una calle desierta de todo tráfico. No pasa nadie; no hay mirones, de forma que tenemos la calle para nosotros solos. Dibujemos, de un lado a otro, un pasaje de unos tres palmos de anchura, si lo preferimos, de una acera a la de enfrente. Sin ninguna molestia por parte del tráfico ni de los mirones, no tendremos el menor inconveniente de pasar de un lado al otro, cruzando aquel pasillo. No os causará ningún aumento de vuestras inspiraciones y espiraciones, ni os originará ninguna palpitación cardíaca; será para vosotros una de las cosas más sencillas de hacer. ¿No es cierto?

Andaréis por el pasillo pintado sin la menor sensación de temor porque sabéis que el suelo no se os hundirá a vuestro paso y que, salvando el caso de un terremoto o de que un edificio se derrumbe sobre vuestra cabeza, estáis completamente seguros; y, si por una singular desgracia os caéis al suelo, no podrá seguirse ningún daño mayor, ya que no podéis caeros de más alto que vuestra estatura.

Ahora, vamos a cambiar algo el cuadro. Estamos todavía en la misma calle, y tenemos que movernos desde un edificio que tiene cosa de veinte pisos. Tomaremos el ascensor y llegaremos al piso elevado de que se trate. Cuando habremos llegado, nos daremos cuenta que enfrente se halla otro edificio de veinte pisos perfectamente nivelados con los del edificio

donde estamos. Si miramos abajo, a la calle, observaremos apenas la línea pintada que hicimos. Aquí — ahora — tendremos una tabla igual, tal vez más ancha que la zona pintada a nivel del suelo. Debemos tenderla a través de la calle, veinte pisos más arriba, y fijarla tan bien fijada que no pueda hacer ningún movimiento; examinar escrupulosamente que esté bien segura y que nada podrá estorbar la seguridad de nuestro paso.

Disponemos de la misma anchura que al nivel del suelo. ¿Podemos caminar sobre esta plancha, fijada a la altura de veinte pisos sobre el suelo, y llegar, al otro lado de la calle, al tejado del otro edificio? Si la imaginación lo juzga posible, entonces podréis, sin grandes esfuerzos por vuestra parte. Mas, si vuestra imaginación no se muestra tan complaciente, entonces vuestro pulso se disparará sólo al pensarlo; sentiréis un hormigueo en la boca del estómago, y aún os podrán pasar sensaciones más raras. ¿Por qué razón? Habéis caminado seguros en la calle; siendo así, ¿por qué no en aquellas planchas? La respuesta es que vuestra imaginación se ha disparado; os dice que estáis en peligro, que si resbaláis o vaciláis caeréis por el borde de la plancha y os precipitaréis — veinte pisos — a una muerte segura. No sirve para nada que se intente reflexionar. A no ser que vuestra imaginación pueda tranquilizarse, ninguna fuerza de vuestra voluntad puede serviros. Si intentáis forzar el poder de vuestra voluntad, os podrá sobrevenir un colapso nervioso. Empezaréis a temblar, os volveréis pálidos y vuestra respiración será jadeante.

Todos tenemos dentro nuestro unos mecanismos destinados a protegernos de los peligros; ciertas reacciones automáticas establecidas en el mecanismo humano y designadas a protegernos de los peligros temerarios. La imaginación hace que nos sea casi imposible caminar por la plancha y ningún discurso puede capacitar a nadie demostrándole la perfecta seguridad de una cosa, si él imagina con fuerza lo contrario. Hasta que logremos «imaginar» nosotros mismos que subidos a la plancha caminamos firmemente sobre ella con entera confianza, no nos será posible hacerlo.

Si «queremos» hacer una cosa cuando la imaginación nos dice «no», corremos el riesgo de un colapso nervioso, ya que — repitámoslo —, en todo combate entre la voluntad y la imaginación, siempre vence la segunda. Si nos empeñamos, se disparan en nuestro interior los timbres de alarma y se estropean nuestros nervios y nuestra salud.

Hay gente que siente un miedo cerval de pasar por delante un cementerio, situado en un camino solitario, a medianoche. Si se da el caso de que se vean forzados a pasar por éI, se les erizan los pelos de la cabeza, les sudan las palmas las manos y todas sus percepciones se les exageran y con La las impresiones y están a punto de pegar un salto y echar correr ante la más remota apariencia de un fantasma.

Aquellas personas que no gustan de su trabajo y tienen que esforzarse a sí mismas para practicarlo, a menudo adoptan un mecanismo de escape. Muchas veces, estos mecanismos acarrean extraños resultados, que pueden resultar beneficiosos de una manera disfrazada, ya que si los avisos no son escuchados, pueden ocurrir derrumbamientos mentales. Vamos contar un ejemplo que hemos conocido directamente. Conocemos al individuo y el resultado de su caso. Es el siguiente hombre, conocido nuestro, que tuvo que trabajar de pie durante largo tiempo. Estaba al pie de una mesa muy alta y hacía asientos en un libro mayor. Su trabajo le exigía permanecer de pie. Era competente en su trabajo, y manejaba bien las cifras; pero le había entrado una fobia; sentía un miedo atroz de que algún día pudiese cometer alguna equivocación sus asientos y provocar que se le acusase de haber querido defraudar alguna suma a sus principales. En realidad, el hombre era dolorosamente honrado; era de la rara especie individuos que llevan la honradez a extremos angustiosos; que jamás se llevarían ni un estuche de cerillas de papel de hotel, ni un periódico abandonado en el asiento de un

autobús. Pero, de todas formas, estaba asustado, temiendo que patronos no supiesen nada de su honradez; y esto le hacía sentir una gran inquietud en su trabajo.

Durante muchos años prosiguió su trabajo, sintiéndose cada vez más desdichado y lleno de preocupaciones. Propuso un cambio de trabajo con su mujer; pero a ésta no le satisfizo, de manera que él siguió su profesión. Pero la imaginación siguió laborando; el resultado fueron unas úlceras gástricas. Mas, a fuerza de cuidados y de una dieta adecuada, las úlceras sanaron y el hombre se reincorporó a su mesa de trabajo. Un día, sin embargo, se le ocurrió que, si no le fuese posible permanecer de pie, le sería imposible continuar en su profesión.

Algo más tarde se le declaró una úlcera en un pie. Por algunos días luchó por trabajar y soportó un gran dolor; la úlcera se le empeoró, y él tuvo que guardar cama por un tiempo. Estando en la cama, lejos de su oficina, se curó rápidamente y entonces volvió a su trabajo. Durante todo el tiempo, entonces su mentalidad subconsciente le estuvo atormentando. Razonaba, el pobre, suponemos, de esta forma:

«Pude salirme de este horrible trabajo gracias a mi enfermedad; me curaron demasiado deprisa. Por lo tanto, me precisa, pues, tener una dolencia en el pie de peor naturaleza».

Pasados unos meses, después de su reincorporación al trabajo, presumiblemente curado, contrajo una nueva úlcera, esta vez en el tobillo. Era tan maligna, que no lo podía articular. Ante este caso, fue nuevamente hospitalizado y la úlcera empeoró hasta el punto que se hizo necesario una operación quirúrgica. Después que se hubo restablecido, regresó a su trabajo.
Con este accidente le creció el odio a su oficio. Entonces, no tardó en producírsele otra llaga, esta vez entre el tobillo y la rodilla. Se mostró tan maligna la haga en cuestión y se resistió hasta tal punto a todos los tratamientos, que no hubo más solución que la de amputarle la pierna. Así pues, con gran alegría del amputado, su principal no quiso readmitirlo, alegando que no quena tener a su lado un lisiado que continuamente se ponía malo. Los doctores del hospital, que conocían el caso de aquel hombre desde larga fecha, procuraron hallarle un nuevo trabajo, por el que había mostrado grandes aptitudes cuando estaba hospitalizado; un trabajo mecánico. Al hombre le gustaba la nueva ocupación y tuvo en ella un éxito rotundo. Ya se le habían calmado los temores de ir a la cárcel, por culpa de algún error que le hiciese pasar por un estafador; mejoró su salud y, por lo que sabemos del personaje, sigue trabajando en su nuevo oficio a satisfacción de todo el mundo.

Este caso que acabamos de explicar es, en verdad, un caso extremo; pero todos los días nos enteramos de gente de negocios trabajando a gran presión que temen por sus ocupaciones, o tienen miedo del amo, o les asusta el «perder la cara». Gente que trabaja a través de altas presiones internas, de las que intentan escapar mediante úlceras estomacales — dolencia de grandes jefes comerciales.

La imaginación puede derribar un imperio — o construirlo —; recordémoslo. Si cultivamos nuestra imaginación y la dominamos, tendremos siempre cuanto queramos. No nos es posible dictar nada a nuestra imaginación, dictarle lo que tiene que hacer, ya que la imaginación amiga es para nosotros lo que una mula amiga; podemos guiar una mula; pero no la podremos jamás obligar. Asimismo, podemos guiar — no obligar — nuestra imaginación. Requiere una práctica, que puede llevarse a efecto.
¿Cómo lo haremos para establecer un control de nuestra imaginación? Es cuestión sólo de fe, de constancia. Piénsese alguna situación que excite nuestro miedo o nuestro disgusto, y entonces domínese con fe, persuadiendo a nuestra imaginación de que *Uno* es capaz de hacer no importa qué cosa, que otros podrían — o no podrían — realizar. Convenzámonos a nosotros mismos de que somos una especial clase de seres, si así nos gusta; no importa qué

métodos empleemos; ia cuestión es que nuestra imaginación apoye a nuestro interés. Volvamos a nuestros ejemplos sobre el cruce de una calle; decidamos que seríamos capaces de cruzar la calle caminando sobre una plancha de cosa de sesenta centímetros de anchura. Entonces, por medio de la fe, pensando que nosotros no somos como los demás, tenemos que persuadir a nuestra imaginación que podremos cruzar la misma plancha, situada veinte pisos más elevada con respecto al propio nivel de la calle.

Pensemos esto: Digámonos a nosotros mismos que hasta un mono más o menos dotado de cerebro puede pasar por aquella pasarela sin el menor miedo. *Y* ¿quién es mejor: uno mismo, o un mono privado de cerebro? Si un mono sin seso o un sujeto que es casi un idiota pueden cruzar aquel puente, entonces, vosotros, que sois mucho más, podréis practicarlo. Es meramente una cuestión de práctica, mientras se tenga fe. En el siglo pasado existió el célebre funámbulo Blondin, que pasó por la maroma, varias veces, a través de las Cataratas del Niágara. Blondin era, ni más ni menos, una persona normal que tenía fe en su destreza. La tenía en que él era capaz de llevar a cabo lo que a muchos otros no les resultaría factible. Estaba cierto que el único miedo peligroso era el «miedo al miedo»; y que si tenía confianza podría cruzar las cataratas como quisiera, incluso empujando una carretilla o con los ojos tapados.

Hagamos todos la misma clase de ejercicio. Trepemos por una larga escalera; mientras miremos hacia arriba, no experimentaremos el menor miedo. Pero en el mismo instante que miremos hacia abajo se nos ocurrirá el pensamiento de que sería una catástrofe para nosotros el resbalar y caer, muriendo aplastados en el trance. Nuestra imaginación nos pinta a nosotros mismos en plena caída y siendo aplastados unos metros más abajo. Nos puede describir nuestra imagen, agarrados tan estrechamente a la escalera, que no nos podemos librar a nosotros mismos. Los escaladores de campanarios han conocido ese tipo de emociones.

Si controláis vuestra imaginación construyendo en vosotros mismos la fe en vuestras capacidades, lo podréis hacer todo. No podréis obtener éxito alguno intentando vencer vuestra imaginación por la fuerza; el poder de la voluntad resulta insuficiente para subyugar vuestra imaginación; en vez de ello, provocaríais una neurosis dentro de vosotros. Recordad, una vez más, que tenéis que orientar continuamente la imaginación, controlarla. Si queréis forzarla, fracasaréis. Si os limitáis a quererla orientar, seréis capaces de hacer todas aquellas cosas que ahora os parecen imposibles. Ante todo, pensad que no existe nada que sea «imposible».

LECCIÓN VIGÉSIMA CUARTA

Muchos habrán oído hablar de la ley del Kharma. Por desgracia, muchas de estas materias, pertenecientes a la metafísica, han recibido nombres sánscritos y brahamánicos. Como tantos y tantos términos médicos, anatómicos y científicos, llevan nombres latinos. Los nombres latinos indicarán una flor, un bulbo, o la acción de un determinado músculo o vaso sanguíneo. El intento que persiguieron los que establecieron esta terminología data de muy antiguo. Algunos sabios quisieron conservar sus conocimientos para sí solos, y los doctores de aquellos tiempos eran los únicos que habían recibido una educación adecuada. El conocimiento del latín era «previo», y así les fue indispensable a los estudiosos de las letras latinas para ocultar los vocablos técnicos a los no iniciados; a los que no eran doctores. Costumbre que ha llegado justamente hasta nuestros días.

Tiene, indudablemente, ciertas ventajas el empleo de vocabbs técnicos en un solo lenguaje que no es el nativo del hombre de ciencia; así puede discutir con otro sabio en latín. Los operadores de radio de los buques o los aviones, también han tenido una idea semejante, usando el llamado código «Q». Muchas veces se da el caso de que los «aficionados» de la radio se comunican a través de dicho código, sin conocer mutuamente ninguna lengua en que puedan entenderse por modo directo.

El sánscrito es una lengua conocida por los ocultistas más importantes del mundo. Cuando emplean el vocablo «Kharma» se refieren a lo que podría entenderse como «la ley de la causa y del efecto». Como veis, kharma no tiene absolutamente nada que sea misterioso, nada que pueda asustar a nadie. En este curso necesitamos exponer la materia sobre lo que se puede considerar una base racional; por consiguiente, debemos evitar los términos abstractos porque, para nuestra forma de pensamiento, nada en materia de metafísica es tan dificultoso como garantizar la elección de vocablos que no nos oculten totalmente su pleno sentido.

Segreguemos la «Ley del Kharma» de todas sus referencias metafísicas, y atengámonos a la ley de nuestro suelo. He aquí, entonces, el sentido que debemos darle:

El pequeño Juanito de Tal y de Tal acaba de recibir, en regalo, una motocicleta; para él es una gran ilusión el montar en el sillín de esa potente máquina y ponerla a todo correr, haciendo un ruido loco; pero el montar su máquina pronto no le es suficiente. El joven abre el gas y se siente calmado, y cada vez corre más, olvidándose de los signos de la carretera. De pronto, suena un trompetazo clamoroso detrás suyo y un coche de la policía le atrapa en una curva. El joven Juanito, todo compungido, se va parando y se sitúa al margen de la carretera, cada vez más preocupado y aguardando, lleno de aprensión, al policía, quien le alarga una multa por marchar a una velocidad prohibida en una zona habitada. Con este ejemplo sencillo habremos visto que existen ciertas leyes — en este caso, la de no marchar a más velocidad que la permitida —. Juanito de Tal y de Tal lo ignoraba y entonces aparece la multa, en forma de un policía con una papeleta. Juanito tuvo que pagar y comparecer en un juicio de faltas en castigo de haber quebrantado la ley.

¿Otro ejemplo? Guillermín es más bien un holgazán; pero tiene una amiguita muy manirrota. Sólo la puede retener a base de regalos continuos. No le preocupa — a ella — cómo Guillermín obtiene las cosas que a ella le hacen falta; mientras vengan...

Un atardecer, Guillermín se echa a la calle con la intención de robar algo con la esperanza de hacerse con una suma para comprar a su amiga sea lo que fuere. ¿Un abrigo de pieles? ¿Un reloj de platino incrustado de pequeños brillantes? No importa lo que necesite la muchacha. Guillermín, con pleno conocimiento y aprobación de ella, sale para realizar este robo. Con todo silencio trepa por el edificio y camina alrededor de la cornisa, buscando el modo de entrar en él. Pronto da con una ventana que parece estarle invitando. Se halla a una altura conveniente. Con un cortaplumas y una habilidad hija de la práctica, consigue levantar la leva. Fácilmente, entonces, levanta el bastidor y se detiene un momento a escuchar. ¿Ha hecho ruido? ¿Hay alguien que se haya dado cuenta? Satisfecho, finalmente, se desliza por la ventana abierta. Ni un ruido, ni un solo crujido. Silenciosamente, con los calcetines puestos — habiéndose descalzado — va entonando cosas que necesita: joyas sacadas de sus estuches, un montón de relojes, y de un cajón en el despacho del amo un buen montón de billetes. Satisfecho con su botín regresa a la ventana y mira hacia la calle. No se ve a nadie en ella; entonces, se vuelve a calzar y se encamina a la puerta, pensando que será mucho más sencillo el salir por ella que no el volverse a deslizar por una ventana, exponiéndose a un posible deterioro de los objetos robados. Silenciosamente, entonces, da una vuelta a los cerrojos y sale a la calle. A los pocos pasos, en la oscuridad, una voz imperiosa, súbitamente ordena: « ¡Alto, le estoy apuntando!». Guillermín

tiene un sobresalto; sabe que el policía va armado, que no vacilará en dispararle. Una luz atraviesa la oscuridad e ilumina la cara del muchacho. Con cara hosca, éste levanta ambas manos; se materializan unas cuantas figuras; son policías. Con toda rapidez cachean al ladrón buscando si lleva armas y le quitan todo lo que robó de la joyería. Entonces, es conducido al cuartelillo de la policía, dentro de un coche que estaba estacionado allí cerca, y rápidamente recluido en una celda.

Algunas horas más tarde la amiga del ladrón se ve despertada en su cama por un agente y una matrona del cuerpo de la policía. La muchacha se indigna, «pero mucho», y le da como un ataque histérico cuando le dicen que se halla detenida. ¿Cómo, detenida? Sí, naturalmente, la amiga de Guillermín era una cómplice del robo. Incitando a su amigo para que se convirtiese en un ladrón, era tan culpable como éste.

Las leyes de la vida son como este ejemplo. Ahora, separémonos por un momento del mundo físico y digamos que el kharma es un acto físico o mental que construye y edifica nuestro bien o nuestro mal. Hay un dicho muy antiguo: «Lo que sembréis, cosecharéis». Significa exactamente esto. Si os dedicáis a sembrar actos malvados, cosecharéis tarde o temprano el resultado, sea en la vida venidera o en otra u otras posteriores. Si en la vida presente sembráis el bien, si sembráis bondad, afabilidad y compasión, cuando os encontréis en el infortunio, alguien, alguna vez — tarde o temprano — os demostrará caridad, consideración o compasión.

No cometamos errores, sin embargo. Si una persona experimenta contrariedades en la vida, puede ser que dicha persona sea buena; basta con observar sus reacciones bajo el sufrimiento; puede ser que esté refinando su condición humana por los sufrimientos que limpian las impurezas y durezas de la condición humana. Todos, sean príncipes o mendigos, caminan por lo que se llama la «rueda de la vida», el círculo de la existencia eterna. Un individuo puede ser rey en una de sus existencias; mas, en la próxima, puede ser un pordiosero caminando a pie de una ciudad a la otra, buscando inútilmente trabajo, exactamente como una hoja arrebatada por una tormenta.

Hay personas que se hallan exentas de las leyes del kharma. De manera que no tiene sentido decir, refiriéndose a tales personas: «Oh, qué de cosas malas habrá hecho éste, qué gran pecador habrá sido en una vida anterior!». Las más altas

entidades — los llamados avatares — bajan a la Tierra para llevar a cabo ciertas tareas que deben ser realizadas. Los hindús, por ejemplo, creen que su Dios Vishnú baja a nuestro suelo, de vez en cuando, para traer de nuevo a los hombres las verdades de la religión, que ellos son propensos a echar en olvido. Este avatar, o ser evolucionado, viene a nuestro suelo, muchas veces, como ejemplo de pobreza; pero sólo para mostrar lo que se puede hacer por el camino de la compasión; para demostrar cómo ella puede inmunizarnos contra el sufrimiento. Nada puede ser más demostrativo de la «inmunidad del sufrimiento», ya que el avatar, más avanzado que nosotros, sufre con una mayor agudeza.

Citamos este caso para mostrar cómo no nos parece bien que ciertas personas se vean censuradas por las desgracias y pobrezas que tienen que soportar, cuando la verdad es que éstas han venido a este mundo para ayudar al prójimo, enseñando a todos lo que se puede hacer en la pobreza y desgracia.

Todo cuanto hacemos motiva un acto. El pensamiento es una gran fuerza, en efecto. Como pensamos, así somos. De este modo, si pensamos con pureza, seremos puros cada vez más; si pensamos en cosas lujuriosas, nos convertimos en seres cada vez más lujuriosos y contaminados, y tendremos que volver a la Tierra una y otra vez, hasta que el «deseo» desaparezca bajo la embestida de la pureza y los buenos pensamientos.

Nadie se halla tan desamparado, ni es tan malo que pueda ser condenado a tormentos eternos. La «condenación eterna» fue una invención de los antiguos sacerdotes, forzados a mantener la disciplina de sus más bien insumisos rebaños. Cristo no nos enseñó la condenación eterna. Cristo enseñó que si una persona se arrepiente y se esfuerza, será salvada de sus propias locuras y, a los pecadores, siempre se les dará una oportunidad tras otra.

El kharma, pues, es el proceso mediante el cual incurrimos en deuda y que tendremos, por tanto, que pagar. Si vamos a una tienda y adquirimos ciertos artículos incurrimos en deudas que tendrán que ser saldadas con monedas de curso legal. Hasta que no los hayamos pagado, seguimos en deuda, y si al cabo de un tiempo no pagamos, en algunos países podremos ser encarcelados como defraudadores. Todo tendrá que ser saldado por los hombres, mujeres y niños de este mundo. Sólo el avatar es inmune a la ley del kharma. De manera que todo el mundo que no lo sea deberá procurar llevar una vida arreglada, para que sea breve el paso por este mundo, ya que se está mejor en otros planetas y planes de existencia.

Tenemos que perdonar a los que pasan de este mundo, y los hombres tienen que perdonamos a nosotros. No debemos olvidar nunca que el camino más seguro para tener un buen kharma es el hacer a los demás lo que quisiéramos de los demás para con nosotros mismos.

El kharma es una cosa a la que pocos logran escapar. Contraemos una deuda y tenemos que pagarla; hacemos el bien a los demás, y ellos tienen que pagarnos a nosotros. Es más preferible para nosotros el recibir el bien ajeno; así es que hemos de mostrarnos bondadosos con todas las criaturas, sean de la especie que sean, recordando que, a los ojos de Dios, todos somos iguales y, ante el Altísimo, todas las criaturas son iguales, tanto si se trata de humanos, como de caballos, gatos y todos cuantos sean en el reino animal.
Dios, es sabido, trabaja por vías misteriosas, creando sus maravillas. No es cosa nuestra el interrogarnos sobre los caminos del Señor; sino el laborar en la resolución de los problemas que nos pertenecen; porque sólo así, hallándoles solución satisfactoria, podemos rescatar nuestro kharma. Algunas personas tienen algún pariente enfermo con quien deben convivir y piensan: «¡Qué fastidioso! ¿No podría morirse?»

La respuesta es que ambos están laborando sobre un lapso de vida combinado, llevando a cabo una forma combinada de existencia. La persona que está cuidando al enfermo está planeada justamente a este propósito.

Debemos siempre mostrar un gran cuidado, aplicación y comprensión para con aquellos que junto a nosotros que se hallan enfermos, tristes o afligidos; porque nuestro trabajo en esta vida puede consistir en mostrarnos buenos y compasivos con ellos. Es demasiado fácil el mandar a paseo una persona incómoda con un gesto de impaciencia; pero debemos tener en cuenta que las personas enfermas son altamente sensitivas, se dan cuenta muy vivamente de sus limitaciones, notan con toda agudeza que los tienen en casa por obligación y no por gusto. Queremos recordar nuevamente que, tal como están las cosas en nuestros días, todas las personas que pueden practicar las artes ocultas mayores sufren de alguna limitación física. De modo que tratando con menosprecio y rechazando todo auxilio a uno que está enfermo, nos exponemos a maltratar a persona mucho más dotada de lo que podemos imaginar.

No nos interesan ni el fútbol ni ninguno de los deportes violentos; pero hemos de hacer al lector una pregunta. ¿Conoce algún campeón, hombre o mujer, que sea clarividente o que tan sólo sepa articular esta palabra? El proceso de algún impedimento físico es muy frecuentemente el de refinar un grosero cuerpo humano, de modo que sea capaz de recibir vibraciones de mayor frecuencia que las que pueden los humanos vulgares. Por consiguiente, tenéis que mostrar una consideración a los que se hallan enfermos. No os impacientéis con ellos, porque el enfermo conoce problemas que desconocéis. Hay, también, una parte egoísta. La persona enferma puede ser mucho más evolucionada que vosotros, que disfrutáis de buena salud, y, ayudando a esta persona enferma, os podéis ayudar inmensamente a vosotros mismos.

LECCIÓN VIGÉSIMA QUINTA

¿Habéis experimentado alguna vez la súbita, desoladora, brutal pérdida de un ser querido? Sin duda habréis experimentado algo semejante a una desaparición del sol detrás de las nubes, para no reaparecer nunca más en vuestro cielo. La pérdida de un ser querido es sin duda algo trágico. Trágico para quien lo experimenta, y también para el que «se nos ha ido», si nos empeñamos en hacer cavilaciones innecesarias.

Trataremos de estas cosas, generalmente consideradas tan tristes y penosas, en el curso de esta lección. Mas, si considerásemos las cosas como debiéramos, nos daríamos cuenta de que la muerte no constituye un tiempo para llorar, ni en realidad para entregarnos a la tristeza.

Consideremos, ante todo, lo que sucede cuando una persona querida ha pasado de esta vida hacia un grado superior, que los hombres de la Tierra llaman «muerte». Seguimos por nuestro camino normal, tal vez sin ninguna preocupación ni estorbo. De pronto, como un rayo en día sereno, nos enteramos de que esta persona por nosotros querida ya no se halla entre nosotros. Inmediatamente se nos altera el pulso; por los conductos lacrimales corren lágrimas para aminorar nuestra tensión interna. Tenemos la sensación de que ya no veremos los brillantes colores que nos son tan caros y, a su vez, todo parece sombrío, triste y como si un brillante día de verano se hubiese convertido súbitamente en un día invernal con los cielos pesantes y aplastados.

Una vez más nos dirigimos hacia nuestros viejos amigos los electrones, porque cuando estamos oprimidos por la tristeza, el voltaje generado por nuestros cerebros se altera; puede mudar la dirección de su corriente de forma que, si nos parecía el mundo como mirando a través de unos cristales color de rosa, después de haber recibido las tristes noticias lo vemos todo a través de unos lentes que lo hacen todo negro, deprimente. Es ésta una función fisiológica natural en el plano mundano; pero, en el plano astral estamos deprimidos también por el terrible esfuerzo de arranque que nuestro propio astral tiene que realizar al intentar ascender hasta allá para saludar al recién llegado a lo que es, después de todo, la vida más alta, la más feliz.

Es, naturalmente, muy triste que un querido amigo se nos haya ido a lejanas tierras; mas, sobre la Tierra, nos consolamos pensando que podemos siempre mandarle una carta, o un cablegrama, o llamarlo por teléfono. Lo que se llama «la muerte», en cambio, parece no dejarnos ningún modo de comunicarnos con el difunto. ¿Pensáis que el difunto está fuera de nuestro alcance? ¡Pues estáis grande y felizmente equivocados! Hemos explicado que varios hombres de ciencia, en los grandes centros científicos del mundo, se ocupan presentemente en la construcción de un instrumento que nos ponga en comunicación con lo que se llama los «espíritus desencarnados». No se trata de ningún cuento de las hadas, ni de imaginaciones fantásticas, sino de un conjunto de informaciones que han corrido durante un gran número de años y, según las últimas informaciones científicas, existe alguna esperanza de que todos estos ensayos podrán ser pronto de dominio público y propiedad de todos los hombres. Pero antes de que podamos entrar en contacto con los que se han ido antes que nosotros, podemos hacer mucho para ayudarlos.

Cuando una persona fallece, las funciones fisiológicas, es decir, el trabajo de su cuerpo físico, se van haciendo cada vez más lentas hasta su paralización total. Ya hemos visto al comienzo

de este curso cómo un cerebro humano sólo vive unos minutos privado de oxígeno. El cerebro humano, por consiguiente, es una de las primeras partes del cuerpo que «sucumbe» cuando morimos. Es obvio el que, una vez muerto este, la muerte total es completamente inevitable. Vamos a explicar todo el largo proceso que se sigue luego.

Después de la muerte del cerebro, los demás órganos, privados de los mandos y de la guía del cerebro, subsisten en la quietud; esto es, les pasa lo que a un motor abandonado por el que lo conduce. El conductor ha cortado la corriente y abandona luego el coche. El mecanismo, puede, por inercia, llevar a cabo algún movimiento; pero luego se apaga y se enfría gradualmente. Enfriándose, se escuchan algunos crujidos, producto de la contracción del metal. Lo mismo ocurre con el cuerpo humano que, mientras se desarrolla lo que llamamos el proceso de su disolución, emite algunos sonidos. Por un período aproximado de tres días el cuerpo astral se separa y libera del cuerpo físico de un modo permanente. La Cuerda de Plata que ya hemos visto cómo ligaba el astral al físico, se deseca gradualmente de una manera muy parecida a lo que sucede con el cordón umbilical de un recién nacido cuando se le corta, al separar el niño de la madre. Por un espacio de tres días el astral permanece más o menos en contacto con el cuerpo físico en descomposición.

Aquel que muere, experimenta algo como lo que sigue. Está en la cama, tal vez rodeado de parientes y amigos afligidos. De pronto se le abre un bostezo súbito en su garganta y sigue el jadear de la muerte, que se exhala entre los dientes. El corazón se acelera un momento, se hace lento, vacila y se detiene.., para siempre.

El cuerpo experimenta varios temblores, se va enfriando gradualmente; pero, en el instante mismo de la muerte, un clarividente puede ver una forma de sombra emergiendo de su vehículo físico y flotar hacia arriba como una niebla plateada, poniéndose directamente sobre la cabeza del cuerpo difunto. Dentro del período de los tres días siguientes, la Cuerda de Plata conectando ambas formas se oscurece, y a veces hasta ennegrece en la parte más próxima al cuerpo físico. Produce la impresión de polvo negruzco en la parte que corresponde al cuerpo. Al final, la cuerda cae, libre, y la forma astral puede elevarse para hacer su entrada arriba, en el mundo astral. Antes de hacerlo tiene, no obstante, que mirar hacia abajo para ver el cuerpo que acostumbraba habitar. Muchas veces, la forma astral acompañará el ataúd hasta el cementerio y será testigo de las ceremonias fúnebres. En ello no hay ni dolor ni repulsión, ni trastorno alguno causado por estas circunstancias, ya que el astral, en el caso de personas no preparadas por ningún conocimiento por el estilo de los que se hallan en este curso, se encuentra en un estado de semichoque. Sigue al cuerpo en su ataúd, como una cometa al pequeño que está al otro cabo de la cuerda, o como el globo al que lo lleva del otro cabo de la maroma, para que no se escape. Súbitamente, sin embargo, esta Cuerda de Plata — ya no de plata — desaparece y entonces nuestro cuerpo astral es libre de irse remontando y preparándose para su segunda muerte. Ésta es completa y absolutamente libre de dolor.

Antes de la segunda muerte, el individuo tiene que ir a la Sala de las Memorias y ver cuanto le ocurrió en su vida. Nadie es juzgado por nadie más que su propia persona. No hay mayor juez, ni más severo, que uno mismo para consigo. Cuando el individuo se ha despojado de sus pequeñas vanidades, de todos los falsos valores que le eran caros sobre la Tierra, encontrará que, pese a todo el dinero que ha dejado atrás y a todos los valores que le fueron queridos sobre la Tierra, es, bien mirado, muy poca cosa. En muchísimos casos el más humilde y pobre de dinero es quien obtiene el más satisfactorio y alto de los conceptos de sí mismo.

Después de haberse visto a sí mismo en la Sala de las Memorias, entonces el individuo se encamina hacia la parte del Otro Mundo que le parece más adecuada. No irá al Infierno; el Infierno — lo hemos ya dicho — se halla sobre esta Tierra, nuestra escuela de formación.

Puede ser que alguno de los lectores esté al corriente de que en los países del Este, grandes místicos y grandes maestros nadie permite que su verdadero nombre sea conocido, ya que en los nombres de las personas reside un gran poder, y si pueden ser llamadas por sus propios nombres, bajo la correcta vibración de los mismos, aquella persona puede verse arrastrada irresistiblemente a mirar hacia la Tierra. En algunas partes del Este y en algunas del Oeste, Dios es conocido como «Aquel cuyo nombre no puede ser pronunciado». La causa es que si todo el mundo se ponía a invocar a Dios, entonces el Altísimo se vería literalmente agobiado.

Varios maestros adoptan un nombre que no es el suyo propio y que difiere mucho de su pronunciación, dado que los nombres, recordémoslo, consisten en vibraciones de notas y armónicos, y si alguien se ve llamado por lo que es su propia combinación armónica de vibraciones, puede verse distraído grandemente de toda tarea que esté llevando a cabo en los momentos en que es llamado en esta forma.

El entristecerse indebidamente por quienes han «pasado de esta vida», les da la sensación de sentirse atraídos hacia este mundo. Es un caso muy parecido a lo que le pasa a una persona que se ha caído al agua y que se siente arrastrado al fondo por sus ropas empapadas y calzado pesante.

Consideremos de nuevo esa materia de las vibraciones, porque la vibración es la esencia de la vida sobre este mundo. Y, en realidad, en cualquiera y todos ellos. Todos conocemos, por un ejemplo muy sencillo, el poder de la vibración. Los soldados que marchan marcando el paso tienen que cesar de marcarlo y adoptar el llamado «paso de maniobra» — eso es, no acompasado sino libre y desordenado — al cruzar un puente, aunque se trate de un gran puente. El puente puede soportar el tráfico mecanizado más pesante; soportará el paso de una columna de tanques armados arrastrándose por él; puede aguantar un enorme peso de locomotoras, y no se desviará ni un punto más de lo que señale el peso de aquellos vehículos. Pero una columna militar marcando el paso hará oscilar y saltar el puente y en cierto momento derrumbarse.

Otro ejemplo de vibraciones nos lo proporciona un violinista; si con su arco hace resonar una determinada nota, causará una vibración en una copa de vino que hará estallar dicha copa con un fuerte ruido.

Los soldados ilustran uno de los extremos de lo que decimos a propósito de la vibración. Consideremos, ahora, la sílaba «Om». Si decimos «Om Mani Padmi Um» de cierta forma y lo vamos repitiendo durante unos minutos escasos, nos será posible engendrar una vibración de una fuerza fantástica. Así es que debemos recordar que los nombres tienen un gran poder y los que han pasado ya de esta vida no deben ser llamados indebidamente y nunca en momentos de tristeza o de pesar, ya que no tenemos derecho a obligarlos a sufrir y castigarlos por nuestros propios sufrimientos. ¿No han sufrido ellos ya bastante, por ventura?

Podemos extrañarnos de por qué venimos al mundo y sufrimos la muerte; pero la respuesta es que, con la muerte, nos refinamos; ya que el sufrir, cuando no es excesivo, nos ennoblece. También debemos pensar que en aproximadamente todos los casos, se dan ciertas excepciones, ningún hombre — ni mujer alguna — es víctima de sufrimientos o tristezas mayores de las necesarias para su refinamiento interior. Podéis daros cuenta de lo que decimos, pensando en alguna mujer que se desmaya de tristeza. El desvanecimiento es meramente una válvula de seguridad, para evitarle un sobrepeso de tristezas, de manera que nada llegue a perjudicarla de veras.

A menudo, una persona que ha soportado una gran pena, enmudece de dolor. En este caso, también, la mudez es una gracia otorgada a quien se queda y al que se ha ido para siempre. La mudez permite al perjudicado darse cuenta & su pérdida y así proseguir el proceso de refinamiento moral; pero, aun dándose cuenta de la magnitud de la pérdida, no se es atormentado en una forma insoportable.

La persona que ha dejado este mundo se ve protegida por la mudez del perjudicado, debido a que si no existiese tal mudez, el afligido, con sus llantos y lamentos, causaría grandes pesares y daños al que acababa de pasar de este mundo.

Estudiando a fondo el presente curso, teniendo fe en nosotros y en los Grandes Poderes de esta vida y de la venidera, también vosotros seréis capaces de entrar en contacto con los que han salido de este mundo. Es posible practicar lo que decimos, por medio de la telepatía; también a través de la clarividencia o también valiéndose de la «escritura automática». En esta última, con todo, hay que guardarse de las imaginaciones torcidas; hay que controlar la imaginación, de manera que el mensaje escrito, en apariencia subconsciente-mente, no emane de nuestra conciencia o de la subconsciencia, sino directamente de alguien que ya no está en nuestro suelo; pero que nos está viendo; mientras nosotros, por ahora, no podemos verle a él.

Tened buenas esperanzas; conservad la buena fe, ya que mediante ella podréis obrar milagros. Se ha escrito que la fe mueve las montañas. Y es bien cierto.

Lección vigésima sexta

Vamos a definir ahora lo que llamamos «Reglas del Honesto Vivir». Son reglas básicas, que representan una «obligación». A ellas, nosotros podremos añadir otras personales. Antes, sin embargo, hemos de establecer su sentido y examinarlas muy cuidadosamente, de manera que podamos penetrar las razones en que se fundamentan. He aquí los preceptos:

1. Haz lo que quieras que los demás te hagan a ti.
2. No juzgues al prójimo.
3. Sé puntual en todo lo que hagas.
4. No dispute de religiones, ni te burles de las creencias de los demás.
5. Observa tu religión y muestra una perfecta tolerancia por las creencias de tu prójimo.
6. Abstente de meterte en «magias».
7. Abstente de bebidas que embriaguen y de drogas.

¿No será, acaso, conveniente que echemos una mirada a todas esas reglas, una mirada con algo mayor detalle?

Decimos, por ejemplo: «Haz lo que quieras que los demás te hagan a ti». Claro, esto es suficiente si la persona se halla en sus cabales. En este caso, no querrá apuñalarse por la espalda, ni timarse a sí mismo ni autosobrecargarse de ningún modo. Vosotros debéis vivir bajo las normas de la «Regla de Oro», si tenéis que desear para vuestro prójimo lo mismo que desearíais de los demás para con vosotros. En otras palabras, haced a los demás lo que quisierais para vosotros. Con esto se arreglan las cosas. Esta forma de considerar nuestras obras para con el prójimo, es útil para nuestros tratos con las personas normales. Si alguien no puede aceptar vuestra pureza de pensamiento y de motivos, después de haberla soportado en silencio dos o a lo más tres veces, podréis prescindir de la presencia de este individuo. En el mundo del más allá no nos encontraremos con quienes son adversarios nuestros y no están en armonía recíproca con nosotros mismos. Por desgracia, tenemos, acá en el suelo, que convivir con gente lo más antipática a nuestra manera de ser; pero no es por elección, sino por pura

necesidad. Por consiguiente, tratemos a los demás como quisiéramos que los demás nos tratasen, y así vuestro carácter se encontrará en su puesto, y seréis como una luz brillante que ilumina a todos los hombres y mujeres. Se os conocerá como personas que hacen el bien, cumplen las promesas, de forma que si os veis defraudados, vuestro defraudador no obtendrá la menor simpatía del prójimo. Relacionado con esto debéis tener siempre presente que, aun los mayores defraudadores, no pueden llevarse un solo céntimo a la otra vida.

También se ha dicho: «No juzguéis al prójimo». Podéis encontraros en una situación parecida a la de aquella persona que habéis juzgado y condenado. Vosotros sabéis las circunstancias relativas a vuestros asuntos; pero nadie más las conoce; ni la persona más afín y cara a vosotros puede compartir los pensamientos de vuestra alma. Nadie, en este mundo por lo menos, puede estar en armonía perfecta con otra persona. Puede muy bien ser que vosotros estéis casados y muy felices con vuestra pareja. Pero aun así, aun en los matrimonios más felices, a veces uno de los dos puede hacer algo que resulte completamente desconcertante para su pareja. Muchas veces no es posible ni explicar los propios motivos.

«Que el que esté sin pecado, tire la primera piedra.» «No hay que lanzar piedras a los tejados de vidrio.» Son éstas sabias enseñanzas, porque nadie es inocente del todo. Si alguien fuese completamente puro, totalmente inocente, no permanecería en esta malvada Tierra donde vivimos. De forma que, diciendo que sólo el que es inocente puede tirar piedras, no habrá nadie que pueda tirarlas.

Nosotros, hablando claro, vivimos en un alto grado de confusión aquí en el suelo. Los hombres estamos aquí para aprender cosas; si no, no estaríamos y ocuparíamos lugares mejores en otras partes. Todos nos equivocamos en nuestros juicios. Quien es censurado por actos que no ha cometido, quien no obtiene en crédito por todas las cosas buenas que ha realizado en este mundo. ¿Qué importa? Más tarde, cuando abandonemos nuestra escuela de formación, nos hallaremos con que las cotizaciones de nuestros actos serán muy distintas. Dichas cotizaciones no serán en libras esterlinas, ni dólares, ni rupias, ni pesos. ¿Las cotizaciones? Entonces conoceremos los valores verdaderos. Así es que, abstengámonos de juzgar al prójimo.

La tercera ley «Ser puntual en todas las cosas que llevemos a cabo», puede más bien sorprendernos, pero es una norma lógica. Las personas proyectan hacer cosas; idean planes, y hay un tiempo para cada cosa distinta. Siendo impuntual, podemos alterar y perturbar los planes e ideas de otra persona. Faltando a la puntualidad podemos provocar el resentimiento de aquellos que nos han tenido que aguardar mucho tiempo y si provocamos el resentimiento y la decepción de aquéllos, puede ser que los agraviados vayan por un camino diferente del que nosotros habíamos proyectado. Más claro. significa que, siendo impuntual, podemos provocar el que una persona cambie sus primitivos planes, y, de ello, la responsabilidad es nuestra.

La puntualidad puede ser un hábito, igual como puede serlo la impuntualidad; pero la puntualidad es ordenada, disciplina nuestro cuerpo y nuestros espíritu y alma. La puntualidad denota el respeto de sí mismo, porque muestra que somos capaces de mantener nuestra palabra, y también denota respeto al prójimo, ya que ella es una de las causas de ser nosotros puntuales con los demás. Es una virtud, en suma, que acrecienta nuestra categoría mental y espiritual.

Hablemos ahora sobre religión. Por de pronto es un error burlarse de las creencias ajenas. Uno cree «esto»; el de más allá cree en «aquello». ¿Importa a qué llamamos Dios? Dios es Dios, sea como sea que le invoquemos. ¿Podemos opinar acerca de las dos caras de una moneda?

Por desgracia, la historia entera de la Humanidad está llena de malos pensamientos acerca de la religión. La religión, que sólo puede inspirar buenos pensamientos.

Insistimos en lo que se dijo sobre la religión en la regla número *5;* porque hemos dicho que cada cual debe guardar su propia religión. Raramente es de sabios mudar la religión propia. Mientras estamos sobre este mundo, nos encontramos en medio del torrente de la vida, y no es de sabios el cambiar de caballerías en el centro de una corriente como es la presente vida.
La mayor parte de las personas viene a este mundo con un cierto plan dentro de sus cabezas. Para muchos de entre ellos, este plan acarrea nuestras creencias bajo el signo de una religión, o en cierta rama o forma de aquélla, y si no es por las más fuertes entre las más poderosas razones, no es de sabios el cambiar de fe religiosa.

Asimilamos la religión como la lengua materna cuando somos jóvenes. Tanto como nos es difícil el aprender un idioma cuando ya somos mayores, lo es también captar los matices de una fe religiosa distinta.

Igualmente es malo intentar influir en otra persona para que cambie de fe religiosa. Lo que se adapta a unos no se adapta luego a otras personas. Recordemos la regla núm. 2, y no juzguemos a los demás. No podemos juzgar. Nos es imposible determinar cuál religión podría convenir a otra persona. Para ello, nos sería preciso poder meternos dentro de su piel, de su mente, de su alma. Siéndonos esto imposible, debe ser considerado poco sabio el burlarse de los sentimientos religiosos de otras personas. Así como debemos tratar al prójimo como deseamos ser tratados, debemos manifestar una plena tolerancia para que los demás crean y practiquen como ellos piensen. Si a nosotros nos molesta que otros se entrometan con nosotros, debemos reconocer que, a nuestro prójimo, le sucederá lo mismo.

La regla número 6 «No practicar la magia» se funda en que toda magia puede ser perjudicial. Hay muchísimas cosas, en materia de ocultismo, que pueden perjudicar enormemente a quien las estudia sin guía alguna.

Ningún astrónomo mirará nunca el Sol a través de un potente telescopio sin haber antes adoptado las mayores precauciones; concretamente, de haber instalado los filtros adecuados ante la lente. Aun el último de los astrónomos conoce que mirando el Sol a través de un potente telescopio sin adoptar las debidas precauciones equivale a quedarse irremisiblemente ciego. De muy parecida manera, manipular en materias ocultas, sin el correspondiente entrenamiento, puede llevar a un desastre nervioso, y conducir al temerario hacia los más desagradables síntomas de insania.

Somos radicalmente enemigos de practicar ejercicios de yoga oriental y empeñarse en torturar un pobre cuerpo occidental sumiéndolo en alguna de sus posturas. Tales ejercicios están calculados para cuerpos orientales que han sido instruidos en esas posturas desde sus más tiernos años; puede perjudicar enormemente el pretender efectuar complicadas contorsiones precisamente a título de ejercicios yogas. Estudiemos ocultismo por todos los medios; pero con sensatez y siguiendo una buena guía.

No aconsejamos a nadie a «comunicarse con los difuntos» o llevar a cabo otros notables experimentos de este tipo. Pueden hacerse, naturalmente, y se practican todos los días: pero se trata de cosas absolutamente dolorosas por ambas partes, a no ser que dichas expetiencias se lleven a cabo bajo la supervisión competente de una persona enterada.

Varias personas buscan en el diario su propio horóscopo del día. Algunas de éstas, desgraciadamente, se toman los horóscopos absolutamente en serio y arreglan su vida bajo

aquellos modelos. Todo horóscopo será vano y perjudicial, como no sea preparado de acuerdo con la fecha exacta del natalicio del consultante y estudiado por un buen astrólogo. El costo de dicha consulta deberá forzosamente ser alto, porque, dejando de lado el considerable cúmulo de estudios y conocimientos requerido, la preparación del horóscopo requiere cl tiempo, enormemente largo, que la confección de los cálculos indispensables requiere. No basta con buscar los signos del Sol y de la Luna, el color del pelo, y si uno de los dedos del pie mira hacia arriba o hacia abajo. No se puede calcular nada con toda exactitud si no se tienen los datos exactos y el entrenamiento suficiente para estudiarlos. De forma que si no se conoce al astrólogo que tenga el aprendizaje, la paciencia y disponga del tiempo preciso y, no menos importante, no se disponga del dinero abundante que dicho estudio requiere, si se deben pagar las horas y el grado de competencia del astrólogo en cuestión, aconsejamos al lector que no se meta en astrologías. Pueden perjudicarle mucho. En vez de ello, vale más que estudie únicamente lo que es puro e inocente como — lo decimos con la debida modestia — lo es este curso que es, al fin y al cabo, nada más que una exposición de leyes naturales, leyes que se relacionan incluso con el respirar y el caminar.

La última de las normas que hemos enunciado es «Abstenerse de bebidas embriagadoras y de toda clase de drogas». Ya hemos hablado lo suficiente durante este curso del peligro que representa el arrastrar, quiera o no quiera, el astral fuera de nuestro cuerpo físico y, por decirlo así, atontarlo.

Las bebidas que emborrachan perjudican a nuestra alma; deforman las impresiones que se nos transmiten a través de la Cuerda de Plata y deterioran el mecanismo de nuestro cerebro que, recordémoslo, es una estación receptora y transmisora relacionada con el manejo de nuestro propio cuerpo y la recepción de conocimientos procedentes del mundo exterior.
Peores son aún las drogas, porque, además del daño que nos producen, forman siempre un hábito en nosotros. El que se droga, al momento abandona todo aquello a que aspira en su vida y dando paso a las falsas delicias de las bebidas que emborrachan y de las drogas, se va uno fabricando el camino que le llevará a una vida tras otra sobre nuestro suelo terrenal hasta que haya cumplido con su kharma, que esa costumbre estúpida la habrá infligido.

Toda existencia tiene que ser ordenada. Tiene que obedecer a una disciplina. Una creencia religiosa, si uno consigue adherirse a ella, es una forma útil para la disciplina espiritual. Se ven por todas partes pandillas de menores de los veinte recorriendo las ciudades. Con la segunda Guerra Mundial se han aflojado los lazos familiares; tal vez el padre fue a la guerra y la madre trabajaba en una fábrica, con el resultado que la juventud, la chiquillería impresionable, jugaba por las calles sin ninguna vigilancia de alguien que fuese adulto. La adolescencia muelle se agrupaba en bandas; éstas organizaban su propia disciplina, la del bandidaje. Creemos que, hasta que se restablezca la disciplina de los padres y la disciplina de la religión, la criminalidad de los menores de veinte años no hará sino ir en aumento. Si nosotros poseemos una disciplina mental, estamos en situación de dar un ejemplo a todos aquellos

que no la poseen. Porque, recuérdese, la disciplina es lo esencial. Ella distingue una tropa bien disciplinada de una desorganizada patulea.

Librodot

LECCIÓN VIGÉSIMA SÉPTIMA

Ahora vamos a poner en primera línea a nuestro viejo amigo el subconsciente, por cuanto la relación entre lo consciente y lo subconsciente nos brinda una explicación de como trabaja el hipnotismo.

Los seres humanos, en realidad, somos dos en uno. Uno de estos dos es una persona pequeña — la novena parte de la corpulencia de su compañero ***—;*** una persona pequeña, pero a quien le gusta entrometerse, hacerse el amo, controlar. La otra persona — el subconsciente — se parece a un amable gigante sin poder razonador; porque la mente consciente posee razón y lógica; mas no memoria, al paso que la mente subconsciente no puede usar de razón y lógica, pero es el asiento de nuestra memoria. Todo cuanto ha sobrevenido a una persona, incluso cosas que han ocurrido antes del nacimiento, se guarda dentro del subconsciente de aquélla; bajo un determinado tipo de hipnosis, esta memoria puede ser puesta a disposición de otras personas.

Podemos decir — por vía de comparación — que el cuerpo, tomado en su conjunto, puede ser representado como una gran biblioteca. En su cabeza y en el pupitre principal está una bibliotecaria. Su virtud principal consiste en que, aunque no sepa gran cosa sobre las distintas materias, conoce al instante aquellos libros que contienen la información que nos interesa. Es partidaria de que los lectores llenen las papeletas y entonces les pone a la disposición el libro que aquéllos desean. Las personas son igual. La mente consciente posee una capacidad de razonamiento **—** muy a menudo inexacto —, y es capaz de ejercitar una forma lógica; pero carece de memoria. Su fuerza está en que cuando se la educa debidamente es capaz, sabe excitar al subconsciente de forma que este último le proporcione información que tiene almacenada en sus archivos de la memoria. Entre la mente de la subconsciencia y la de la conciencia, *hay* lo que podríamos llamar tabique que bloquea toda información y la intercepta de mente consciente. Esto prueba que nuestro consciente no p~ de estar investigando, siempre, dentro de la subconsciencia. Ello es, naturalmente, absolutamente necesario, porque, de ser así, el uno podría contaminar al otro. Hemos afirmado q el subconsciente posee memoria, mas no razón. Está claro que si la memoria pudiese combinarse con la razón, entona algunas facetas de nuestra información quedarían deformadas por el subconsciente, ya que éste, mediante el poder racionar, podría decir acaso: «¡Bah, esto es ridículo! No posible. He interpretado mal los hechos. Vamos a cambiar los registros de la memoria». De modo que el subconsciente está privado de razón, mientras que el consciente lo es de memoria.

Hemos de tener bien presente un par de reglas:

1.La mente subconsciente carece de razonamiento; de forma que sólo puede actuar mediante una sugestión que se le haga. Sólo puede retener en la memoria todo lo que se estable en ella, tanto si es cierto como si no lo es. No puede evaluar si una determinada información es verdadera o falsa.

2. La mentalidad consciente sólo se puede ocupar de un idea en un determinado lapso de tiempo. No os costará nada el daros cuenta de que continuamente estamos recibiendo impresiones, formando impresiones, fabricando opiniones, viendo y escuchando cosas, tocándolas; de modo que si no existiese ninguna protección de nuestro subconsciente, todo ello nos invadiría y nos embrollaría nuestra memoria con informaciones inútiles y a menudo

incorrectas. Entre el subconsciente y la conciencia hay, pues, un telón que impide e paso de todas esas materias que deben ser examinadas por nuestra conciencia antes que no puedan pasar al subconsciente y nutrirlo. Nuestra mente consciente, pues, limitándose considerar una cosa única en cada momento determinado selecciona el pensamiento que le parece más importante y lo examina, aceptándolo o rechazándolo, a la luz de la razón o de la lógica.

Vosotros podéis argüir que eso no puede ser así, porque personalmente sois capaces de pensar tres o cuatro cosas a la vez. Pero el caso no es así; el pensamiento es un proceso rapidísimo y está plenamente demostrado que éste cambia más de prisa que un relámpago, de modo que aunque a vuestra conciencia le haga el efecto de que pensáis dos o tres cosas a la vez, una cuidadosa investigación de los hombres de ciencia prueba que sólo un pensamiento determinado puede ocupar vuestra atención durante un tiempo determinado.

Tenemos que precisar que, como ya hemos establecido completamente, los «bancos de la memoria» del subconsciente poseen un conocimiento de todo cuanto ha sucedido a este su cuerpo particular. Este suelo o pantalla conscientes previenen la entrada de la información; todo desemboca en la memoria del subconsciente; pero la información que debe ser desmenuzada por el razonamiento lógico es devuelta atrás hasta el momento en que se la evalúa.

Veamos ahora el modo de funcionar del hipnotismo.

Nuestra mente del subconsciente no está dotada de ningún poder discriminador, ni razonador, ni lógico; de modo que, si podemos hacer pasar, forzándola, a través de la pantalla que normalmente existe entre la conciencia y el subconsciente, una sugestión cualquiera, obtendremos que el subconsciente se comporte como necesitamos nosotros. Sí concentramos nuestra atención consciente sobre un solo pensamiento. entonces aumenta la sugestibilidad. Si ponemos dentro del pensamiento de una persona que ella será hipnotizada, y ella cree que lo será, entonces las cosas sucederán como habréis dicho, ya que la pantalla se habrá bajado. Varias personas presumen de que no podrán ser hipnotizadas; pero su pretensión es tal vez algo vana. Negando su posibilidad de caer en la hipnosis, no harán sino intensificar su capacidad de ser hipnotizados. En una batalla entre la imaginación y la voluntad, como dijimos, la primera siempre vence. Las personas no quieren caer bajo el hipnotismo. Entonces es cuando la imaginación se levanta y les dice: «Tú querrás lindamente ser hipnotizado». Y entonces el sujeto «sucumbe» casi un momento antes de verse hipnotizado.

Naturalmente, conocéis cómo se hipnotiza a una persona. puede perjudicarnos, pienso, volver a mencionarlo de nuevo. La primera cosa que hay que hacer es hallar el método de atraer la atención del que va ser hipnotizado, de forma que su mente consciente, que sólo puede atender a un pensamiento a cada momento dado, se sienta cautiva y así sugestiones puedan deslizarse absolutamente dentro del subconsciente.

Casi siempre el hipnotizador emplea un botón brillante o trozo de vidrio o cualquier otra pieza de bisutería, y pide al sujeto enfocar conscientemente su atención seguida sol el tal objeto. El verdadero objeto de todo eso, lo repetimos, distraer la mente consciente para que no pueda percibir los determinados trabajos que se realizan a su espalda.

El hipnotizador tiene que presentar un objeto exactamente al nivel de la vista del hipnotizado, ya que mirando por encima de este nivel los ojos de la persona tienen que estar en una posición innatural de esfuerzo. Éste cansa los músculos de los ojos y de los párpados por un igual, y estos músculos son los más débiles del cuerpo humano, que se fatigan más pronto que cualquier otro.

Al cabo de unos segundos, los ojos se fatigan y empiezan lagrimear. Entonces es muy sencillo para el hipnotizador comprobar que los ojos del sujeto están cansados y la persona quiere dormir. Naturalmente, necesita cerrar los ojos porque el hipnotizador ha fatigado esos músculos. Repitiendo al sujeto, con mortal monotonía, que los ojos están cansados, destruye la guardia — la desconfianza — del sujeto. Éste se halla francamente fatigado por todo el conjunto de este proceso y piensa que se sentiría dichoso de tener algo nuevo para hacer.

Cuando esto se ha repetido unas pocas veces, la sugestibilidad del sujeto ha sido aumentada, esto es, se le forma el hábito de verse influenciado hipnóticamente. Así, cuando alguien — el hipnotizador — dice que los ojos del sujeto se van sintiendo fatigados, éste lo acepta sin la más ligera duda No ya que las experiencias previas han probado que los ojos se fatigan bajo estas condiciones. De este modo, el sujeto va prestando una fe aumentada en las afirmaciones del hipnotizador.

La mentalidad subconsciente está desprovista de sentido crítico y no tiene facultades discriminadoras, de forma que si la mentalidad consciente puede aceptar la proposición de que los ojos se van cansando, a medida que el hipnotizador lo repite, igualmente el mismo subconsciente admitirá que no existe la menor molestia cuando el hipnotizador lo afirme. En este caso, un hipnotizador que conozca su oficio podrá ver cómo una mujer tiene un hijo sin dolor alguno en el que parto, o un paciente sufre una extracción dental sin dolor ni sufrimiento alguno; ni tan sólo una molestia. Es una materia muy sencilla, que sólo requiere una ligera práctica.

La realidad del caso es que cuando una persona se deja hipnotizar, hace suyas las afirmaciones del hipnotizador. Dicho de otro modo, al sujeto se le ha dicho que sus ojos se tos sentían cansados. Se le ha dicho, por el hipnotizador, que se sentiría mucho mejor cerrándolos; y así ha sido en efecto.

El hipnotizador tiene que estar bien seguro de que todas sus afirmaciones son absolutamente creídas por la persona que va a ser hipnotizada. Es inútil decir a una persona que está de pie cuando es obvio que está tendida sobre una cama. Muchos hipnotizadores sólo hablan de una cosa al sujeto después que ésta se halla probada. Por ejemplo:

El hipnotizador ordenará al hipnotizado que extienda el brazo completamente. Lo repetirá con voz monótona durante algún tiempo y cuando nota que el brazo del sujeto empieza a sentirse cansado le dirá: «El brazo se le cansa, cada vez le pesa más. El brazo se le cansa». El sujeto estará realmente de acuerdo, porque le es evidente por sí mismo que se va cansando cada vez más; pero en su ligero estado hipnótico incapaz de soltar al hipnotizador: «Vaya una tontería. ¡Cómo no voy a estarlo si me obliga a continuar siempre así!**.** En vez de esto, cada vez está más convencido del poder hipnotizador; poder que le obligará a hacer cuanto éste ordene.

En el futuro, puede muy bien ser que los médicos y cirujanos se sirvan progresivamente de medios hipnóticos, ya que ¿s no dejan rastros, no son dolorosos y no causan pertubaciones posteriores. El hipnotismo es natural y casi todas personas son capaces de dar órdenes hipnóticas. Cuanto una persona se envanezca de no poder ser hipnotizada más fácil será de hipnotizarla.

No nos interesa el hipnotismo en otros casos que los tratados, ya que, fuera de manos buenas y ejercitadas, puede ser una cosa mala y altamente perjudicial. Nos interesa ayudar al lector, para que pueda hipnotizarse a sí mismo, ya que practicándolo puede desprenderse de sus malos hábitos, curar su debilidad, elevar la propia temperatura en tiempo frío y practicar una

serie de cosas útiles por el estilo.

No enseñamos a hipnotizar a los demás, porque lo consideramos peligroso, a menos que se tengan años de experiencia. Existen algunos factores sobre el hipnotismo que mencionaremos luego, y en la lección siguiente trataremos del auto-hipnotismo, o sea hipnotismo de uno mismo.

Es corriente en Occidente sostener que nadie puede ser hipnotizado de una forma instantánea. Esto no es exacto. Toda persona puede ser hipnotizada repentinamente por alguien formado por ciertos métodos orientales. Por suerte son pocos los occidentales que han sido formados en estas prácticas.

También se afirma que nadie, una vez hipnotizado, puede verse compelido a ejecutar cosas contra su código moral personal. También esto es falso de toda falsedad.

Nadie, eso sí, puede ordenar a una persona de buena vida y sanas costumbres, diciéndole: «Ahora, sal a la calle y vete a robar en un banco». El sujeto no querría obedecer la orden y despertaría al instante, en vez de ejecutar la orden. Pero un hipnotizador astuto puede manejar sus frases y sus mandamientos de forma que el hipnotizado crea que está tomando parte en una representación teatral, o en un juego.

Es posible, por ejemplo, que un hipnotizador haga hacer cosas muy culpables a la persona hipnotizada. Toda la táctica consistirá en ordenar cosas hacederas por medio de palabras y de sugestiones. Se persuadirá a la persona — mujer o varón — que está con el ser amado, persona de confianza o, como antes, en una representación o en un juego. No queremos confirmar por cuanto el hipnotismo es, con toda certeza, una cosa fuertemente peligrosa si se halla en manos sin escrúpulos o poco hábiles. Aconsejamos que no se tenga le nada que ver con prácticas hipnóticas, como no sea bajo el tratamiento de un reputado, altamente experimentado y entrenado facultativo médico cargado de experiencia.

Continuando nuestros siguientes consejos sobre el auto-hipnotismo (hipnotismo de sí mismo), de acuerdo con nuestras indicaciones, no nos podemos dañar ni a nosotros mismos ni a nuestro prójimo, al contrario, podemos hacer un gran bien
a nosotros mismos y a los demás.

LECCIÓN VIGÉSIMA OCTAVA

En la lección anterior y, realmente, a través de todo este curso, hemos visto cómo cada uno de nosotros es, en realidad dos personas en una; de las cuales, una de ellas es el y subconsciente y la otra, el yo consciente. Es posible hace que trabaje la una para la otra, en vez de formar dos seres separados casi por completo y llenos solamente de sí mismos el ser subconsciente es quien almacena todo conocimiento el custodio de los registros de la biblioteca de nuestra cabeza. El ser subconsciente puede ser comparado con una persona que nunca sale de su casa ni hace nada como no sea almacenar conocimientos y hacer cosas por medio de órdenes dadas a otras personas.

La mente consciente, por otro lado, puede ser comparada a una persona sin memoria o de muy corta memoria y escasa formación. Es activa, saltarina, pasando de una cosa a la otra y utilizando al subconsciente como un medio de obtener información. Desgraciadamente, o lo que sea, el subconsciente no es del todo accesible a todos los tipos del saber. Muchas personas, por ejemplo, no conocen el día en que nacieron, si bien todo se halla almacenado en el subconsciente. Incluso, por medios adecuados, es posible hacer retroceder la memoria de una persona hipnotizada y, aunque éste sea un muy interesante experimento, no tenemos ningunas intenciones de tratar ampliamente de él aquí, en estas líneas.

Explicaremos, como cosa interesante, que se puede hipnotizar a una persona sobre una serie de conversaciones y hacerla retroceder a épocas cada vez más antiguas de su existencia de manera que se llegue al nacimiento de ésta y aun se alcancen épocas anteriores a éste. Incluso podemos ponernos en contacto con una persona en el tiempo en que ésta proyectaba cómo volver de nuevo a la Tierra.

Pero el propósito de la presente lección es el de ver de qué manera podemos hipnotizamos a nosotros mismos. Todo el mundo sabe que una persona puede ser hipnotizada por otra; pero, en este caso, tenemos que hipnotizamos a nosotros mismos, ya que muchas personas sienten una clara aversión a ponerse literalmente a la merced de uno de sus semejantes debido a que, si bien en teoría no puede causarse ningún daño por parte de un hipnotizador que sea una persona de una alta calidad moral, también es cierto que, exceptuando circunstancias excepcionales, se suelen dar ciertas transferencias de personalidad.

Una persona que ha sido hipnotizada por otra, es siempre más susceptible de sucumbir a los mandatos hipnóticos de esta última. Por esta razón personalmente no recomendamos a nadie la hipnosis. Tenemos la impresión de que antes de que se haya perfeccionado para los usos médicos, es preciso que se efectúe con algunas precauciones adicionales; por ejemplo, en todo caso, habrá un par de practicantes médicos presentes. También veríamos con aprobación que se dictase una ley que dispusiese que todo hipnotizador tiene que ser previamente hipnotizado, para persuadirle de que no puede causar daño alguno a la persona que va a hipnotizar. Y también quisiéramos que todo hipnotizador fuese a su vez hipnotizado en este sentido cada tres años para que de esta forma se renovase la seguridad de sus futuros pacientes; ya que, de otro modo, el paciente se halla simplemente a la merced de su hipnotizador. Esto, pese a que proclamemos que la mayoría grandísima de los que practican el hipnotismo son honrados y decentes a carta cabal. Pero, sin embargo, no hay garantía para el paciente de no toparse con alguna oveja negra, que es bien negra, en efecto.
Tratemos ahora del arte de hipnotizarse el paciente a sí mismo. Si se estudia esta lección

Librodot

como es debido, el lector se hará dueño de una llave que le servirá para abrir el paso a poderes insospechados y posibilidades para su persona. Si no se estudia lo que vamos a indicar, con la atención debida, habremos perdido nuestro tiempo.

Aconsejamos que se vaya a la habitación y que se cierre bien las cortinas (o postigos, en España). Mas, por encima de nuestros ojos instálese una débil lucecita del tipo de lámpara nocturna. Hay que apagar todas las luces, excepto la indicada, que debe estar instalada de forma que los ojo! tengan que mirar ligeramente hacia arriba, más que directamente enfrente.

Después de apagadas todas las luces, excepto la pequeña de neón que hemos dicho, debemos acostarnos en la cama en la posición más cómoda posible. Por unos breves instantes tenemos que permanecer quietos, respirando lo más acompasadamente posible y dejando vagar nuestras ideas. Entonces, poco después de un minuto o un par de divagación, concentrémonos en nosotros mismos y decidamos resueltamente que tenemos que distendemos. Digámonos a nosotros mismos que tenemos que distender todos los músculos de nuestro cuerpo. Pensemos en los dedos de nuestros pies; concentrémonos en ellos. Es preferible empezar por el dedo del pie situado más a la derecha. Imaginémonos que nuestro cuerpo es una ciudad grande; imaginémonos que tenemos poca gente ocupando cada celda de nuestro cuerpo, o absolutamente nadie. Estas pocas personas se ocupan de nuestros músculos o tendones, y de quien se preocupa de las necesidades de dichas celdas y que provoca en ellas el hormigueo de la vida. Pero ahora deseamos distendemos; no necesitamos todos estos pequeños personajes rezongantes que nos distraigan con sus zumbidos, ora aquí, ora allá. Concentrémonos primero en los dedos del píe derecho y ordenemos a estos pequeños personajes que se callen y estén quietos; después hacedlos subir por el pie, luego por el empeine, luego por el tobillo; después, arriba por las pantorrillas subiendo hasta la rodilla.

Detrás de estos personajillos, vuestro pie derecho se hallará distendido, sin vida, completamente relajado porque en él no hay nadie ni nada que le haga sentirse, habiéndose alejado todos los pequeños personajes y abandonado vuestro pie.

Vuestra pantorrilla derecha se halla relajada, ninguna sensación hay en ella; vuestra pierna derecha, en realidad, se encuentra inerte, embotada, sin sensación alguna, relajada del todo. Haced marchar a los pequeños habitantes, todo el camino ascendente hasta vuestro ojo derecho, y aseguraos de que el policía destacado por aquel camino ponga, a través de la carretera, unas barreras para que nadie pueda colarse hacia atrás. Vuestra pierna derecha, pues, desde los dedos del pie hasta la cadera se halla completamente relajada.

Aguardad un momento, aseguraos que es así. Y entonces ocupaos de la pierna izquierda. Imaginaos, si os gusta, que ha sonado la sirena de una fábrica y que todos los trabajadores salen de prisa del trabajo, abandonando sus máquinas en busca del descanso del hogar. Imaginad también que allí les aguarda una bien guisada cena. Dadles prisa para que se marchen por el empeine del pie, por el tobillo, a lo largo de la pantorrilla hacia la pierna. Después de esto, los dedos del pie izquierdo, el pie y la parte baja de la pierna estarán relajados del todo, como si ya no fuesen vuestros.

Haced caminar a todo este personal arriba por la rodilla, así como con el pie derecho. Como en el caso anterior, procurad que un guardián vaya poniendo vallas para que nadie se escape otra vez hacia abajo.

¿La pierna izquierda está del todo relajada? Aseguraos de ello. Si todavía no lo está, dad las

órdenes que precisen a los hombrecillos, hasta que consigáis que ambas piernas se hallen desiertas, al igual que una fábrica vacía, donde todos se han ido a sus casas, y no queda nadie que pueda estorbar o meter ruido. Vuestras piernas se encuentran relajadas. Ahora, practicad lo mismo con vuestra mano y brazo derechos y el brazo y la mano izquierdos. Enviad a todos los trabajadores a fuera, que se marchen como un rebaño de ovejas moviéndose deprisa cuando un perro conocedor de su oficio las acorrala. Vuestros propósitos son los de expulsar a vuestros hombrecitos de los dedos, de la palma de la mano, de la muñeca, del antebrazo, más allá del codo; hagámoslos marchar, que se vayan, necesitamos relajarnos, ya que si lo llegamos a lograr nos veremos libres de toda distracción y libres de todas las sensaciones corporales, podremos abrir la cerradura de nuestro subconsciente y entonces seremos dueños de poderes y de conocimientos que suelen concederse normalmente al ser humano. Vosotros debéis tomar vuestra parte en la tarea, tenéis que expulsar a los hombrecillos fuera de vuestros miembros corporales, moviéndolos, echándolos del cuerpo.

Una vez se haya obtenido dejar nuestras piernas y brazos completamente relajados, como si se tratase de un poblado vacío cuando todo el mundo se ha marchado para ir a ver un partido local, haced lo propio con vuestro cuerpo. Vuestras caderas, vuestra espalda, el estómago, el pecho, absolutamente todo. Estos minúsculos habitantes ahora os estorbarían. Pese a que os son necesarios para conservar la vida dentro de vosotros, en la ocasión presente tenéis que darles vacaciones Continuad empujándoles, ponedlos en marcha a lo largo del Cordón de Plata, expulsadlos de vuestro cuerpo; libraos de su influencia irritante; entonces os veréis relajados del todo, por completo, y experimentaréis una paz interior que jamás hubieseis creído posible.

Con todos esos pequeños personajes encaminados por el Cordón de Plata, y vuestro cuerpo vacío — drenado de estas gentes minúsculas —, aseguraos que haya guardianes situados al cabo de dicha Cuerda, de modo que ningún duendecillo pueda colarse y crear molestias.

Respirad, luego, muy hondo; aseguraos de que es un lento, profundo y satisfactorio respiro. Aguantad la respiración durante unos segundos, y dejadla salir, poco a poco, en unos cuantos segundos más. No tiene que haber ningún esfuerzo, tiene que ser fácil, cómodo y natural.

Repetid la operación. Respirad profundamente, con un hondo, lento y satisfactorio respirar. Aguantadlo por unos segundos y oiréis que vuestro corazón late en vuestro pecho:

«bum, bum, bum», dentro de vuestros oídos. Entonces soltad la respiración muy poco a poco. Decíos a vosotros mismos que tenéis el cuerpo completamente relajado, que os sentís agradablemente ligeros y a vuestras anchas. Decíos a vosotros mismos que cada músculo, dentro vuestro, se halla distendido; los músculos del cuello flexibles, sin tensión dentro de vosotros; sólo soltura, comodidad y relajación en vuestro interior.

Vuestra cabeza cada vez os pesa más. Los músculos de vuestro rostro ya no os preocupan. No hay tensión; estáis relajado y tranquilo.

Contempláis vuestros pies distraídamente, así como vuestras rodillas y caderas. Decíos a vosotros mismos, qué placer es el de sentirse tan distendido; sin experimentar ninguna tirantez sin nada de tensión en los brazos, el pecho ni la cabeza. Permanecéis tranquilos y cómodos por completo, y cada parte, cada músculo, cada nervio y tejido de vuestro cuerpo está completa y plenamente relajado.

Tenéis que cercioraros de que os encontráis absolutamente relajados antes de hacer el menor ejercicio de autohipnosis, porque sólo la vez primera vez o ésta y la segunda pueden causaros una sombra de duda. Después que lo habréis practicado una o dos veces, todo os parecerá tan natural, tan sencillo, que os extrañaréis de no haberlo practicado con anterioridad. Id con cuidado esas dos veces primeras, despacio — no hay necesidad de ninguna prisa —; habéis vivido toda vuestra vida sin conocer el estado hipnótico, que unas cuantas horas de más o de menos no tienen ninguna importancia. Hacedlo cómodamente, sin esfuerzos, no os obstinéis, porque una obstinación por vuestra parte facilitaría las dudas, vacilaciones y la fatiga muscular, que dificultarían la consecución de vuestro objeto.

En el caso de que encontréis que una de las partes de vuestro cuerpo no se halla relajada, prestad una atención particular al caso. Imaginaos que hay en aquella parte de vuestra persona unos trabajadores extraordinariamente conscientes que tienen que terminar un trabajo específico antes de que se acabe el día. En tal caso. instadlos a marcharse. No hay trabajo más importante que el que estáis realizando. Es indispensable que os relajéis, para vuestro bien y el de aquellos « trabajadores».

Entonces, cuando estéis bien seguros de que estáis relajados por todo el cuerpo, levantad vuestra mirada, de forma que podáis ver aquella pequeña lamparita de neón brillando casi exactamente sobre vuestra cabeza. Levantadlos, de manera que se produzca una ligera tensión en los ojos y los párpados cuando miréis la luz. Continuad mirando la lucecita; es una delicada, pequeña mancha de luz; os hará caer en somnolencia. Dedos a vosotros mismos que necesitaréis cerrar los ojos cuando habréis contado hasta diez. Contad así: «Uno, dos, tres (mis ojos se sienten cansados). Cuatro. (Sí; siento que me duermo.) Cinco (apenas puedo tener los ojos abiertos). Y por este camino llegaréis hasta nueve. (Mis ojos se cierran fuertemente.) Diez (mis ojos se cierran absolutamente; no puedo abrirlos)».

El objeto de todas estas operaciones es que necesitáis establecer un definitivo reflejo condicionado, de manera que en futuras sesiones de autohipnotismo no se os presente la menor dificultad, ni os sea preciso el perder tiempo en todo este proceso de relajamiento. Todo cuanto os será preciso se reducirá a contar, e inmediatamente os quedaréis dormido en un estado hipnótico. Éste es el objeto que tenemos que procurar alcanzar.

En la práctica, algunas personas experimentarán algunas dudas, y sus ojos no querrán cerrarse al contar diez. Mas, no hay por qué preocuparse, ya que, si vuestros ojos no quieren cerrarse voluntariamente, entonces no hay más que cerrarlos deliberadamente como si estuvieseis por voluntad propia en estado hipnótico. Obrando de esta manera se establecen las bases del futuro reflejo condicionado. Y esto es lo esencial.

En resumen, tenéis que decir algo por el estilo — las palabras no deben ser exactamente las mismas —. Damos la fórmula aproximada:
«Cuando habré contado hasta diez, mis párpados deberán sentirse muy pesados y mis ojos, fatigados. Tendré que cerrar mis ojos, y después de haber contado hasta diez no los volveré a abrir por nada de este mundo. En el momento en que mis ojos se cierren, tendré que caer en un estado de absoluta autohipnosis. Tengo que permanecer consciente, conocer y escuchar cuanto acontece, y estar capacitado para controlar mi mente subconsciente como me sea preciso.»

Entonces, hay que contar como dijimos antes: «Uno-dos:

Mis párpados me pesan extraordinariamente; mis ojos se cansan. Tres: Me cuesta el tener mis ojos abiertos. Nueve: No puedo tenerlos abiertos. Diez: Mis ojos están cerrados y yo, en

estado de autohipnotismo.»

Nos vemos obligados a poner punto final a esta lección, por su misma importancia. Tenemos que terminarla, para que los discípulos tengan más tiempo de dedicarse a las prácticas. Si extendiésemos más esta lección, dedicaríamos demasiado tiempo a la lectura, y poco a la tarea de asimilar sus nociones. De modo, ¿que vais a estudiarla insistentemente? Os aseguramos encarecidamente que si os aplicáis en asimilarla y en practicarla, obtendréis seguramente más que maravillosos resultados.

LECCIÓN VIGÉSIMA NOVENA

En la lección anterior tratábamos del método de ponernos nosotros mismos en estado hipnótico. Ahora nos falta practicarlo varias veces. Lo podrá facilitar si lo practicamos a fondo, de manera que podamos entrar en estado de trance con facilidad, sin que nos sean precisos grandes esfuerzos; porque todo el meollo de la cosa consiste en evitar cualquier trabajo excesivamente duro.

Miremos antes a qué razón obedece nuestra práctica del auto-hipnosis. ¿Nos urge autohipnotizarnos para eliminar ciertas faltas nuestras, de forma que nos sea posible reforzar ciertas virtudes, ciertas capacidades nuestras? ¿Qué capacidades? Tenéis que ser dueños, antes, de enfocar con toda claridad vuestras faltas y vuestras virtudes individuales. Tenéis que ser capaces de construir un retrato de vosotros mismos, tal como quisierais ser. ¿Sois débil de voluntad, acaso? Haced, pues, vuestro retrato de cómo necesitáis ser, dotados de una fuerte voluntad y de una personalidad dominante; capaz de imponer vuestros puntos de vista; hábil en conducir a hombres y mujeres por el camino en que querráis conducirles.

Reflexionad en este «nuevo yo». Mantened el retrato de este yo firmemente ante vosotros, como hacen los actores — las estrellas — que procuran vivir el papel que tienen que representar. Podéis utilizar vuestras facultades de visualización; cuanto más consigamos visualizar nuestro yo en perspectiva, más rápidamente alcanzaremos nuestro objetivo.

Continuidad vuestras prácticas, autohipnotizándoos Pero, aseguraos de hacer estas prácticas en una habitación tranquila y a oscuras.

No hay ningún peligro en ello. Insistimos en que hay que «asegurarse de que no nos veremos interrumpidos en nuestras prácticas», ya que cada interrupción, o corriente de aire frío, por ejemplo, pueden ocasionarnos que despertemos y se disipe rápidamente nuestro estado hipnótico. No hay, sin embargo, peligro en ello. Lo repetimos, no es posible en modo alguno que fallemos en el querer hipnotizamos a nosotros mismos. Para tranquilizar al lector, explicaremos un caso típico.

El paciente tiene un montón de práctica adquirida. Se va a su habitación oscura, enciende la pequeña lámpara de neón, al nivel de sus cejas, y se tiende cómodamente sobre su cama o sofá. En algunos momentos distiende su cuerpo, libre de tensiones y sensaciones.

No tarda en sentir una impresión maravillosa sobre toda su persona, como si todo el peso de su cuerpo y las preocupaciones se disipasen y él se encontrase en el linde de una vida nueva. Se relaja progresivamente, buscando tranquilamente si algún músculo se halla en tensión, si siente alguna crispación, dolor o impulso en alguna parte del cuerpo. Satisfecho de verse por completo relajado, mira con insistencia la lucecita de neón, con los ojos inclinados hacia arriba, hacia sus cejas.

De pronto siente un peso en sus párpados, que oscilan un poco y acaban cerrándose por uno o dos segundos. Vuelven a oscilar, hay en ellos cierta humedad, se llenan de lágrimas. Oscilan y tiemblan, y vuelven a cerrarse. Cuando se repite la operación — con dificultad —, ahora, porque los párpados cada vez pesan más, el individuo está casi en absoluto trance. Al cabo de uno o de dos segundos se cierran definitivamente. El cuerpo se relaja todavía más, la

respiración se hace ligera y el paciente — el sujeto, o como se le quiera llamar — se halla en estado de trance hipnótico.

Dejémosle ahora por un momento. Lo que le sucede en aquel trance no es cosa nuestra, porque nosotros también podemos ponernos en el mismo estado hipnótico y hacer nuestros propios experimentos. Dejémosle en estado de trance, hasta que él haya completado aquello por lo cual se puso en dicho estado.

Estaba, según parece, llevando a cabo un experimento para ver cuál era la profundidad que podía alcanzar dentro del sueño hipnótico; eso es, hasta qué punto lograba hipnotizarse a si mismo. Incluso ha dejado de lado, con plena conciencia, una de las provisiones de la naturaleza, ¡ya que pensó que no volvería a despertarse!

Pasan unos minutos — ¿diez, acaso veinte? —. La respiración se hace diferente y el dormido ya no se halla en trance hipnótico sino en un profundo sueño normal. Dentro de cosa de media hora despierta, sintiéndose prodigiosamente restaurado, más, seguramente, que después de una noche entera de sueño.

Después de un trance, forzosamente despertamos. La naturaleza no permitiría que nos quedásemos indefinidamente en un estado hipnótico. El subconsciente es como un gigante más bien torpe — un gigante de una inteligencia torpe — al cual, por un tiempo, se le puede hacer creer lo que uno guste; pero, después de un rato, se le hace una suerte de luz en su cabeza y reacciona a su modo. Entonces, interrumpe el estado hipnótico.

Volveremos a repetir que provocándonos el sueño hipnótico a nosotros mismos no podemos causarnos ningún daño ni el más pequeño malestar. Estamos completamente seguros, porque nos hemos hipnotizado a nosotros mismos y no estamos en ningún modo a la merced de las sugestiones de otras personas.

Hemos dicho que una corriente de aire frío puede despertar a una persona hipnotizada; así es. Por profundo que sea el estado hipnótico, si se experimenta un cambio súbito de temperatura, o algo que de algún modo pueda perjudicar a nuestro cuerpo, en el acto el trance pasa y el hipnotizado despierta. De modo que, si os encontráis hipnotizado y alguien de la casa abre una puerta o una ventana, de modo que una corriente de aire llegue a vosotros, tal vez por debajo de la ventana o por el ojo de la cerradura, vosotros despertáis sin ningún daño ni molestia. Con sólo la perturbación que significa el tener que volver a empezar otra vez el autohipnotismo. Es por esta razón que conviene evitar corrientes de aire y molestias.

Continuamente es preciso que nos esforcemos por las virtudes que necesitemos alcanzar. Podéis esforzaros por libraros de cosas que no os gustan en vosotros mismos, y durante los días en que estéis ocupado por esta lucha os será preciso visualizar activamente las capacidades que os faltan. Os tenéis que repetir de continuo a vosotros mismos un día y otro — es preferible por la noche —, cuando os hayáis hipnotizado a vosotros mismos, esas consignas, y cada vez que entréis en trance, dichas virtudes deseadas se os aparecerán con más fuerza. Así que entréis en el estado hipnótico, repetid mentalmente todo aquello que deseáis.

Permítasenos una simple, tal vez ingenua observación. Observemos que una persona va encorvada, tal vez porque está demasiado débil para marchar erguida. Que diga repetidamente: «Quiero andar bien tieso» de tres en tres veces, sin parar un largo rato. La cuestión es que se pronuncie de prisa, y sin interrupciones, para evitar que el subconsciente amigo no venga y nos suelte: « ¡Vaya, nunca dices la verdad, tú andas encorvado como el que

más!». Si repetimos la fórmula sin dar tiempo a ninguna intervención del subconsciente, éste queda completamente dominado por el torrente de las palabras y no tarda en creer que decimos la verdad, que estáis bien erguidos siempre. Si se lo cree, vuestros músculos se reforzarán y andaréis tiesos como gustéis.

¿Fumáis, tal vez, demasiado? ¿Bebéis con exceso? Es malo para la salud; os consta. ¿Por qué no emplear el hipnotismo para redimiros a vosotros mismos y a vuestros billeteros? Al fin y al cabo se trata de costumbres infantiles. Os bastará convencer al subconsciente de que aborrecéis el tabaco, y dejaréis de fumar sin ninguna molestia, ni tan sólo un recuerdo del humo.

La gente no puede abstenerse de fumar; es una costumbre en extremo difícil de romper. Indudablemente lo habréis oído decir: el fumador no puede abandonar su pipa o sus cigarrillos; todo el mundo lo afirma. En la prensa encontraréis remedios para interrumpir el vicio de fumar absteniéndose de esto y de aquello. ¿No se os ha ocurrido nunca que todo esto no es más que una forma de hipnosis? No sois capaces de abandonar el vicio del tabaco porque habéis oído decir y habéis leído que el dejar de fumar era una cosa prácticamente imposible.

Convertid ese hipnotismo a favor vuestro. «Sois» diferentes del rebaño humano. «Tenéis» fuerza de carácter; sois dominantes; podéis curaros por vosotros mismos del fumar, del beber, o de todo aquello que os deseéis curar. De la misma forma en que el hipnotismo — un hipnotismo inconsciente —os inclina a creer que no podéis dejar de fumar, vosotros, que os dais cuenta de todo esto, mediante un hipnotismo consciente podéis obtener el que nunca más toquéis un cigarrillo.

Una advertencia, más bien aviso amistoso. ¿Estáis bien seguros de que necesitáis absteneros de fumar? ¿Estáis bien seguros que os es indispensable el dejar de beber? ¿O de ser impuntual a vuestras citas? No podéis hacer nada hasta que estéis bien seguros. Es preciso que «os sea necesario» el dejar de fumar. No basta con ser una persona débil y decir: «Oh, quisiera dejar de fumar, dejad que yo me repita a mí mismo que no quiero seguir fumando».
Una y otra vez, hasta que caiga dentro del subconsciente de los lectores: Debéis hacer tan sólo aquello que en realidad debáis hacer. De manera que, si vosotros estáis dispuestos a no dejar de fumar, no lo abandonéis, ya que no os libraríais del tabaco, sino que volveríais a fumar más que antes.

Examinaos a vosotros mismos de cerca. ¿Qué deseáis, realmente? Nadie está a vuestro alrededor, nadie mira por encima de vuestros hombros, ni escudriña por dentro de vuestra mente. ¿Deseáis de veras dejar de fumar? ¿O bien sólo son palabras vanas?

Una vez estéis completamente convencidos de que necesitáis una cosa, la podréis obtener. No

critiquéis el hipnotismo, ni a nadie más sino a vosotros mismos; si fracasáis en llevar a cabo lo que necesitéis, es porque el fracaso se debe exclusivamente a que no tenéis la suficiente resolución para hacer ésto o absteneros de aquéllo.

Por medio del autohipnotismo os será posible curaros de aquello que vulgarmente se llama «los malos hábitos». Por desgracia, nunca hemos sabido de cierto en qué consistían exactamente. Podemos considerar «malos hábitos», por ejemplo, pegar a la mujer, o que la mujer tire la plancha a su marido, o el pegar puntapiés al perro, o soltar palabrotas y embriagarse. Todo ello es muy fácil de curar, en la suposición de que se desee sinceramente.
Relajaos ahora unos breves momentos. Aprovechaos de estar libres de tensión interna para levantar vuestra energía nerviosa. Podéis elevar vuestra salud si os dedicáis a releer esta lección y la anterior. Después, practicad reiteradamente. Los mayores concertistas se ejercitan a diario, con escalas y notas siempre repetidas. Como los grandes concertistas, practicando llegaréis a ser un gran autohipnotizador, como hemos dicho.

Practicad sin cesar.

LECCIÓN TRIGÉSIMA

Algunas personas tienen la idea — muy equivocada — de que el trabajo es una cosa mala. Varias civilizaciones se dividen en lo que podríamos llamar «trabajadores de cuello blanco» y otros «con las manos sucias». Es una forma de vanidad, ésa, que es preciso desarraigar por completo, porque a causa de ella se pelea el hermano contra el hermano y una raza contra otra.

El trabajo — no importa si es mental o manual — ennoblece a todos los hombres que lo practican con plena conciencia y sin un equivocado sentido de vergüenza. En algunas tierras se considera como una desgracia el que la dueña de la casa tenga que poner sus manos a cualquier forma de trabajo; se considera que debe permanecer siempre sentada y acicalada; sólo, de tarde en tarde, dará alguna orden al solo efecto de dejar bien sentado que ella es el ama de la casa.

En la China de muchos años atrás, las llamadas clases superiores dejaban crecer sus uñas hasta una longitud ridícula, de manera que debían usar de una especie de vainas ligeras para proteger las uñas y evitar que se rompiesen. El significado de aquellas uñas consistía en poner de relieve que su dueño era tan importante que no tenía que realizar ningún trabajo material para sí propio. Las uñas desmesuradas eran una prueba evidente de que su dueño — o la dueña de la casa —no tenían que preocuparse por ninguna necesidad de su cuerpo, ya que poseía servidores para cada una de ellas.

En el Tíbet, antes de la invasión comunista, ciertos nobles (que podrían haber pensado con más sensatez) llevaban unas mangas tan largas que les cubrían las manos por completo y les colgaban un palmo o dos por debajo de la punta de los dedos. Esto era, naturalmente, para mostrar que dichos hombres eran tan importantes y poderosos que no les precisaba trabajar. Esas mangas larguísimas recordaban continuamente que sus poseedores estaban exentos de todo trabajo. Esto, como es natural, era el producto de una degradación de la significación del trabajo. El trabajo es una forma de disciplina, un entrenamiento. La disciplina es absolutamente indispensable y establece una diferencia entre un regimiento bien instruido y una banda de forajidos. La disciplina hace posible que los ahora en la mocedad serán más adelante ciudadanos de provecho. La falta de disciplina engendra las hordas de gamberros de chaqueta de cuero, sólo activos en la destrucción.

Citamos al Tibet como uno de los sitios donde reinaban las más equivocadas nociones sobre el trabajo; pero solamente entre el elemento laico. En los conventos de lamas, era una regla establecida el que cada cual, por muy alto que fuese su grado en la jerarquía, tenía que ejecutar un trabajo servil en determinadas fechas. No era en ningún modo inhabitual el ver a un Gran Lama limpiando un pavimento, quitando la basura depositada en el suelo, junto con el más humilde de los monjes. El propósito que guiaba a los que establecieron esta costumbre, fue enseñar al abad que las cosas de este mundo eran de naturaleza temporal y que el pordiosero de hoy podía ser el príncipe de mañana, así como el príncipe actual, mañana podría verse un pordiosero. Alguna analogía podía verse entre lo que decimos y el hecho de que muchos de los reyes, reinas y príncipes de Europa ya no lo son; pero entonces tenemos que reflexionar, también, que muchos entre ellos, mientras estaban en el poder, habían asegurado en el extranjero grandes fondos para cuando tuviesen que abandonarlo. De todas formas — eso es una digresión — déjenos repetir que el trabajo, tanto si es mecánico como si

es mental, jamás degrada cuando se hace por motivos que son puros y con la idea del «servicio prójimo» en el fondo. En vez de aplaudir a esas damas cubiertas de riquezas que se sientan y dictan órdenes a sus mal pagados servidores, mientras ellas no levantan ni un dedo, vale más que reservemos nuestro aplauso para los servidores y dejemos de lado a las encopetadas señoras, porque los criados ejercen una profesión honrosa. al paso que dichas señoras no hacen nada.

Hace poco tiempo — un tiempo algo caluroso — escuchamos una discusión acerca de la conveniencia, o no, de comer carne. Nuestro punto de vista es que si una persona siente necesidad de comerla, no tiene por qué abstenerse; y, si una persona necesita ser vegetariana y trepar por los árboles en busca de frutas, es conveniente que sea vegetariana y trepe por los árboles en busca del sustento. No tiene importancia alguna el que uno coma, o deje de comer, mientras no se empeñe en imponer sus, a menudo erróneas, opiniones a los demás que, por demasiado bien educados, no le contradicen con violencia.

El hombre es un animal, por mucho que se disfrace con finas telas, polvos hermosos, tintes para el pelo, etc. Hombre y mujer, son animales y comen asimismo animales. De hecho, la carne humana, según los entendidos, sabe más bien a cerdo. Como sea que el comportamiento de muchas personas es bastante cerdoso, ya está bien. Los caníbales, cuando se les pregunta por la carne humana, dicen que la carne de los negros es dulzona y semejante al cochinillo asado. La carne de los blancos, por lo visto, es algo rancia y triste, como un cuarto de carne manida.

Aconsejamos, entonces, que si necesitamos comer carne, no tenemos por qué abstenemos de ella. Si necesitamos probar vegetales o hierbas, igualmente. Pero no tenemos por qué empeñarnos en imponer nuestros gustos a los demás. Es una cosa triste que los que son vegetarianos, o partidarios de comidas sanas sean, a menudo extremados en sus puntos de vista; como si a base de poner mucha vehemencia en sus argumentos quisiesen convencerse a sí mismos. Estamos seguros que muchos de los que así opinan y a quienes tenemos por dichosos, en realidad tienen sus dudas sobre si están o no en lo cierto. Es lo que a menudo pasa entre los no fumadores. Éstos, muchas veces, se duelen grandemente de que otras personas fumen. Parecen estar convencidos de que hay algo de estupendamente virtuoso en el hecho de no fumar. En realidad, es una mera cuestión de gustos. El fumar con moderación, probablemente, no daña a nadie; pero el beber — bebidas que embriagan — perjudica, ya que interfiere con el astral del bebedor. Digamos también que, si una persona necesita beber y perjudicar a su cuerpo astral, hay que reconocer que lo ha querido así. Es, en definitiva, malo el intentar el uso de coacciones para cambiar el camino de otras personas.

Mientras estamos tratando del tema de comer carne, lo que acarrea el tener que matar, mencionaremos otro punto de vista que puede parecer interesante al lector. Hay gente que sostiene que no es lícito matar nunca a un insecto. Algunos sostienen que nunca lo han matado. Alegan que no se puede matar una vaca o un caballo, o cualquier ser que tenga vida propia. Esta actitud nos conduciría a ver comno un gran pecado el hecho de matar un mosquito que nos amenaza con infectarnos de malaria; nos obligaría a preguntarnos si cometemos un crimen contra la vida del mundo tomando una inyección contra cualquier virus. Al fin y al cabo, un microbio o un virus es un organismo vivo. ¿Podríamos, entonces, sin salir de nuestro sentido de la derechura, intentar matar a los gérmenes de la tuberculosis o del cáncer? ¿Somos unos grandes criminales usando de un remedio contra un resfriado corriente? En todo intento, para curar cualquier enfermedad, seguramente hay privación de vida. Tenemos que ser razonables en estos casos.

Los vegetarianos, sostienen que no podemos privar a nadie de su vida. Ahora bien, una berza

Librodot

tiene vida; de manera que, cortándola para comérnosla, destruimos una vida que no podemos crear. Si tomamos una patata o un tallo de apio, estamos destruyendo vidas, tanto como los comedores de carne. ¿Por qué, pues, no comer lo que nos requiere el cuerpo, eso es, carne?

Se ha hecho constar que los buenos budistas no deben comer carne, y debemos poner en claro que varios budistas no comen carne muy a menudo por la sencilla razón de que no pueden proporcionársela. El budismo ha cundido copiosamente en tierras pobrísimas. En el Tíbet, por ejemplo, la carne fue un lujo inaudito que sólo estaba al alcance de los más ricos entre los ricos. El común de las gentes comía hortalizas y «tsampa», y aun, las hortalizas, eran un lujo. El monje, que no tenía por qué permitirse lujos, vivía de «tsampa» y nada más; pero, con el fin de dulcificar las cosas de los jefes religiosos, proclamaron que era pecado el comer carne. De este modo, la gente, que de ningún modo hubiese podido comerla, se sintió virtuosa por esta forzada abstinencia. Tenemos la impresión de que se han escrito una gran cantidad de insensateces acerca de este tema. El que come carne, le gusta comerla. Dejémosle tranquilo. Si al vegetariano le place ir mascando tallos de apio, tanto como guste, dejémosle con su tallo y no nos metamos a imponer nuestros puntos de vista a nuestro prójimo. De igual manera, si a una persona no le place matar insectos y prefiere tener sus virus cancerosos o sus gérmenes de la tuberculosis, en vez de intentar curarse, respetemos su elección.

A menudo recibimos cartas de personas muy preocupadas, que nos cuentan que tal o cual persona se halla muy necesitada de auxilio o de consejo; o cómo deben hacer para hipnotizar a tal persona, o forzarla a cambiar de modo de vivir. Nunca prestamos auxilio a dichas personas, porque creemos que es muy malo el querer influir sobre la senda de la vida de uno de nuestros prójimos. En este curso sólo se trata del conocimiento de las materias. Fijamos nuestras opiniones, explicamos aquello que conocemos; pero no forzamos a nadie para que nos crea. Si estudiáis este curso, probablemente os hallaréis preparados para atender a lo que tenemos que explicar; en el caso contrario, es muy fácil: basta con cerrar el libro.

Si se os pide vuestra opinión, dadla; pero no intentéis imponer vuestra opinión a nadie y, una vez la habréis dado, dejadla caer, ya que ignoráis lo que el otro ha decidido hacer de su existencia en esta vida. Si llegáis a convencer, forzándola, a una persona para que haga alguna cosa que no debería hacer, entonces os veríais comprometidos en su kharma. Sería, esto, un kharma bien desagradable.

Tenemos que decir aquí algo sobre los animales; muchas personas los consideran como criaturas que andan de cuatro patas, en vez de dos. La gente considera los animales como criaturas mudas, porque no hablan inglés, francés, alemán ni español; pero los animales consideran a los hombres como a seres mudos, también. Si fueseis dotados de un sentido telepático seguro, veríais cómo los animales hablan, y mucho más cuerdamente que muchos seres humanos. Algunos hombres de ciencia, como se lee en una reciente edición de «The Scientific American», han descubierto que las abejas se valen de un lenguaje. Las abejas se dan muy detalladas instrucciones, las unas a las otras, y pueden pronunciar conferencias.

Algunos sabios se han interesado por los delfines y su peculiar manera de conversar o, como se cree, en los sonidos peculiares que emiten. Esos sonidos fueron grabados en una cinta magnetofónica y se reprodujeron a diferentes velocidades. A la más lenta, el lenguaje se aproximaba mucho al habla de los hombres.

Los animales son unos seres que han bajado a la Tierra, en una forma especial, para que puedan realizar su propio trabajo de la manera más conveniente para su propia evolución. Quien escribe estas líneas se encuentra en una posición privilegiada por haberse asociado con

dos gatos siameses que eran fenomenalmente telepáticos y así le fue posible — al cabo de muchos intentos — llegar a conversar con ellos de una manera muy parecida a la que practicamos con los seres humanos que son inteligentes. A menudo, no es nada halagüeño atrapar los pensamientos y ver cómo un gato siamés considera a un ser humano. Si se considera a los animales como iguales nuestros, si bien de diferente forma física, nos podemos comunicar con ellos, discutir con ellos. Cosa que, de otra forma, sería imposible.

Un perro, por ejemplo, gusta de la amistad del hombre. Un perro ama el ser servicial, porque con ello obtiene halagos y caricias. Un gato siamés, en cambio, a menudo desprecia al hombre, porque, en comparación con un siamés, el hombre es un ser desventajado. El gato siamés posee notables poderes ocultos y poderes telepáticos notables. De manera que ¿por qué no estar en buenos términos con nuestros gatos, o perros, o caballos? Si queréis, si lo sentís sinceramente, podréis, a base de práctica, conversar telepáticamente con este animal.

Estamos acabando el presente curso; pero, lo espero, no es el final de nuestra compañía. Este curso es un curso práctico, mediante el cual estamos seguros de haber demostrado cuán corrientes, cuán absolutamente simples son todos estos llamados «Fenómenos Metafísicos».

Tenemos otro curso, que trata de estas materias, en el estilo más tradicional, con los nombres sánscritos, etc. Aconsejamos a los lectores que consideren las ventajas del curso en cuestión, porque ahora, que habéis llegado hasta aquí con nosotros, seguramente podréis llegar hasta más lejos.

No os decimos sino: *hasta la vista. **

* En español, en el texto original. *(N. del T)*